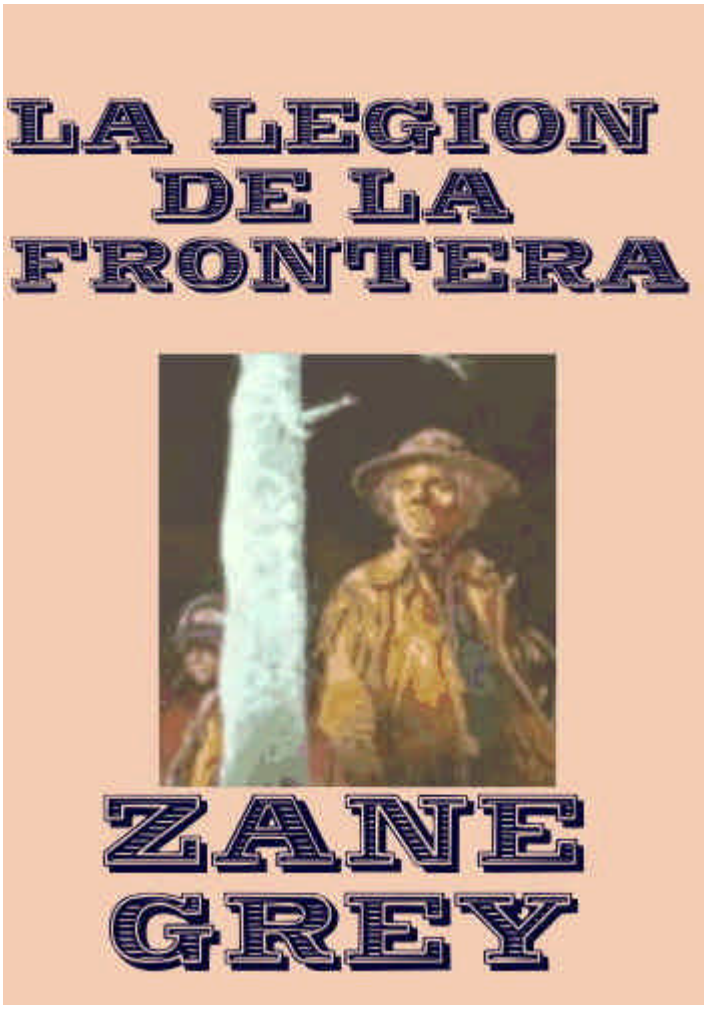
LIBRO dot.com

# LA LEGION DE LA FRONTERA

## ZANE GREY




*Digitalizado por* LIBRO dot.com
*http://www.librodot.com*

# I

Juana Randle detuvo su caballo en la cresta de la colina cubierta de cedros y contempló, sintiendo que el miedo y los remordimientos empezaban a oprimir su corazón, el agreste paisaje que tenía delante.

-Jim no me engañaba - murmuró -. Decía lo que sentía y en realidad se dirige a la frontera. ¿Por qué le provocaría yo, Dios mío?

Era en verdad un lugar selvático aquella frontera al sur de Idaho, y aquel año sería testigo de la invasión más salvaje de que haya memoria en el Oeste. El alud de los buscadores de oro había inundado California de una horda de hombres sin ley, y los ricos filones hallados en Idaho habían atraído algunas ondas de aquella sombría marejada de la humanidad. Extraños relatos de sangre y oro se extendían por los campos, y los buscadores y los cazadores se encontraban con muchos hombres de procedencia desconocida.

Juana había regañado con Jim Cleve y lo lamentaba amargamente. Tenía ella veinte años y era alta, fuerte, morena. Había nacido en Missouri, donde su padre ocupaba un lugar prominente e importante hasta que, como muchos de los hombres de su tiempo, un día se puso en el camino de una bala. Juana quedó bajo la protección de un tío que respondió al llamamiento del oro, y la última parte de su vida la había pasado en el campo.

Había seguido el rastro de Jim durante varias millas hacia la falda de la montaña y ahora desmontaba para ver si las huellas eran tan frescas como creía. Había dejado el pequeño villorrio hacia la salida del sol; alguien que había visto a Jim salir a caballo se lo dijo así. Juana estaba acostumbrada a sus ociosas amenazas y le disgustaban sus vacilaciones. De allí había venido todo; Jim era encantador, adorable, pero desde que conociera a Juana, no había demostrado fuerza alguna de carácter.

Juana se quedó al lado de su caballo mirando hacia las oscuras montañas. Era atrevida y resuelta, acostumbrada a montar a caballo y a seguir una pista; capaz de cuidar de sí misma. No necesitaba que nadie le dijera que se había alejado demasiado. Había abrigado la esperanza de volver con Jim. Este se arrepintió siempre de sus decisiones; pero esta vez era diferente. Recordaba su cara pálida y sus ojos, dulces y suaves de ordinario, que habían brillado como acero bruñido. Sí; era una cara ¡;marga e implacable. ¿Qué era lo que ella le dijo? Trató de recordarlo.

Al anochecer del día antes le estuvo esperando. Le había preferido a todos los demás jóvenes de la aldea, cosa que, según ella creía, él no apreciaba debidamente. Jim era una desilusión en todo menos en el cariño que le profesaba. Y aun en esto se excedía.

Al recordar Juana cómo era amada, todos los detalles de lo ocurrido la noche anterior volvían vívidos a su imaginación. Estaba sentada sola bajo los árboles, cerca de su casa. Las sombras se espesaron para aclararse después con la luz de la luna. Oía el zumbido de los insectos y la risa lejana de alguna de las mujeres de la aldea y el murmullo del arroyo. Jim se retrasaba más que de costumbre. Era muy probable, como su tío había observado, que se hubiera entretenido en la taberna que, últimamente, había venido a interrumpir la paz del lugar. La aldea crecía y a Juana no le gustaba el cambio; llegaban demasiados forasteros, rudos, groseros y borrachos. En algún tiempo había sido un placer entrar en la tienda del pueblo; ahora era una dura y desagradable prueba. Y Jim parecía estar bajo el influjo pernicioso de aquellas nuevas corrientes. Sin embargo, nunca se había excedido en mucho. El resentimiento de Juana estaba llegando al colmo. Se levantó de su asiento; no le esperaría más y la primera vez que le viera le diría algunas verdades.

En aquel momento sintió un ligero ruido detrás de ella v antes de que pudiera volverse se encontró entre unos brazos poderosos. Se sintió de tal manera oprimida por aquel abrazo de oso, que no podía resistir ni gritar. Una cara oscura se inclinó sobre la suya v rápidos besos

cerraron sus ojos v cayeron sobre sus mejillas para acabar apasionados sobre sus labios. Aquellos besos ejercían sobre ella un extraño poder. Después se sintió libre otra vez.

Retrocedió asustada y ultrajada; su asombro era tal que no reconocía, aunque le conocía muy bien, a su asaltante. Una carcajada le denunció. Era Jim.

-¿Creías que no tenía valor? - dijo -. ¿Qué piensas ahora?

Juana se sintió presa de un ciego furor. Le hubiera matado. Nunca le había concedido ningún derecho; nunca le había hecho una promesa; ni siquiera le dejó conocer que le quería. ¡Y se había atrevido... ! La sangre caliente hervía en sus mejillas. Estaba furiosa con él y con ella misma. Aquellos besos le habían producido un dolor y una vergüenza desconocidos. En aquel momento creía odiarle.

-¡Tú, tú! - prorrumpió -. Con esto has acabado para mí.

-No creo haber llegado a empezar siquiera- contestó él con amargura-. Merecía la pena y no lo siento... Ahora ya te he besado.

Respiraba con fuerza y a la luz de la luna se veía cuán pálido se había puesto. Ella apreciaba en él alguna diferencia. Algo frío e inexorable.

-Te pesará - le dijo -. Ya no quiero nada contigo.

-Está bien, pero ni me pesa ni me pesará.

Pensó Juana que debía estar bajo el influjo del alcohol. A Jim nunca le había gustado el licor, virtud casi única que poseía, y recordando sus besos comprendió que no había bebido. Veía en él algo extraño que ella no podía comprender. ¿Se habría imaginado que sus besos iban a tener aquella fuerza? ¡Se atrevería otra vez! Temblaba y no era solamente de rabia. Pero iba a darle una lección.

-Juana, te he besado porque no puedo seguir haciendo el mismo papel-dijo él-. Te quiero y no puedo vivir sin ti. Tú también debes quererme un poco. Casémonos... yo...

-¡Nunca! - replicó ella con rudeza -. ¡Eres un inútil!

-No es verdad - protestó él con pasión -. Yo soy un hombre que ha hecho cosas en la vida, pero desde que te he conocido he perdido mi energía. Estoy loco por ti y tú dejas a los demás que te requiebren, y estoy furioso todo el tiempo. Unas veces es deseo y otras celos.

Dame una esperanza, Juana.

-¿Para qué? - inquirió ella con frialdad -. Es inútil, no sirves para nada; nunca trabajarás. Cuando encuentras un poco de oro te lo gastas tranquilamente. No tienes más que tu revólver y no sabes hacer otra cosa que tirar con él.

-Quizá no tarde en serme eso útil-dijo él con indiferencia.

-Ni siquiera sirves para bandido, Jim - contestó ella con desprecio.

A esto hizo Jim un violento ademán enderezándose todo lo alto que era.

-¿Es eso lo que sientes, Juana? -preguntó.

-Naturalmente.

Por fin había conseguido herirle. El hecho era interesante y atenuó su cólera.

-¿De manera que soy tan inútil, tan bajo y tan cobarde, que no sirvo ni para bandido? -Sí, así eres.

-¡Eso es lo que opinas de mí, después de que me he arruinado por tu amor!

Ella se echó a reír irónicamente. ¡Qué cálida y violenta alegría sentía al mortificarle!

-¡Ya te lo enseñaré ! -rugió él con una imprecación.

-¿Qué vas a hacer, Jim? -preguntó ella sin dejar su ironía.

-Marcharme a la frontera a reunirme con Kells y Gulden. ¡Ya oirás hablar de mí, Juana Randle!

Aquéllos eran los nombres de individuos desconocidos y terribles que formaban una creciente legión en la frontera. Por allí vivían ladrones, asesinos y rufianes. Rumores de su existencia habían llegado hasta aquel tranquilo pueblecito. Juana sintió un estremecimiento en el mismo corazón. Pero aquélla era otra de las magníficas amenazas de Jim. Él no podía hacer

aquello ni ella le dejaría que lo hiciese si él fuese capaz de hacerlo. Pero siguiendo los incomprensibles procedimientos de la mujer, no le dejó saber lo que sentía.

-¡Bah!, no eres capaz-le dijo con otra carcajada. Hosco y siniestro la miró un momento y sin añadir palabra se alejó. Juana estaba asombrada, un poco pesarosa e incierta, pero a pesar de todo no le llamó.

Y ahora, a las doce del día siguiente, le había seguido varias millas por la montaña. Había tomarlo por un ancho sendero usado por los cazadores y caminantes. No tenía miedo a perderse. El único riesgo que corría era el de encontrarse con alguno de aquellos malhechores que últimamente habían visitado el lugar con frecuencia. Volvió a montar y bajó la ladera. Avanzaría tina milla más.

Esperaba encontrar a Jim detrás de cada roca. Seguramente se trataba sólo de una amenaza, pero ella le había insultado de una manera que ningún hombre podía aguantar y si tenía alguna fuerza de carácter no dejaría de mostrarla ahora. Su miedo y sus remordimientos aumentaban. Al fin y al cabo no era más que un muchacho un par de años mayor que ella, y bajo la impresión de un sentimiento podría llegar a cualquier extremo. ¿Le habría juzgado mal? Por lo menos había estado brutal con él.

¡Pero él se había atrevido a besarla! Cada vez que se acordaba de ello se sentía llena de vergüenza. Juana descubría, maravillada, que de la afrenta a su soberbia, la riña y la marcha con su seguimiento de ahora y, especialmente, de sus crecientes remordimientos, empezaba a brotar un extraño respeto hacia Jim Cleve.

Subió por otra ladera y se volvió a detener. Esta vez veía un caballo y un jinete. El corazón le dio un salto. Debía ser Jim que regresaba. Sólo había sido una amenaza. Se sintió aliviada y contenta y, sin embargo, vagamente triste. Había acertado en sus apreciaciones.

No tuvo que mirar mucho para ver que aquél no era el caballo que Jim acostumbraba montar. Tomó la precaución de esconderse detrás de un matorral y acechar desde allí. Cuando el jinete se aproximó lo suficiente, vio que no era Jim, sino otro vecino del pueblo, Roberts, muy amigo de su tío; en consecuencia, salió de su escondite y le llamó. Al sonido de su voz sobresaltóse Roberts y llevó la mano a su revólver. Luego la reconoció.

-¡Hola, Juana ! -exclamó dirigiéndose hacia ella -. Me has asustado. ¿No estarás sola aquí?

-Sí, estaba siguiendo a Jim cuando le vi a usted - replicó ella- Creí que usted era Jim.

-¿Siguiendo a Jim? ¿Pues qué pasa?

-Que regañamos y me juró que se iba a la frontera a reunirse con los bandidos. Yo estaba loca y le dije que se fuera, pero ahora lo siento y estaba tratando de alcanzarle para hacerle volver.

-¡Ah! ¿De manera que éste es el rastro de Jim? Yo me venía preguntando de quién sería. A pocas millas de aquí toma el camino de la frontera. Yo lo conozco : he estado allí.

Juana miró a Roberts, cuya cara grisácea estaba grave y evitaba su mirada.

-¿Cree usted que habrá ido? - preguntó con ansiedad.

-Sí, Juana -contestó Roberts después de una pausa-. Jim es lo bastante loco para haberlo hecho. últimamente se había vuelto aún más exaltado, y los tiempos porque corremos no son de los que animan a la gente joven para seguir por el buen camino. Jim tuvo una cuestión seria la otra noche; faltó poco para que matase a Brandley, pero supongo que ya lo sabrás.

-No sabía nada. Dígame. ¿Por qué riñeron?

-Dicen que Brandley se expresaba con demasiada libertad hablando de ti.

Juana sintió un agradable estremecimiento y la sangre se agolpó cálida en sus mejillas; una nueva y extraña emoción. Le disgustaba Brandley, que siempre se mostraba ofensivo con ella.

-¿Por qué no me lo habrá dicho Jim?-preguntó como si hablase consigo misma.

-Supongo que no estaría muy orgulloso de su hazaña-replicó Roberts riendo-. Vamos,

Juana, volvamos a casa.

Juana guardó silencio un momento, mirando el paisaje ondulado por las lomas hacia la pared negra y gris de las montañas. Algo muy hondo se agitaba en su ser. Su padre había sido un aventurero en su juventud y sentía la llamada de su sangre. Había sido injusta con el hombre que la amaba.

-Quiero seguirle -dijo.

Roberts no demostró la menor sorpresa. Observó la situación del sol.

-Podemos alcanzarle y volver con él a casa antes de anochecer-dijo lacónicamente, haciendo girar su caballo-. Tomaremos por un atajo que nos llevará hasta su rastro. No podemos perderlo.

Y sacó su caballo al trote largo, seguido por Juana. Ella estaba tan preocupada, que ni siquiera se acordó de dar las gracias a Roberts. Pronto llegaron a un valle, una estrecha depresión entre dos colinas; avanzaron por él a mayor velocidad. Aquel valle parecía tener varias millas de largo. Hacia la mitad, Roberts llamó a Juana, mostrándole el rastro de Jim. Roberts puso entonces su caballo a un ligero galope y así siguieron el rastro de Jim por todo el valle y por una ladera que parecía el principio de las montañas. El tiempo volaba para Juana, que miraba siempre hacia delante con la esperanza de ver a Jim en la distancia, pero no pudo percibirlo. Roberts miraba hacia el sol de cuando en cuando. La tarde pasaba y Juana empezaba a preocuparse pensando en su casa. estaba tan seguro cuando salió en busca de Jim de que volvería pronto con él, que no se había preocupado de advertir a los suyos de sus intenciones. Seguramente, a aquella hora habría salido alguien en su busca.

El paisaje se volvía cada vez más agreste y rocoso, poblado de cedros y macizos de pinos. Los venados corrían por entre la espesura y las aves salían de entre las patas de los caballos. El calor de la tarde de verano cedía.

-Creo que debíamos dejarlo - dijo Roberts.

-No, sigamos.

E hicieron caminar más aprisa a sus caballos. Por fin alcanzaron la cima de la loma y se encontraron sobre un valle que se extendía hacia la cordillera. Había agua allá abajo. Brillaba a la luz del sol como una cinta roja. No había a la vista alma viviente. Juana se desanimó más. Apenas le quedaba esperanza de alcanzar a Jim aquel día. El rastro torcía a la izquierda y se hacía difícil de seguir. Finalmente, para empeorar las cosas, el caballo de Roberts resbaló en una roca y se estropeó una pata. Lo levantaron con grandes trabajos, pero apenas podía andar.

Roberts examinó la lesión.

-No se ha roto la pata del todo. -Ésta era una manera particular de decir la gravedad de la lesión- Juana, me parece que en casa van a pasar una noche intranquila, porque tu caballo no nos puede llevar a los dos y yo no puedo volver andando.

Juana desmontó. En el hueco de una roca encontraron agua con que bañar la pata lastimada e hinchada. En el interés del momento se olvidó Juana de sus propias angustias.

-Tendremos que dormir aquí -dijo Roberts -. Menos mal que traigo la maleta en la silla y que te podré arreglar una cama cómoda, pero tendremos que tener cuidado con el fuego v apagarlo después de oscurecer.

-No podemos evitarlo -dijo Juana-. Mañana seguiremos detrás de Jim; ya no debe de estar muy lejos.Se alegraba de que fuera imposible volver a casa hasta el día siguiente.

Roberts quito a su caballo la maleta y la silla y se inclinaba para aflojar la cincha del caballo de Juana, cuando de repente se enderezo con un respingo.

-¿Qué es eso?

Juana oyó primero sordas pisadas sobre la hierba, y después los golpes secos sobre la roca de los cascos de un caballo sin herrar. Se volvió y vio a tres jinetes que re acercaban a ellos. Sobre el fondo del cielo enrojecido por la puesta del sol, sus siluetas resaltaban oscuras y siniestras. Uno de ellos les señalaba con la mano. Juana miró con aprensión a Roberts, que

parecía conocer a los que se acercaban y que murmuró una maldición. Y aunque Juana no estaba segura, creyó que palidecía.

Los tres hombres se detuvieron a poca distancia. Uno de ellos conducía una mula cargada con un fardo y un venado muerto. Juana había visto a muchos hombres como aquéllos, pero era la primera vez que le producían una sensación tan poderosa y singular.

-¿Qué hay?-gritó saludando uno de ellos.

Y Juana se convenció aquella vez de que la cara de Roberts estaba de color de ceniza.

# II

¿Eres tú, Kells?

La pregunta de Roberts era la confirmación de su reconocimiento, y la carcajada del otro una respuesta ociosa.

Los tres jinetes avanzaron un poco más y se volvieron a detener, como si el tiempo no tuviera importancia alguna para ellos. Los tres eran jóvenes de menos de treinta años. Los dos que no habían hablado eran bastos v rudos de aspecto; como ellos veía Juana muchas docenas todos los días. Kells era de diferente estampa. Hasta que se fijo en ella, Juana creyó que se parecía a alguien que ella había conocido en Missouri; cuando la miro una vez, se convenció, con una curiosa sensación de disgusto, de que nunca había puesto los ojos en tal persona. Era pálido, con ojos grises, inteligentes y amables. Tenía el aspecto de un hombre que había s do un caballero. Pero había en él algo extraño, intangible, inmenso. ¿Sería efecto de su presencia o de su nombre? Kells. Para Juana no era más que una palabra, pero una .palabra que sugería algo terrible. Durante el último año, muchas historias sombrías habían pasado de un campamento a otro en Idaho, algunas demasiado extrañas, demasiado horribles para creerse. Y con cada uno de los rumores había crecido la fama de Kells y la corte-a de la existencia de una legión de malhechores en ta frontera. Pero ninguno de los habitantes del villorrio ni de los campamentos confesaba haber visto jamás a Kells. ¿Era el temor lo que ataba las lenguas? Juana veía con asombro que Roberts conocía, evidentemente, a aquel hombre.

Kells desmonto y le ofreció su mano, que Roberts se vio obligado a estrechar.

-¿Donde nos hemos visto la última vez? - preguntó Kells.

-En las afueras de Fresno-contestó Roberts, tratando visiblemente de ocultar el efecto que el recuerdo le causaba.

Kells saludo a Juana tocándose el ala del sombrero y dirigiéndole la más rápida de las miradas.

-Estáis lejos de vuestro campo? - preguntó a Roberts.

-Sí -contestó, empezando a recobrar algo de su tranquilidad. Su voz sonaba más clara -. Siguiendo al caballo favorito de esta señorita, que se nos ha escapado, nos hemos alejado más de lo que pensábamos. Ahora mi caballo se ha estropeado una pata y creo que no podremos volver a casa esta noche.

-¿Dónde viven ustedes?

-En Hoadley, a treinta millas de aquí, poco más o menos.

-Bueno, Roberts, si no tienes inconveniente acamparemos aquí contigo -propuso Kells -. Tenemos algo de carne fresca.

Con esto dirigió una palabra a sus compañeros y los tres se encaminaron a un árbol cercano y se pusieron a desensillar los caballos y a desempaquetar.

Entonces Roberts, inclinándose más hacia Juana y fingiendo que estaba ocupado con su fardo, le dijo en voz baja y alterada:

-Éste es Jack Kells, el bandido de California. Una verdadera serpiente venenosa. Cuando le vi la última vez tenía una cuerda al cuello y era conducido a la horca y, según he oído

después, le rescataron algunos compañeros.

Si se le ocurre la idea, no dejará de matarme; Juana, no sé qué hacer. Piensa algo, por Dios... Usa tus habilidades de mujer. ¡No podíamos estar en peor compañía!

Juana sintió que las piernas le flaqueaban, de forma que tuvo que sentarse. Estaba helada, casi insensible. Algún peligro grande la amenazaba. Hombres como Roberts no hablaban así sin motivo. Ella era valiente y acostumbrada al peligro; pero aquél debía ser diferente; de una índole que convertía en insignificancias todos los que hasta entonces había corrido. No comprendía los temores de Roberts. ¿Por qué le había de matar? No llevaban oro ni nada de valor encima y sus caballos no eran lo suficiente para tentar a un ladrón. El peligro debía proceder del hecho de ser ella una muchacha sorprendida en los bosques; presa fácil para hombres como aquéllos. Había oído decir que ya habían pasado casos parecidos, pero no podía creer que a ella le ocurriese. Roberts la protegería. Además, aquel Kells no era un gañán del Oeste; hablaba como una persona educada y seguramente no le haría daño. Y los temores, las conjeturas y las probabilidades se revolvían en su imaginación, de manera que le era casi imposible pensar. No habría podido decir el medro de afrontar la situación aunque hubiese sabido cuál iba a ser ésta.

Mientras ella permanecía sentada a la sombra de un árbol, los hombres estaban ocupados en la instalación del campamento. Ninguno de ellos parecía ocuparse en lo más mínimo de Juana. Hablaban mientras trabajaban lo mismo que cualquier otro grupo de hombres haría, bromeando y riendo. Kells encendió fuego y acarreó agua y leña de reserva. Uno de sus compañeros, a quien llamaban Bill, atendía a los caballos y el otro deshacía paquetes y sacaba mantas y lonas. Roberts hacía tortas para cocer.

El sol se ocultaba y empezó el crepúsculo, que pronto pasó. Estaba ya oscuro cuando Roberts se acercó a Juana llevándole café, pan y carne.

-Aquí está tu cena, Juana -dijo en voz alta y alegre, agregando en voz baja-: Puede que la situación no sea tan mala. No parecen animados de malos propósitos, pero tengo miedo, Juana. ¡Si no fueras tan bonita...!

-¿Y si escapásemos en la oscuridad? - preguntó ella.

-Podríamos probar, pero sería inútil. No sé todavía cómo acabaremos. Lo mejor es que finjas timidez, pero que no pierdas el ánimo.

Y se volvió al lado de la hoguera. Juana tenía hambre. Comió y bebió de lo que habían llevado y comenzó a comprender mejor la realidad de la situación. Y aunque el miedo la dominaba, empezó a sentir curiosidad. Casi la fascinaba la situación. Era una muchacha de voluntad firme, que siempre había soñado con algo que no sabía explicarse... quizá la libertad. Algunos lugares la habían atraído, presintiendo que algo le acontecería en ellos. Y, sin embargo, nunca le había acontecido nada. Ciertos libros la habían obsesionado de niña muchas veces con disgusto de su madre. Libros que hablaban de bosques y desiertos y de la vida en el mar. Leyendas de sangre y aventuras. Muchas veces habían dicho de ella que debía haber sido un muchacho.

La noche cerraba negra. Una pálida y estrecha marcaba el estrellado camino sobre el cielo de intenso azul. El viento gemía entre los árboles y hacía rugir las llamas de la hoguera. Las chispas volaban y desaparecían en las sombras. El humo que llegaba hasta ella le llevaba el olor penetrante de la resina ardiendo. Los coyotes ladraban entre la jara de la lejanía; de los montes' llegaba el aullido de un lobo.

La vida de campamento no era nueva para Juana. Había cruzado en un carro las llanuras y más de una vez había oído el largo alarido del indio hostil. Había cazado y buscado oro en las montañas con su tío durante semanas enteras. Pero nunca como aquella noche la impresi la soledad.

Roberts estaba de rodillas tapando su horno con arena húmeda. A la luz del fuego se le veía maniobrar lentamente, como cargado con el peso de una preocupación.

Bill y el otro compañero, recostados contra unas rocas, conversaban en voz baja. Kells estaba en pie, a la luz de la hoguera, fumando una pipa de la que extraía grandes nubes de humo. No había nada imponente en su contextura ni notable en su cara, pero no era preciso mirarle dos veces para advertir que era un hombre notablemente fuera de lo ordinario. Un extraño poder parecía dimanar de el. De cuando en cuando creía notar que miraba en la dirección en que ella estaba; no lo podía asegurar, porque sus ojos no eran más que dos sombras en su cara. Se había quitado la chaqueta y llevaba un chaleco desabrochado, camisa de tela fina y una corbata negra anudada con descuido. De un ancho cinturón colgaba, más abajo de su cadera, un revolver de gran calibre. Juana pensó que era una manera incómoda de llevar un arma. Al andar le golpearía la pierna y a caballo le sería imposible conservarla en el mismo sitio.

-¿Tienes una manta para esa muchacha? - preguntó a Roberts, quitándose la pipa de los labios.

-Tengo las de los caballos. No esperábamos pasar la noche fuera.

-Yo os dejare una - dijo, alejándose de la hoguera-. Luego hará frío. - Y volvió con una manta, que entregó a Roberts.

-Muy agradecido -murmuró este.

-Yo me quedare junto al fuego - siguió el otro; y con esto se sentó y pareció sumirse en profundos pensamientos.

Con la manta que le habían prestado y las de los caballos, Roberts se acerco adonde estaba Juana y, dejándolas en el suelo, empezó a apartar piedras y maleza.

-Muy duro está esto -dijo-, pero creo que dormirás a pesar de ello.

Y arrodillándose empezó a disponer una cama. Juana sintió que le tiraba de la falda e inclinó la cabeza.

-Estaré a tu lado-seguía diciendo Roberts - y no dormiré nada. - Y se volvió junto a la hoguera.

Juana, no porque estuviera cansada ni tuviese sueño, sino porque quería proceder con naturalidad, se acostó y se cubrió con la manta. Los hombres dejaron de hablar. Una vez oyó ruido de espuelas y el crujido de la maleza. A poco, Roberts vino a su lado arrastrando su silla y se acostó cerca de ella. Juana se levantó un poco para ver a Kells al lado de la hoguera absorto e inmóvil. Se volvió a recostar suavemente y miró a las estrellas frías y brillantes. ¿Que pasaría? ¡Algo terrible! Las sombras de la noche, el silencio, la presencia de aquellos desconocidos, todo parecía decírselo. Un estremecimiento corrió por todo su cuerpo.

Seguiría allí despierta : le era imposible dormir. Y a su agitado cerebro llegó la idea de deslizarse en la oscuridad hasta su caballo y escapar en el de la posible amenaza. Pensó durante un buen rato en este plan. Si no hubiera estado acostumbrada a los procedimientos del Oeste, lo habría puesto en práctica inmediatamente. Pero lo desechó. No estaba segura de poder deslizarse, ni de encontrar su caballo, ni de eludir la persecución; y mucho menos segura de encontrar el camino del pueblo. Lo mejor era quedarse con Roberts. Cuando decidió esto y su imaginación cesó de agitarse, sintió que el sueño la invadía con el agradable calor de las mantas. No quería dormir, pero el sueño era cada vez más difícil de resistir. El tiempo pasaba. El fuego languideció y se animó otra vez. Había alguien que de vez en cuando se levantaba para echar leña. Los caballos golpeaban el suelo con los cascos y sus golpes resonaban en la oscuridad. El viento había cesado y los coyotes se habían ido. Ya no podía tener los ojos abiertos; le parecía que los párpados se le habían pegado. Y gradualmente, la sensación de la noche y de la soledad se desvanecieron.

Al despertar sintió en la cara la caricia del aire frío y vio las copas de los árboles dorados por la salida del sol. Una hoguera chisporroteaba lanzando nubes de humo hacia el cielo y Juana se incorporó recordando. Roberts y Kells trabajaban alrededor del fuego y Bill acarreaba agua; el otro compañero preparaba los caballos. Ninguno de ellos parecía ocuparse

de Juana. Ésta se levantó del todo y se arregló el cabello. Había dormido con las botas puestas ; era la primera vez en su vida que lo hacía. Cuando se dirigió al arroyo para lavarse la cara y las manos, los hombres siguieron, al parecer, sin darse cuenta de su existencia. Empezaba a confiar que Roberts hubiera exagerado el peligro que corría. Su caballo, que era asustadizo y que no se dejaba cuidar por nadie más que por ella, se había separado del grupo. Juana fue tras el hasta perder de vista el campamento. Pronto volvió y lo dejó atado a un árbol. Y se sintió con ánimo bastante para acercarse a saludar a sus compañeros.

-Buenos días-dijo alegremente.

Kells estaba en aquel momento de espaldas a ella y no se movió ni pareció haber oído. Bill la miró atrevidamente, pero sin decir una palabra. Roberts contestó al saludo y cuando ella le miró, atraída por su voz, volvió la cabeza hacia otro lado. Pero ya había visto su aspecto sombrío y angustiado.

Los ánimos y esperanzas de Juana sufrieron un violento golpe. Algo siniestro pesaba sobre aquel grupo, pero ella no podía presumir aún lo que fuese. Sintió que las piernas le flaqueaban y se acercó a una piedra para sentarse. Roberts le trajo el desayuno, pero no la miró ni le dirigió la palabra. Las manos le temblaban y Juana se asustó al advertirlo. ¿Que pasaría? Roberts volvió al lado de la hoguera y Juana hizo un esfuerzo para comer. De una cosa estaba segura : necesitaría toda su fuerza y espíritu.

Vio que Kells estaba hablando con Roberts, pero tan bajo que no podía oír lo que decían. Vio que Roberts hacía un gesto de fiera protesta. El otro tenía un aspecto frío, persuasivo, dominante, y cesó de hablar, como si el incidente hubiera terminado. Roberts se apresuró a concluir de arreglar su paquete y fue por su caballo. El animal cojeaba ligeramente, pero no estaba en malas condiciones. Roberts lo ensilló y cargó con el paquete. Después ensilló el caballo de Juana y se volvió con el ceño de un hombre que debe enfrentarse con algo que le asusta.

-Vamos, Juana. Ya estamos dispuestos- dijo. Su voz era fuerte, pero no natural.

Juana se dirigía hacia el, cuando Kells se interpuso entre los dos. No dio la menor señal de haberse enterado de la presencia de Juana. Se enfrentó con Roberts en medio del campo.

-Roberts, monta en tu caballo y márchate-dijo. Roberts soltó la brida del caballo que llevaba del diestro v se enderezó.

Ya se habían quitado las máscaras; sabía ya con certeza lo que había temido y los subterfugios eran vanos. Ahora podía ser un hombre. En su rostro se operó un cambio.

-No me iré sin la muchacha-dijo.

-Pues no te la llevarás.

Juana sintió un terrible estremecimiento. ¡Aquello era lo que más temía Roberts! El corazón casi cesó de latirle. Temblando y sin aliento, contemplaba a aquellos dos hombres.

-Pues iré con vosotros entonces -replicó Roberts.

-No necesitamos tu compañía.

-Pues iré de todas maneras.

Aquello era sólo un juego de palabras, pensó Juana. Adivinaba en Roberts la sombría v fría aceptación de algo que ya esperaba. Y la voz de Kells, ¿que sugería? Sin embargo, el hombre era todavía suave y amable.

-¿Pero es que te has vuelto loco, Roberts?-preguntó.

Roberts no contestó a esta pregunta.

-Vuélvete a tu casa y no digas nada o dilo todo, como quieras - continuó Kells -. Una vez me hiciste un favor en California y a mí me gusta acordarme de los favores que me hacen. Ten sentido común y márchate.

-No sin ella. Primero nos mataremos aquí - declaró Roberts, y sus manos empezaron a agitarse con movimientos convulsivos.

Juana no perdió la maravillosa fijeza de los ojos grises claros que contemplaban a

Roberts.

-¿Y que ganarás peleando? -preguntó Kells, riendo con frialdad-. Con eso no le harás ningún favor a ella. Ya debías saber lo que te pasaría.

-Kells, prefiero morir a dejar a esta muchacha en tus garras - rugió Roberts -. Y tampoco voy a estarme aquí discutiendo. Déjala venir o...

-No me pareces tonto -interrumpió Kells. Su voz era suave, tranquila, fría y persuasiva, pero ¡cuánta fuerza, cuánta seguridad había en ella! - No tengo la costumbre de discutir con tontos, pero acepta ¡ni oferta y márchate. La vida es hermosa, hombre, y no tienes aquí la menor probabilidad en tu favor. ¿Que te importa a ti una muchacha más o menos?

-Kells, podré ser un tonto, pero soy hombre - rezongó Roberts -, y tú eres algo que no es humano; lo supe en las minas de oro y no se cómo puedes estar aquí hablando con tanta suavidad, sin tener la más ligera noción de humanidad. Déjala venir o saco el revólver.

-¿No tienes mujer e hijos, Roberts?

-Sí, tengo -gritó sombríamente Roberts- Y mi mujer me despreciaría si te dejase llevarte a Juana Randle, y tengo una hija moza que puede algún día necesitar que un hombre se ponga entre ella y alguno como tú.

Toda la pasión trágica de Roberts no causaba más efecto que el de exacerbar la crueldad de Jack Kells.

-¿Te marchas?

-¡No! -tronó Roberts.

Hasta entonces, Juana Randle había estado fascinada por el rápido cambio de palabras entre su amigo y su enemigo, pero ahora la sobrecogió una convulsión de espanto. Había visto riñas entre hombres, pero nunca a muerte. Roberts se encogió como un lobo dispuesto a saltar. Temblaba como la hoja de un árbol. De repente levanto un brazo.

Juana, llena de horror, cerró los ojos y se tapo los oídos, echando a correr como una loca. Sonó el estampido de un disparo.

# III

Juana corrió tropezando con las rocas y la maleza, con la oscuridad ante sus ojos y el terror en su alma. Se había internado en el bosque, cuando alguien la cogió por detrás. :Sintió las manos como el contacto con una serpiente. Estuvo a punto de desmayarse, pero se rehizo; no podía desmayarse, debía luchar y lucho hasta librarse de Bill, que era quien la había cogido y que le decía algo ininteligible. Se acerco a un árbol y, apoyándose en su tronco, lucho contra aquella debilidad, contra aquel frío y negro horror que le parecía casi una cosa física.

Cuando se recobro lo suficiente para ver con claridad, vio a Kells que se acercaba conduciendo su caballo y el de ella. Su vista le causó un extraño calor y pensó en Roberts.

-¿Y... Roberts? - tartamudeo.

Kells le dirigió una mirada penetrante.

-Miss Randle, me he visto obligado a bajarle los humos a su amigo -dijo.

-¡Usted... usted... le ha matado!

-No hice más que estropearle el brazo del revólver para evitar que hiciese daño a alguien. Ya volverá a Hoadley y le contará a su familia lo que ha pasado, y así sabrán que está usted a salvo.

-¡A salvo! -suspiro ella.

-Quiero decir, señorita, que como va usted a venir conmigo a la frontera, si allí es posible estar a salvo, usted lo estará conmigo.

-Pero yo quiero volver a casa. ¡Por favor, déjeme volver!

-No puedo ni siquiera pensar en ello.

-¿Qué piensa usted hacer conmigo?

Otra vez se clavo en ella aquella mirada gris. Sus ojos eran claros y limpios como el cristal, sin calor ni frialdad, sin expresión.

-De usted conseguiré un barril de oro.

-¿Cómo? -preguntó ella con asombro.

-Pediré por usted un rescate. Un día u otro, esos mineros tienen que acertar con una veta rica. Yo lo sé y yo también tengo que vivir de alguna manera.

Kells apretaba la cincha de su caballo mientras hablaba. Su voz, sus maneras, la amable sonrisa que iluminaba su cara inteligente, todo en él parecía indicar sinceridad. A no ser por aquellos extraños ojos, Juana le hubiera creído enteramente, pero ellos la hacían dudar. Recordaba lo que Roberts le había dicho de aquel hombre, pero a pesar de ello empezaba a recobrar su valor. El pensamiento de la muerte de Roberts era lo que la había aterrado y causado un momento de debilidad, pero como solo estaba ligeramente herido y libre de volverse a su casa, el horror de su muerte no pesaba sobre ella. Estaba ahora tan reanimada que afrontaba la situación sin el menor espanto.

-Bill - dijo Kells dirigiéndose a éste, que permanecía allí con una sonrisa en su rudo semblante -. Vuelve y ayuda a empaquetar a Halloway. Luego seguidme.

Bill asintió con la cabeza y se marchaba, cuando Kells le llamó de nuevo.

-Y no le digas nada a Roberts; ya sabes que se enfada fácilmente.

Bill se echo a reír a carcajadas, que sonaron siniestras en los oídos de Juana. Pero estaba acostumbrada a los hombres toscos que se reían de las cosas más insubstanciales...

-Monte, Juana -dijo Kells, montando- Tenemos delante un largo viaje y va usted a necesitar toda su fuerza. Y le aconsejo que se venga tranquilamente conmigo y que no trate de escaparse. Sería inútil.

Juana monto en su caballo y troto tras el. Miro con la esperanza de ver a Roberts y de hacerle alguna señal de despedida. Vio al caballo de Roberts y vio a Bill luchando con un fardo, pero no columbro la menor señal de Roberts. Atravesaron otro macizo de árboles y el campamento se perdió de vista. Cuando miro hacia delante, su primer cuidado fue observar la clase de caballo que montaba Kells. Toda su vida había tenido caballos. El de Kells era un bayo grande y enjuto; un animal que parecía reunir velocidad y resistencia. Su jaca nunca podría escaparse de semejante bestia. A pesar de ello, Juana pensaba intentarlo si se le presentaba una ocasión favorable.

La mañana era clara y fría. Los venados saltaban por los claros del bosque y las montañas grises y brillantes ensombrecían las lomas vecinas.

Juana era víctima de emociones contradictorias. Cabalgaba al lado de un bandido que pretendía obtener de ella len rescate. El hecho era apenas concebible. No podía sacudir el miedo de un peligro desconocido. Quería olvidar las palabras de Roberts, pero no podía. « ¡Si no fueras tan bonita! », había dicho. Juana sabía que era bonita, pero este conocimiento nunca la había preocupado gran cosa. Que hubiera ejercido influencia sobre Kells, como Roberts había imaginado, era más que absurdo. Kells apenas la había mirado y era oro lo que aquel hombre quería. Se preguntaba cuál sería el rescate v de donde lo sacaría su tío, y si había alguna probabilidad en pro del hallazgo de aquella rica veta. Luego se acordó de su madre, que había muerto cuando ella era todavía muy pequeña, y el pensamiento le produjo una dulce melancolía. Paso. Y vio a su tío, aquel robusto y espléndido viejo, con su risa, su bondad y su amor por ella y su eterna e inquebrantable convicción de que pronto hallaría una rica veta de oro. ¡Que escándalo y qué revolución iba a armar al conocer su destino! La aldea se dividiría con aquel motivo, pensó. Las pocas mujeres que había en ella la odiaban, y entre los jóvenes habría más tranquilidad con su ausencia. Su pensamiento se dirigió súbitamente a Jim Cleve,

la causa de su presente desdicha. Había olvidado a Jim, pero en aquel intervalo, su figura había crecido en su opinión. ¡Que agradable saber que se había batido por ella y que no había dicho nada! Le había juzgado mal y le detestaba precisamente porque le gustaba. Quizá más que gustarle. Se estremeció. Eran sus besos que volvían a quemar. Si no le odiaba, debía odiarle. Había sido siempre un inútil que la perseguía. Era el hazmerreír de la aldea, y sus actos habían hecho creer a sus otros admiradores y amigos que ella se preocupaba de el, o que estaba jugando con el. Pero entonces era diferente. Se había transformado terriblemente y la había asustado con su amenaza de perderse. Y a causa de esto ella le había seguido para caer en aquella azarosa aventura. ¿Donde estaría Jim Cleve? Como un relámpago paso por su mente una singular posibilidad. Jim se había dirigido a la frontera, confesando su desesperada intención de reunirse con Kells y Gulden y los demás bandidos de aquella inexplorable región. Y haría lo que había jurado. Y allí estaba ella, ella, la causa de todo, cautiva por aquel celebre Kells, que la internaba en aquella región agreste llamada la frontera. Kells y Jim Cleve acabarían encontrándose por allí. Jim la encontraría en manos de Kells. Y, pensaba Juana, algo terrible pasaría. Esta posibilidad, casi certeza, la estremecía, haciendo revivir aquel terror. Pero una nueva pasión se había despertado en ella. Comprendía que se alegraba de la aventura y, sin embargo, miraba con miedo y vergüenza aquel sentimiento.

Y mientras su imaginación trabajaba así, las horas de la mañana pasaban rápidamente y llevaban andadas muchas millas subiendo y bajando colinas. La boca de un cañón de paredes amarillas se abría ante ellos.

Kells se detuvo a la orilla de un arroyo.

-Apéese -dijo a Juana -. Vamos a comer aquí y a dejar descansar a los caballos. Se ha portado usted valientemente. Hemos andado más de veinticinco millas esta mañana.

La boca del cañón era un lugar verde y florido, agreste y bello. Árboles de todas clases crecían a lo largo del arroyo. Juana percibió una forma oscura que se alejaba entre los árboles : quizá fuera un oso o un venado. Desmonto, dándose cuenta de que las piernas le dolían, que era agradable estirarlas. Mirando hacia el camino que habían andado a través de un valle, vio en la falda de la colina de enfrente a los otros hombres, que se acercaban con caballos y paquetes. Tenía la costumbre de observar cuidadosamente las cosas, y pensó que o los que se acercaban tenían ahora un caballo más que antes o que ella los había contado mal cuando los había visto la primera vez. Su atención se volvió hacia otra cosa. Miro a Kells desensillar los caballos. Era delgado y musculoso, de manos ágiles. Su enorme revolver azulado le golpeaba las piernas. Aquel arma la atraía de una manera extraña. El pomo negro y curvado la hacía pensar que era de fácil y rápido manejo. Kells no trabo los caballos. Dio a su bayo algunas palmadas en la grupa, empujándole hacia el arroyo, donde le siguió la jaca de Juana. Los dos bebieron y, saltando el cauce, se pusieron a pacer en la otra orilla. Llegaron los otros dos hombres con los paquetes; Juana se alegro. No se había dado cuenta hasta entonces de que prefería no estar sola con Kells. Observo que no estaba el caballo de más que había creído ver. Le pareció extraño y pensó que estaría aún aturdida.

-Descarga los paquetes, Bill - dijo Kells.

Encendieron otra hoguera y empezaron los preparativos para la comida del mediodía. Bill y Halloway se mostraron locuaces y dirigían frecuentes miradas a Juana cuando Kells no los veía. Halloway silbaba una canción. Bill, aprovechándose de la ausencia de Kells, que había bajado al arroyo, empezó a hacer señas y visajes a Juana. Esta fingió que no los veía y dirigió sus ojos hacia otro lado. Los hombres murmuraron

-¡Que pretensiones tiene la tunanta! Pero a mí no me engaña; he conocido una porción de mujeres... -gruñó Halloway, y siguieron cambiando misteriosas observaciones en voz baja.

Kells volvió con un balde de agua.

-¿Que es lo que os pasa a vosotros? - preguntó.

Los dos hombres se volvieron con el gesto más inocente.

-Creo que lo mismo que a ti -contestó Bill. Y en aquella respuesta mostró con que poco se podía encender una hoguera de discordia entre aquellos hombres sin ley.

-Es la compañía a que no estamos acostumbrados - añadió Halloway con una sonrisa conciliadora -. Bill está iniciando la amistad. No puede remediarlo, y pensando en lo triste que está siempre, yo me alegro.

Kells no contestó a esto y se volvió a continuar sus tareas. Juana pudo mirarle de cerca los ojos y se asusto otra vez. No parecían ojos, sino espacios grises, aberturas opacas sin nada visible detrás, y, sin embargo, con algo terrible. Bill y Halloway siguieron los preparativos de la comida que por fin acabaron. Entonces los hombres atendieron a su apetito abierto por el aire del campo y el movimiento. Juana se sentó separada de ellos y, después de calmar su hambre, descanso recostándose a la sombra de un chaparro. Una sombra paso por encima de ella, y levantando los ojos vio un águila que volaba sobre el cañón. Luego sucumbió al sopor que la invadía hasta cerrar los ojos. El tiempo pasaba y ya empezaba a desear verse sobre el caballo; pero los hombres estaban descansando y Kells parecía entretenerse adrede. No tenía que hacer con el tiempo otra cosa que gastarlo. Trato de combatir su deseo de acción y movimiento; no conseguiría nada preocupándose. Pero era incapaz de resignarse y su esperanza empezó a desvanecerse.

El ruido de los caballos que se movían le hizo alzar la cabeza y vio que empezaban a levantar el campo y a ensillar los caballos. Kells solo había hablado con ella dos veces en todo aquel día. Y ella, aunque agradecía su silencio, no podía comprenderlo. Tenía un aire preocupado, algo que no convenía a la amabilidad de su semblante. Era gentil, alegre y dulce en sus palabras; daba la impresión de bondad. Pero Juana empezaba a comprender que no era peso en la conciencia, sino más bien un plan, un proyecto que le absorbía, y que cuanto más pensaba en el, más le preocupaba. Juana se preguntaba si no sería el rescate en oro lo que pensaba pedir por ella.

Cuando todo estaba ya casi dispuesto para partir, se levanto. Kells se había ocupado con su caballo, que no estaba muy tratable en aquel momento. Bill alargo a Juana las bridas del suyo y sus manos se tocaron. El contacto fue un accidente, pero el resultado fue que Bill acerco su mano más. Ella retiro la suya sin comprender, pero vio aparecer un violento y oscuro deseo en la morena cara de el y que una de sus manos se extendía hasta

llegar a su pecho. Fue una acción animal e instintiva; no pretendía nada. Ella comprendió que no había podido resistir la tentación. Había vivido lo bastante entre hombres rudos para comprender que no pensaba nada; pero ante la profanación de aquel contacto retrocedió con un grito. Detrás de ella oyó un paso rápido y una respiración silbante.

-¡Oh Jack! - gritó Bill.

Kells, con una rapidez salvaje y elástica, se había puesto entre los dos. Con el pomo de su revólver pegó a Bill en medio de la cara. Bill cayó como un fardo y quedó en el suelo con una sangrienta señal en la frente. Kells le miró bajando lentamente su arma. Juana temió que disparase.

- ¡Oh, no, no! - gritó -, no me ha hecho nada.

Kells la empujó. A su contacto sintió una sacudida casi eléctrica. Su cara no había cambiado, pero sus ojos estaban terribles. En el fondo gris flotaban algunas chispas rojas.

-Tome su caballo- ordenó- No; mejor, cruce a pie el arroyo; ahí hay un camino; siga por el cañón, que yo la alcanzaré. Y no corra ni se esconda, porque sería peor. Ande.

Juana obedeció. Pasó por delante de Halloway, que estaba asombrado con la boca abierta, y cruzó el arroyo saltando de piedra en piedra. Encontró el sendero y lo siguió apresuradamente sin mirar hacia atrás. No se le ocurrió esconderse ni escapar. Obedecía consciente de que una fuerza la dominaba. Oyó voces fuertes y el agudo relincho de un caballo. El camino seguía entre la pared izquierda del cañón y el rumoroso arroyuelo. Creyó oír disparos y se asustó, pero no estaba segura de haber oído. Se detuvo a escuchar. Solamente

el rumor del agua corriente y el silbido del viento entre las ramas de los árboles llegaba a sus oídos. Siguió andando, empezando a ordenar sus pensamientos y a conjeturar sobre el significado del proceder de Kells. ¿Habría sido aquél el motivo? Lo dudaba, lo dudaba todo de él. Sólo sabía que una sutil impresión de violencia, de fuerza y de crueldad se desprendía de su persona.

Un grito la hizo detenerse y volver la cabeza. Dos caballos cargados se acercaban por el sendero. Kells los llevaba junto con la jaca de ella. Los otros dos hombres no tenían. Kells la alcanzó pronto y ella tuvo que apartarse a un lado del sendero para dejar pasar a las bestias cargadas. Él le entregó las bridas de su montura.

-Monte -ordenó.

Ella cumplió la orden y después se encaró valientemente con él.

-¿Dónde están los otros dos?

-Nos hemos separado -contestó él secamente.

-¿Por qué? -insistió ella.

-Si tiene usted tanto interés en saberlo le diré que porque estaba usted ganándose sus simpatías mucho más de lo que a mí me parece conveniente.

-¡Sus simpatías! -exclamó Juana.

Aquí aquellos penetrantes ojos grises se fijaron otra vez un momento en ella. Había creído adivinar el sentido de sus palabras. Sospechaba que coqueteaba con aquellos rufianes, quizá para escaparse de él por su medio. Pero aquella suposición se desvaneció después de su rápida mirada. Quizá fuera mejor emplear con aquel hombre extraño una fingida ignorancia de su significado, una simulación de inocencia. Resolvió probar y usar de su intuición de mujer, de su ingenio y de su astucia. Aquel criminal, aquel proscrito, era un hombre educado que en algún rincón de su memoria debía conservar recuerdos de una vida diferente, que podían removerse. Juana decidió en aquel momento que, si llegaba a comprenderle, a saber cuáles eran sus verdaderas intenciones hacia ella, podría luchar con él.

-Bill y el otro pensaban demasiado en el rescate que yo persigo -prosiguió Kells con una risa seca y breve-. Venga, sígame lo más cerca posible.

Juana siguió por el sendero con aquella risa sonando en sus oídos. ¿No había en ella algo de burla? ¿Tenía alguna razón para creer una sola de las palabras de aquel hombre? Se sentía incapaz de penetrar en sus intenciones.

Habían entrado en un cañón típico en aquella parte de la montaña y el camino serpenteante que seguían al pie de los amarillos muros era muy poco usado por los viajeros. Juana no veía en él más huellas que las de los venados y los pumas. Los ruidos que en los chaparros hacían los animales salvajes y los conejos que se escapaban apenas asustados atestiguaban lo agreste y desierto del lugar. Pasaron junto a una vieja cabaña en ruinas, usada alguna vez por cazadores o mineros. Allí se acababa el sendero, pero Kells siguió por el cañón adelante. A Juana le pareció que aumentaba la altura de las paredes y la espesura de la vegetación. En una revuelta, el segundo de los caballos de carga, que no parecía muy acostumbrado a esta clase de trabajo, quedo completamente delante de los ojos de Juana, impresionándole su parecido con algún otro caballo que le era familiar. La misma impresión que hubiera recibido del caballo de Kells o del de Bill o cualquiera otro que hubiera visto solamente pocas veces. Observó al animal estudiando su paso y proceder. No tardó mucho en descubrir que no era un caballo de carga. Le molestaba el peso y no sabía cómo llevarlo. Esto le hizo pensar con más detenimiento y observarlo con más cuidado. De repente se dio cuenta de que el parecido que encontraba era con el caballo de Roberts. Sintió otra vez el frío del espanto. Cerro los ojos para recordar mejor las características del caballo que montaba Roberts : una mano blanca, la izquierda, alazán con una extraña marca clara en la frente. Al recordar Juana estas particularidades estaba tan segura de hallarlas en aquel caballo, que tenía miedo de abrir los ojos. Hizo un esfuerzo para mirar y creyó ver tres bestias iguales; aún tenía

esperanza. Luego el caballo, al escoger su camino, volvió la cara hacia ella, y descubrió la lista clara que tenía en la frente.

Juana lo reconoció. Roberts no estaba camino de su casa; Kells había mentido; Kells le había matado. ¡Qué prueba tan clara y tan horrible ! Confirmaba la triste profecía de Roberts. Juana se sintió de pronto enferma y mareada. Solamente con un esfuerzo grande consiguió sostenerse sobre su silla; luchó con su horror como si luchase con un animal. Agarrada a la montura, con los ojos cerrados y dejando a su jaca que eligiese el camino, soportó el golpe de aquel descubrimiento sin dejarse dominar por él. Y al recobrarse de su momentánea debilidad, el cambio de aspecto de su situación llenaba su mente. Comprendió a Kells y la espantosa naturaleza del peligro que corría. No sabía por qué lo comprendía ahora, pero había desaparecido el último vestigio de duda. Todo era al presente claro, real y siniestro. Había sido engañada como un niño, por alguna razón que no se le alcanzaba. Lo del rescate era falso; también era falsa la afirmación de Kells de que se había separado de Bill y Halloway porque no quería repartirlo con ellos. Aquella idea era ridícula en la nueva luz. Desde el primer momento Kells la había querido a ella y había tratado de persuadir a Roberts de que se la abandonase, y al no conseguir convencerle le había matado ; lo mismo se había librado de los otros dos . hombres y Juana estaba ya bien segura de que había oído disparos. La intención de Kells se veía claramente sobre toda aquella trama, clara y espantosa, peor que el cautiverio, que la tortura o que la muerte; la peor suerte que el destino podía deparar a una mujer.

Era una realidad asombrosa; verdad, tan verdad como aquellas historias que a ella le habían parecido imposibles. Ella y sus parientes y amigos eran tan felices y se sentían tan seguros en su montaña con su trabajo, que apenas habían dado crédito a los rumores de cosas que pasaban como la que ahora le pasaba a ella. Los asesinatos de los buscadores solitarios, los robos y las riñas en las tabernas, las persecuciones de los bandidos de la frontera, rápidos y. sutiles como árabes o apaches, eran sucesos terribles pero insignificantes comparados con lo que a ella le pasaba. La verdadera razón de su captura, lo que significaba, era un acicate para su inteligencia y para su valor. Puesto que aún vivía, lo que era en verdad extraño, tenía que enfrentarse con Kells con todo lo que hay de felino y diabólico en la naturaleza de la mujer. Tenía que ganarle, engañarle, matarle o morir. No era ella la que podía dejarse arrastrar a las montañas para convertirse en juguete de un bandido. Su horror había penetrado en profundidades de su ser y descubierto allí poderes cuya existencia nunca hubiera sospechado; fuerzas que no requerían el concepto que hasta entonces había tenido de la vida. Ya no sentía miedo; se veía capaz de luchar con aquel hombre, de anticiparse a él.

Y se sintió como una mujer que se da cuenta de que ha sido una niña inconsciente que soñaba con vagos acontecimientos de un pasado remoto, anterior a su nacimiento, con imposibles aventuras para el futuro. El odio, la ira y su dignidad ultrajada no eran todo el secreto de la exaltación del espíritu de Juana Randle.

# IV

Siguieron por aquel camino; salieron de el y entraron• en otro sin que Juana permitiese que Kells viera sus ojos hasta que comprendió que no había en ellos ni una sombra de la fuerza de su espíritu, del secreto de su alma.

Llego un momento en que el camino era tan empinado y áspero que tuvo que pensar en su caballo y en su propia seguridad. Kells avanzaba sobre una cresta de rocas por donde ella tenía que seguir a pie muchas veces. Tenía, al parecer, varias millas de extensión. Lobos y zorras aparecían en los claros y los contemplaban atentamente. A todo su alrededor se

levantaban los picos de las montañas. La tarde estaba muy avanzada cuando Kells empezó a descender de nuevo por un camino en zigzag internándose de nuevo en los cañones.

Desde el punto en que se detuvieron se veía un pico solitario de una montaña sobre el cual se reflejaba la luz del sol poniente. Allí acabo el más largo de los viajes que jamás Juana había hecho en un solo día. Durante millas y millas habían estado bajando y subiendo por las montañas. Juana había perdido toda idea de orientación; estaba completamente mareada y perdida. El paraje era uno de los más agrestes y bellos que había visto en su vida. Un cañón empezaba allí. Era estrecho, de paredes bajas y cubierto de una exuberante vegetación. Había venados que permanecían quietos, observando con las orejas tiesas, curiosos y mansos como ganado doméstico. Y las ondulaciones de la maleza mostraban el camino que seguían otros animales menores que se alejaban.

Al pie de un árbol gigantesco que llegaba hasta el borde de las paredes del cañón, Juana vio una pequeña cabaña. No hacía mucho tiempo que se había edificado, porque en alguno de los leños se veía aún la señal de la sierra. No se parecía a las cabañas de los buscadores de oro y los cazadores que Juana había visto en sus excursiones con su tío.

Juana había columbrado todos estos detalles de una sola mirada. Kells había desmontado y se dirigía hacia ella, que le miro francamente.

-Estoy tan cansada que casi no puedo bajar del caballo - dijo.

-Cincuenta millas subiendo y bajando por entre rocas y maleza, sin ningún descanso - exclamó él con admiración-; ya tiene usted nervio.

¿Donde estamos?

-En el Cañón Perdido. Muy pocos hombres lo conocen y todos me son adictos. Pienso tenerla a usted aquí.

-¿Cuánto tiempo? -preguntó ella sintiendo la intensidad de su mirada.

-Pues hasta que... hasta que obtenga ese rescatecontestó él lentamente.

-¿Cuánto piensa usted pedir?

-Ahora vale usted cien mil dólares en oro... Más tarde puede que la cediese por menos.

La percepción aguzada de Juana comprendió el significado apenas velado de su respuesta. La estaba estudiando.

-¡Oh! Pobre tío. Nunca podrá conseguir tanto.

-Sí que podrá - replico Kells con voz sorda.

Luego la ayudo a descender de la silla. Ella se sentía entumecida y torpe y se dejo bajar. Kells la tomo en sus brazos con gentileza y como un caballero; para Juana, el primer angustioso momento de la prueba había pasado. Su intuición no la había engañado. Kells podía ser, y era, probablemente, el más depravado de los bandidos; pero sin embargo, la presencia de una muchacha como ella le afectaba; le traía quizá recuerdos de tiempos en que por educación, familia y costumbres era un hombre infinitamente diferente. Sus actos eran, como los del rufián Bill, instintivos e involuntarios. Este pequeño detalle, frágil eslabón que aún le unía con un pasado y una vida mejor, animo a Juana y le mostró en toda su magnitud las dificultades de la partida que tenía que jugar.

-Es usted un ladrón muy galante.

Él no pareció oír ni darse cuenta de su observación; la contemplaba de arriba abajo y se acerco más a ella, quizá para apreciar mejor su estatura comparándola con la suya.

-No sabía que fuese usted tan alta.

-Sí, soy muy larguirucha.

-Nada de eso; tiene usted una espléndida figura, alta. flexible y fuerte. Es usted muy bonita. ¿No lo sabía usted?

pongo que se lo tendré que aguantar a usted, aunque no esperaba Cumplimientos de Jack Kells, de la Legión de la Frontera.

-¿Legión de la Frontera? ¿Dónde ha oído usted ese nombre?

-No lo he oído en ninguna parte. Se me ha ocurrido a mí en este momento.

-Pues ha inventado usted una cosa que yo pienso usar. ¿Cómo se llama usted de nombre? Se lo he oído a Roberts, pero ya no me acuerdo.

Juana sintió una fría contracción en todo su ser, pero externamente no lo demostró ni con el más ligero pestañeo. -Me llamo Juana.

-Juana - dijo él colocando sus dos manos en sus hombros y haciéndola mirarle frente a frente.

Otra vez sintió ella su mirada extraña, como el reflejo del sol sobre el hielo. Tuvo que mirarle; aquélla era la prueba suprema. Durante horas se había estado preparando para aquel momento y ahora rezaba al fijar su mirada en aquellos ojos, ventanas de un infierno gris. Y contempló aquel abismo, aquella alma oscura que se le descubría, con la tímida ansiedad, el temor y la inconsciencia de una niña inocente e ignorante.

-¡Juana! ¿Sabes para qué te he traído aquí?

-Desde luego, puesto que usted me lo ha dicho - contestó ella tranquilamente -. Quiere usted un rescate en oro... y me temo que me tendrá usted que llevar otra vez a mi casa sin que le den nada.

-Ya sabes lo que quiero hacer contigo-siguió él con voz opaca.

-¿Hacer conmigo? -exclamó ella sin mover ni un músculo- No me había usted dicho nada, ni yo había pensado, pero yo no tendré la culpa si no hay oro para mi rescate.

Él la sacudió; su cara había cambiado y se volvía cada vez más sombría.

-Ya sabes lo que quiero decir.

-No

Trató de escaparse de sus manos, pero él la retuvo con más fuerza.

-¿Cuántos años tienes?

Juana sólo representaba su edad por la estatura y desarrollo, pero muchas veces se la había confundido con una jovencita de muy pocos años.

-Diecisiete - replicó.

No era verdad, pero: aquella mentira salió sin la menor vacilación de unos labios que la habían despreciado siempre.

-¡Diecisiete! - murmuró él con asombro -. ¿De verdad?

Ella levantó la cabeza con desdén y permaneció silenciosa.

-¡Bah! Creía que eras una mujer de veinticinco o por lo menos de veintidós años. ¡Diecisiete años y con esa estatura! Eres una niña. ¿Qué puedes saber tú?

Y la dejó con violencia, como si estuviera enfadado con ella o consigo mismo, y se dirigió hacia los caballos. Juana avanzó hacia la pequeña cabaña. Aquel encuentro la había dejado débil, pero una •vez fuera de su vista y segura de haber conseguido su propósito, recobró pronto el ánimo. Podía haber y probablemente habría situaciones más difíciles para ella, pero comprendía que nunca estaría tan cerca de traicionarse como había estado entonces.

La escena de su aislamiento encerraba para ella una curiosa fascinación. Algo, y se estremecía, le iba a pasar en aquel solitario y silencioso paraje. Algunas piedras planas servían de toscos asientos al pie del árbol y un rápido y cristalino arroyo de un metro de ancho corría cerca de el. Observando una cosa blanca en el árbol, Juana se acercó más. Un naipe, el cinco de oros, había sido clavado, al árbol por varias balas, cada una de las cuales había tocado en el mismo centro una de las monedas; debajo de los balazos estaba escrito con letras torpes y con lápiz el nombre de Gulden. Muy poco tiempo antes, apenas algunas noches, si Jim la hubiera amenazado con aquellos dos nombres, no hubiera creído que se trataba de hombres verdaderos a quienes ella había de conocer. Y allí estaba prisionera de uno de ellos. Preguntaría a Kells quien era aquel Gulden. La cabaña de troncos era sencillamente un cobertizo con el suelo cubierto de retoños de árbol secos. Un estrecho sendero conducía desde allí hasta el fondo del cañón. Aquel sendero, al parecer de Juana, no había sido pisado por un

caballo en muchos meses. Kells la había llevado a uno de esos lugares que se dice que sólo son accesibles a los halcones de la frontera. Juana sabía que sólo un indio podría seguir el tortuoso sendero por que Kells la había traído. Nunca podrían seguirla allí sus amigos.

Estaba acalorada y -polvorienta del largo viaje, con el cabello en desorden y los vestidos destrozados. Se dirigió hacia la silla de su caballo, que Kells había quitado al animal, y abriendo la bolsa que tenía allí hizo el inventario de lo que poseía. No era mucho, pero en vista de la obligada y forzosa permanencia en las montañas, de un valor incalculable. Una toalla, jabón, cepillo para los dientes, un espejo, un peine, un pañuelo rojo y guantes. Recordó que pocas veces había llevado aquella bolsa en la montura y pensando en ello tuvo que confesarse que debía el hecho a la casualidad y a un poco de vanidad. "Tomando la bolsa, se dirigió a una piedra plana que estaba al lado del arroyo y, remangándose, procedió a mejorar su aspecto. Se arregló el cabello corno lo llevaba cuando no tenía 'más que dieciséis años y luego se levantó y se adelantó decididamente hacia donde Kells estaba deshaciendo los paquetes.

-Le ayudaré a hacer la cena -dijo.

Ella estaba de rodillas en medio de una porción de útiles de campaña que habían sido empaquetados con precipitación. Levantó la cabeza y la miró a los fuertes y bien formados brazos morenos y a la cara, que se había frotado con agua hasta ponerse encarnada.

-¿Eres una chica muy guapa! -dijo con entusiasmo y admiración, sin malicias ni sutilezas en su tono. Y aunque hubiese sido el mismo demonio, no hubiera sido menor el homenaje espontáneo a la juventud y a la belleza.

-Me alegro mucho de que piense usted así, pero haga el favor de no decírmelo -contestó ella simplemente.

Luego se aplicó activamente a ayudarle a ordenar el embrollo que el caballo de Robert había hecho de aquel fardo. Y al acabar aquella faena se puso a preparar la masa para las tortas mientras él encendía el fuego. Él pareció estimar más su habilidad que su deseo de ayudar, y hablaba poco, pero la miraba con frecuencia y tenía algunos períodos de abstracción. La situación era nueva y extraña para él. A veces Juana leía en su imaginación y a veces era un enigma. Pero adivinaba cuando pensaba él en el cuadro que ella ofrecía allí, arrodillada frente al cuenco, con los brazos llenos de harina: en la diferencia que suponía en cualquier parte la presencia de una mujer; en lo extraño que parecía que aquella muchacha, en lugar de yacer aterrada, llorando y rezando al pie del árbol, pensando solamente en su casa, sacase el mejor partido de una mala situación y la mejorase con su valor.

Se sentaron con las piernas cruzadas uno a cada lado de la lona que les servía de mantel y empezaron a comer. Fue para Juana la cena más extraña que había hecho en su vida; parecía un sueño. Kells estaba cambiando de una manera casi imperceptible. La amabilidad de su cara se desvanecía y sólo le dirigió la palabra para ofrecerle más pan, o más carne o café. Después de cenar no le permitió que lavase ella los cacharros, sino que atendió él mismo a este menester.

Juana se sentó al pie del árbol y cerca de la hoguera. Un crepúsculo color de púrpura empezaba a ensombrecer el cañón Lejos, en la cúspide del elevado pico, desaparecía el último rayo de sol. No se movía el aire ni se oía el menor ruido. Juan se preguntaba dónde estaría Jim Cleve. Muchas veces había pasado con él las horas del crepúsculo. Sentía un injusto resentimiento contra él; sabiendo que ella era la culpable, le achacaba la culpa de su situación. Pensó también en su tío, en su hogar y en su buena y anciana tía, que siempre se había preocupado tanto por ella. Y en verdad que tenían motivos para preocuparse; estaba más inquieta por ellos que por sí misma; aquel recuerdo debilitó su espíritu un momento.

Acongojada, se cubrió la cara con las manos. Las lágrimas eran un consuelo. Se olvidó de Kells y del papel que se había impuesto. Pero los recordó rápidamente al contacto de su mano.

-¿,Estás llorando? -preguntó ásperamente.

-¿Cree usted que tengo motivos para reír? -contestó Juana enjugándose los ojos.

-Pues no llores más.

-No he podido dejar de llorar un poco. Pensaba en mi hogar, en los que han sido un padre y una madre para mí. No lloraba por mí, sino por ellos, que tanto me quieren y que estarán muy tristes sin mí.

-Con llorar no adelantarás nada.

Juana se levantó entonces, pero no ya sincera y descuidada, sino jugando la astuta comedia. Se acercó a él en la oscuridad.

-¿Ha amado usted alguna vez a alguien? - preguntó - ¿Una hermana, una muchacha como yo?

Kells se alejó perdiéndose en la oscuridad. Juana se quedó sola.. No sabía como interpretar su acción y su actitud. ¿Sería favorable o no? Esperaba que fuera señal de que en él quedaba aún algo bueno. ¡Si pudiera ocultar su terror, su aborrecimiento y su conocimiento de sus intenciones! Encendió una brillante hoguera; había madera en abundancia y ella temía la oscuridad de la noche; además, que empezaba a refrescar. Dispuso su silla y sus mantas cerca del fuego para esperar cómodamente el regreso de Kells. Comprendía, sin saber por qué, que había perdido parte de su miedo hacía Kells. Y debía temerle más cada hora, cada minuto que pasaba. Oyó sus pasos sobre la hierba y le vio salir de la oscuridad con un haz de leña sobre el hombro.

-¿Te has repuesto ya de tu tristeza? -preguntó bajando los ojos hacia ella.

-Sí.

Kells se inclino para recoger un ascua con que encender su pipa y luego se sentó un poco separado del fuego. La llama le iluminaba brillantemente y no tenía un aspecto ni formidable ni cruel. Le preguntó donde había nacido, y después de la respuesta de ella siguió con otras preguntas. Y continuo así hasta que ella comprendió que le interesaba mucho menos su conversación, que su presencia, el sonido de su voz, su personalidad. Sentía en él el hambre del solitario por la voz de una mujer. Había oído a su tío hablar de la soledad de algunos campamentos y de como todos los hombres perdidos en la floresta veían caras en las pavesas y eran perseguidos por voces imaginarias. Al fin y al cabo, Kells era un hombre. Y ella habló, hablo como nunca había hablado en su vida, brillante y elocuentemente, de los sucesos de su agitada juventud, de sus dolores y las alegrías de algunos de sus sueños hasta el momento en que había venido a Hoadley.

-¿Has dejado algunos enamorados en Hoadley? - preguntó él después de un silencio.

-Sí.

-¿Cuántos?

-Todo el pueblo -contestó ella riendo-. Pero eran admiradores más bien que enamorados.

-¿Entonces no tienes ninguno?

- No, todavía no.

-¿Te gustaría quedarte para siempre en este lugar tan solitario?

-No. Me gustaría quedarme aquí si mis gentes supieran que estoy bien y a salvo. Me han gustado siempre los sitios solitarios y he soñado muchas veces con uno como éste. ¡Parece esto tan lejano, tan cerrado entre las paredes del cañón, tan silencioso... ! Me gustan las estrellas. Me hablan lo mismo que el viento al murmurar por entre las hojas de los árboles. Escúchelo, tan dulce y tan melancólico. Me habla de mañana y si no tuviera otras preocupaciones... aquí... Todavía no he acabado de hacerme mujer. Me gusta trepar por los árboles para buscar nidos y ver los pequeños animalitos piando por sus madres, pero no soy capaz de tocarlos, no soy capaz siquiera de pegar a mi caballo ni clavarle las espuelas.

-Eres una muchacha extraña.

-Soy igual que todas las demás, pero usted no las conoce.

-He conocido muy bien a una que me puso una cuerda al cuello -contestó él sombríamente.

-¿Una cuerda?

-Sí; la cuerda de la horca. Pero no consiguió verme colgado.

-¿Y era buena?

-¡Mala, tan mala como soy yo! -contestó el con fiera pasión.

Juana tembló. Aquel hombre se había transformado en un instante y estaba tan sombrío como la muerte. Se sentía incapaz de mirarle, pero debía seguir hablando.

-¿Malo? A mí no me parece usted malo. Violento, quizás, o desesperado... Cuénteme algo de su vida.

Había conseguido conmoverle. La pipa se le cayó de la mano. En la oscuridad del campo debió ver caras de espectros de su pasado.

-Sí, ¿por qué no? - dijo con voz extraña -. ¿Por qué no hacer lo que me ha sido imposible durante muchos años? Abrir los labios. ¡Qué importa hablar con una muchacha de lo que nunca podrá contar! ¿He olvidado? ¡Oh, Dios! No, de todo me acuerdo. Escucha y así sabrás que soy malo de verdad. No me llamo Kells. Nací en el Este y allí me eduqué hasta que me escapé. Era joven y ambicioso. Robé y .me escapé. Vine al Oeste en el cincuenta y uno a los campos auríferos de California y me hice un aventurero, un minero, jugador y ladrón; un salteador. Yo tenía en mi la perversidad que todos los hombres tienen y los años de vida salvaje la hicieron aparecer. El crimen, el oro y la sangre; todo es la misma cosa. Cometí todos los crímenes hasta que no hubo sitio por malo que fuese en que pudiera estar a salvo. Fui perseguido, cazado, sitiado hasta el hambre, casi colgado, y ahora soy… Kells, el proscrito que capitanea el grupo que tú has llamado la Legión de la Frontera. ¡Todos los crímenes menos uno, el más negro, el que esta noche se me ofrece y me persigue...!

-¡Oh! No diga, usted cosas tan terribles -gritó Juana- ¿Qué puedo decirle? Le compadezco y no le creo. ¿Cuál es el crimen que le persigue? ¿Cuál puede ser posible esta noche en este cañón solitario y solo conmigo?

Sombrío y terrible se levantó el hombre.

-¿Qué has hecho conmigo?-murmuró con voz ronca- Esta noche, esta noche... Un día más y estaré tan loco que haré el bien en lugar del mal. ¿Comprendes esto?

Juana se inclinó hacia la hoguera con las manos extendidas y los labios temblorosos abrumada por aquella confesión, por aquel único resto de honor, tanto como por la sombría indicación de la pasión que le dominaba.

-No, no..., ni le comprendo ni le creo -gritó-, pero me asusta usted. Estoy aquí sola con usted y usted dijo que estaría a salvo... ¡Oh, no, no...!

Su voz se apagó y se dejó caer rendida sobre su asiento. Probablemente Kells no había oído más que las primeras palabras de su ruego porque se había puesto a pasear por el círculo de la hoguera del campamento. El enorme revólver le golpeaba la pierna. A los ojos de Juana crecía y se convertía en una cosa monstruosa. Una maravillosa intuición le decía que Kells sucumbía a la bestia que en él se despertaba, aunque con todo lo que le quedaba de humano luchase contra ella. Toda su infantil dulzura e inocencia no había servido más que para despertar en él los espectros de recuerdos muertos. No podía ganarle ni engañarle; tenia que conseguir poner sus manos en aquel arma. ¡Matarle, o...! La alternativa era la muerte para ella. Y reunía las inconquistables e indomables fuerzas de su naturaleza de mujer esperando el momento de hacer, supremo y desesperado, el esfuerzo final…

# V

Kells se paseaba como una sombra negra y silenciosa,, con la cabeza inclinada como si todo a su alrededor fueran demonio y furias.

Las impresiones de Juana eran extrañas y sutilmente agudas. Le veía abrumado por su carga, sombrío y desesperado consigo mismo porque en el el hombre despreciaba al cobarde. Los hombres de su estampa eran pocas veces o nunca cobardes. En su vida no había cobardía ni timidez. Juana comprendía que lo que ardía en su pecho, aquella llama que invadía todo su ser, era odio. Y, sin embargo, en su corazón había un grado de lástima por él. Medía su abandono y su lucha contra la monstruosa crueldad, las pasiones engendradas por una vida salvaje entre hombres igualmente salvajes. Y considerando las muchas oportunidades que había tenido en las largas horas y las millas y millas solitarias, comprendía sin apreciarlo, un punto menos de lo que valía, lo que le había costado contenerse y lo diferente que era de Bill, y Halloway. Pero todo aquello no era nada y resultaba inútil pensar en ello, a menos que él consiguiera conquistarse a sí mismo. Ella esperaba reprimiendo sus nervios con un freno de acero, inmóvil y silenciosa.

Se reclinó sobre su silla, cubierta con una manta y con los ojos abiertos. Y a pesar de aquella sombría figura que se paseaba por delante de ella y del único y terrible pensamiento, inevitable, que limitaba su imaginación, veía los bellos cambios de resplandores de la hoguera, las frías e impasibles estrellas y las sombras misteriosas al pie de las paredes del cañón. Oía los suspiros del viento y el argentino murmullo del arroyo y otros sonidos sin nombre o sencillamente imaginados. Pero el insoportable silencio de la noche pesaba sobre ella. Aquel siniestro cañón parecia estar en el último confín del mundo. Se sentía encenada en una vasta tumba rodeada de montañas sin fin.

Kells apareció súbitamente a su lado: había llegado hasta ella caminando sin ruido y se inclino a mirarla. En la oscuridad no podía ver su cara, pero su posición era la de un lobo que se prepara para saltar. Se siguió inclinando lentamente. Juana vio el pesado revolver que se separaba de su pierna; lo vio destacarse negro sobre el resplandor de las llamas; una chispa de luz se reflejaba azul sobre su pomo. Kells se había inclinado lo bastante para que pudiera ver su cara y sus ojos; dos sombras que llameaban. -Le miro tranquilamente, con los ojos abiertos, sin temor. La respiración de Kells sonaba rápida y agitada. La miro durante un interminable momento y luego se enderezo y siguió sus paseos.

Después de aquel momento, Juana podía haber contado el tiempo por los minutos o las horas que Kells venía a contemplarla inclinándose sobre ella. Se aproximaba por todos lados y siempre la hallaba con los ojos abiertos y sin sueño; contemplaba su delicada forma y desaparecía en seguida en la oscuridad. Algunas veces dejaba de oír sus pasos y entonces permanecía alerta temblando y escuchando, temiendo que saltase sobre ella como una pantera. Unas veces alimentaba el fuego hasta producir una brillante llama y otras lo dejaba apagarse; y aquellos intervalos oscuros eran tremendos para ella. La noche parecía estar en traicionera liga con su enemigo. Era interminable. Rezaba porque llegase el día, y, sin embargo, se preguntaba con pavor qué ocurriría entonces. ¿Podría resistir más horas interminables como aquéllas? Había momentos en que temblaba como una hoja sacudida por el viento, en que se podía oír los latidos de su corazón, momentos en que un niño hubiera adivinado su angustia. Había otros en que todo lo veía deforme, irreal, imposible como las imágenes de una pesadilla. Pero cuando Kells se aproximaba a mirarla como un gato contempla a un ratón prisionero, volvía a ser fuerte y a esperar, con un sentido extraño de la proximidad de aquel arma tremenda que pendía de su cintura. Avanzada la noche, dejo de acercarse y de pasearse. Ella desconfiaba más de su ausencia que de su presencia. Cuanto más cerca le tenía más fuerte se sentía y más decidida en su propósito. Por fin el cañón perdió su negrura y se volvió gris. Se acercaba el alba. La horrible e interminable noche en que había pasado de niña a mujer había terminado y Juana no había cerrado los ojos ni un solo instante.



Librodot

Cuando rompió el día se levanto. Las largas horas que había permanecido inmóvil habían dejado sus músculos doloridos y empezó a pasearse para desentumecerse. Kells se levantaba de su manta que había tendido al pie del árbol. Le vio bajar al arroyo y, hundiendo sus manos en el agua, lavarse la cara con una especie de furia. Luego se acerco a los restos de la hoguera. Estaba sombrío; había en su cara una dureza que no había sido perceptible el día antes.

Juana encontró el agua fría como el hielo, que aliviaba el ardor de su piel. Luego se alejo, viendo que a Kells no parecía importarle, y siguió el arroyo hasta unos cien pasos del campo. Busco su caballo, pero no estaba a la vista. Había decidido escaparse a da primera oportunidad, a pie o a caballo, de cualquier manera, con tal de salir de entre las garras de Kells, aunque se perdiese en las montañas y se muriese de hambre. El día sería posiblemente soportable, pero otra noche como aquélla la volvería loca. Se sentó en la ribera, pensando y proyectando, hasta que la sobresalto una llamada de Kells y volvió lentamente sobre sus pasos.

-¿No quieres comer? -le preguntó.

-No tengo hambre-replicó ella.

-Pues tienes que comer a pesar de eso -ordenó él.

Juana se sentó y Kells puso comida y bebida delante de ella. No le miraba ni sentía su mirada. La distancia que les separaba era infinitamente mayor que el día anterior, que ya era muy grande. Comió todo lo que pudo tragar y rechazo el resto. ¡Se levanto y siguió paseándose por el campo, viendo apenas los objetos sobre que caían sus ojos. Sobre ella se levantaba la sombra de una catástrofe. Se apoyo contra un árbol y luego se sentó en un asiento de piedra; volvió a pasearse otra vez y nunca supo cuánto tiempo. Un extraño hundimiento en su espíritu, acompañado de un extraordinario deseo de actividad muscular, puso sus nervios a punto de romperse.

Una llamada de Kells clara y vibrante hizo desaparecer como un relámpago toda su debilidad. Le vio acercarse. Su cara estaba otra vez amable y bondadosa, brillante contra lo que parecía un fondo vago y oscuro. Avanzaba saltando como un montañés. Y al contemplar su mirada gris, vio desenmascarada toda la crueldad, todo el poder diabólico de la pasión ingobernable que había ya percibido en él.

La cogió de un brazo y de un simple tirón la hizo volverse hacia él.

-Tienes que pagarme tú el rescate.

La había cogido como si pensase que iba a ofrecerle resistencia, per- ella se dejaba manejar sin oponerse. Inclinaba la cabeza sobre el pecho Para ocultar sus ojos. La arrastró más bien que la llevo ala cabaña.

-Estoy hambriento de ti - dijo con voz ronca, y la abrazo como si, siendo un salvaje, debiera emplear una fuerza salvaje en todos sus actos.

Juana solo se resistió ligeramente para escurrirse como una serpiente y pasar uno de sus brazos por debajo de los de el y luego se abandono. Él la apretó contra sí y la hizo inclinarse hacia atrás, acariciando su cara con mano ansiosa. La besó como un loco. Ella se sentía cegada y con la piel ardiendo, pero su propósito era tan rápido, tan firme, tan maravilloso como la salvaje pasión de él. Con la mano tocó el cinturón, rápida como el relámpago buscó el arma; sus, dedos tocaron el frío acero. Con un ansia que rivalizaba con la de él, la sacó de su funda y la levantó con los ojos cerrados. Yacía pasiva en sus brazos, devorada por sus besos, los besos de uno a cuya virilidad se han, negado la dulzura, la gloria, el fuego de los labios de una mujer. En aquel momento oponía ella a su primitiva furia de posesión el sentido primitivo de profanación de una mujer. Apretó el cañón contra su costado y oprimió el gatillo.

Un atronador estampido; el olor de la pólvora quemada llego a su nariz. Kells la apretó convulsivamente y -la soltó con una extraña disminución de fuerza. Ella retrocedió va libre de su brazo, pero aún con los ojos cerrados. Un horrible grito se escapó de los labios de Kells : un grito de mortal agonía que la estremeció, y abriendo los ojos le vio tambaleándose,

asombrado y rabioso como un lobo cogido en las implacables mandíbulas de acero del cepo. Sus manos se separaron de sus dos costados chorreando sangre. Le temblaban hasta el punto de que gotas rojas saltaron al suelo y a las paredes. Por fin pareció comprender y la amenazó crispando hacia ella aquellas sangrientas manos.

-¡Poder de Dios! -jadeó-. ¡Me has matado..., tú, una niña...! ¡Me has engañado..., lo sabías..., lo has sabido todo el tiempo...! ¡Pícara..., dame ese revólver...

-¡Atrás, Kells, atrás, que te mato! - grito ella y el arma que tenía en la mano empezó a temblar. Pero Kells no veía el arma; en su locura trató de moverse hacia ella, pero no pudo; se hundía. Las piernas cedieron a su peso y cayó de rodillas y si no hubiera sido por la pared se hubiera caído del todo. Un cambio transformó su cara; se puso blanco y espantoso, con gotas de sudor y líneas de tormento. En sus extraños ojos se pudieron leer los pensamientos que pasaban rápidos. Extrañeza, temor, desdén, hasta admiración.

-Has acabado conmigo, Juana -murmuró-. Me has roto la espina dorsal; me moriré. ¡Ay, Dios, el dolor! ¡Y yo le tengo miedo al dolor! Y tú, inocente niña de diecisiete años... tan tierna y tan gentil que no podías: hacer daño a nadie... Y me has engañado... ¡La astucia de una mujer! ¡Bah!, lo debía saber ya. Una buena mujer es peor que una mala... Pero lo merezco... Yo he sido..., pero el dolor, el dolor... ¿Por qué no me has matado de una vez?... ¡,Mírame morir, Juana Randle! Y puesto que tenía que morir así o ahorcado, prefiero que haya sido a tus manos... Hombre o bestia, creo que te amaba...

Juana dejó caer el revólver y se arrodillo a su lado retorciéndose las manos horrorizada. Quería decirle cuánto lamentaba que la hubiera obligado a hacerlo. Pero no podía hablar; tenía la lengua pegada al cielo de la boca, se ahogaba.

Otro cambio más lento y más sutil pasaba por la cara de Kells. Ya no veía a Juana; la había olvidado. El blanco desaparecía de su faz, que se tornaba gris como sus siniestros ojos. El espíritu, el sentido de la vida se alejaba de él; cesó el temblor de su cuerpo y todo lo que parecía quedar en él era un alma perdida que vagaba por el límite inefable entre la vida v la muerte. Sus hombros se escurrieron de la pared y cayo inmóvil y fláccido ante Juana que se desmayó.

# VI

Cuando Juana recobró la conciencia, vacía medio fuera de la entrada de la cabaña y sobre ella flotaba la nubecilla azul del humo de la pólvora. Casi al mismo tiempo percibió el humo, el recuerdo volvió a su mente. Escucho; no oía más que el ruido del viento y del arroyo. Kells, entonces, estaba muerto. Y por encima del horror de su acto flotaba el consuelo de la libertad que sacaba su alma de las temidas negruras, algo que susurraba la justificación del hecho fatal.

Se levanto evitando mirar a la cabaña y se alejo. El sol estaba casi en el cenit. ¿Qué había sido de las horas de la mañana?

«Debo escaparme», se dijo de pronto, y busco los caballos que pastaban en el fondo del cañón. Se lanzo apresuradamente por el estrecho sendero, pensando si lo seguiría o si trataría de escapar por el mismo camino que la había traído. Se decidió por lo último. Si caminaba despacio y observando los detalles que ya había visto una vez, buscando cuidadosamente sus propias huellas, creía que conseguiría salir con bien de la empresa. Tendría el valor de probar. Cogió su jaca y la condujo otra vez al campamento.

«¿Qué necesitaré?», se preguntó; y se decidió por muy poco. Una manta, pan y carne y una cantimplora de agua. Necesitaba un arma también; no había más que una: el revolver con

que había matado a Kells. Le parecía completamente imposible volver a tocar aquella cosa odiosa. Pero ahora que se había librado a tanta costa no debía retroceder ante ningún sentimiento. Resueltamente se dirigió a la cabaña, pero al llegar cerca de ella los pies la arrastraban. El arma yacía donde ella la había dejado caer. Sin querer vio al lado de la pared la forma del cuerpo de Kells. Fue un momento terrible el de inclinarse a recoger el revolver con mano temblorosa. Y en aquel instante un gemido la hizo estremecerse.

Se quedó inmóvil v rígida. ¿Había ya espectros en aquel lugar? El corazón se le saltaba del pecho y los ojos se le nublaban, pero otro gemido la hizo volver a la realidad. ¡Kells estaba vivo! Y la angustia que oprimía su garganta, todo su terror dio lugar a una inundación de instintiva alegría. No estaba muerto, no le había matado. Su sangre no estaba en sus manos. No había asesinado.

Se volvió a mirarle. Yacía tan espantoso como un cadáver y toda su alegría desapareció, pero quedo su compasión y olvidándolo todo se arrodillo a su lado. Estaba frío como el mármol y sin pulso. Aplico su oído contra el pecho. El corazón le latía débilmente.

-Está vivo -murmuró-, pero se está muriendo. ¿Qué haré?

Muchos pensamientos se agolparon a su cabeza. No podía auxiliarle; pronto habría dejado de existir y no tenía necesidad de esperar a su lado; había el riesgo de que llegasen algunos de sus camaradas. Suponiendo que no tuviera rota la espina dorsal y que ella detuviese el río de sangre que perdía, que le atendiese y le salvase la vida, pues si tenía alguna posibilidad de salvación tendría que ser por ella, ¿no volvería a ser el mismo salvaje en el momento en que otra vez se sintiese fuerte? ¿Qué influencia podía ella ejercer en aquel carácter? Aquel hombre era perverso y ella no podía conquistar su perversidad, que conocía. Había provocado y matado a Roberts v sin duda había asesinado, deliberada y fríamente, a los dos bandidos, Bill y Halloway, para quedarse solo con ella. Merecía morir allí como un perro.

Juana Randle procedió por fin como una mujer. Volvió cuidadosamente a Kells. La espalda de su chaleco y su camisa estaban empapadas en sangre. Se levanto para buscar un cuchillo, una toalla y agua. Al entrar en la cabaña el herido gimió otra vez.

Juana había vendado muchas heridas y no se asustaba de la sangre. La única diferencia en aquel caso es que se trataba de sangre vertida por ella. A pesar de su angustia, corto las ropas y las aparto con mano firme y le lavo la espalda. La gruesa bala había hecho un herida de bordes abiertos. La sangre corría aún y Juana no podía decir si la espina dorsal de Kells estaba rota o no, pero creía que el proyectil se había deslizado entre músculo y hueso. Tenía una mancha azul al lado del hueso, en la misma línea que la bala debía haber seguido. Rompió su pañuelo en pedazos y lo utilizo para vendas. Luego le acostó sobre una manta. Había hecho todo lo que estaba en su mano y con ello se sentía satisfecha y contenta. Rezó por su vida y, por si llegaba el caso, por su alma. Se levanto. Él estaba inconsciente, blanco como la muerte. Parecía que la tortura, la proximidad de la otra vida, había despojado su cara de crueldad y de aquella extraña expresión de bondad. Pero era que sus ojos, aquellas ventanas del infierno, estaban cerrados.

Juana espero el desenlace. Pasó la tarde sin salir de la cabaña. Era posible que volviera en sí y que necesitase agua o alguna otra cosa. Una vez había asistido a un minero aplastado por un alud y no podía olvidar como pedía agua y la gratitud que brillo en sus ojos cuando se la dio.

El sol se oculto; el crepúsculo y la noche cayeron sobre el cañón y empezó a sentir la soledad como algo tangible. Metió su silla y las mantas -en la cabaña y se hizo un lecho dentro, mirando a la entrada y las estrellas para descansar, ya que no podía dormir. La oscuridad no la impedía ver la postrada figura de Kells. Yacía tan silencioso como si ya estuviera muerto. Estaba exhausta, agotada por la falta de sueño. En la noche, su valor desaparecía y se asustaba de las sombras. El zumbido de los insectos le parecía un rugido y el aullido de un lobo o el grito de un puma la hacían temblar de espanto. El viento gemía como

un espíritu perdido. Negras fantasías la asaltaban. Tropas y tropas de espectros se movían en la oscuridad esperando que Kells se les reuniese. Pensó que trotaba hacia su casa por el mismo camino que la había traído y que recordaba todos los detalles, avanzando segura de su ruta hasta salir de las montañas, para ser detenida y reintegrada a ellas por los espectros. Luego las pesadillas, las sueños, el cañón, la cabaña y todo, pareció sumergirse en una inmensa negrura.

El sol que pasaba por encima de la pared del Este brillando sobre la cara de Juana la despertó. Había dormido varias horas y se sentía descansada y fuerte. Algo tan negro como la noche había pasado con ella. No le parecía extraño sentir que Kells estaba todavía vivo; lo sabía y un examen se lo demostró. No había experimentado más cambio que el haber dejado de sangrar. Le quedaba solo un hilo de vida que se manifestaba por los débiles latidos del corazón.

Juana pasó la mayor parte de aquel día sentada al lado de Kells. Y el día entero no le pareció más largo que una hora. Algunas veces miraba hacia el sendero esperando ver jinetes avanzar por él. ¿Que les diría a los compañeros de Kells si venían? Podían ser tan perversos como él, sin aquel recuerdo que le había mantenido humano durante un día entero. Juana pondero sobre el particular. No debía dejarles sospechar que ella había herido a Kells y limpio cuidadosamente el revolver y le metió la cápsula que le faltaba. Si venía alguno le diría que Bill había herido a Kells.

Kells se movió. Juana empezó a creer que viviría, aunque todo indicaba lo contrario. Su inteligencia le decía que moriría y sus sentimientos le decían que no. De cuando en cuando le levantaba la cabeza y le daba agua con una. cuchara. Aquella noche, durante las horas que permaneció despierta, encontró valor en la misma soledad. No tenía nada que temer, a menos que viniese alguien. Y llego un tercer día sin ningún cambio en Kells, hasta cerca de la noche en que ella creyó que empezaba a volver en sí, pero debía haberse equivocado. Pacientemente le observo durante unas horas. Podría volver en sí un momento antes de morir y querer hablar, enviar algún mensaje, pedir una: oración o sentir la caricia de una mano humana en su última hora.

Aquella noche la luna llena brillaba sobre el cañón y, a su luz. Juana veía la cara pálida de Kells, extraña y triste, sin perversidad. Movió los labios una vez; trato de hablar. Ella humedeció sus labios y le dio de beber. Murmuró algo incoherente y cayo nuevamente en su estupor, para salir otra vez de él y hablar como un loco con palabras ininteligibles. Luego se quedo tranquilo durante un rato tan largo que el sueño empezaba a vencer a Juana. Súbitamente la despertó pidiendo débilmente, pero con toda claridad:

« ¡Agua! ¡Agua! »

Juana se inclinó sobre él y, levantándole la cabeza, le ayudo a beber. Podía distinguir sus ojos como dos agujeros negros en la cara blanca.

-¿Eres tú, mamá? - suspiró.

-Sí - replicó Juana.

Y volvió rápidamente a sumirse en un estupor o sueño del que no despertó. Aquel recuerdo de su madre había conmovido a Juana. Los bandidos tenían sus madres lo mismo que los demás hombres. Hasta aquel Kells tenía una madre. Todavía era un hombre joven, que había sido un muchacho, un niño, un rorro. Alguna madre le había dormido y acariciado, besado sus manitas sonrosadas, y le había visto crecer con orgullo, esperando con ilusión a que -fuese hombre. Quizá rezaba todavía por él creyéndole fuerte y honrado entre los hombres. Y allí yacía destrozado, hundido por un hecho perverso, el último de muchos crímenes. Era una tragedia que hacía a Juana pensar en las madres y en aquel feroz Oeste donde los hombres, en manadas como los lobos, vertían sangre como si fuese agua y estimaban una vida en tan poco.

Juana buscó el descanso y pronto se durmió. Por la mañana no se dirigió en seguida a ver



Librodot

a Kells. Temía encontrarle despierto casi tanto como temía encontrarle muerto. Cuando se inclinó sobre él tenía los ojos abiertos y mostró un ligero asombro.

-¡Juana! - murmuró.

-Sí - contestó ella.

-¿Todavía estás aquí?

-Claro. No podía dejarle solo.

Los pálidos ojos se ensombrecieron.

-Todavía estoy vivo y te has quedado aquí... ¿Fue ayer cuando me pegaste un tiro con mi revólver?

-No; hace ya cuatro días.

-¡Cuatro! ¿Tengo rota la espina dorsal?

-No lo se, pero creo que no. Es una herida terrible y yo he hecho lo que he podido.

-¿Tú que has querido matarme, estás ahora tratando de salvarme?

Juana no contestó a eso.

-Eres buena y noble -dijo él-, pero desearía que hubieras sido mala. Entonces podría maldecirte y estrangularte ahora mismo.

-Quizá fuera mejor que se callase usted y se estuviera quieto.

-No. Ya me han pegado otros tiros antes que éste y me repondré, si no tengo rota la espina dorsal. ¿Cómo lo podríamos saber?

-No tengo idea.

-Levántame.

-Pero se le puede abrir la herida - protestó la muchacha.

-¡Levántame! - la fuerza de aquel hombre se percibía hasta en aquel débil cuchicheo.

-¿Pero para qué? - preguntó Juana.

-Quiero ver si me puedo tener sentado. Si no pudiese, dame mi revólver.

-No lo espere usted -replicó Juana; y le levantó cuidadosamente hasta dejarle sentado; entonces le soltó.

-Soy un cobarde para el dolor - dijo el con gruesas gotas de sudor apareciendo en su demacrada faz -. No lo puedo resistir.

Pero con dolor o sin él, se mantuvo sentado solo y hasta tuvo la fuerza de voluntad de inclinarse un poco hacia delante, para caer desmayado con un gemido en brazos de Juana. Le volvió a acostar y tuvo que trabajar con él un rato antes de que volviera en sí. Volvió quebrantado v sin aliento, pero ella creyó que se salvaría y así se lo dijo. Él recibió la noticia con extraña sonrisa. Más tarde, cuando se acercó con una taza de caldo, la bebió con gratitud, y dijo con voz débil:

-Esto no es nada. Me repondré, porque no tengo la espina dorsal rota. Ahora tráeme agua y comida aquí dentro y márchate.

-¿Que me marche? - preguntó ella con asombro.

-Sí. No sigas por el cañón, porque entonces sería peor que te marchases. Vuelve por el mismo camino que hemos venido y tendrás alguna probabilidad de salir... ¡Anda!

-¡Que lo deje aquí tan débil que ni siquiera puede usted levantar una copa en la mano! De ninguna manera.

-Pues preferiría que lo hicieses.

-¿Por qué?

-Porque dentro de muy pocos días voy a empezar a reponerme y entonces volveré a ser lo que soy. Creo..., me temo que te amo y esto sería un infierno para ti. Vete ahora antes de que sea demasiado tarde... Si te quedas hasta que me ponga bien... no te dejaré marchar nunca.

-Kells, creo que sería una cobardía dejarle aquí solo -contestó ella terminantemente- Usted no puede valerse y se moriría.

-Mejor. Pero no me moriré; soy difícil de matar. Vete, te digo.

-Discutir le sienta mal; está usted excitado. Haga el favor de callarse.

-Si te quedas te maltrataré y te tendré presa desnuda en una cueva; te someteré a toda clase de tormentos; te maldeciré y te asesinaré... Lo llevo en mí... Vete.

-Está usted loco. No me voy - declaró con firmeza.

-Tú... tú... - y su voz se extinguió en un murmullo.

En los días sucesivos, Kells habló poco. Su convalecencia era lenta y aun dudosa. Era evidente que sí Juana le hubiera dejado no habría vivido mucho tiempo. Los dos lo comprendían así. Cuando ella se le acercaba estando despierto, una triste y bella sonrisa iluminaba su rostro. Parecía como si al verla se animase y entristeciese al mismo tiempo. Pero dormía veinte horas cada día y mientras dormía no necesitaba a Juana, quien llegó a comprender lo que significaba la soledad. Pasaban días sin que oyera ni aun el sonido de su propia voz. Había adquirido la costumbre del silencio, una de las consecuencias de su soledad. Cada día pensaba menos y sentía más; pasaba horas enteras sin hacer nada. Y cuando pensaba en los picos que circundaban el solitario cañón, en los árboles majestuosos, en todos aquellos silenciosos e incambiables aspectos de su soledad, los odiaba con una pasión violenta e insensata. Los odiaba porque dejaba de amarlos, porque empezaban a formar parte de su propio ser, porque no sentían sus mismas pasiones. Le gustaba sentarse al sol para sentir su calor y su brillo y algunas veces casi se olvidaba de volver al lado de su paciente. Luchaba a veces con un insidioso cambio; un envejecimiento, una regresión; otras veces pasaba las horas que le parecían tranquilas y doradas en las que nada acontecía. Y comprendió que las horas ociosas aumentaban sobre las activas e inquietas, recordando, extraño recuerdo, a Jim Cleve. Éste vino a salvarla. Y soñó con él durante muchos largos y solemnes días en aquella silenciosa y oscura culminación de insufrible soledad... La noche. Recordaba sus besos olvidando su enfado y su vergüenza, aceptando sólo su dulzura, y así, en las horas interminables, soñó con su amor.

Juana contó los días hasta que pasaron tres semanas aproximadamente, después perdió la cuenta del tiempo. Seguía pasando, sin embargo, y al recordar le parecía que había pasado muy rápidamente. Los cambios que se habían operado en ella, la revelación y responsabilidad de su ser, como mujer, hacían que aquella aventura le pareciese que duraba ya meses.

Kells mejoró poco a poco y luego tuvo una recaída. Le ocurrió algo que Juana no pudo determinar y estuvo a punto de morir. Pasó días en que su vida pendía de un hilo, en que no podía ni hablar y, por fin, se declaró una perceptible mejoría.

Las provisiones se agotaban y Juana empezó a afrontar otra situación seria. En el cañón abundaban los conejos y los venados, pero no podía matarlos con el revólver. Pensó que tendría que sacrificar uno de los caballos. El hecho de que Kells empezase a querer comer carne hizo crítica aquella situación. Y la misma mañana en que Juana estaba pensando qué hacer, aparecieron en el cañón cierto número de jinetes que se dirigían hacia la cabaña. Juana respiró con alivio y no sintió nada del terror que se había prometido cuando anteriormente-pensaba en aquel mismo momento.

-Kells - dijo -, algunos hombres se acercan por el sendero.

-Bien - contestó él débilmente, con una sonrisa en su demacrada faz-. Ya han tardado en llegar. ¿Cuántos son?

Juana los contó; cinco jinetes y varias bestias de carga.

-Sí. Es Gulden.

-¡Gulden! -gritó Juana con sobresalto.

Su exclamación y su tono hicieron que Kells la mirase atentamente.

-¿Has oído hablar de él? Es el más feroz de los que andamos por aquí. Nunca he visto uno igual a él. No podrás estar a salvo... ¡Estoy tan débil!... ¿Qué le diremos, Juana? Si yo me muero tienes que escaparte en seguida o pegarte un tiro.

¡Qué extraño era oír a aquel bandido prevenirla contra el mimo peligro que había pasado



Librodot

con él! Juana se apoderó del revólver, lo escondió entre dos leños y volvió a mirar al exterior.

Los jinetes estaban ya cerca. El que marchaba delante, un hombre de hercúlea constitución, hizo saltar a su caballo por encima del arroyo y desmontó haciendo detenerse a su montura. El segundo de los jinetes venía muy cerca de él y los otros se acercaban tranquilamente al paso de los animales de carga.

- ¡Eh! Kells... - gritó el más grande con una voz fuerte y sonora.

-Debe estar por aquí cerca-dijo el otro hombre.

-Sí, he visto su caballo y Kells no puede estar lejos.

Y los dos se aproximaron a la cabaña. Juana no había visto nunca dos tipos tan notables y tan siniestros como aquellos dos hombres. El uno era gigantesco, pero tan ancho y pesado que parecía bajo y se asemejaba a un gorila. El otro era alto, delgado, con la cara tan roja como la llama y con una expresión de fiera penetración. Era encorvado, pero llevaba la cabeza erguida de una manera que sugería a un lobo que ventea sangre.

-Alguien hay aquí, Pearce - trono el grande.

-¡Es una muchacha, Gul!

Juana salió de la sombra que proyectaban las paredes de la cabaña y señalo la forma que yacía postrada en las mantas.

-¿Qué tal, muchachos? - dijo Kells débilmente.

Gulden empezó a maldecir asombrado, mientras que Pearce caía sobre una de sus rodillas con una exclamación de interés. Los dos empezaron a hablar a la vez y Kells les interrumpió levantando una mano extenuada.

-No tengáis cuidado que por ahora no me muerodijo-. No tengo más que debilidad y necesidad de estimulantes. Por poco no me rompen la columna vertebral.

-¿Quién ha sido, Jack?

-Fue tu socio Bill, Gulden.

-¿Bill? -en la gruesa voz de Gulden había una nota extraña-. Creía que os llevabais bien Bill y tú - añadió refunfuñando.

-¿Y donde está Bill ahora?

Esta vez Juana sintió en la pregunta una nota curiosa que interpreto como duda.

-Bill está muerto y Halloway también - replico Kells.

Gulden volvió su enorme y lanuda cabeza hacia donde estaba Juana, que no tuvo el valor de encontrar su mirada. El otro hombre habló:

-¿Regañasteis por la muchacha, Jack?

-No -replico secamente-. Trataron de permitirse libertades con mi mujer y los maté a los dos.

Juana sintió un calor que la invadía de pies a cabeza y luego un frío, un frío horrible y odioso.

- ¡Tu mujer! -rezongo Gulden.

-¿Tu mujer de verdad? - inquirió Pearce.

-Así lo creo. Os presentaré. Juana, éstos son dos de mis amigos, Sam Gulden y Red Pearce. Gulden gruñó alguna cosa.

-Celebro mucho conocerla, señora Kells -dijo Pearce. En aquel momento los otros tres hombres entraron en la cabaña y Juana, aprovechándose del barullo que hicieron, salió a tomar el aire. Se sentía enferma, asustada y terriblemente furiosa. Se tambaleaba un poco al salir y comprendió que estaba tan pálida como la muerte. Aquellos visitantes la hacían volver a la realidad con una cruel rudeza. En la sola presencia de Gulden había algo terrible; aún no se había atrevido a mirarle. Se sentía bajo el peso de algo abrumador; quería correr, escapar, pero escaparse era ahora infinitamente más peligroso que antes. Si se escapaba ahora, serían aquellos nuevos enemigos los que la perseguirían como perros de presa. Comprendió por qué Kells la había presentado como su esposa. Le repugnaba la idea y le odiaba con vergüenza y

furor, pero un momento de reflexión le dijo que Kells había obrado una vez más respondiendo a un buen instinto. Quería protegerla, y una reflexión más detenida la persuadió de que sería mejor obrar con toda naturalidad y consumar el engaño hasta donde le fuera posible por su parte. Era su única esperanza. Su situación había vuelto a ser peligrosa.

El recuerdo del arma que había escondido le dio fuerza para dominar su agitación y volver a la cabaña con un exterior tranquilo.

Los hombres habían vuelto a Kells y expuesto a la luz su espalda desnuda.

-Es aguardiente lo que necesita - decía uno.

-Como le hagáis perder un poco más de sangre, seguro que revienta - protestaba otro.

-Mirad qué débil está -decía Pearce.

-Es grave - rugía Gulden-. Yo, que he servido mi tiempo..., pero eso no os importa. ¿Veis esta mancha azul?- y Gulden puso un dedo monstruoso sobre la mancha azul que aparecía en la espalda de Kells, quien lanzo un gemido-. Pues es plomo; ahí está la bala - declaró.

-Debes tener razón - exclamo Pearce.

Kells volvió la cabeza.

-Cuando me apretaste en ese sitio creí que me desmayaba. Gul, si has encontrado la bala, sácala.

Juana no quiso ver la operación. Salió de la cabaña y se sentó a la sombra de un árbol, desde donde ovo un, agudo grito y luego exclamaciones de alegría. Evidentemente, Gulden había hecho la operación con rapidez y con éxito.

Los hombres salieron de la cabaña y empezaron a atender a sus caballos y sus paquetes. Pearce buscó a Juana le dijo que Kells la llamaba.

Juana encontró al bandido recostado sobre una silla, pálido y sudoroso, pero con un aspecto completamente diferente.

-Esa bala me apretaba la espina dorsal - dijo -. Ahora que me la han sacado, todo el peligro pasó; me siento mejor y pronto estaré bien. Gulden ha estado curioseando sobre la bala; es del cuarenta y cinco, y ni Bill ni Halloway tenían pistolas de ese calibre. Gulden lo recordaba y es astuto; y Bill era tau amigo suyo como puede serlo un hombre de semejante animal. No me puedo fiar de ninguno de éstos, y especialmente tengo que desconfiar de Gulden. Quédate siempre cerca de mí.

-Kells - imploró ella-, déjame pronto volver a mi casa. ¿Me ayudarás a escapar?

-Ahora sería peligroso.

-Más tarde, cuando ya no lo sea.

-Veremos, pero ahora eres mi mujer.

Con las últimas palabras, un cambio se había operado en aquel hombre. Algo del poder que ella había sentido en él antes de su enfermedad empezaba a manifestarse de nuevo. Juana adivinó que aquellos camaradas que hallan llegado eran la causa de la diferencia.

-¡No te atreverás a...! -Juana no pudo acabar de decir lo que quería. Una banda de acero la oprimía el pecho y la garganta; temblaba.

-¿Te atreverías tú a salir a decirles a ésos que no eres mi mujer?

Juana comprendió que no, y que debía escoger el menor de los dos males.

-No hay hombre capaz de proceder tan bestialmente con una mujer que le ha salvado la vida-murmuró.

-Yo soy capaz de todo. Has tenido la ocasión de que te marchases, que si yo me reponía volvería a ser lo que he sido siempre.

-Pero te hubieras muerto.

-Hubiera sido mejor para ti. Juana, haré esto por t:. Nos casaremos honradamente y dejaré el país. Soy rico y joven; te amo y puedo empezar de nuevo en la vida. ¿Qué contestas?

-¡Que prefiero morir antes que casarme contigo!

-Está bien, Juana Randle - contestó él con amargura -. Por un momento he visto un

espectro. Mi antiguo yo ha muerto ya. Se ha ido... y tú te quedas conmigo.

# VII

Después de oscurecer, Kells hizo que sus hombres encendiesen una hoguera delante de la cabaña. Estaba recostado sobre las mantas y su silla, y los demás sentados o tendidos en semicírculo delante de él.

Juana llevó sus mantas a un rincón oscuro desde donde podía ver sin ser vista. Se preguntaba si podría dormir en medio de aquellos hombres; si volvería a poder dormir. Y, sin embargo, sentía más curiosidad que miedo. Aunque no podía explicárselo, comprendía que su presencia en el campamento ejercía una influencia a la vez restrictiva y excitante y contemplaba la escena con los ojos bien abiertos.

Y percibía con más fuerza que nunca la impresión salvaje, selvática. Ni aun la misma hoguera ardía como la hoguera de un campamento honrado. Las llamas parecían consumir los leños con fiereza y proyectaban una luz siniestra sobre las torvas caras de los que estaban sentados a su alrededor. En la negrura de la noche faltaba hasta la compañía de las estrellas. Los ladridos de los coyotes se oían por todas partes. El viento aullaba. Pero donde más sentía Juana aquella impresión era en los hombres. Kells yacía con la cara desencajada, expuesta a la luz cambiante de las llamas de la hoguera. Era una cara inteligente y enérgica, pero perversa. Un maligno poder se revelaba en todas sus líneas v en los extraños ojos, más extraños que nunca ahora en la sombra, la faz de un hombre alerta e implacable, con terribles proyectos en su mente que le llevaban al destino que él preparaba para otros. La cara roja de Pearce parecía más roja en aquella ruda luz; una cara dura y delgada, casi descarnada; una máscara roja extendida sobre una sonriente calavera. Uno a quien llamaban los demás Francesito era pequeño, moreno, con facciones menudas y una boca siempre dispuesta a lanzar amenazas. Los otros dos no se distinguían por nada notable en su aspecto; eran bandidos de la frontera, como Bill y Halloway. Gulden, que se sentaba en un extremo del semicírculo, era un sujeto en quien Juana apenas se atrevía a posar los ojos para su estudio. La primera mirada le había sugerido la extraña idea de que, siendo ella una mujer, era el más opuesto al que se podía encontrar en la creación. Había retirado de el la mirada y la había vuelto a fijar como un pájaro fascinado por una serpiente. Era un hombre de monstruosa armadura, un gigante cuyos más ligeros movimientos sugerían una fuerza física formidable. Era un animal, un gorila de pelo claro en vez de negro y piel pálida en lugar de oscura. Y en todas las líneas de su cara, en las cavernas en que se escondían sus ojos, en la enorme boca guarnecida de fuertes colmillos había estampada, por la vida que hacía y su naturaleza, una extrema ferocidad. Un hombre o un monstruo en cuya presencia Juana hubiera preferido estar muerta. No fumaba ni se mezclaba en las bromas rudas de sus compañeros. Permanecía sentado como una máquina de destrucción que no necesitaba descanso, pero que reposa obligada por otras piezas más débiles. No estaba enfadado ni preocupado. Parecía que no pensaba.

Kells ganaba rápidamente fuerzas desde la extracción de la bala, y su interés crecía en proporción. Hizo preguntas, recibiendo la mayor parte de las contestaciones de Pearce. Juana no escuchó al principio con mucha atención, pero pronto empezó a lamentar no haberlo hecho. Dedujo que la fama que gozaba de jefe de los bandidos en toda la región aurífera de Idaho, Nevada y Norte de California era para Kells tan amada como el oro que robaba. Dedujo también de las respuestas de aquellos hombres y de su actitud hacia él, que su poder era supremo. Mandaba en todas las cuadrillas de bandidos que, evidentemente, estaban esparcidas desde Bannack a Lewiston y a todo lo largo de la frontera. También ejercía algún

poder sobre los bandidos que no estaban directamente bajo su mando. Durante las semanas de su forzada estancia en aquel cañón había habido una cesación de operaciones, cuya naturaleza sólo sospechaba Juana, y en el campamento central se habían acumulado muchos hombres desocupados. También dedujo vagamente que, aunque Kells ejercía un supremo poder, no había llegado aún a la organización que deseaba. Estaba a veces irritado y a veces pensativo, y sólo mostraba un agudo interés cuando se hablaba de oro.

-Creo que has acertado, Jack - dijo Pearce, deteniéndose a llenar su pipa-. Tarde o temprano llegará a encontrarse la veta de oro más grande que jamás hayamos visto en el Este. Del Lago Salado llegan todos los días caravanas de carros y hay ya hordas de buscadores trabajando; las Montañas del Oeste están llenas de campamentos. Se hallan arenas auríferas en todos los arroyos y manantiales, pero se hacen excavaciones por todas partes. Aún no se ha dado con la gran vena, pero no se tardará mucho. Y entonces, cuando la noticia llegue al otro lado de la montaña, vamos a presenciar un alud que hará palidecer el recuerdo del 49 y 51. ¿Qué dices tú, Bate?

-Que opino como tú-replicó un individuo a quien Kells había llamado Bate Wood. No era tan joven como sus compañeros, pero sí más sobrio y comedido en sus palabras y menos rústico -. Yo he visto las dos, la del 49 y la del 51. ¡Aquéllos eran días! Pero estoy de acuerdo con Red. En esta frontera de Idaho tendremos un infierno tarde o temprano. Yo he sido también un buscador, aunque nunca me ha gustado el durísimo trabajo de arrancarle el oro a la tierra. Es difícil y penoso, y el oro es fácil de perder y fácil de robar. Veo en esta región los síntomas que preceden a la fiebre; puede que ya se haya hecho el descubrimiento que la hará estallar. Hay ya miles de buscadores en parejas y en grupos esparcidos por todas partes. El que haga el hallazgo no se lo contará a nadie, pero tendrá que sacar el oro y el oro es pesado y difícil de ocultar; por eso es por lo que se descubren esas cosas. Tengo dos razones para suponer que este año ganará al 49 y al 51. Un río de buscadores de oro se vuelven descontentos de California y otro río mayor de aventureros vienen del Este. Además, las mujeres y los tahures, y por fin los hombres que vienen huyendo de la guerra. Como en el punto en que todas estas corrientes se encuentren haya oro en abundancia ocurrirá la tragedia más grande que el mundo haya presenciado jamás.

-Muchachos - dijo Kells con una vibración en su débil voz -; será una buena cosecha para mi Legión de la Frontera.

-¿Para quién? -inquirió Bate Wood con curiosidad.

Todos los demás, excepto Gulden, volvieron sus caras interrogantes e interesadas hacia el bandido.

-La Legión de la Frontera -replicó Kells.

-¿Y que es eso?

-Si llega la fiebre de oro que esperamos, es que ha llegado el momento para la banda más grande que se haya organizado por estas tierras. Yo la organizare y la llamaré la Legión de la Frontera.

-Cuéntame en ella - exclamó Red con entusiasmo.

-Y a mí también-añadió Bate Wood.

La idea fue recibida con algazara, a cuya demostración el gigante Gulden levantó la cabeza y preguntó qué era lo que pasaba con una voz ronca que parecía más bien un gruñido. Su interrogación y su presencia parecían actuar sobre los otros, aun sobre Kells, como una fuerza, un obstáculo que había que considerar. Después de un momento de silencio, Red Pearce le explicó el proyecto.

-No veo nada nuevo en ello-afirmó Gulden-. Yo ya he pertenecido a una Legión en Argelia; la llamaba la Legión Real.

-¡Argelia! ¿Qué es eso?-preguntó Bate Wood. -África -replicó Gulden.

-¡Has viajado mucho, Gulden ! -dijo Red Pearce con admiración -. ¿Y qué era la Legión

Real?

-Una partida de demonios de todo el mundo. Allí la frontera era el último refugio, porque no se perseguía a los criminales.

-¿Y que hacíais?

-Peleamos unos contra otros. No quedaban muchos en la Legión cuando yo la deje.

-No es extraño-dijo significativamente Wood.

-En mi Legión no permitiré las riñas-dijo con frialdad Kells -. Voy a elegir la banda yo mismo.

-Ése es el secreto - rezongó Wood -. Elegir bien. Yo he estado en bandas de todas clases; el 51 he sido hasta guarda jurado.

Esta declaración provocó la risa de todos sus compañeros, excepto del impasible Gulden.

-¿Cuántos necesitaremos? - siguió preguntando Red Pearce.

-No importa el número, pero todos deben ser hombres en los que yo pueda confiar y que se dejen dirigir. Y para tenientes necesitaré algunos jóvenes como tú, Red. Valientes, fuertes e inteligentes.

Red Pearce se esponjó ante las alabanzas que le dispensaban.

-Hablando de eso me acuerdo de un muchacho que llegó hace pocas semanas al campamento y que se metió en casa de Beards, donde estábamos todos jugando, y preguntó por Kells. Todos creímos que se trataba de alguno que tenía algún resentimiento contigo y ya íbamos por el, pero a mí me gustó el tipo y calmé a los demás, y me alegro de haberlo hecho así, porque no se trataba de uno que quisiera pegarte un tiro; sus intenciones eran amistosas. No le pregunte quién era ni que quería, pero deduje que estaba decidido a echarse al campo y que buscaba amigos.

-¿Cómo se llama?

-Jim Cleve - dijo.

Juana Randle, oculta por las sombras e ignorada u olvidada por el grupo de bandidos, oyó el nombre de Jim Cleve con temor y pena, pero sin asombro. Desde que Red Pearce había empezado su narración estaba preparada para oír el nombre de su amador. Tembló ; Jim no había hecho una amenaza vana. ¡Cuánto hubiera dado por poder vivir otra vez el momento en que le había recriminado y rechazado!

-Jim Cleve - musitó Kells -. No le he oído nombrar nunca; yo jamás olvido un nombre ni una cara. ¿Cómo es?

-Grande y seco -replicó Red Pearce -, todo músculo, de unos veintitrés años, jugador, bebedor y pendenciero, temerario. ¡Si tú pudieras dominarle! Pregúntale a Bate lo que piensa de él.

-Los forasteros son cosa corriente en esta frontera - exclamó Kells con sorpresa-, pero no he conocido nunca a ninguno que os impresionara tanto como este Cleve. ¿Qué es lo que dices tú, Bate? ¿Que es lo que ha hecho este Cleve? Tú ya estás curtido.

-¿Que qué es lo que ha hecho?-replicó Wood rascándose la cabeza- Qué diablos es lo que no ha hecho es lo que tendrías que preguntar. Se levantó contra todos nosotros y se ganó nuestra voluntad. No sé cómo lo ha podido hacer. Puede ser que consista en que se veía que no le importaba nada ni nadie en el mundo. Jugamos

y ganó todo el dinero que había en el campamento, y luego lo volvió a repartir. Bebe más que todos nosotros juntos y no se emborracha. Le pegó un tiro a Beady Jones por hacer trampas y luego hizo lo mismo con el compañero de Beady, Chick Williams. No tiró a matar, sino a lisiarlos. Tira de revólver con más rapidez v suavidad que nadie en la frontera. No hay que olvidar esto. Kells, ese muchacho es lo más grande que yo he visto y te aseguro que arrastrará gente.

-Se te olvida contar a Kells cómo metió en cintura a Luce - dijo Red Pearce -. Tú estabas presente y yo no; cuenta, cuenta.

-Ya conozco a Luce - dijo Kells -. Sigue contando, Bate.

-Quizá no sea una recomendación para dicho Jim Cleve - replicó Bate Wood -, aunque a mí me está pareciendo simpático desde entonces. Supongo que te acordarás de aquella muchacha, hija de Brander, que vivía en el Lago del Oso, donde trabajaba en la tienda de su padre. Te he visto hablar con ella algunas veces. Parece que el viejo y algunos de sus hijos se lanzaron a buscar oro y se llevaron a la muchacha con ellos. Así es como lo entiendo yo. Un día llegó Luce a nuestro campamento. Estábamos jugando y bebiendo, como de costumbre, pero el joven Cleve se había apartado de la partida; estaba aquel día de mal humor. Luce nos propuso una operación. No hemos trabajado nunca con él ni con los suyos, pero quizá... no sabemos lo que hubiera sido sin la intervención de Cleve. Luce quería sorprender al viejo Brander y quitarle el oro que tuviera y la muchacha. La verdad es que lo del oro no era más que accidental; cuando le preguntamos detalles no nos pudo asegurar que el oro mereciera la pena de correr el riesgo. Entonces se levantó Jim Cleve y empezó a insultar a Luce con saña; y cuando Luce sacaba el revólver se lo quitó y le pegó una formidable paliza antes de que pudiéramos intervenir; faltó poco para que le matase. Le dejó molido, con los huesos rotos y qué sé yo qué más. Le metimos en la cama, donde está todavía, y no creo que vuelva a ser en su vida lo que ha sido.

El grupo guardó un significativo silencio después de la narración de Bate Wood. Éste había gozado contando el hecho, y sus oyentes habían quedado pensativos. La pálida faz de Kells se volvió ligeramente hacia Gulden.

-¿Has oído, Gulden? -preguntó.

-Sí.

-¿Qué piensas de este Jim Cleve y de la operación que nos ha frustrado?

-No he visto nunca a ese Jim Cleve. Cuando volvamos al campamento le echaré una ojeada y luego voy a robar a la hija de Brander.

Su brutal seguridad marcaba una línea entre él y sus compañeros. Había algo malo, algo perverso en aquel Gulden. ¿Quería Kells hacer resaltar esta circunstancia o sólo había deseado una impresión sobre Cleve?

Juana no pudo determinarlo. Adivinaba que había cierto antagonismo entre Gulden y todos los demás. Que les inspiraba algo vago, intangible, que podría ser miedo. Aparentemente, Gulden era un criminal por el placer del crimen. Juana le miraba con creciente terror, aumentado porque sólo él tenía los ojos fijos en el rincón oscuro donde ella estaba escondida; comprendía que comparados con él los otros, hasta Kells, de cuya crueldad tenía pruebas, eran malhechores insignificantes. Se cubrió la cabeza con la manta para no ver la enorme y lanuda de Gulden y las oscuras cavernas de sus ojos.

Juana dejó de ver y de oír a los bandidos. Evidentemente la conversación se había extinguido o ella, absorta en otros pensamientos, había dejado de oírla. Se estremeció a un nombre que ella misma murmuraba. « ¡Jim ¡ Jim ! ¡Oh Jim ! » El último murmullo fue un sollozo. Lo que había hecho era terrible; la torturaba; nunca lo hubiera creído de él. Y todo por ella. La desesperación y el despecho le habían perdido. Le matarían en algún tugurio de borrachos o quizá peor; acaso fuese arrastrado al crimen por aquella cuadrilla de bandidos. Aquél era el golpe terrible para Juana; la maldición que ella misma había lanzado sobre su cabeza. ¡Qué estúpida, qué falsa y vana había sido su coquetería, su indiferencia! Amaba a Jim Cleve; no lo sabía aún cuando se había lanzado en pos de él, pero lo sabía ahora. Y lo debía haber sabido antes.

La situación que había ya previsto presentaba una terrible perspectiva. Pensar en ella hacía a su cuerpo temblar y estremecerse con el frío del terror. Sin embargo, sentía una extraña ansiedad, una especie de calor en el corazón. Pronto iba a encontrarse cara a cara con aquel transformado Jim Cleve, con aquel muchacho que se había convertido en un temerario demonio. ¿Que haría? ¿Y que haría ella? ¿No la despreciaría y la maldeciría tomándola, bajo



Librodot

la palabra de Kells, por la esposa de un bandido? ¡Pero no ! ¡Adivinaría la verdad en el relámpago de una mirada y entonces... no quería pensar en lo que ocurriría. ¡Sangre y muerte! Y aunque consiguiera escaparse de Kells, ¿cómo podría luchar con aquel Gulden, con aquel gigantesco buitre de presa?

A pesar del horror, Juana no podía perder por completo la esperanza. Desde el momento en que el nombre de Jim Cleve y sus hechos habían llegado a sus oídos se había convertido en otra muchacha, una mujer con una pasión que quería salvar aunque le costase la vida. Perdió el temor a los bandidos, a Kells y a todos, menos a Gulden. Éste no era un ser humano e instintivamente comprendía que jamás podría hacer nada con él. Podría ejercer alguna influencia sobre los demás, nunca sobre Gulden.

El tormento de su cerebro se aplacó y gradualmente se serenó, quedándole solamente una opresión en el pecho. El pasado parecía muy lejano. El presente no era nada; sólo el futuro que contenía a Jim Cleve le importaba. No hubiera dejado las garras de Kells aunque en aquel momento la hubiera dejado en libertad de escapar. Iría al campamento. Éste fue el pensamiento que el sueño vino a alejar de su cerebro.

# VIII

En tres días, durante los cuales Juana atendió a Kells tan fielmente como si en verdad hubiera sido su esposa, éste creyó que se había repuesto lo suficiente para emprender el camino hacia el campamento principal. Estaba impaciente por llegar allí e imperiosamente allanó todas las dificultades. Los demás podrían sostenerle por turno en la silla, y en la mañana del cuarto día se hicieron los preparativos de marcha.

En aquel tiempo, Juana había confirmado su sospecha de que en el carácter de Kells había dos facetas; mejor dicho, una, que su presencia hacía aparecer largo tiempo oculta. Cuando ella estaba con él, esto es, cuando su atención estaba distraída, era enteramente diferente de lo que parecía cuando le rodeaban sus hombres. Él, aparentemente, no se daba cuenta de esto. Recibía con muestras de sorpresa y gratitud las bondades ele Juana, pero nunca mostraba compasión hacia ella. Que estaba enamorado, era indudable para Juana. Sus extraños ojos la seguían con una luz soñadora en ellos. Le hablaba raras veces.

Antes de que acabasen de pasar aquellos pocos días, en el carácter de Kells habían aparecido dos particularidades : una repugnancia a dejar que Juana saliese de su presencia y una intolerancia de la presencia de los demás hombres, especialmente de Gulden. Juana sentía siempre sobre ella los ojos de todos; generalmente, la miraban con discreción, excepto Gulden, que la estudiaba con su mirada cavernosa, sin curiosidad ni admiración. Una mujer era para él tina nueva y extraña criatura y experimentaba sensaciones que no le eran familiares. Cuando Juana se encontraba accidentalmente con su mirada, que evitaba tanto como le era posible, temblaba con el recuerdo de una historia que había oído contar una vez : cómo un enorme y feroz gorila había entrado en un poblado, robando en el una mujer blanca. No podía olvidarlo, y este recuerdo le hacía estar amable con Kells, lo que de otra manera le hubiera sido imposible.

Todas las facultades de Juana se agudizaron en este período. Ella sentía el desarrollo de su espíritu, el principio de una educación amarga y dura, una instintiva asimilación de todo lo que la Naturaleza enseña a sus criaturas salvajes, lo primero en la vida elemental, la defensa. De su corazón y de su cabeza salían dos sentimientos paralelos : una negra desesperación y una indomable energía.

El primero era miedo; el segundo, amor. Creía firmemente que se había condenado con

Jim Cleve, y sentía el coraje, el poder, el amor de salvarle a él aunque no pudiera salvarse ella. Y no dudaba ni vacilaba en aquella terrible situación, porque su desesperación, grande como era, no igualaba a su amor.

Aquella mañana, antes de que le montasen en su caballo, Kells se ciñó su cinturón con el revólver. El arma y las municiones eran una carga pesada para un hombre tan débil, y así se lo dijo insistiendo Red Pearce, pero Kells se rió en sus barbas. Todos aquellos hombres, siempre con la excepción de Gulden, extremaban sus cuidados hacia Kells. Aparentemente, todos hubieran luchado por él hasta la muerte. Eran sencillos y francos en sus toscos sentimientos. Pero Kells, pensaba Juana, era un carácter que, aunque producto de la rusticidad y violencia de la frontera, podía elevarse sobre sí mismo y pesar las posibilidades de lo inesperado, comprender el significado de aquella vida. Kells sabía que un hombre podía ser fiel y cariñoso un momento, y en otro, por una regresión al salvaje, salida de las circunstancias o de la casualidad, responder a una fuerza primitiva divorciada de toda razón o pensamiento y levantarse en acciones irreprimibles. Juana adivinaba que Kells quería llevar su arma para poder protegerla en cualquier momento, pero ninguno de sus hombres imaginaba sus razones. Kells era un malvado fuerte entre hombres de su misma condición y, sin embargo, infinitamente diferente de ellos porque tenía un cerebro.

Al empezar el viaje, Juana recibió instrucciones de cabalgar delante de Kells y de Red Pearce, quien sostenía al jefe en su silla. Los que conducían las bestias de carga, con Bate Wood y el Francesito, marchaban delante; Gulden, detrás. Y en este orden siguieron hasta mediodía, hora en que la cabalgata se detuvo para descansar en un umbroso prado. Kells estaba pálido, con la frente húmeda de sudor y con señales en la cara del dolor que sufría, pero alegre y paciente. Hizo que todos se apresurasen en sus trabajos.

Una hora después iniciaban la jornada de la tarde. Aunque el cañón se volvía cada vez más accidentado y sus paredes más altas, el camino parecía que mejoraba y se ensanchaba. Juana veía los senderos que se cruzaban de los cañones adyacentes. El descenso era gradual y apenas perceptible por el agua que corría y por el aire cada vez más cálido.

Kells se cansó antes de mediada la tarde, y se hubiera caído del caballo a no ser por la ayuda de sus compañeros, quienes por turno le sostenían. Juana observó que Gulden no le ofreció sus servicios. Parecía una parte de la cuadrilla sin pertenecer a ella. Juana no dejó de percibir la sensación de que cabalgaba detrás de ella y de vez en vez, cuando se acercaba, el sentimiento se hacía más fuerte. Hacia la caída de la tarde se dio cuenta de la atención de Gulden y, cuando hicieron alto, temía algo vago e impreciso.

Se detuvieron temprano antes de la puesta del sol, obligados por un desmayo de Kells. Le acostaron sobre unas mantas con la cabeza sobre la silla. Juana le atendió y se repuso sin recobrar su viveza habitual.

Fue una hora ocupada por los paquetes, los caballos, los arreos, el acarreo de leña para el fuego y la confección de la comida. Kells bebió con ansia, pero no quiso comer.

-Juana -cuchicheó aprovechando un momento -, no tengo más que sueño. Quédate a mi lado y despiértame en seguida si me necesitas.

Cerró los ojos sin más explicación y se durmió. Juana no quiso que aquellos hombres se diesen cuenta de que los temía o que le repugnaban y comió con ellos al lado del fuego, dándoles la primera oportunidad de estar junto a ella. El hecho tuvo una inmediata y singular influencia. Juana no tenía vanidad alguna, aunque sabía que era bonita, y se esforzó por estar agradable y aun mimosa. La respuesta fue inmediata y creciente. Primero estuvieron atrevidos; luego familiares y rudos. Había tratado hombres rudos en los campamentos durante años; pero aquellos eran diferentes, y sus bromas y chistes no la afectaban porque estaban más allá de su comprensión. Y cuando ellos lo comprendieron así, cambiaron en sus relaciones. Ella comprendió el hecho por intuición y luego lo comprobó. Su corazón latió con fuerza. Si conseguía ocultar su odio y su temor, podría ejercer alguna influencia sobre aquellos hombres.

Pero todo dependía de su encanto, de su femineidad. Ya estaban insensiblemente influídos, y ello probaba que aun en el peor de los hombres sobrevive algo bueno. Solo Gulden era un contraste y un problema. Parecía darse cuenta de su presencia mientras comía como un lobo, pero sólo como si se tratase de un objeto. La miraba como podría haberla mirado un animal.

Sus observaciones durante aquella comida en el campamento la inclinaron a creer que si había posibilidad de estar a salvo se debería únicamente a una actitud natural y amistosa hacia los compañeros que se veía obligada a aceptar. Aquellos hombres estaban complacidos y animados por su vecindad. Y Juana vino a un melancólico conocimiento de su atractivo. En su casa rara vez se había dado cuenta de la realidad, de que era una mujer. Allí era diferente; entre aquellos hombres de la soledad, con sangre de fieras y pulsaciones como latigazos, una mujer era algo que les estremecía y encantaba, los ablandaba v excitaba en ellos una insaciable e inexplicable sed de su presencia. Ellos no lo comprendían, pero Juana sí.

Juana acabo su cena y dijo:

-Voy a trabar mi caballo, que a veces se pierde.

-Yo iré, señora-dijo Bate Wood. Nunca la había llamado señora, pero Juana creyó que era que no distinguía la diferencia. Aunque era un bandido endurecido y viejo, Juana le consideraba el mejor de todos. Había vivido mucho, y algo de su vida habría sido honrado.

-Déjeme ir a mí-dijo Red Pearce.

-No, gracias, iré yo misma -replicó ella.

Tomo de su silla la cuerda que necesitaba y se lanzo valientemente por el sendero. De pronto oyó a dos o tres de los hombres hablar a un tiempo, y luego claramente la voz de Red Pearce que decía:

-¿Donde demonios vas, Gulden?

Juana miro a su espalda y vio que Gulden había echado a andar en pos de ella por el sendero. Los latidos de su corazón se apresuraron y le temblaron las rodillas; se disponía a volver sobre sus pasos. Gulden se detuvo y se volvió gruñendo como cogido en una cosa que a el mismo le sorprendiese.

-Estamos todos sobre ti-prosiguió Red Pearce -, y ten cuidado, porque se lo diremos a Kells.

Una maldición colérica y atronadora fue la respuesta, y todos se apiñaron en un grupo cerrado y siguió una discusión violenta. Juana casi corrió por el sendero y no oyó nada más. Si alguno la hubiese seguido ahora, se hubiese ocultado entre los jarales como un venado asustado. Pero, evidentemente, ninguno pretendía molestarla. Juana hallo su caballo, y antes de trabarle sintió la tentación de saltar sobre él y escaparse. No quería hacer esto ni lo hubiera hecho por nada del mundo; pero no podía reprimir sus naturales impulsos femeninos. Cruzo el arroyo y volvió al campamento, bajo los árboles, sin apresurarse. Le agradaba estar sola, fuera de la vista de aquellos seres violentos, de aquella constante y abrumadora prueba de la proximidad de la catástrofe. No se sentía, sin embargo, libre ni por un momento; escrutaba con temor las sombras de los árboles y de las rocas, y respiro finalmente al llegar al lado del dormido Kells. Yacía éste en un profundo sopor y ella dispuso sus mantas y su silla cerca de él, preparándose para afrontar la noche lo mejor que pudiera. Adopto instintivamente una posición que le permitía apoderarse rápidamente del arma de Kells.

Era la hora de la puesta del sol, todavía templada en el cañón, y con rosadas luces desvaneciéndose en los ojos. Los hombres estaban todos ocupados en una cosa u otra, y Gulden, que Juana suponía holgazán, hacía dos veces más trabajo que cualquiera de los otros, especialmente los trabajos pesados. Parecía gozar cargando un tronco que hubiera sido demasiada carga para dos hombres ordinarios. Era tan grande, tan activo y tan fuerte, que fascinaba mirarle. Hicieron una hoguera para la noche, demasiado cerca del sitio en que se había colocado Juana, pero recordando lo frío que el aire se volvería más tarde no hizo objeción alguna. Llego el crepúsculo y los hombres, acabadas las faenas del día, se agruparon

cerca del fuego. Juana no tardo en descubrir que la situación había empezado a agitar los sentimientos de cada uno de sus compañeros. Ya la miraban de una manera diferente, y algunos de ellos inventaban pretextos para aproximarse a ella, preguntarle algo, ofrecerle un servicio, cualquier cosa para estar cerca de ella. En la actitud de cada uno había una nota personal e individual. Por intuición dedujo Juana que Gulden, al levantarse a seguirla, había despertado aquellos sentimientos. Gulden permanecía silencioso e inactivo en el límite del círculo de la hoguera como una tétrica y enorme sombra. Hasta donde Juana había podido darse cuenta, Gulden no había mirado nunca en su dirección. Y aquella diferencia la hacía reflexionar. ¿Habría empezado a pensar aquel montón de huesos y músculos? Las palabras de Bate Wood eran rudas e inexplicables para ella, porque no se atrevía a confiar en él.

-Y -concluía este en un ronco cuchicheo- todos sabemos que usted no es la esposa de Kells. Ese bandido no se casa con una mujer; las odia a todas y por eso era famoso en California. A usted la ha raptado, estamos seguros, y Gulden jura que el mato a sus hombres y que usted a su vez le hirió a él. La herida que tiene en la espalda estaba llena de pólvora y vamos a tener disputa de un momento a otro. Lo mejor que puede usted hacer es escaparse conmigo esta noche mientras están los demás durmiendo. Yo cogería la comida y los caballos y la llevaría a algún campamento, desde donde podría usted volver a su casa.

Juana se limitó a mover la cabeza. Aunque hubiera podido fiarse de Wood, a quien no creía más que a medias, era demasiado tarde. Le importaba muy poco lo que pasase si con sus sufrimientos podía salvar la ruina de Jim Cleve.

Durante su calvario había pasado por emociones tan crudas y desnudas, que creía que nada sería ya para ella motivo de temor o tortura.

El hombre a quien llamaban Francesito estaba audaz, sonriente, amoroso y rudamente galante. Le importaban sus compañeros tanto como si no hubieran estado allí. Competía con Pearce en sus atenciones y los dos derrotaban a los demás. La situación habría sido cómica si no hubiese sido tan terrible. Detrás de su amabilidad, celo e interés veía siempre como la sombra de un presagio. Exceptuando aquel brusco y siniestro movimiento de Gulden, el de un hombre en estado natural a quien no puede engañarse, no hubo palabra, mirada ni acción que Juana pudiese considerar ofensiva. Las relaciones entre ellos eran irónicas, sarcásticas y violentas, mas para Juana cada uno de ellos presentaba lo que era, o lo que él consideraba su lado más amistoso y amable. Una mujer joven y atractiva había caído en un campamento de hombres rudos y solitarios, y en el fondo de sus corazones resucitaba la presunción, la vanidad, el deseo de sobresalir; estaban tan engreídos como una banda de gallos que hiciesen el amor a una gallina. Quizás en algún corazón nacía un sentimiento realmente fraternal hacia la indefensa muchacha en peligro. En alguno también, inevitablemente, brotaría la misma llama que ardía en el de Kells.

Entre aquella amistosa contienda por sus miradas y palabras, con su posibilidad de latente buena voluntad hacia ella, y la sombría y significativa abstracción de Gulden, Juana encontró una nueva y abrumadora tortura.

-Francesito, tú no eres hombre para alternar con señoras -dijo Red Pearce -, y tú, Bate, eres demasiado viejo; dejadme el sitio a mí. -Y en broma, pero con firmeza, los apartó a los dos.

-Que es la señora de Kells. Me parece que a todos se nos está olvidando - dijo Wood.

-Kells está ahora dormido, si no se ha muerto-contestó Red, v tomó el campo para él solo.

-¿Dónde ha conocido usted a Kells? -preguntó, acercando al rostro de la joven su roja faz.

Juana tenía que hacer su papel. Era difícil, porque adivinaba que la curiosidad de Red encerraba una trampa. Sabía, lo sabían todos, que no era la esposa de Kells. Pero si era una prisionera, parecía estar contenta con su suerte. La pregunta que se desprendía de la cara de Pearce era como reconciliar el hecho de su misión con lo que él y sus camaradas habían presentido: su honradez.



Librodot

-Eso no le importa a nadie-contestó Juana.

-Verdad que no-continuó Pearce, pero se acercó más, mirándola con atención- Lo que yo quiero saber es si Gulden tiene razón. ¿Ha sido usted la que le ha pegado el tiro a Kells?

Juana apretó en la oscuridad la mano de Kells. Para un hombre tan débil y cansado como él estaba, fue notable la rapidez con que el contacto le despertó. Levantó la cabeza.

-¡Eh! ¿Quién está ahí? - preguntó.

Pearce se levantó sorprendido, pero no confuso.

-Soy yo -replicó-; me iba a acostar y he querido ver si necesitabas alguna cosa. ¿Qué tal estás?

-Muy bien - dijo con frialdad Kells -. Dejadme solo.

Pearce se retiró con un amable buenas noches y se reunió con los otros al lado de la hoguera. Pronto buscaron todos sus mantas, dejando a Gulden sentado en silencio en la oscuridad.

-¿Por qué me has despertado, Juana? - preguntó Kells en voz baja.

-Porque Pearce me ha preguntado si he sido yo la que te ha pegado ese balazo. En lugar de contestar te he despertado.

Kells sonrió.

-No se les puede engañar, pero no importa. Creo que es mejor que sepan que fuiste tú.

Y quedó pensativo, hasta que se durmió sin hablar más.

Juana se recostó cerca de él apoyando la cabeza en la silla y, cubriéndose con una manta, extendió las piernas para descansar. El sueño le parecía la cosa más remota y se asombraba de atreverse a pensar en él. La noche estaba fresca; el viento silbaba entre los árboles y la hoguera ardía con una llama roja. Juana observaba el negro e informe bulto que sabía era Gulden. Éste estuvo inmóvil durante un largo rato. Al cabo se levanto y se aproximo a la hoguera, permaneciendo un momento a su lado, a la luz rojiza, agigantado por las sombras y más siniestro que nunca. Los ojos eran como dos agujeros negros en su ancha cara, y Juana sabía que estaban fijos en ella. Después se acostó entre los demás hombres, y pronto su profunda y sonora respiración denotaba el tranquilo sueño de un buey.

Durante horas, en medio de las sombras cambiantes y bajo las estrellas, Juana permaneció despierta, acosada por mil pensamientos que giraban todos alrededor de Jim Cleve.

Solo al despertarse con el sol en la cara se dio cuenta Juana de que había dormido.

En el campamento reinaba la mayor actividad. Los caballos estaban frescos y retozones. Kells se había sentado cerca del fuego con una taza de café en la mano. Tenía mejor aspecto, y cuando la saludo su voz era más fuerte. Juana se dirigió al arroyo al lado de Pearce, el Francesito y Gulden, pero ellos no parecieron notar su presencia. Únicamente Bate Wood se toco el ala del sombrero y dijo:

-Buenos días, señorita.

Juana se preguntó si sus recuerdos de la noche anterior no serían solamente una pesadilla. La atmósfera era diferente por el día; entonces dominaba Kells. Pronto volvió al campamento refrescada y con hambre. Guden estaba cargando un paquete con destreza y facilidad. Pearce apretaba la cincha a su caballo. Kells hablaba con más autoridad que nunca desde que sufría la herida.

Pronto emprendieron la marcha. El tiempo para Juana pasaba siempre rápidamente cuando montaba. El movimiento y los cambios de escenario le gustaban. El tiempo que pasaba encerraba para ella una extraña expectación miedo, esperanza y dolor. Al final de aquel viaje estaba Jim Cleve. En otros tiempos se había burlado de él ; le había dominado, todo menos amarle y temerle. Y ahora estaba segura de su amor y casi convencida de su miedo. La reputación que Jim tenía entre aquellos bandidos era asombrosa e inexplicable para Juana. Y cabalgaba pensando en Jim; temiendo su encuentro y deseando verle, rezando y proyectando por él y para él.

Hacia mediodía, la partida salió del cañón a un ancho valle rodeado de altas montañas. Caballos y ganado pacía en los verdes prados. Un ancho y ruidoso riachuelo cruzaba el valle. Juana observo al cruzarlo, por las huellas, que aquel lugar era de considerable tránsito, y que el campamento principal de los bandidos no estaba muy lejos. Se metieron por una áspera garganta, pero el camino era bueno. Pronto salieron a una bella quebrada, muy diferente de los profundos cañones. El suelo era llano, cruzado por un arroyo y sembrado de pinos, entre los cuales brotaba aquí y allá un bálsamo gigante. Macizos de flores silvestres daban un color rosado a las laderas. En la parte superior de la quebrada vio Juana cierta cantidad de cabañas muy separadas unas de otras. Aquél era, pues, el campamento de los bandidos.

Al llegar a la primera cabaña, la caravana se dividió. Algunos hombres que allí había les dieron la bienvenida. Gulden se detuvo con su acémila. Otros siguieron adelante. Wood condujo otros caballos hacia la derecha y Red, que estaba al lado de Kells, dijo a Juana que los siguiese a ellos. Subieron a un cerrete cubierto de abetos, entre los cuales había una cabaña grande de leños. Era nueva y, como todas, no presentaba señales de haber visto un invierno. Las junturas entre los leños no estaban todavía bien cerradas. La cabaña era de la más primitiva construcción, con el tejado de tierra y maleza; baja, pero muy larga, con un porche sostenido por postes; a uno de los extremos había un corral. Ni las puertas ni las ventanas tenían hojas, y en la pared del frente, por la parte exterior, había colgados arreos de caballos. Juana dirigió una rápida mirada a los hombres que se levantaban para saludar a los viajeros. Jim Cleve no estaba entre ellos. Respiro mejor. ¿Como podría mirarle al encontrarse con él?

Kells estaba aún mejor que el día anterior, pero tuvieron que bajarle del caballo. Juana oyó que todos los hombres hablaban a la vez, aglomerándose alrededor de Pearce y queriendo todos prestar una mano. Kells pudo entrar por su pie en la cabaña y Bate Wood introdujo en la misma a Juana.

Era tina habitación grande, con un hogar de piedra, bancos y mesas de tosca construcción, pieles y mantas en cl suelo y armas y linternas en las paredes. A un extremo vio Juana algunos útiles de cocina y estantes con provisiones.

La voz de Kells sonó súbitamente, imponiendo silencio al clamor de las preguntas.

-No estoy herido- dijo- Solamente débil y un poco cansado. Compañeros, esta muchacha es mi esposa. Juana, ahí encontrarás habitación, en la parte trasera de la cabaña. Acomódate.

Juana cumplió la indicación con alegría. En la pared trasera había una puerta cubierta con una manta. Al levantarla, se encontró con una escalera que conducía a la cabaña menor y más clara, dividida en dos habitaciones por una pared de leños. Dejo caer la manta tras ella y subió los escalones. Entonces vio que la cabaña nueva había sido levantada adosada a una vieja que no tenía más puerta que aquella por donde había entrado. Era clara porque las junturas de los leños no ajustaban bien. El mobiliario consistía en un ancho banco cubierto de mantas, un anaquel sobre el que colgaba un espejo roto, una mesa y una linterna. Esta habitación estaba unos cuatro pies más alta que el suelo de la otra cabaña. Al pie de la escalera había una tabla y una barra que Juana supuso serían para cerrar la entrada. Juana podía desde lo alto de la escalera ver la habitación contigua por un lado de la manta, pero por ningún otro sitio, porque las aberturas de lo leños de las dos cabañas no estaban a la misma altura. Aquel alojamiento era cómodo, reservado y podía cerrarse. Juana no había esperado tantas consideraciones de Kells y le estaba agradecida.

Se recostó para descansar y pensar. Realmente aquel lugar era agradable; entre los leños anidaban pájaros y corría una ardilla. A través de una abertura que había a la altura de su cara veía un rosal silvestre y la verde ladera de la quebrada; una brisa templada y olorosa entraba agitando sus cabellos. Era extraño que en la morada de aquel ladrón pudiera haber cosas agradables y bellas. El tiempo era el mismo allí que en todas partes; el sol brillaba en el cielo azul. Una laxitud la invadía y no podía tener los ojos abiertos; no trataba ya de abrirlos, pero

quería permanecer despierta para escuchar, pensar y esterar. Pero se durmió y no despertó hasta que un ruido vino a interrumpir su sueño. El color del cielo le dijo que la tarde estaba muy avanzada. Había dormido varias horas y alguno llamaba a su puerta. Se levanto y aparto la cortina; Bate Wood estaba en la puerta.

-Tengo la cena dispuesta -dijo- y pensaba que usted tendría hambre.

-Sí que tengo, gracias - replicó Juana.

A los pocos momentos volvió Bate Wood con varias cazuelas y tazas colocadas en una caja. Entrego el tosco servicio a Juana y dijo con una sonrisa que cambiaba su ruda faz:

-Yo soy un cocinero de primera clase cuando tengo algo que guisar.

Ella le repitió las gracias devolviéndole la sonrisa. Evidentemente Kells tenía una despensa bien provista, y como Juana llevaba varios días alimentándose de manjares muy primitivos, aquella apetitosa cena era un lujo. Mientras comía, la manta-cortina se aparto y apareció Kells, que la dejo caer detrás de sí, pero que no subió las escaleras. Estaba en mangas de camisa, afeitado, y parecía un hombre distinto.

-¿Qué te parece tu casa? -preguntó con algo de su antigua ironía.

-Te agradezco que sea reservada para mí sola.

-Crees que podría estar peor, ¿eh?

-Ya lo sé.

-Supón que Gulden me mata, se apodera del mando de la cuadrilla y de ti... ¡Se cuenta de él una historia! La peor de todas las que he oído por aquí. Ya te la contaré algún día cuando quiera asustarte.

-¡Gulden! -Juana tembló al pronunciar el nombre-. ¿Sois enemigos?

-Nadie puede tener amigos en este país. Vamos en bandadas como los buitres, porque siendo muchos estarnos más seguros, pero regañamos entre nosotros como los buitres sobre la carroña.

-¿No odias esta vida, Kells?

-Siempre y en todas partes he odiado mi vida. La única vida que me gusta es la de aventura y estoy dis-

puesto a probar una nueva, si tú quieres correrla conmigo.

Juana movió la cabeza.

-¿Por qué no? Me casaría contigo-siguió él bajando la voz-. Tengo oro y puedo tener más.

-¿Dónde has conseguido todo ese oro?

-He aliviado de su peso a muchos buscadores y viajeros demasiado cargados.

-¡Eres un villano, Kells ! -exclamó Juana incapaz de contener su exaltación-. Y debes estar completamente loco para pedirme que me case contigo.

-No, no estoy loco - contestó él con una carcajada -. Golden es quien lo está. Se le ha metido algo en la cabeza; a mí no se me engaña. Sólo por ti la pierdo yo. Pero compara la diferencia entre casarte conmigo y vivir y viajar entre personas decentes y con comodidad a campamentos como éste. Si no me emborracho me portaré bien contigo, pero me matarán tarde o temprano y entonces vendrás a parar a manos de Gulden.

-¿Por que en las de Gulden?

-Gulden es mi obsesión.

-También la mía. Me hace perder el sentido de la proporción. A su lado, tú y los demás, que sois perversos, parecéis buenos.

-¿Entonces no quieres casarte conmigo? Tu elección es extraña, puesto que te digo la verdad con toda franqueza.

-Algo me dice desde muy hondo que no serás capaz de tenerme aquí presa; que no puedes ser tan bajo con una mujer te ha salvado la vida. Sería horrible, inhumano; no hay hombre nacido de mujer que sea capaz de hacerlo.

-¡Pero yo te amo! - dijo él con voz sorda y dura. -¡Amar! -replicó ella con desdén- Eso no

es amor. Sólo Dios sabe lo que es.

-Llámalo como quieras - siguió él con amargura -. Eres una mujer joven y guapa; me encanta estar a tu lado. Mi vida ha sido un infierno sin un rayo de felicidad. Y delante de mí sólo un infierno tengo. ¿Por qué no ha. bría de retenerte aquí?

-Pero escucha, Kells - murmuró ella-. Supongamos que soy joven y guapa como tú dices. Estoy en tu poder y me veo obligada a buscar tu protección contra otros aún peores. Tú eres diferente de esos otros; estás educado y debes haber tenido una buena madre. Ahora estás amargado, desesperado, terrible; odias la vida y crees que ese encanto que ves en mí sería algo para ti, un rayo de alegría; pero, ¿cómo? Tú lo sabes mejor. ¿Cómo podría ser a menos que yo te amase?

Kells la miró con toda la violencia de su pasión retratada en su semblante. La sombra de su pensamiento en sus extraños ojos mostraba la otra faceta del hombre. Sin dejar de mirarla levantó la cortina, inclinó la cabeza y salió.

Juana quedó inmóvil, contemplando la puerta por donde había desaparecido, escuchando los latidos de su propio corazón. Había hablado a Kells sinceramente, pero en sus últimas palabras había visto éste un significado que ella no pretendió darles. Todo lo que era en ella femenino le hacía comprender su poder. Si conseguía con astucia y sin vergüenza engañar a Kells y hacerle creer en una posible correspondencia a su amor, podría hacer lo que quisiera con él. Lo comprendía. No necesitaba casarse con el y sacrificarse. Juana estaba asombrada de que la idea hubiera salido un momento a su conciencia. Pero una voz interior le decía que aquello era diferente de todo lo que ella había conocido y todo lo que le era precioso pesaba en la balanza. Cualquier falsedad era justificable y hasta justa en aquellas circunstancias. ¿Podría trazarse un plan de permitirse engañar a aquel astuto bandido? Una remotísima posibilidad de corresponder con el tiempo a su amor era todo lo más que se atrevería a dejarle entrever. Para ello, con todo el encanto y dulzura que pudiera poner, sería lo suficiente. ¿Se atrevería a intentarlo? Si lo intentaba y fracasaba, Kells la despreciaría y entonces estaba perdida. Vacilaba entre la duda y la esperanza. A su nobleza repugnaba aquella doblez, y todo lo que había salido de las duras pruebas que había sufrido la incitaban al juego, a derrotar la villanía de Kells con la duplicidad incalculable de una mujer.

Y mientras Juana estaba absorta en sus pensamientos, el sol se ocultó y las sombras invadieron la cabaña. En la habitación de al lado habían sonado constantemente voces de hombres, a veces altas y a veces bajas. Solamente al oír el nombre de Jim Cleve claramente articulado salió Juana de su ensimismamiento temblando y encendida. Falto poco para que se cayese por los escalones a causa de su ansiedad, y su mano temblaba al levantar la cortina.

La habitación grande estaba iluminada por el fuego y media docena de linternas. A través de una ligera nube de humo azul, Juana vio varios hombres en pie, sentados o tendidos alrededor de Kells, quien tenía un asiento de nodo que la luz le alumbrase bien. En la conversación se había hecho, evidentemente, una pausa v todas las caras estaban vueltas hacia la puerta en expectación.

-Hazle entrar, Bate, y veámosle-decía Kells.

Bate Wood apareció del brazo de un hombre alto y flexible. Cuando llegaron a la luz, Juana tembló como si hubiera sufrido un golpe. Aquel extraño que entraba con Bate Wood era Jim Cleve. Jim Cleve en cuerpo y alma, pero no el mismo que ella conocía.

-Me alegro de conocerte, Cleve - dijo Kells alargando su mano.

-Yo también, gracias -contestó Jim estrechando la mano que le ofrecían. Su voz era fría y de un tono extraño para Juana. ¿Era en realidad aquel hombre Jim Cleve?

El encuentro de Jim y Kells debía ser significativo a juzgar por el interés del último y la silenciosa atención de los hombres de su clan, mas para aquel Jim trágico y siniestro no parecían significar nada. Juana le miraba con el mayor asombro. Recordaba un Jim pesado y florido, un muchacho demasiado crecido, de perezosa sonrisa, cara llena y ojos soñadores y



Librodot

no le reconocía en el hombre que veía en aquel momento, flexible y poderoso, con músculos que se marcaban bajo su camisa blanca de lienzo grueso. La mirada de Juana le recorrió de pies a cabeza, temblando al detenerse en los dos gruesos revólveres que llevaba en el cinto y fijándose por fin con pavor en la cara. La del otro Jim Cleve tenía demasiada carne en las mejillas para mostrar fuerza y fuego. Aquel otro hombre era bello, pero de una belleza trágica. Estaba tan pálido como Kells, con una palidez limpia y pura, sin las sombras que produce el sol. En sus labios parecía estampada una amarga e indiferente sonrisa. Sus ojos estaban fijos, atentos. Eran penetrantes y negros como la noche, rodeados de grandes círculos morados que les daban mayor profundidad y misterio. Una cara triste e indiferente que estremeció a Juana hasta el corazón. Había llegado demasiado tarde para salvar su felicidad y rezaba porque no lo fuera también para salvar su alma y su honor.

Mientras miraba, había seguido la conversación entre Kells y Jim Cleve y ella la había oído sin distinguir las palabras. Kells le trataba amistosamente, lo mismo que todos los que estaban al alcance de la vista de Juana. Le rodeaban y se reían todos; después le condujeron a una mesa donde ya había algunos otros jugando.

Juana dejo caer la cortina y en la oscuridad de su cabaña seguía viendo aquella cara pálida y terrible; y la veía aunque se cubriera los ojos con las manos. El dolor, la temeridad, la indiferencia, la ruina que se retrataba en aquella cara era su propia obra. ¿Y por qué? ¿Qué le había hecho Jim Cleve? La había amado y la había besado contra su voluntad y ella le había vituperado furiosamente. Y cuando él por fin la amenazo con probarle que no era un cobarde, le había despreciado con la despiadada injusticia de una mujer. Toda su fuerza y resolución la dejaron por un momento después de ver allí a Jim Cleve. Se dejo caer en el lecho retorciéndose. La duda y la desesperación volvían a apoderarse de ella con otra anhelante y enloquecedora emoción. ¿Qué había sacrificado? ¡Su felicidad y la de ella misma y las vidas de los dos!

Los clamores en la otra cabaña se habían hecho tan fuertes, que, al cesar súbitamente, Juana sintió la aguda curiosidad de ver a qué se debía y se acerco otra vez a la cortina.

Gulden, enorme y sombrío, entraba en la cabaña. Entro en el círculo de luz encarándose con Kells con las llamas de la hoguera reflejándose en sus ojos.

-¡Hola, Gulden ! -dijo Kells con frialdad- ¿Qué te trae por aquí?

-¿No te han dicho nada de Bill Bailey? - preguntó Gulden.

-¿Decirme qué? - Kells no mostró la más ligera emoción.

-Que ha muerto en una cabaña del valle.

Kells levanto la cabeza y sus ojos se estrecharon despidiendo un acerado reflejo.

-No, no sabía nada.

-Dejaste a Bill por muerto, pero vivía y llego allí no se sabe como. Beady Jones paso por allí. Antes de morir dio a Beady un recado para mí. ¿No quieres saber lo que fue?

-No me importa-replico Kells -. Bill estaba ofensivo con mi esposa y le maté.

-É1 juro que lo mataste a sangre fría -trono Gulden-. Sin más razón que tu deseo de quedarte solo con la muchacha.

Kells se levanto con maravillosa calma; solo su palidez y un ligero temblor de las manos denotaban su excitación. Un estremecimiento y un murmullo corrió por la estancia. Red Pearce se acerco al lado de Kells. En un momento la atmósfera se había cargado de muerte.

-Bien, juro la verdad. ¿Te importa algo?

Aparentemente, el hecho y su confesión no significaban nada para Gulden a no ser que fuese profundo en lo que los demás le consideraban estúpido

-Ya está hecho, Bill no resucitará -continuo Gulden-, pero, ¿por qué nos engañas? ¿Que juego es este? Nunca lo habías hecho antes. Esa mujer no es tu...

-¡Calla! -silbo Kells. Como un relámpago apareció en su mano el revolver.

Gulden no hizo el menor movimiento para sacar el suyo; no mostró sorpresa, miedo ni

emoción de ninguna especie.

Red Pearce se coloco entre los dos. Se oyó la fuerte respiración de los que miraban. Gulden se marcho y Kells volvió a tomar su pipa y a sentarse como si nada hubiera ocurrido.

# IX

Juana se retiro de la puerta con un escalofrío. La sombra de la muerte se cernía sobre aquellos hombres. Debía fortalecerse para vivir bajo aquella sombra, prepararse para resistir la serie de golpes que inevitablemente vendrían. Escucho. Ahora hablaban y reían todos. Oyó el crepitar de las astillas, las cartas que arrojaban sobre la mesa y el ruido sordo de un saquito de oro en polvo. Delante de sí tenía las largas horas de la noche, durante las cuales celebraban su orgía los bandidos. Solo un rayo de luz penetraba en su cabaña, pero era suficiente para distinguir los objetos. Coloco la tabla y la barra en la puerta para impedir el acceso a su habitación, poniéndose a salvo al menos de visitas desagradables. ¿Quién y con qué objeto habría construido aquella tosca puerta? Luego sucumbió una vez más a la tentación de mirar por un lado de la cortina.

La habitación estaba llena de humo azul del tabaco. Vio a Jim Cleve sentado en la mesa jugando con varios bandidos. Aunque tenía la espalda vuelta hacia Juana, esta veía el contraste entre su actitud hacia el juego y la de sus compañeros. Todos estaban nerviosos, agresivos y atentos a las cartas. En los movimientos de sus brazos y la posición de su cabeza se conocía la indiferencia de Jim Cleve. Uno de los jugadores gruñó una maldición, arrojo sus cartas sobre la mesa y se levanto.

-Ya está limpio - dijo otro con malévola alegría.

-No - afirmo un tercero -. Tiene dos potes de conservas llenos de polvo; yo los he visto.

-Me alegro de que sea Jim el que tiene la suerte, porque así quizá me devuelva mi oro - dijo otro jugador con una carcajada.

-Es el jugador más caballeresco que yo he visto-rezongó el último de los que jugaban -. Oye, Jim, ¿tienes siempre la misma suerte en amor que en el juego?

-Claro - contestó Jim con dejo irónico y distraído en la voz.

-Es curioso. Ahí tenemos al jefe, Kells, que gana siempre con las mujeres, pero que no toca una carta sin perder.

Kells oyó este discurso y se echo a reír con los otros.

-¡Eh!, tú, no recuerdo que me hayas ganado nunca nada - dijo.

-Ven y siéntate aquí y ya verás como se esfuma tu oro. No eres capaz de parar a Jim Cleve. Te ganará tu

oro, tus caballos, la silla, las armas y la camisa si te atreves a jugártela.

El que hablaba dejo las cartas sobre la mesa mirando a Jim Cleve con resentida admiración. Kells se acerco al grupo y puso una mano en el hombro de Cleve.

-Dime, muchacho - dijo con buen humor -, has dicho que tenías la misma suerte en amor, pero yo tengo mis sospechas de que ha sido un poco de desgracia con

Kells hablaba en broma, con un tono en el que no podía encontrar ofensa ni aún el más arisco de los hombres, y sin embargo, había curiosidad, penetración, agudeza en su discurso, que no hizo en Jim Cleve el menor efecto.

-¡Mala suerte! ¡Una muchacha! ¡Al infierno con las dos cosas! -dijo.

-El Evangelio estás diciendo. ¡Al infierno! De ahí es de donde vienen suerte y mujeres- prorrumpió el jugador desgraciado- ¿Queréis hacer el favor, alguno, de acercarme esa botella de whisky?

Juana no dejó de advertir el creciente interés con que Kells observaba a Jim Cleve. Pero había visto ya bastante y se dejó caer en el lecho con el corazón oprimido.

-¡Está perdido ! -murmuró para sí-. ¡Perdido! ¡Que Dios me perdone !

A través de los leños veía brillar las estrellas.

La brisa de la noche entraba fría y pura con el rocío de la montaña. Oía el aullido de los lobos, el ulular de un búho, el distante grito de un jaguar, siniestro y salvaje. Y, sin embargo, fuera reinaba un profundo silencio. En la cabaña de al lado, de la que estaba afortunadamente aislada, sonaban ruidos diferentes y odiosos por el contraste. Se cubrió los oídos con las manos y rendida por el pensamiento y el dolor cayó en un profundo sueño.

A la mañana siguiente la cabaña permaneció silenciosa mucho tiempo después de haberse despertado, y ya había mediado la mañana cuando Wood llamó y le entregó un balde de agua, una jofaina y toallas. Luego volvió con su almuerzo y después no tuvo que hacer más que pasearse por las dos habitaciones de que disponía. Una era solamente un granero, largo tiempo en desuso. Sus vistas desde los dos cuartos estaban limitadas a la verde ladera de la quebrada y las nubes amarillas del cielo, pero la prefería al panorama de las cabañas y tareas de los bandidos.

A mediodía, próximamente, oyó la voz de Kells en conversación formal y secreta con alguien, pero no pudo entender lo que decían. Cesó el diálogo y oyó a Kells moverse en la cabaña; después los cascos de un caballo que se alejaba a galope y un golpe en la pared.

-Juana - llamó Kells, y, apartando la cortina, entró pálido y contrariado en la habitación.

-¿Que pasar -preguntó Juana con ansiedad.

-Gulden ha reñido con dos esta mañana y ha matado a uno; el otro, según me dice Red, está en mal estado; yo no le he visto aún.

-¿Quiénes son? - tartamudeó Juana. No podía pensar más que en Jim Cleve.

-Dan Small es el muerto; al otro le llaman Dick y no sé que más.

-¿Cómo fue la riña?

-Por culpa de Gulden, que es muy pendenciero. Nadie puede llevarle la contraria, porque está siempre como otros cuando están borrachos. Siento no haberle liquidado anoche. Lo hubiese hecho si no hubiera sido por Red Pearce.

Kells estaba sombrío y preocupado con su situación, de la que hablaba a Juana con naturalidad, como si se tratase de un simpatizante con sus asuntos. Un bandido era, pues, en los detalles de su vida, proyectos, disgustos, amistades y relaciones, igual que cualquiera otra clase de hombres. Era humano, y las cosas que para un observador constituirían negros crímenes, para él eran queridas como una parte de su ser. Juana fingió la simpatía y el interés que no podía sentir.

-Creía que Gulden era tú enemigo.

Kells se sentó en una de las cajas que servían de sillas y su pesado revólver descansó sobre el suelo. Miraba ahora a Juana, olvidando que era una mujer y su prisionera.

-No había pensado en ello hasta ahora-dijo- Nos llevábamos bien porque le entendía y le manejaba; y el hombre no ha cambiado en lo más mínimo; es lo que siempre ha sido. Pero hay una diferencia que empecé a notar en el Cañón Perdido, y creo que tú eres la causa de esa diferencia.

-¡Oh, no! -exclamó Juana temblando.

-Puede ser que esté equivocado, pero de todas maneras algo le pasa a Gulden. Nunca ha tenido un amigo ni un socio. Yo sé muy bien sus relaciones con Bill. ¿Que le podía importar a él? No, Gulden está irritado; le lleva la contraria a todo el mundo. Se le ha metido algo en la cabeza que le hace peligroso. Estoy decidido a librarme de él desde anoche, pero ahora parece que la cosa no es nada fácil.

-¿Por que? -preguntó Juana con curiosidad.

-Pearce, Wood y Beard, todos los hombres de quienes puedo fiarme, dicen que no

conviene, que Gulden tiene prestigio con la cuadrilla de aquí y en todo el país. Me he puesto furioso porque no lo creo, pero como no estoy seguro, no sé qué hacer. Todos le tienen miedo a Gulden, esto es todo, y... creo que yo también...

-¡Tú! - exclamo Juana.

Kells pareció avergonzarse.

-Creo que sí, Juana-continuo- Gulden no es un hombre, yo nunca le he tenido miedo a ningún hombre. Éste es un animal.

-A mí me hace pensar en un Borla-dijo Juana.

-Solo conozco un hombre que no le tenga miedo a Gulden. Un recién llegado a este país que se hace llamar Jim Cleve. ¡Un muchacho, no me lo pedía imaginar! Pero que es capaz de darle una bofetada al mismo diablo; no durará mucho tiempo aquí, aunque no se puede decir; hombres como él, que se ríen de la muerte, se burlan de ella mucho tiempo a veces. Yo he sido así en alguna época. Me oyó hablar de esto con Red y me dijo que él buscaría pendencia a Gulden y que le echaría del campamento o le mataría.

-¿Qué has contestado tú? - preguntó Juana, tratando de calmar su voz y evitando su mirada.

-Le dije que aquello le ganaba mi amistad, pero que no quería que le matasen. Tiene nervio ese chico; lo dijo con la misma tranquilidad que si se ofreciera a atarle las cinchas a mi caballo. Gulden es capaz de apalear a doce hombres; ya lo ha hecho, y no conozco otro que cuente con tantas muertes en su haber.

-¿Y por eso le tienes miedo?

-¡No! -exclamo Kells con pasión, como si se hiciese una afrenta a su valor-. Es porque es Gulden; se dice algo pavoroso de él. Gulden es un caníbal.

Juana le miro como si no entendiese.

-Es un hecho conocido en toda la frontera. Gulden no es un fanfarrón y él no lo ha dicho. Ha sido marino pirata, y una vez naufrago y el hambre lo obligo a ser antropófago. Así lo dijo en California y en los campamentos de Nevada, pero nadie le creyó, hasta que hace algunos años se vio bloqueado por la nieve en las montañas de Lewiston; iban con él dos compañeros; era preciso salir de allí y emprendieron el viaje. La marcha era extremadamente dura sobre la nieve. Gulden dice que sus compañeros no la pudieron resistir, pero no es verdad; los asesino y salvó su vida otra vez comiendo carne humana. Cuando se supo esto nadie dudo más de sus hazañas cuando era marinero... Se cuenta de él otra historia. Una vez se apodero de una muchacha y se la llevo a las montañas, donde permaneció un invierno, y luego volvió solo y dijo que la había tenido atada desnuda en una cueva hasta que se murió de frío.

-¡Qué horror! -gimió. Juana.

-Yo no sé hasta qué punto será verdad, pero yo lo creo. Gulden no es un hombre. El peor de todos nosotros tiene una conciencia; podemos distinguir el mal del bien, pero Gulden no. Está debajo de la moral. No tiene la concepción de la humanidad que yo he visto en los más bajos criminales. La historia de esa muchacha y de la cueva le denuncia; es un ser de la edad de piedra, es una cosa. Y en esta frontera puede obtener el poder que quiera por ser así precisamente.

-¡No le dejes verme, Kells! - suplico Juana.

El bandido no pareció darse cuenta del miedo que había en el tono y la mirada de Juana. Solo veía en ella a un oyente, y con aire preocupado y siniestro la dejo sola.

En los tres días siguientes, Juana solo le vio a través de los pliegues de la cortina. Seguía teniendo su puerta atrancada y no veía a nadie, salvo a Bate Wood, que le traía las comidas. Se paseaba en su cabaña como una criatura enjaulada. Durante este período, pocos hombres visitaron la cabaña de Kells y ninguno permaneció en ella mucho tiempo. Juana sabía que Kells no estaba siempre en casa; evidentemente ya estaba en condiciones de salir. Al cuarto día la llamo, pidiéndole permiso para entrar. Juana abrió la puerta y observo que estaba casi

bien del todo; frío, desenvuelto, alegre con su aire habitual imperioso.

-Buenos días, Juana. No pareces muy impaciente por tu negligente marido.

Se rió como si se mofase de sí mismo, pero estaba alegre a su vista, y un indefinible tono de su voz sugería respeto.

-No te he echado de menos -dijo Juana, aunque se alegraba de verle.

-Ya me lo imagino - contestó él con sequedad -. He estado muy atareado con mis hombres y mis proyectos. Todo marcha a mi entera satisfacción. Red Pearce ha visto a Gulden y no ha habido cuestión; además Gulden se ha ido. Parece que anda detrás de una muchacha llamada Brander. Tengo la esperanza de que le peguen un tiro. Pronto nos marcharemos de aquí, Juana. Estoy esperando noticias que harán cambiar las cosas y no quiero dejarte aquí. Tendremos que viajar por los senderos más ásperos y tienes los vestidos hechos jirones. Tenemos que proporcionarte algo que ponerte.

-Es verdad - replicó Juana, contemplando sus vestidos hechos pedazos -. Esto se me quedaría en el primer matorral que atravesase.

- ¡Qué fastidio ! -dijo Kells disgustado- ¿Y dónde diablos puedo yo encontrar un vestido para ti? Estamos a doscientas millas del lugar más próximo, en medio de la más salvaje naturaleza... ¿No te has puesto nunca un traje de hombre?

-Sí, cuando iba de caza con mi tío-replicó ella de mala gana.

Una luminosa sonrisa cambió por completo la cara de Kells. Se frotó las manos, riéndose como si algo le hiciera mucha gracia. La midió de arriba abajo con la mirada.

-Espera un momento -dijo.

Salió y le oyó revolver en el montón de cosas que había observado en un rincón de su cabaña, volviendo al poco rato con un lío que deshizo extendiendo varios artículos.

-Éste es el equipo de Dandy Dale -dijo con animación -. Dandy quería ser un caballero bandido y se vestía en consonancia, pero un viajero poco comprensivo se lo cargó un día. No murió en el acto; pudo escapar y algunos compañeros encontraron su cuerpo y se trajeron las ropas, que valen una fortuna, pero no hay ninguno de nosotros que pueda meterse en ellas.

Consistían en un sombrero negro con una banda de plata, una camisa azul oscuro, un chaleco de gamuza bordado, un cinturón lleno de cápsulas y un revólver con puño de nácar; pantalones de pana, botas altas y espuelas con incrustaciones de oro, todo ello del mejor material y bien trabajado.

-Del ala de un sombrero de fieltro te haré un antifaz y estarás magnífica-dijo, hablando con el impulso y entusiasmo de un muchacho.

-¿No pretenderás que me ponga esas cosas? -preguntó Juana con incredulidad.

-Ciertamente. ¿Por qué no? Es precisamente lo que necesitamos ; demasiada fantasía, pero tú eres una mujer. No lo podremos ocultar, ni yo quiero ocultarlo.

-No pienso ponerme eso-declaró Juana.

-Perdona, pero te lo pondrás -contestó él con frialdad.

-¡No! -gritó ella sin poder contener su exaltación.

-Tienes que hacer largos viajes a caballo conmigo, algunas veces de noche, quizás escapando de perseguidores. Tendrás que venir conmigo a los campamentos y debes llevar vestidos fuertes y cómodos. Te pondrás un antifaz. Este traje es como hecho a tu medida; tienes la gran suerte porque es fuerte y bueno; lo resistirá bien todo y te lo vas a poner ahora mismo.

-¡Ya te he dicho que no! -contestó Juana.

-¿Pero por qué si es de uno que ya ha muerto? Mira, ese agujero de la camisa es el de la bala. No seas quisquillosa, que con eso no vas a conseguir nada.

-Señor Kells, se le ha olvidado a usted enteramente que soy una mujer.

Él la miró asombrado.

-Quizá... ya lo recordaré. Pero tú misma has dicho que alguna vez has llevado vestidos de

hombre.

-He llevado unos pantalones y una chaqueta de mi hermano, en donde cabían tres como yo-replicó ella.

La cara de Kells empezó a cambiar; se echó a reír con estrépito.

-Com-pren-do. Esto te va a estar como un guante. Ya me estoy muriendo por verte.

-Pues no me verás.

A esto el se puso serio y los ojos le brillaron

-No eres capaz de entender una broma. Te voy a dejar sola un rato y cuando vuelva tendrás el traje puesto.

Su voz tenía la nota que ella había oído cuando daba órdenes a sus hombres.

Juana le miró con aire de reto.

-Si cuando vuelva no lo tienes puesto, te acabare de romper los harapos que llevas. Eso !o puedo hacer. Eres un diablillo fuerte y quizá yo no estoy bastante bien para meterte a la fuerza en los pantalones, pero puedo pedir a alguien que me ayude y en este último caso esperaríamos a Gulden.

Juana sintió que le flaqueaban las piernas y tuvo que sentarse en el lecho. Kells cumpliría absoluta y literalmente su amenaza. Ahora conocía el significado del cambio que se operaba en sus ojos. Un momento era un hombre y al siguiente otro; y entre los dos había una diferencia incalculable. Instintivamente reconocía a su enemigo en aquella segunda personalidad. Debía poner toda su fuerza, su encanto y su ingenio en prevenir la aparición de aquella segunda personalidad; todo lo demás sería inútil.

-Puesto que me obligas... -dijo.

Kells la dejo sola sin añadir una palabra.

Juana se despojo de sus viejos y destrozados vestidos y, apresuradamente, temiendo la vuelta de Kells, se vistió las ropas del bandido muerto. Dandy Dale debía haber sido exactamente igual a ella porque sus prendas le sentaban perfectamente. Juana se sentía tan extraña que apenas tuvo valor para mirarse al espejo. Cuando lo hizo, dio un grito de asombro y de vergüenza. Nunca hubiera reconocido su propia cara. ¿Qué había sido de su estatura y de su delgadez? Su vergüenza era singular; procedía de la conciencia de haber experimentado un estremecimiento de placer al verse con aquel traje que pronunciaba todas las curvas de su cuerpo y hacía resaltar como ningún otro su femineidad.

En aquel momento, Kells llamaba a la puerta y preguntaba:

-Juana, ¿estás ya vestida?

-Sí-contestó ella casi involuntariamente. Kells entro.

Con un impulso instintivo, Juana se envolvió en una manta y quedó temblorosa, con la cara escarlata y los ojos dilatados. Kells entraba con una sonrisa de expectación y aquella luz burlona en la mirada. Ambas se desvanecieron. Miro primero a la manta, luego a su cara; por fin pareció comprender la prueba por que ella pasaba y la compadeció.

-¡Tontuela! - exclamo con emoción. Y aquella emoción pareció exasperarle. Le volvió la espalda y se puso a mirar al exterior, por las junturas de los leños. Una vez más, como tantas otras antes, recordaba algo penoso y vago.

Juana, a pesar de su agitación, no dejo de observar el efecto de su inconsciente infantilidad. Lo comprendía con la mente de mujer que había madurado en ella. Tenía, como Kells, dos personalidades diferentes.

-Estoy tratando de portarme bien contigo - siguió diciendo Kells sin volverse - y quiero ofrecerte la oportunidad de sacar el mejor partido posible de una mala situación. Pero tú eres una niña y yo soy un bandido; un hombre perdido para el bien y que quiere poseerte.

-Pero tú no estás del todo perdido para el bien -replicó Juana- No puedo comprender bien lo que siento, pero sé que si hubiera sido Gulden el que entraba, no hubiera tratado de esconderme detrás de una manta. Ya no tengo miedo, y por eso es por lo que obré como una

muchacha sorprendida... ¿No lo ves?

-No, no lo veo. Quisiera no haberte traído aquí; que la cosa no hubiera ocurrido, pero ya es demasiado tarde.

-Nunca es demasiado tarde. Todavía no me has hecho ningún mal.

-Pero te amo - prorrumpió él -. No como antes he amado. Ahora veo que, en realidad, no he amado nunca a una mujer. Estoy cogido en algo que me aprieta como aquella cuerda de que me iban a colgar.

Juana tembló entonces comprendiendo la tremenda pasión que se había apoderado de aquel hombre fuerte y extraño. Frente a ella no sabía como contestarle. Sin embargo, el saber que existía la hizo encontrar valor.

Kells permaneció un largo momento en silencio, mirando a la verde ladera. Luego, como hablando consigo mismo, dijo:

-Voy a perder el envite, pero tengo que jugar.

Y se volvió hacia Juana. Su penetrante mirada apresuro su decisión de entrar en el papel que se había asignado y dejo caer la manta. La hosquedad y la dureza desaparecieron del semblante de Kells. Sonrió como nunca le había visto sonreír. En aquella sonrisa y en su muda contemplación leyó ella su admiración y, a pesar de lo inadecuado de su traje y del carácter en él conocido, comprendió que nunca había recibido un mayor homenaje. Por fin encontró él su voz.

-¡Juana, eres lo más bonito que he visto en mi vida!

-No puedo acostumbrarme a estas ropas-dijo Juana -. No puedo y no saldré con ellas fuera de esta habitación.

-¡Claro que saldrás! Mira esto, que quizá te convenza. No seas tan tímida.

Sacó un ancho trozo de fieltro blando, que indudablemente había cortado de un sombrero. Tomo la medida de

su cara y lo corto con su cuchillo hasta el tamaño deseado; hizo dos agujeros para los ojos y le puso una tira delgada de ante para atarlo sobre la nuca.

-Toma, ponte esto en la cara y mírate al espejo...

Juana lo hizo así y vio reflejada en el cristal a una persona enmascarada. Ya no era Juana Randle; había perdido por completo su identidad.

-Nadie me reconocería ahora, aunque me hubiera visto antes muchas veces - murmuró, pensando exclusivamente en Jim Cleve.

-No había pensado en tanto, pero tienes razón -repuso Kells -. Si no me equivoco, Juana, antes de mucho serás la comidilla de pueblos y campamentos.

Esta observación de Kells era para Juana una prueba del singular orgullo con que ostentaba su nombre, y de la veracidad de muchas extrañas historias que sobre hombres y mujeres de la frontera corrían por aquella comarca. Nunca había creído ninguna; le habían parecido una parte de la vida de aquel revuelto país. Cualquier buscador de oro podía pasar una noche en un campamento, contar una historia y desaparecer para no volver más por allí. ¿Podría nadie contar una historia más extraordinaria que la de su vida?

Vagas ideas se agitaban en su mente como un remolino; Kells y su cuadrilla, los ásperos senderos, campamentos, ciudades, oro, asesinatos, robos, riñas, huídas a través de la noche y, en medio de todo, Jim Cleve y su ruina.

Súbitamente, Kells se adelanto y la tomo en sus brazos. Juana se puso rígida. La había sorprendido; estaba en sus brazos y no podía mirarle a la cara.

-Dame un beso, Juana-murmuró con dulzura y con una nota profunda en la voz.

-¡No! -grito Juana con violencia.

Siguió un momento de silencio. Sentía como sus brazos aumentaban lentamente su presión, la agitación de su pecho.

-Pues yo te obligaré a que me lo des.

Su voz parecía la de otro hombre. Inclino la cabeza y con una mano trato de hacerle levantar la cara.

Pero Juana hizo una violenta y desesperada resistencia. Creía que aquél era su sino, pero con ello se hacía su lucha más fuerte y desesperada. Y con la cabeza baja y

todos sus músculos en tensión, lucho con él por toda la habitación, golpeándose contra la mesa y asientos, rodando de una pared a la otra, hasta que, cayendo en el lecho, consiguió librarse del abrazo. Se levanto de un salto, jadeante y descompuesta, apartándose de él. Había luchado desesperadamente y era más fuerte que él, que era aún un convaleciente. Él se levanto a su vez con la cara húmeda de sudor, descompuesta por la pasión y gris por el dolor. Quizás en la lucha se había abierto su herida.

-¿Me has clavado un cuchillo? -jadeo, levantando una mano que temblaba.

-¡No, no tenía nada, no he hecho más que defenderme! -grito Juana, sin aliento.

-Me has herido otra vez. Nunca me veo libre de dolores, pero éste es el peor. ¡Soy un cobarde, un hombre incapaz de dominar a una muchacha!

Su dolor y su vergüenza eran para Juana un espectáculo horrible; le compadecía y adivinaba que detrás de ellos se levantaría más sombría y siniestra la fuerza de aquel hombre. Y así fue; su aspecto cambio. A lo que le convertía en un ser casi abyecto sucedió una amargada dignidad. Tomo el cinturón de Dandy Dale, que Juana había dejado sobre la cama, saco el revolver, asegurándose de que estaba cargado, y lo arrojo a los pies de Juana.

-Tómalo y procura hacerlo mejor esta vez.

El poder de su voz hizo a Juana inclinarse instintivamente y coger el revolver.

-No comprendo. ¿Qué quieres decir? -inquirió Juana tartamudeando.

-Mátame. Acaba con mi dolor. Estoy cansado ya de todo, y me alegraría que fueras tú la que me libertase.

-¡Kells! - exclamo Juana débilmente.

-Aprovecha ahora que no tengo fuerza para luchar contigo. Dispara.

Hablaba con una terrible seriedad, y el poder de su voluntad hipnotizaba a Juana de manera que estuvo a punto de cumplir su mandato.

-Estás loco -dijo-. Ni quiero, ni podría matarte. Solo deseo que te portes bien conmigo.

-Cuando te he cogido bromeaba, pero al tocarte no he podido contenerme más. Ahora veo claro... Juana Randle, mi vida o tu alma.

Se enderezo sombrío y estremecido ante la verdad.

El arma cayo de la mano de Juana.

-¿Es ésa tu elección?-preguntó él con voz ronca.

-No puedo asesinarte.

-¿Les tienes miedo a los demás, a Gulden? ¿Es por eso por lo que no quieres matarme? ¿Temes quedarte sola entre ellos?

-Nunca he pensado en ninguno.

-Pues entonces, mi vida o tu alma.

Y avanzo hacia ella, dominándola de manera que Juana extendió sus manos temblorosas. Después de la lucha, la reacción. Se debilitaba y olvidaba su plan.

-Puesto que eres tan despiadado, tendrá que ser mi alma - suspiro -, porque no puedo asesinarte... ¿Podrías tú tomar ahora esa arma y matarme?

-No, porque te amo.

-Tú no me amas. Y es un crimen más negro asesinar un alma que destruir un cuerpo.

Algo en sus extraños ojos hizo volver al ánimo de Juana todo el sutil e incalculable poder de fascinar, de cambiar, de retener, que posee una mujer. Se aproximo a Kells extendiendo las manos; una de ellas sangraba a causa del rudo contacto con la pared de ásperos leños durante la lucha. Tenía las muñecas rojas e hinchadas por su brutal presión.

-Mira, mira lo que has hecho. Eres una bestia y me has hecho luchar como una bestia.

Mis manos eran garras, y todo mi cuerpo un nudo de músculos. No podías ni retenerme ni besarme, pero supongamos que más tarde tienes fuerza bastante para hacerlo. Solo besarías la estatua de una mujer; fría e inflexible. Yo, la mujer que dices que amas, estaría dentro odiándote con náuseas de muerte. Solo abrazarías y besarías una cosa que tú mismo habrías degradado. El calor, la dulzura, el estremecimiento, la vida, todo lo que hay de adorable en una mujer, estaría muerto, asesinado por ti.

Se acerco aún más a Kells, y con la maravillosa sutileza de una mujer en un momento supremo en que la vida y el alma estaban en la balanza, se convirtió en una criatura distinta de la que con tanta fiereza le había resistido.

-Deja que te muestre la diferencia -susurro apoyándose en él, brillante, mimosa, terrible en su encanto-. No lo que me da fuerza... Si lo que pretendes fuera posible, mira la diferencia en la mujer que ahora te enseña para salvar mi alma.

Y dio sus manos al fascinado Kells, deslizándose en sus brazos, apretándose contra su pecho, apoyando un instante en él un cuerpo tembloroso y rendido. Y levantando la cara radiante de verdad en su honrado propósito de mostrarle un rayo de la belleza y ternura de un alma enamorada, puso sus cálidos y trémulos labios en los del bandido.

Luego se separo de él aterrada. Y él quedo como si algo increíble le hubiera acontecido; la perversidad de su cara, las duras líneas del bruto se suavizaron y desvanecieron en una luz de transformación.

- ¡Dios mío! - murmuró.

Luego, como quien se despierta de una pesadilla, bajó de un salto los escalones y, apartando violentamente la cortina, desapareció.

Juana se dejo caer en el lecho y agoto sus últimas fuerzas en el consuelo de las lágrimas. Había ganado. Creía que en lo sucesivo no tenía que temer nada de Kells. Había conseguido elevarle en aquel momento de abandono. ¡Pero a qué costa!

# X

A1 día siguiente Kells llamo a Juana a la otra cabaña y la joven pudo comprobar sus esperanzas, no tanto por la casi inefable tristeza del hombre como por la fuerte sensación intuitiva de que su atractivo había aumentado para él animándole.

-No debes estar más tiempo encerrada -dijo- Has perdido peso y estás pálida. Sal a que te dé el aire y el sol y a acostumbrarte a la cuadrilla. Bate Wood me ha dicho esta mañana que creía que eras el espectro de Dandy Dale, y ya no hay quien te quite ese nombre. Puedes tratar a mis hombres como quieras, pero si los tratas bien, te irá mejor. No te alejes de la cabaña y si alguno te dice algo que no te guste no me llames a mí; saca el revolver. Puedes muy bien tenerlos a todos a raya tú sola.

Salir al exterior con los vestidos de Dandy Dale fue una prueba para Juana. No andaba muy derecha v sentía el rubor de su cara bajo la máscara. No era vergüenza sino temor lo que la sobrecogía. Prefería morirse a ser reconocida por Jim con aquel audaz vestido. Un grupo de caballos polvorientos y ensillados estaba delante de la cabaña, y un grupo de hombres ociosos suspendieron su conversación al aparecer ella. Era una muchedumbre que olía a polvo, a caballos, cuero, tabaco y whisky. Juana no conocía a ninguno y ello la ayudo a recobrar la serenidad. Pronto encontró graciosa la sensación que causaba entre aquellos vagos. La miraban inmóviles y con la boca abierta. A uno se le cavo la pipa de los barbados labios sin que pareciese notarlo. Un joven moreno, con años de aquella vida estampados en la cara, fue el primero que se movió, levantando su sombrero con torpe galantería; después la saludaron

los demás con amabilidad. Juana, resistiéndose a los deseos de correr que sentía, se quedo, al parecer, indiferente ante aquella batería de ojos valientes y curiosos. Una vez hecho esto, el resto era más fácil; se alegro mucho de llevar un antifaz. Con sus primeras palabras, bajas y casi incoherentes, Juana entro en la segunda fase de sus experiencias con aquellos bandidos. La naturalidad tardo en venir, pero por fin llego y con ella el valor y el ingenio.

Aunque estaba acostumbrada a las caras degradadas de los bandidos de la frontera, con aquel estudio más próximo descubrió oros más rústicos y abandonados. A pesar de ello y de sus deseos indudables no faltaba en ellos simpatía y buena disposición. Juana se apartó pronto de allí y se metió entre los cansados y polvorientos caballos, haciéndose amiga de ellos. Algún jinete que otro desmontaba ante la cabaña de Kells y una vez llegaron dos juntos mirándola como si no tuviesen más que ojos. Pronto se dio cuenta de cuál era la razón de su propia atención hacia todos los que llegaban. Siempre, fuera lo que fuese lo que estuviese haciendo, pensando o diciendo, pensaba en Jim Cleve. Y la conciencia de ello se fijo ahora en su mente. ¿Dónde estaría? ¿Qué haría? ¿Estaría bebiendo, jugando, riñendo o durmiendo? ¿Era todavía honrado? ¿Qué pasaría cuando se encontrasen? ¿Como podría darse a conocer a él y explicarle las circunstancias sin que matase a nadie?

Un nuevo temor había nacido en ella. Jim Cleve la reconocería a pesar de su disfraz y su máscara.

Se paseo de un lado a otro durante un rato, absorta en esta nueva idea. Una extraordinaria conmoción entre los que holgaban llamo su atención hacia un grupo de hombres a pie que rodeaban y evidentemente escoltaban a varios jinetes. Juana reconoció a Red Pearce y a Frenchy y luego, con sobresalto, a Cleve. Avanzaban por el sendero; el corazón de Juana empezó a palpitar con violencia. No podía encontrarse con Jim; no confiaba en el disfraz; de sus planes no quedaba nada; se olvido de Kells, se olvido hasta de su temor por lo que Jim pudiera hacer. El encuentro, el reconocimiento inevitable, el dolor que Jim Cleve sentiría cuando el hecho y aparente significado de su presencia allí le fueran revelados, arrojo de la mente de Juana todo lo demás. Con máscara o sin ella no se atrevía a enfrentarse con los penetrantes ojos de Jim y se volvió cobardemente a refugiarse en la cabaña.

Antes de entrar se dio cuenta de que algo extraordinario había excitado a los ociosos. Se habían levantado y miraban con interés el grupo que se aproximaba. Hablaban fuerte. Entro y Kells pasó por su lado con los ojos brillantes sin advertir siquiera su presencia. Una vez dentro de su departamento y detrás de la cortina, el miedo fue sustituido por la curiosidad y la impaciencia.

En la cabaña grande no había nadie y por la puerta entreabierta solo veía una parte de la muchedumbre apiñada y bulliciosa. Luego oyó la voz autoritaria de Kells, pero no pudo entender lo que decía. La babel de voces aumentaba. Kells apareció en la puerta con Pearce, detrás de ellos entro Jim Cleve, y después de ellos todos se metieron en la habitación como un enjambre de abejas enfadadas. Kells y Pearce hablaban, pero sus voces se perdían entre las de sus compañeros. Kells dio rienda suelta a su mal genio.

-¡Callad todos! - grito, y su posición y poder se podrían haber medido por la amenaza que había en su voz.

Toda la cuadrilla se callo.

-Ahora, ¿que es lo que pasa?

-No te preocupes, patrón -dijo de buen humor Red Pearce-. No ha pasado nada grave... Cleve, que le ha pegado un tiro a Gulden, eso es todo.

Por el cuerpo (le Kells paso un estremecimiento apenas perceptible, pero de una intensidad, que, junto con el resplandor feroz que ilumino su cara, impresionó a Juana con la idea de que sentía un gozo diabólico. Ella misma sintió algo como frío en el corazón.

-¡Gulden! - La exclamación de Kells era como una apasionada pregunta.

-No, no le ha liquidado- replico Red Pearce -, no es tan fácil matar a ese toro, pero se ha

llevado algo. Está en casa de Beard. Lo mejor que puedes hacer es ir a vendarle las heridas.

-Pues se va a pudrir si espera a que yo vaya. ¿Dónde está Bate Wood?... Bate, toma mi botiquín y ve a arreglar a Gulden. Y ahora, Red, dime qué es lo que ha pasado.

-Que los amigos de Gulden querían armar camorra con Jim, y que Jim quería armar camorra con ellos... y yo en medio. He pasado las mías para salir sin un arañazo.

Durante este rápido coloquio entre Kells y su lugarteniente, Jim Cleve estaba sentado en el borde de la mesa, balanceando una de sus piernas de manera que sonaba la espuela y con una punta de cigarro en los labios. Tenía la cara blanca, excepto los círculos morados debajo de los ojos. Juana nunca le había visto así. Creyó que habría bebido y que quizás estaba todavía borracho. Al contemplar aquella cara tuvo que morderse la lengua para no llorar. Jim estaba perdido.

-¿Por qué han regañado? -inquirió Kells.

-Pregúntale a Cleve -replicó Pearce-; no tengo ganas de meterme más en sus asuntos.

Kells se volvió hacia Cleve. El ver a aquellos dos hombres frente a frente estremeció a Juana hasta lo más profundo de su ser. Presentaban grandes contrastes. Kells era imperioso, vital, fuerte y complejo y miraba con indudable amistad al joven proscrito. Cleve estaba distraído, indiferente y desdeñoso. Los dos hombres se hallaban muy por encima de los rufianes que les rodeaban.

-¿Por qué has tirado sobre Gulden, Jim? - preguntó Kells.

-Eso es cosa mía-replico Cleve lentamente, con sus ojos penetrantes fijos en Kells, mientras lanzaba hacia el techo una delgada columna de humo azul.

-Desde luego... pero recuerdo lo que me preguntaste el otro día sobre Gulden... ¿Ha sido por eso?

-No, son cosas mías.

-Muy bien, pero me gustaría saberlo. Pearce dice que no estabas en muy buenas relaciones con los amigos de Gulden, y si no puedo poner paz entre vosotros, tendré que decidirme por uno de los dos bandos.

-Yo no necesito a nadie en mi bando, Kells -dijo Jim arrojando el cigarrillo.

-Te equivocas - contestó Kells persuasivamente -; todos necesitamos eso en este país, y el que lo consigne es hombre de suerte.

-Pues yo ni lo pido ni lo quiero.

-Eso es también asunto tuyo y ni insisto ni aconsejo.

La habilidad de Kells para manejar hombres se manifestaba en sus palabras y actitud. Nada hubiera sido más fácil que levantar el antagonismo de Jim Cleve hacia las condiciones de aquella vida.

-¿No me necesitas tampoco? -inquirió Jim con su negra y aguda mirada fija en Kells.

-Me pasaré sin ti, Jim - respondió el bandido tranquilamente.

Cleve empezó a liar otro cigarillo. Juana vio que sus manos fuertes y morenas temblaban y comprendió que el temblor era consecuencia de su condición nerviosa, no de su agitación. El corazón le dolía. ¡Que cara tan sombría, tan terriblemente expresiva del abandono de su alma ! Había huido a la frontera lleno de ciego furor hacia ella, hacia él mismo. Y allí quizás el recuerdo de ella, el de sí mismo, se había borrado de su memoria. Se había sumergido en la indómita vida de la frontera y sus crudas emociones podían haberle hecho olvidar, pero detrás de todo estaba el terrible deseo de destruir y ser destruído. Juana recordó con horror como se había mofado de la vanidad herida de ajuel muchacho, con qué saña le había dicho que no era bastante hombre ni tenía valor siquiera para ser malo.

-Red -dijo Kells -; dime lo que ha pasado, lo que tú hayas visto. Jim no puede decir nada contra esto.

-No creo-dijo Pearce así requerido- Estábamos todos en casa de Beard jugando varias partidas. Gulden llego al campo anoche. Siempre está de mal humor, pero anoche parecía

estarlo más que de costumbre. Hablo poco y no paso nada. Todos creíamos que el viaje no le había salido bien. Hoy estaba inquieto y se paseaba como un puma enjaulado. Ya sabes que Gulden está siempre moviéndose; puedes apostar que todos le dejamos solo. Pero de pronto se acercó a nuestra mesa, de Cleve, Beard, Texas v mía, que estábamos jugando a los naipes, y por poco nos la derriba de un puntapié. Yo cogí el oro y Jim Cleve salvó el whisky. Todos habíamos bebido y Cleve más que ninguno. Beard estaba blanco de rabia y Texas sofocado, pero todos le teníamos miedo a Gulden, todos menos Jim, según ha resultado después, pero no se movió ni dijo nada. Gulden, dando puñetazos sobre la mesa, se dirigió a Cleve. «Tengo un trabajo que te gustará-le dijo-; ven.» «¿Trabajo? Tú no puedes tener nada que a mí me guste», contestó Cleve sin inmutarse. Ya sabes cómo se pone Gulden cuando está de mal humor. He visto jaques con ganas de bronca, buscando a quien matar; pero Gulden estaba como no he visto a nadie. Creedme todos; tiene algún tornillo suelto en la cabeza. « Cleve -dijo-, he descubierto el yacimiento de Branders v la chica está allí.» Algo como un relámpago pasó por Cleve y todos nosotros; acordándonos de Luce, empezamos a prepararnos para tirarnos al suelo. Gulden no tenía un aspecto diferente del que suele tener siempre. No cambia nunca, pero yo sentía que llevaba un infierno dentro. «Todavía no; no he hecho más que echar una ojeada al campo de operaciones y quiero que tú vengas conmigo; nos repartiremos el oro y yo me llevaré a la muchacha. » Cleve cogió la botella de whisky y se la rompió a Gulden en la cara, dejándole tendido en el suelo. Cleve no perdió tiempo y su revólver empezó a hablar. Todos los demás se habían tirado al suelo y yo, al hacer lo mismo, vi a Gulden que, tendido de espaldas, buscaba su revólver. Pero se detuvo antes de sacarlo y uno de los lados de la cara se le tiñó de sangre. Seguro de que había «palmado», sujeté a Cleve. Y no hubiera pasado nada importante si solamente se hubiera cargado a Gulden, pero no era así, y cuando se repuso empezó a aullar llamando a sus amigos y pidiendo su revólver. Le debéis haber oído desde aquí..., y entonces, como te he dicho, me vi en el mayor apuro para que no se armase una tremolina del diablo. Y mientras él gritaba te he traído a todos los demás. Gulden se ha quedado allí con una oreja menos, y eso es todo.

Kells, con aire pensativo, volvió su mirada al grupo de hombres.

-Con esta riña queda demostrada una cosa -les dijo-. Tenemos que organizamos; si no sois hatajo de locos, tenéis que comprenderlo así. Necesitáis una cabeza ; la mayor parte de vosotros me elige a mí, pero hay algunos que prefieren a Gulden, sólo porque es una fiera sanguinaria. Estos tiempos serán los más duros que conozca el Oeste, y Gulden es una gran máquina de destrucción; no conoce el miedo, es un gigante y le gusta combatir y matar. Pero Gulden está loco, como lo demuestra su última hazaña, cuyo juicio dejo a vuestro buen sentido. Anda vagando en busca de un campamento solitario que robar o de una muchacha que raptar. No comunica sus planes ni a mí, ni a ninguno de los hombres en quienes yo tengo confianza. Nunca tiene un céntimo y lo mismo están la mayor parte de los que le siguen. No se quiénes son éstos ni me importa, pero aquí nos separamos, a menos que ellos y Gulden reciban órdenes y consejos de mí. No es que tome el partido de Cleve; cualquiera de vosotros admitirá que el proceder de Gulden desorganizaría la banda. Hace mucho tiempo que está con nosotros, y, sin embargo, se acerca a Cleve para proponerle un trabajo. Y Cleve es un forastero; vive aquí, pero no es todavía uno de los nuestros. Gulden no se debía haber dirigido a él. No podemos imaginarnos lo que quería Gulden, pero no es probable que quisiese que Jim fuese con él. Ahora pensadlo todo bien. Gulden o yo, y ya os podéis marchar.

Su discurso, claro y enérgico, les había impresionado evidentemente y todos salieron en silencio de la cabaña, quedando en ella Pearce y Jim Cleve.

-Jim, ¿es que eres aficionado a reñir o es que piensas convertirte en paladín de todas las muchachas de estos parajes?

-Yo no busco las riñas -contestó Jim Cleve lanzando una nube de humo que envolvió su cabeza.



Librodot

-Entonces es que se te sube la sangre a la cabeza en cuanto oyes hablar de una mujer.

Un gesto salvaje de Jim hizo suponer que Kells tenía razón.

-¡Eh, no te alteres conmigo! -dijo Kells con viveza-. Seré tu amigo, si me dejas..., pero sé franco como un hombre y di si me quieres por amigo.

-Te lo agradezco mucho, Kells - contestó Jim con serenidad -. Si yo fuese bueno no estaría aquí, pero no puedo resistir esas hazañas con mujeres.

-Ya cambiarás -replicó Kells con amargura-. Espera a que hayas vivido unos cuantos años por estas soledades. Tú no comprendes esto; eres demasiado joven. Yo he visto los campos auríferos de California y de Nevada; los hombres se vuelven locos con la fiebre del oro; el oro los hace salvajes. Si no te matan ya cambiarás; si vives, verás cómo es la vida en la frontera. La guerra degrada al hombre, pero nada como la que verás aquí en unos pocos años. Hombres con sus mujeres y sus hijas vienen a este país de todas partes. Todo lo invaden y por todos lados encuentran oro. Ya han gustado la sangre; espera a que den con el gran filón; entonces verás en hombres y mujeres una regresión de mil años. ¿Y qué importará entonces una muchacha más o menos?

-Es que, Kells, he sido una vez tan devotamente amado por una que me miraba como a un héroe, que no puedo sufrir ver maltratar a ninguna.

Dijo las últimas palabras con suavidad y calma; su cara estaba inescrutable, pero la amargura de su tono daba un mentís a su aspecto y sus palabras.

Pearce, no advirtiendo más que lo que las palabras decían, se rió como si le hiciera mucha gracia. Kells movió la cabeza con aire de duda, como si el discurso transparente de Jim no hiciera más que añadir sombras. Y Jim Cleve se marchó como si en un momento se hubiese olvidado de sus camaradas.

Después, en el silencio y oscuridad de la noche, Juana Randle yacía desvelada en su lecho, atormentada por la cara pálida de Jim Cleve, asombrada ante su magnífica locura, estremecida hasta el alma por la significación de su agresión a Gulden, torturada por un amor que había crecido lleno de las horas de éxtasis y de pasión de aquel salvaje rincón.

Aun en sueños, Juana pensaba en el momento fatal en que había de encontrarse con Jim Cleve. Tenía que llegar. Por consiguiente, debía prepararse para él sin pensar en el tumulto que se levantase dentro de su alma. Hasta entonces su vida entre los bandidos había sido mucho mejor de lo que podía esperar, a pesar de los infinitos sobresaltos que la habían convertido en una mujer diferente de la que era. Rezaba porque aquella suerte continuase y quería creer que así sería.

Durmió aquella noche con los vestidos de Dandy Dale, quitándose solamente las botas; y algunas veces, en las muchas vueltas de su inquieto sueño, se despertó al acostarse sobre el grueso revólver que no había retirado del cinturón. Y en aquellos momentos tenía que reflexionar para darse cuenta de que era Juana Randle y que yacía cautiva de un bandido, vestida con las ropas de otro bandido muerto y llevando su revólver hasta mientras dormía. Era un suceso improbable e imposible, pero el frío del pulido acero del arma la obligaba a tener presente la realidad.

Por la mañana no tuvo que sufrir la vergüenza de vestirse el equipo de Dandy Dale, porque lo tenía ya puesto. Hasta en eso encontró consuelo. Se puso el sombrero y la máscara y estudió el efecto delante del pequeño espejo v una vez más convino en que nadie, ni aun Jim Cleve, la reconocería en aquel disfraz. La verdad era que aun su mejor amigo encontraría su figura extraña y notable, siendo así que había sido sencillamente alta, delgada y fuerte cuando vestía sus ropas corrientes. ¿Cómo podría entonces reconocerla Jim Cleve? Recordaba su voz, que Jim llamaba de contralto cuando le cantaba algunas canciones que conocía. No podía disfrazar aquella voz, pero no tenía necesidad de dejar a Jim que la oyese. Luego volvía la idea de que la reconocería instintivamente; que ningún disfraz podía ocultarla del amante que había arruinado su vida por ella. De repente comprendió la futilidad de su preocupación y de

su vergüenza. Tarde o temprano tendría que revelar a Jim Cleve su identidad. En la complicidad de sus emociones, Juana adivinaba que su anhelo era evitar a Jim Cleve la vergüenza de aquel reconocimiento y la agonía que sufriría ante la falsa idea sobre la causa de su presencia allí. Era su punto débil aun en los momentos en que la muerte se cernía sobre su adorador, y ella misma atravesaba por las más horribles situaciones; sólo pensaba en su apasionado deseo de hacerle saber cómo le amaba, que le había seguido por remordimiento, que moriría por él si para serle fiel era preciso.

Y cuando dejó su habitación, decidió precipitar los acontecimientos.

Kells estaba sentado a la mesa y servido por Bate Wood.

- ¡Hola, Dandy! -saludó con sorpresa y placer-. Es temprano para ti.

Juana le devolvió el saludo y le dijo que no podía estar siempre durmiendo.

-Ya te estás acostumbrando. Siéntate y come conmigo. Bate, apresúrate con el almuerzo. Cuánto me alegro de verte aquí, aunque la careta te cambia de manera que nadie podría decir lo bonita que eres... Juana, tu admirador, Gulden, está incapacitado por el momento.

Y con evidente satisfacción, Kells repitió lo que Juana va había oído de labios de Red Pearce la noche anterior. En su relato, Kells se detuvo algo hablando de Cleve.

-Me está empezando a gustar Jim. Es un muchacho extraño; sospecho que le ha traído por aquí cualquier pícara que le ha sido infiel o algo así. La mayor parte de las mujeres son una calamidad, Juana. Hace poco hubiera dicho que todas las mujeres, pero desde que te he conocido pienso de modo diferente. Aunque una muchacha entre un millón no cambia el mundo.

-¿Qué hará este Jim Cleve cuando me vea? -preguntó Juana tartamudeando al pronunciar el nombre.

-No comas tan de prisa, muchacha, que no cuentas más que diecisiete años y tienes tiempo para comer... Pues he pensado mucho en Cleve. No está loco como Gulden, pero es igual de peligroso. Es peligroso porque no sabe lo que hace, porque no tiene en absoluto miedo a la muerte y es rápido con el revólver. Una mala combinación; Cleve no tardará en matar a un hombre. Ya ha herido a tres y en el caso de Gulden tenía ganas de matar, y si llega a matar a uno, se volverá feroz. He estado un poco preocupado pensando en qué haría cuando te viera, pero creo que le podré manejar. No es posible dominarle ni asustarle, pero se le puede guiar. He encargado a Red Pearce que le diga que eres mi esposa, y espero que el no se lo crea, ya que ninguno de los otros se lo cree. De todas maneras, pronto conocerás a Cleve y quiero que seas amable con él. Si puedo calmarle y hacer que deje la bebida, será el hombre que más me convenga en toda la frontera.

-¿Tendré que persuadirle de que se aliste en tu banda? - preguntó Juana sin poder dominar la emoción de su voz.

-¿Es que es eso un pecado tan negro? - preguntó a su vez Kells mirándola con evidente irritación.

-No lo sé - suspiró Juana -. ¿Es ya un criminal ese joven?

-No. Es sencillamente un muchacho decente que se ha vuelto loco por una mujer. Ya te lo he dicho, aunque no parece que lo hayas entendido. Si puedo manejarle, será de gran utilidad para mí; será valiente, hábil y peligroso y vivirá mucho tiempo. Si no, no durará una semana más aquí; le asesinarán en cualquier disputa. Sin mi dirección, Jim Cleve irá pronto a parar al infierno, que parece estar buscando.

Juana apartó su plato y contempló con serenidad al bandido.

-Kells, prefiero que acabe su carrera lo más pronto posible a que viva como un asesino a tus órdenes.

Kells se echó a reír con ironía, pero la violencia con que estrelló una taza contra la pared probaba el extraño poder de herirle que tenía Juana.

-Todo ese interés es porque te he dicho que una mujer le ha traído aquí. Todo ha acabado para él; lo comprenderás en cuanto le veas -dijo el bandido-. Quiero saber si eres capaz de

secundarme..., en una palabra, de ayudarme a dominar a ese muchacho.

-Tengo que verle primero - replicó Juana.

-Lo tongas con mucho calor - gruñó Kells. Luego se animó-. ¡Siempre se me olvida que no eres más que una niña! Puedes hacer lo que te venga en gana, pero debo aconsejarte que procures recobrar el valor que -aquí bajó la voz mirando a Bate Wood - mostraste cuando me pegaste aquel tiro. Vas a ver algunas cosas grandes... ¡Un país con mucho oro en el suelo! Los hombres se vuelven locos y las mujeres importan menos que nada... Hambre, trabajo, dolores, enfermedad, robos, asesinatos, sangre y muerte, nada de eso importa nada; sólo importa el oro. ¡Noches de insomnio y días de infierno!

¡Las cosas que constituyen la vida se olvidarán y la vida misma será barata! ¡Sólo existirá ese metal amarillo; el oro que vuelve locos a los hombres; el oro por el que se venden las mujeres!

Después de almorzar, Kells mandó sacar y ensillar el caballo de Juana.

-Debes montar un poco todos los días, para estar en condiciones -dijo- Pronto haremos un viaje y si estás desentrenada no podrías resistirlo.

-¿Por donde puedo pasear? -preguntó Juana.

-Por cualquier parte.

-¿Harás que se me vigile?

-No, si me prometes que no te escaparás.

-¿Confías en mí?

-Sí.

-Muy bien. Te lo prometo y si cambio de opinión te lo comunicaré.

-No lo hagas, Juana. Has llegado a significar mucho para mí. No sé lo que haría si te perdiese. - Y cuando montaba en el caballo añadió-: No le aguantes insolencias a ninguno de la cuadrilla.

Juana se alejo revolviendo en su mente el hecho extraño de que aunque odiaba a aquel bandido, se había ablandado con él. Sus ojos se iluminaban cuando la veía y su voz se dulcificaba; sus maneras cambiaban. Había querido decirle otra vez que la amaba y se había contenido. ¿Estaría avergonzado? ¿Habría sondeado las profundidades de su propio ser y despreciado lo que se imaginaba que era amor? Fuerzas antagónicas se agitaban en el. Era temprano y la luz rosada teñía el verde césped. Dejo al nervioso caballo que saliera al trote y luego al galope. Cabalgaba por la quebrada arriba hasta que el sendero se internaba por la espesura. Volvió, pasando por junto a las cabañas, y siguió hasta que la quebrada se estrechaba para desembocar en el ancho valle. Allí encontró algunos empolvados jinetes que conducían una reata de bestias de carga. Uno de ellos levanto jovialmente las manos como quien se rinde.

-¡Manos arriba, compañeros, que creo que estamos frente a Dandy Dale que ha vuelto a la vida! - Sus compañeros se apresuraron a cumplir la orden y los tres la miraron con ojos atrevidos y picarescos. Juana se había encontrado con ellos en un recodo del camino, y como no había sitio para pasar todos, se habían detenido.

-Es el Dandy Dale de quien hemos oído hablar - observo el otro.

-Es el equipo de Dandy Dale con una muchacha dentro -dijo el tercero.

Juana hizo girar a su caballo y volvió sobre sus pasos. Las miradas de aquellos rufianes la quemaban. Llevaba un disfraz, pero su sexo se manifestaba con más claridad en aquellas ropas que con sus atavíos femeninos. Atraía las miradas atrevidas de aquellos hombres y si entre ellos hubiera sido posible alguna decencia, aquel odioso traje de bandido la hubiera hecho desaparecer. ¿Como iba a poder continuar llevándolo? ¿No se mancillaría algo sagrado en ella con la constante exposición al efecto que causaba a aquellos hombres? Creía que no mientras amase a Jim Cleve, y con su recuerdo el corazón le empezó a latir con violencia, como para decirle que nada importaba con tal de salvarle.

Al volver por la quebrada, Juana se encontró con individuos que conducían caballos, o partían leña, o, sencillamente, se desperezaban a la puerta de sus cabañas. Evitaba pasar cerca de ellos, pero sentía sus miradas a pesar de la distancia. Uno, medio escondido en una ventana, haciendo una bocina de sus manos le grito: « ¡Adiós, querida! » Juana se avergonzó de sentirse insultada. Se asombraba de la cólera que se despertaba dentro de ella. Sentía sensaciones que jamás había soñado pudieran dormir en su interior. Apartándose del sendero se dirigió hacia el otro lado de la quebrada. Se metió por entre los grupos de sauces que rodeaban el arroyo buscando un vado. El caballo relincho pidiendo agua. Como aparentemente no había mejor sitio para pasar, se dirigió a un estrecho prado y allí desmonto arreglando las bridas al caballo de manera que pudiera beber.

Súbitamente se dio cuenta de que no estaba sola. Pero no veía a nadie ante sí, ni al otro lado de su caballo. Jim Cleve se enderezaba con una toalla en la mano. Tenía la cara húmeda y no estaba a más de diez pasos de ella.

Ni aun para salvar su vida hubiera Juana podido reprimir un pequeño grito de tremenda sorpresa. No podía mover ni un dedo esperando a que él la llamase por su nombre.

Cleve la miro. Su cara, a la luz de la mañana, estaba tan descarnada y pálida como la de un cadáver. Solo sus ojos, como dos llamas, parecían vivos. En ellos brillaba un relámpago de desdén. Solo reconocía en ella una mujer y su desdén era por la condición que el traje de bandido proclamaba. Una triste y amarga sonrisa, a la que siguió una expresión que fue como un latigazo para el espíritu sangrante de Juana. Contemplo sus bien curvadas formas con la misma llama diabólica que tanto había sublevado su espíritu al verla en los ojos de los rufianes que había encontrado por el camino. Era lo inesperado, lo imposible en Jim Cleve. ¿Cómo podía resistirlo sin caer muerta?

Se lanzó a las bridas de su caballo v atravesando ciegamente el arroyo, montó sin saber que hacía y con los ojos velados por las lágrimas se dirigió hacia la cabaña. Kells estaba ocupado en la puerta y no se acercó a ella, que voló a su departamento cerrando la puerta.

Allí ocultó su cara entre las ropas del lecho, huyendo de la luz, y permaneció inmóvil con el alma deshecha. ¿Qué era aquel otro sentimiento que había confundido con la vergüenza y que había sufrido ante Kells y sus hombres? ¿Qué era aquello comparado con esta otra sensación horrible? Una mano brutal había estrujado su alma. ¡El hombre a quien amaba, a quien estaba dispuesta a salvar a costa de su vida! Jim Cleve no había visto en ella más que una criatura abandonada. La triste sonrisa había sido producida por el recuerdo de haber amado una vez a un ser de su sexo. Su desprecio hacia la juventud y femineidad que respiraban su figura. Y luego, lo que hería a Juana en el corazón, que la gracia y el encanto de su persona revelados por aquel atavío que la obligaban a vestir, hubiera sugerido a Jim Cleve la primera llamada a la bajeza de carácter que debía empezar a asimilarse de aquellos rufianes. ¡Quién hubiera sido capaz de mirarla así! ¡A ella, a la mujer a quien había amado! El dolor de Juana no residía en el hecho de haber sido confundida en identidad y condición, sino en que hubiera sido ella entre todas las mujeres la que hubiese levantado en él, como en Kells y en Gulden, los instintos de la bestia.

-¡Estaba borracho! - suspiraba Juana ¡No hay que condenarle ! No es el mismo Jim que era. Ha cambiado, sufre... ¿Qué podía yo esperar de él al verme en este indecente disfraz? Debo verle y hablarle. Si me reconociera ahora y no pudiera decirle por que estoy aquí, por qué llevo este traje, que le amo y que soy todavía buena y fiel..., ¡me suicidaría!

Juana sollozó las últimas palabras, dando rienda suelta a las lágrimas. Y cuando pasó el acceso dejándola exhausta y quebrantada, al volver lentamente la calma pudo considerar su furioso arrebato, la tormenta de vergüenza que había acabado en su acceso de llanto, desde el momento mismo en que se había encontrado con Jim Cleve. Comprendió que si la hubiera encontrado con el mismo vestido que había salido de su casa hubiese sufrido igual estremecimiento de sorpresa, de miedo y de amor. La violencia de la reacción se debía

principalmente a la sorpresa del repentino encuentro. Considerando su agitación, lo encontró natural, y si solamente pudiera decirle la verdad a Jim Cleve, la situación no sería imposible. Pero el encuentro y todo lo que a el siguió encerraba tremenda revelación de cómo, a través de sus vicisitudes, había aprendido a amar a Jim Cleve. Si no hubiera sido por su desesperada fuga, por su ciego seguimiento, por el dolor, la ansiedad, el miedo y los trabajos y la desesperación, nunca hubiera conocido la capacidad para el amor de su corazón de mujer.

# XI

A aquel encuentro, que cambió y fortificó a Juana, siguieron días sin emociones, durante los cuales cabalgó por los senderos de la quebrada y se acostumbró a resistir las chanzas y miradas de los bandidos. Aunque los veía y oía, aislaba su verdadero ser en un albergue interior sobre el que resbalaban todas las afrentas.

Los días pasaban sin emociones porque aunque siempre buscaba a Jim Cleve, no consiguió verle ni una sola vez. Oyó -muchas mencionar su nombre. Andaba de acá para allá, en casa de Beard, en las montañas, pero no apareció por la cabaña de Kells, quien, según pudo deducir Juana estaba inquieto por ello. No quería perderle. Juana miraba por las noches desde su escondrijo, ofendida por las risas y las conversaciones de los bandidos, y no se acostaba hasta que se agotaban las posibilidades de que Jim apareciese.

Se enteró de que Kells era un jugador apasionado; que no tenía suerte con las cartas; jugador honrado y, cosa extraña, un mal perdedor. Además, cuando perdía, bebía mucho y bajo la influencia del alcohol era peligroso. Surgían pendencias que llenaban la cabaña de maldiciones y aparecían los revólveres. Pero cualesquiera que fuesen las debilidades de Kells, era siempre fuerte e implacable en el gobierno de aquellos hombres.

La noche en que Gulden entro en la cabaña no paso, ciertamente, sin emociones para Juana. Su vista le hizo sentir un escalofrío en la medula mientras un extraño fuego la inflamaba. ¿Estaría aquel gorila buscando a Jim Cleve? Juana pensó que podía ser un mal encuentro para el. Tembló al sentir que ella misma se hallaba un poco bajo el influjo del medio en que vivía.

Gulden estaba bien y fuerte y, a excepción de la venda que llevaba en la cabeza, igual que ella le recordaba. Manifestó algún interés en el juego, pero contestó a los amistosos saludos que le dirigían con hoscos gruñidos. De pronto dijo algo a Kells.

-¿Qué? - preguntó el bandido volviéndose para ver mejor a Gulden.

El ruido ceso y uno de los jugadores se rió como si supiera algo.

-¿Quieres prestarme un saco de polvo? -preguntó Gulden.

-¡Qué! ¡Quieres que te preste oro, yo!

-Sí; te lo devolveré.

-No lo dudo, Gulden. ¿Pero, quiere decir tu petición que aceptas mis proposiciones?

-Puedes pensar lo que quieras -rezongo Gulden-. Yo necesito oro.

-Me alegro muchísimo, Gulden -replicó Kells, y parecía que sentía lo que decía-. Te necesito y debemos llevarnos bien... Toma.

Y entrego a Gulden un pequeño saco de piel. Le hicieron sitio en el otro lado de la mesa y se continuo la partida. Era interesante verlos jugar. Red Pearce tenía una balanza junto a sí y pesaba constantemente el polvo de oro. El valor de éste parecía ser quince dólares la onza, pero el valor real del dinero parecía no existir para los jugadores. Esparcían el polvo por la mesa y por el suelo como si fuera arena corriente. Sin embargo, no tenían una gran cantidad. Evidentemente, aquellos tiempos no eran muy prósperos para los bandidos. Más de una vez

les ovo hablar Juana de la denuncia de un filón de oro como la gente honrada habla de una fortuna. Y aquellos ladrones, al hablar de la denuncia de un rico filón de oro, o podían pensar más que en robar. Gulden jugaba lo mismo que hacía todo lo demás. Ganó al principio y perdió luego. pidiendo prestado más oro a Kells, para volver a ganar.

Devolvió lo que había perdido y volvió a perder y a ganar sin la menor emoción. Juana estaba convencida por intuición de que Gulden no tenía más motivos para jugar que su antagonismo hacia los mismos individuos de su calaña. El juego era una lucha, una especie de combate.

Todas, excepto Gulden, bebieron en grande aquella noche. El último convoy les había traído licores frescos. Muchos de ellos estaban borrachos al suspender el juego. Red Pearse y Wood se quedaron con Kells, y Pearce, antes de irse, le hizo algunas trampas a Kells.

-Patrón, ese Red te ha robado -dijo Bate Wood.

Kells, que había perdido mucho y que estaba bajo la influencia de la bebida, expulso a Bate de la cabaña maldiciéndole con furia. Luego coloco las varias tablas que servían de puerta a la cabaña y se empezó a pasear vacilante por la habitación. Todo en él era indeciso y opaco menos las miradas sombrías e intermitentes que lanzaba hacia la puerta de la habitación de Juana. A ésta, aunque o temía a Kells en lo más mínimo, la molestaba aquel nuevo aspecto de su situación. Le observó hasta que le vio aproximarse a su puerta y entonces retrocedió solo un poco. Él se detuvo ante la cortina, como si el miedo le contuviese. Pareció meditar y luego, lentamente, aparto a un lado la manta. La oscuridad le impedía ver a Juana, pero ella le veía a él con toda claridad. Trato de separar las tablas que servían de puertas y no consiguiéndolo ceso en su intento. No había en él la misma fuerza que manifestaba cuando estaba sereno. Quedo un momento como indeciso, respirando fuertemente, y luego se retiro. Juana le oyó soplar las linternas y todo quedo oscuro y en silencio.

A la mañana siguiente, a la hora del almuerzo, era otra vez el mismo de siempre, y si recordaba sus acciones de la noche anterior, oculto a Juana su conocimiento.

Al salir a dar su paseo matinal la sorprendió un jinete que galopaba por la ladera arriba en un caballo cubierta de espuma. Los hombres le gritaban desde la puerta de las cabañas y luego le seguían aún a medio vestir. Bate Wood dejo caer la silla del caballo de Juana y llamo a Kells, quien salió apresuradamente.

-¡Blicky! -exclamo con júbilo.

-Sí, es Blicky -repitió Wood; y en sus ojos ordinariamente dulces brillo una chispa que a Juana le pareció siniestra.

La llegada de este Blicky parecía motivo de excitación y Juana recordó el nombre como el de uno de los hombres de confianza de Kells. Salto de su caballo al mismo tiempo que le hacía detenerse a la puerta de la cabaña de Kells.

Blicky era un joven delgado y tostado, de veinte años escasos, pero con algunos de vida salvaje estampados ya en su cara. Sacudió el polvo de sus guantes y al ver a Kells los tiro sin mirar donde caían.

-¡Veta! -grito con voz aguda.

-¡No! -dijo Kells con ansiedad.

Bate Wood lanzo un alarido que contestaron los hombres que subían corriendo por la ladera.

-La han descubierto hace varias semanas -afirmó Blicky-. Y es grande, aunque no conozco su importancia exactamente. Jesse Smith, Handy Oliver y yo encontramos

un caminó nuevo, a cincuenta millas de aquí en línea recta, a cien por los senderos. Nos quedamos muy sorprendidos, pero cuando vimos reatas de acémilas, jinetes y carruajes comprendimos que se estaba trabajando en la falda de la Montaña del Osó. Cuando llegamos cerca vimos un campamento enorme, activó como una colmena; Jesse y Handy siguieron, yo me volví para traerte la noticia. No he dejado de galopar desde ayer antes de la puesta del sol.



Librodot

Jesse, a la primera ojeada me grito: «Dile a Jack que es grande y que necesita hacer grandes planes; volveremos dentro de un par de días con todos los detalles.»

Juana observo la atención con que Kells escuchaba la jadeante narración y se sentía repelida por el singular relámpago, la radiación que brillaba en sus ojos y en toda su faz. Él no dijo una palabra, pero sus hombres gritaban rodeando a Blicky. Dio unos cuantos pasos de acá para allá con los puños fuertemente apretados y los labios entreabiertos mostrando los dientes como los de un mastín. Tenía un aspecto apasionado, impaciente, astuto y duró como el aceró; aquella extraña alegría se desvaneció poco a poco de su cara, dejando lugar a una sombría meditación. Se volvió de súbito mandando callar a sus alborotados compañeros.

-¿Dónde están Pearce y Gulden? - preguntó -. ¿Saben algo?

-Nadie sabe nada aparte los que estarnos aquí-replicó Blicky.

-Red y Gulden están durmiendo la buena suerte que tuvieron anoche-dijo Bate Wood.

-¿Ha visto alguien al joven Cleve? - siguió preguntando Kells. Su voz era rápida y vibrante.

Nadie contestó. Kells se golpeó la palma de la mano con el puño.

-Vamos a reunirnos todos en casa de Beards... Muchachos, los tiempos que esperábamos han llegado por fin. Jesse Smith ha visto el 49 y 51 y no me mandaría un recado como ése si no hubiera buenas razones para ello... ¡Vamos! -y descendió por la ladera, rodeado y seguido por los demás, formando un grupo al que se unían los que se iban encontrando, todos hablando y gesticulando con animación.

Juana se quedo sola considerablemente preocupada, especialmente por el interés con que Kells había preguntado por Jim. Kells podía persuadirle de que se uniese a aquella legión de bandidos que hacían pensar a Juana en una manada de lobos con una fiera aún más salvaje a la cabeza. Nadie se había ocupado del caballo de Blicky y aquella negligencia en hombres de la frontera era señal de extraordinaria preocupación. El caballo estaba en malas condiciones. Juana le desensillo y le limpio metiéndole en el corral. Luego le dio de beber con precaución.

Juana no dio aquella mañana su acostumbrado paseo. Con ansiedad y curiosidad espero la vuelta de Kells; pero éste no venía. Juana espero toda la tarde sin verle ni a él ni a ninguno de sus hombres. Sabía que Kells estaba forjando con sangre y fuego aquella legión a que ella involuntariamente había dado nombre : la Legión de la Frontera. Estaba segura de que sería terrible. Kells era un genio del mal capaz de hacer proyectos jamás igualados en el crimen. Y aquel salvaje y remoto rincón con sus inaccesibles escondrijos era el lugar apropiado. Recordaba cómo su tío había dicho siempre que en aquella falda de la Montaña del Oso se encontraría una vena de oro que trastornaría todo el Oeste y asombraría al mundo. Y Blicky había dicho que se había denunciado hacía varias semanas. A la profecía de Kells no le faltaba fundamento; la vida feroz que había anunciado a Juana estaba llegando. Había ya visto lo suficiente para hacer encanecer su cabello, pero adivinaba que las vicisitudes pasadas palidecerían comparadas con lo que venía. Vivía siempre en el futuro. Pasaba sus horas de sueño y vigilia en sueños y pensamientos sobre los que flotaba una sombra de expectación. ¿Cuándo volvería a encontrarse con Jim Cleve? ¿Cuándo la reconocería? ¿Qué haría? ¿Qué haría ella? ¿Sería por fin Kells un hombre o un demonio? ¿Tenía alguna justificación su miedo a Gulden y su sospecha de que ella sola era la causa de su actitud hacia Kells, su horror al presentimiento de que era un gorila que quería llevársela? Éstos y otros mil temores, unos sin fundamento, pero muchos reales y presentes, asediaban a Juana dejándola poca tranquilidad. ¿Cuál sería el próximo suceso?

Hacia la puesta del sol, cansada de esperar y además hambrienta, entró en la cabaña para prepararse su comida. Al oscurecer entró Kells, y sólo necesitó Juana una mirada para comprender que las cosas no se habían desarrollado a su gusto. La vista de Juana le sorprendió positivamente. En la excitación de aquella hora febril se había olvidado de su prisionera. Luego, cualquiera que fuese su obsesión, pareció alegrarse al verla y compadecerla

al mismo tiempo porque estaba allí. Se excusó por no haber cuidado de su cena y le explicó que se le había olvidado. Los hombres estaban locos y eran difíciles de manejar; no se había decidido nada todavía. Hablaba con amabilidad y su cara adquiría la expresión que Juana se había acostumbrado a relacionar con sus debilidades.

-Quisiera no haberte traído aquí - dijo él tomándole las manos-. Pero ya es tarde. No puedo perderte..., quizá no fuera tarde para lo otro.

-¿Qué? -preguntó Juana.

-Escápate conmigo esta noche. Te juro que me casaré contigo y que seré un hombre honrado. Mañana será tarde... ¿Quieres?

Juana movió la cabeza. Le compadecía. Cuando hablaba así, no era Kells el bandido y no podía reprimir una extraña agitación ante la intensidad de su emoción. Hacía un momento había entrado capitán de bandidos, con places de sangre y asesinatos, y al caer sobre ella su mirada se debilitaba y debatía preso en un desesperado amor.

-¡Habla, Juana! -dijo apretándole las manos y con un nublado acumulándose en su frente.

-No, Kells.

-¿Por qué? ¿Porque soy un bandido?

-No; porque no te amo.

-¿Pero no preferirías ser mi mujer y que yo fuese un hombre honrado, a ser aquí una esclava que puede accidentalmente caer en las manos de Gulden con su cueva y su cuerda? -La voz de Kells se elevaba a medida que le dominaba su lado malo.

-Sí, lo preferiría..., pero yo sé que tú nunca me harás daño ni me abandonarás a ese Gulden.

-¿Y cómo lo sabes? -gritó él con exaltación.

-Porque ya no eres una bestia y... porque me amas.

Kells la empujó lejos de sí con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerla caer.

-Ya dominaré ese amor... y entonces, ten cuidadodijo con amargura.

Y con esto le señaló la puerta de su habitación y se acercó a la exterior por donde entraban las voces graves de los hombres que se acercaban. Juana subió a tientas los toscos escalones de su cuarto y, colocando las tablas de manera que pudiera cerrar rápidamente, se preparó para observar y escuchar. Presentía que aquella noche, de tal importancia para Kells, sería para ella de singular significación. Pero no podía imaginar por qué. Se sentía cogida por la marejada de los sucesos; una marejada que debía arrastrarla. Kells había salido. Las voces se hacían menos perceptibles; indudablemente, se alejaban. Juana se sintió defraudada en su expectación. Volvieron pronto, sin embargo; habían estado paseándose de un lado para otro. A los pocos momentos, Kells entró solo. La cabaña estaba ya tan oscura que Juana apenas podía distinguirle; él encendió las linternas. Colgó algunas en la pared y colocó dos sobre la mesa. De entre sus efectos sacó un librito y un pequeño lápiz y los dejó también encima de la mesa junto con un pesado revólver con incrustaciones de oro, frente a un asiento que, sin duda, pensaba ocupar. Después de hacer esto se empezó a pasear por la habitación con las manos a la espalda y la cabeza inclinada, absorto en sus pensamientos. ¡Qué figura tan siniestra ! Juana había visto a muchos hombres pensando en diferentes actitudes, pero aquél era uno de cuya mente irradiaban intangibles pero terribles manifestaciones de perversidad. El interior de la sombría cabaña adquirió otro aspecto; las sillas, las bridas y las armas que colgaban de la pared estaban llenas de significado; aquel libra, el lápiz y el arma parecían contener los hechos malvados de muchos hombres ; todo lo que rodeaba al bandido respiraba un poder siniestro en su amenaza para los distantes y deseo- i nocidos buscadores de oro.

Kells levanto la cabeza como si escuchase y todas sus maneras cambiaron. Sacudió el peso que le agobiaba. Como un general que revista sus tropas se dirigió a la puerta, altivo, desdeñoso, dominante. Pesados pasos, ruido de espuelas y voces apagadas indicaron a Juana



Librodot

que la banda llegaba. ¿Estaría Jim Cleve entre ellos?

Juana buscaba mejor posición para observar, se sentó en los escalones y apoyándose en la pared aplico los ojos a una abertura entre los leños, consiguiendo una vista completa de la escena. Los hombres entraban silenciosos v preocupados; Juana contó veintisiete en total, que se dividieron en dos grupos. El mayor de los dos grupos se reunió significativamente al lado de Kells, mientras que el menor se agrupo detrás de Gulden. este se había quitado la venda y tenía una mancha roja donde había tenido la oreja derecha; estaba horrible. Una especie de poder se desprendía (le él, pero no era el mismo vital convincente de Kells, sino la tremenda fuerza física que dominaba la bestial ferocidad. En culaquier cosa que no fuera una lucha a brazo partido, Kells vencería a Gulden. Los más jóvenes, como Red, Frenchy, Beady, Williams y el explorador Blicky estaban en el otro lado. Había allí dos facciones, pero no antagonismos, excepto quizás en el caso de Kells. Juana sentía la atmósfera sobrecargada de fatales posibilidades. Con gozo vio que Jim Cleve no estaba presente.

-¿Donde están Beard y Wood? - preguntó Kells.

-Atendiendo a un caballo que Beard tiene malo -replicó Red-. No tardarán en venir. De todas maneras ya sabes que están conformes con lo que digas.

-¿Encontrasteis a Cleve?

-No; acampa en el monte, no sé donde. Supongo que también vendrá.

Kells se sentó a la cabecera de la mesa y tomando el librito tabaleo sobre él, estudiando con sus claros ojos a los hombres que tenía delante.

-Ya hemos hablado bastante en casa de Beard -dijo-. Ahora al negocio. ¿Quien quiere cartas? He organizado mi Legión de la Frontera y tendré el mando absoluto de ella, lo mismo si se compone de diez hombres que de ciento. ¿A quién apunto en mi libro?

Red Pearce se adelanto y escribió su nombre. Blicky, Jones y Williams le siguieron. No hablaron, pero cada uno de ellos estrecho la mano del jefe. Kells no les exigía juramento alguno, sino que aceptaba su libre acción y palabra de honor; existe aún entre los bandidos y los liga más que los mismos lazos de la sangre. No quería en su Legión hombres que no le fueran leales. Y él parecía el jefe para con quien se es siempre fiel.

-Di otra vez las condiciones, Kells - pidió uno de los hombres con menos prisa por acabar.

En aquel momento Juana se sintió a la vez estremecida y asustada al ver a Jim entrar en la cabaña. Estaba más pálido que nunca, casi espantoso, y sus ojos penetrantes recorrieron la habitación, pasando de Kells a Gulden y después a cada uno de los demás. Luego se apoyo en el muro, quedando en la sombra. Kells no dio señales de haber notado la entrada de Cleve.

-Yo soy el jefe -replicó Kells despacio- Haré los planes y dictaré ordenes. No se hacen operaciones sin mi conocimiento. El oro se reparte entre todos por partes iguales... y tu palabra de que estarás conmigo.

-Un murmullo de aprobación corrió por el grupo.

-Entro -dijo el hombre que había deseado que le repitiesen las condiciones.

Avanzo hacia la mesa, y no sabiendo escribir, hizo su señal en el libro y debajo Kells escribió su nombre. Los demás cumplieron uno por uno con los deseos de Kells, quedando por tratar el grupo de Gulden.

-¿Te quedas aún a la expectativa, Gulden? - preguntó con frialdad Kells.

El gigante avanzo tranquilamente hacia la mesa. A Juana le parecía, como siempre, un ser lento, pesado y siniestro.

-Kells, si conseguimos ponernos de acuerdo, ingresaré-dijo con su voz grave y sonora.

-Puedes apostar a que si no nos ponemos de acuerdo no ingresas -replicó Kells-. Pero podemos ser amigos; la frontera es bastante grande para los dos. Yo te necesito, pero si no nos arreglamos, no nos enemistemos tampoco.

¿Qué dices?

Otra vez los murmullos del auditorio aprobaron el buen sentido y buena voluntad de lo sugerido por Kells.

-Dime lo que vas a hacer y cómo piensas hacerlo -siguió diciendo Gulden.

Con dificultad pudo Kells contener su impaciencia y su enojo.

-¿Y qué te importa eso a ti, ni a ninguno de vosotros? -rezongó-. Todos sabéis, porque lo he demostrado, que soy hombre capaz de pensar cosas. Lo único que hace falta es cerebro; yo pongo eso. Luego ejecución; tú, Pearce y los demás se encargan de esto. ¿Qué más necesitas saber?

-¿Cómo vas a operar? -insistió Gulden.

Kells levantó las manos como si considerase inútil discutir con aquel hombre.

-Muy bien, voy a decírtelo - replicó -. Escucha. No puedo decir cuáles serán mis planes definitivos hasta que no tenga los informes de Jesse Smith y haya visto el campo de operaciones, pero ésta es la base de los trabajos. No pierdas una palabra de lo que voy a decir, Gulden, ni tampoco ninguno de vosotros. Nos trasladaremos con todos nuestros equipajes al sitio en que se ha encontrado la veta. Edificaremos cabañas en las afueras de la ciudad. No andaremos reunidos, sino esparcidos. La mayor parte de vosotros haréis ver que buscáis oro como los demás mineros, y cavaréis, beberéis, jugaréis igual que todos. Beard pondrá un garito y Red Pearce buscará alguna otra clase de trabajo. Yo compraré terrenos y empleare mineros que los trabajen. Me disfrazaré para tratarme con la gente influyente y tener voz y voto en los asuntos públicos. Todos seréis exploradores que vendréis por la noche a mi cabaña con vuestros informes. No nos meteremos en negocios pequeños. Los mineros que salgan con cincuenta o cien libras de oro, los carros y la diligencia, a todos éstos los tendremos vigilados y se encargará de detenerlos el que yo designe para el trabajo. No debéis emborracharos, aunque eso es imposible, y debéis todos confiar en mi criterio. Al hacer algún trabajo llevaréis caretas y no diréis nunca una palabra que pueda levantar la menor sospecha sobre vosotros. De esta manera podremos trabajar todo el verano sin tropiezos. La Legión de la Frontera será misteriosa y célebre. Parecerá que somos más de los que somos en realidad y que operamos en todas partes.

Seremos más poderosos cuanto más discretos. En los campos auríferos, cuando se encuentra un filón, todos se vuelven locos y cada uno sospecha del que está a su lado. No pueden organizarse y los tendremos indefensos en nuestras manos... En una palabra : si es un filón rico como parece, antes del invierno podremos llevarnos tanto oro como podamos cargar en nuestros caballos.

Kells había empezado de mala gana, pero el sonido de su propia voz y la exposición de su gran idea le animó. Estaba brillante con su pasión. Aquél era su sueño, el imperio a que él aspiraba. Ejercía una poderosa influencia sobre todos sus oyentes, menos Gulden, y Juana comprendía que tenía la conciencia de su poder. En Gulden, sin embargo, no se notaba alteración alguna. Era siempre una figura extraña y dominante. Kells le observaba, todos le observaban; los ojos penetrantes de Jim Cleve brillaban en la sombra, fijos en aquella tosca cara. Evidentemente, Gulden quería hablar, pero su lentitud no obedecía a una pausa para pensar, a emoción alguna. Tenía una idea que se movía como se movía siempre él:

-Los muertos no hablan.

Las palabras salían profundas de su pecho enorme, que convertía en truenos los murmullos, como una nota casi solemne y ciertamente amenazadora.

Como Kells había expresado sus ideas, revelando su poder para planear un notable proyecto y su pasión por el oro, así Gulden expresaba la sed de sangre, idea única que cabía en su cerebro. Kells anhelaba notoriedad y oro ; el solo anhelo de Gulden era matar. Durante el silencio que siguió a sus palabras, aquellos bandidos le juzgaron, le midieron y le comprendieron, y aunque algunos de ellos se sintieron más distantes de él, la mayoría apreció la seguridad que encerraba su terrible sentencia.



Librodot

Pero Kells se levantó contra él.

-Gulden, ¿quieres que cuando robemos no dejemos detrás de nosotros más que muertos? -preguntó con voz silbante.

El gigante asintió sombríamente con la cabeza.

-Hay que estar loco para matar, a menos que sea defendiéndose- declaró Kells con pasión.

-Así duraremos más-afirmó imperturbable Gulden.

-De ninguna manera. Los asesinatos no tardan en alarmar los campamentos, por muy excitados que estén con el oro, y no tardaríamos en tener allí una escuadra de vigilantes.

-Podríamos hacernos de la escuadra de vigilantes sin dejar de pertenecer a tu Legión.

Esta observación hizo aparecer a Gulden menos torpe de lo que Kells suponía. Los bandidos se hicieron señas unos a otros con la cabeza. Todos se movieron inquietos. Estaban animados por una extraña y provocativa influencia. Hasta Red Pearce y los otros comprendieron su sutileza. Era el mal predominando en corazones perversos. La muerte se cernía como una sombra. El astuto Kells vio el cambio que iniciaba una transformación y pareció luchar con algo que dentro de él se oponía a aquella fría crueldad de sus hombres.

-Supongamos, Gulden, que yo no soy de tu opinión. -Pues entonces no ingresaré en tu Legión. -¿Y qué harás?

-Tomaré los hombres que quieran venir conmigo y nos iremos derechos a ese campamento.

En la expresión de la cara de Kells leyó Juana que comprendía que el proyecto de Gulden vencería al suyo y haría fracasar las dos empresas.

-No quiero perderte, Gulden.

-Y no me perderás si ves claro en este asunto - replicó Gulden -. Tú tienes cabeza para dirigirnos, pero estás perdiendo energías a causa de esa muchacha que tienes ahí.

Gulden hablaba sin expresar sentimientos de ninguna clase. Decía sencillamente la verdad, y ello llenaba a Kells de un furor casi ingobernable. Juana vio la llama verde de sus ojos, su cara gris y el temblor de su mano. Casi veía lo que pasaba en su mente. Comprendió que estaba pensando en matar a Gulden en el acto, y reconocía que si no lo hacía así vería disminuir desde aquel momento su poder en la frontera. Pero Kells no supo ver aquel momento crítico de su carrera. Su lucha por dominar su furia y su odio revelaba que para él lo más importante en aquel momento era convencer a Gulden y recuperar así el dominio sobre sus hombres.

-Dejemos esta cuestión para cuando estemos en el sitio.

-No dejemos nada; conmigo tiene que ser una cosa u otra.

-¿Quieres ser tú el jefe de la Legión? -preguntó lentamente Kells.

-No.

-Entonces, ¿que es lo que quieres?

Gulden tardó un instante en saber que contestar.

-Quiero tener mucho que hacer; estar en todo y poder matar a un hombre cuando se me antoje.

-¡Matar a un hombre cuando se te antoje! -rezongó Kells, añadiendo una maldición. Y luego, como por arte de magia, su sombría cara se aclaró; había en él mucha profundidad y astucia. Su oposición y aquella sombra de odio hacia Gulden se desvaneció de su semblante-. Partamos la diferencia, Gulden. Yo te dejo a ti hacer lo que quieras, pero todos los demás tienen que someterse a mis órdenes.

Gulden extendió una de sus enormes manos. Su aceptación asombraba evidentemente a Kells y a todos los demás.

-Conformes - exclamó, estrechando la mano de Kells, y escribió trabajosamente su nombre en el librito.

Desde aquel momento, Gulden estaba solo entre aquellos desalmados. ¿Qué eran para él Kells y su Legión? ¿Qué significaba robar más o menos oro?

-Libre de hacer lo que quieras, menos regañar con mi gente -dijo Kells -. Eso queda así entendido.

-Si ellos no me buscan pendencias - agregó el gigante con una mueca que hacía las veces de una sonrisa.

Todos sus secuaces, uno por uno, fueron pasando por las sencillas formalidades que la personalidad de Kells convertía en un contrato firme y serio.

-¿Hay alguien más? - preguntó Kells mirando a su alrededor. La expresión sombría estaba desapareciendo de su cara.

-Ahí está Jim Cleve - dijo Pearce señalando a éste.

-¡Eh, joven, ven aquí, que te estoy necesitando! - dijo Kells.

Cleve salió de la sombra con sus ojos brillantes fijos en Gulden. Hubo un momento de expectación. Gulden miró a Cleve. Kells se puso apresuradamente entre los dos.

-Se me había olvidado que habíais tenido una cuestión el otro día -dijo, dirigiéndose solamente a Gulden -. No podéis renovarla ahora. Gulden, todos nosotros hemos peleado más o menos y luego hemos sido buenos amigos. Quiero que Jim Cleve se aliste con nosotros, pero no con tu mala voluntad. ¿Qué dices tú a eso?

-No le tengo mala voluntad a Jim Cleve -replicó el gigante, y lo más extraño de su afirmación estaba en su evidente sinceridad- Pero no le permitiré que me arranque la otra oreja.

Todos los bandidos soltaron la carcajada, aunque Gulden no parecía ver ninguna gracia en su observación. Kells se rió con los demás, y hasta en la pálida cara de Jim Lleve apareció el recuerdo de una sonrisa.

-Muy bien. Vamos marchando -declaró Kells. Se volvió hacia Jim. De toda su persona se desprendía el júbilo, la seguridad, el poder-. Jim, ¿quieres naipes para este juego?

-¿Qué juego?

Con un rápido y elocuente discurso, Kells desarrollo otra vez la idea de su Legión en la frontera, con todas sus ventajas para cualquier joven proscrito, acabando con el mismo argumento, poco más o menos, que había empleado con Juana. Ésta, desde su escondrijo escuchaba y observaba atenta a la imperiosa necesidad de dominar sus emociones. En el momento en que Jim Cleve había salido a la luz, un espasmo nervioso la había sobrecogido.

-Me importa muy poco todo eso, Kells - contestó Jim Cleve.

El bandido se quedó atónito.

-¿Que no te importa entrar o no entrar en mi Legión?

-Ni un ardite - fue la indiferente respuesta.

-Entonces hazme un favor -dijo Kells-. Ingresa en ella para complacerme. Seremos buenos amigos. Si te has de quedar en la frontera, puedes sin inconvenientes entrar en nuestra cuadrilla.

-Preferiría andar solo.

-No durarías mucho.

-Me importa poco.

El bandido estudió aquella cara blanca e indiferente.

-Escucha, Cleve; ¿es que no tienes el valor necesario para ser malo, completamente malo?

Cleve se irguió como si le hubieran dado un latigazo.

Juana cerro los ojos para no ver lo que pasaba por su cara. Kells usaba una parte del mismo discurso con que ella había lanzado a Jim Cleve a la ruina. Aquellas palabras le habían galvanizado. ¡La fatalidad! Juana se aborrecía a sí misma. Aquellas mismas palabras suyas habían impulsado a aquel enloquecido muchacho a juntarse a la banda de Kells. Cuando abrió

los ojos vio a Jim transformado y ardiente.

Entonces Kells se dejó arrastrar por una pasión irresistible o la simulo con astucia para sus fines.

-Cleve, tú te has perdido por una mujer y por ella te vas a ir al diablo del todo -dijo con una nota irónica en la voz.

-Y si no te callas vas a llegar tú a verle primero -replicó amenazador Cleve.

- ¡Bah! ... ¿Piensas pegarme un tiro? ¿Por que? Yo soy tu amigo. Estás cansado de vivir, pero te aseguro que si eres hombre de temple vivirás y correrás un albur por tu dinero. Verás la vida, lucharás y ganarás oro. Hay otras mujeres. Yo creía una vez que la vida había acabado para mí por una mujer, pero no fue así. Y he tenido que llegar a este infierno para encontrar la mujer, mi mujer... Si tienes coraje, demuéstralo y sé un hombre en lugar de un joven loco. ¡Escupe el veneno! ... ¡Dilo ahora delante de todos! ... ¿Fue una mujer la que te hizo venir a nosotros?

-Sí, fue una mujer-dijo Jim Cleve con voz ronca, como si le obligasen a hablar.

-¿Y es demasiado tarde para volver?

-Sí, demasiado tarde.

-¿Y no te queda nada más que esta vida que te hace olvidar?

-Nada más, pero no me hace olvidar -murmuró.

Cleve sufría la tortura del recuerdo y la desesperación de su debilidad. Juana veía como Kells aprovechaba las pasiones de Jim. Éste era solo un muchacho loco de pasión en las manos de un hombre fuerte e implacable. Seria como la cera en las manos de un escultor. Jim se inclinaría ante la voluntad de aquel bandido y, por su propia tenacidad, su amor y sus recuerdos, se vería arrastrado cada vez más lejos por el camino de la bebida, del juego y del crimen.

Juana se puso en pie y, con toda su alma de mujer inflamada, se preparo para afrontar el momento fatal.

Kells hizo un gesto de salvaje violencia.

-¡Muestra tu valor! ¡Ingresa en la Legión! Te harás un nombre que el Oeste no olvidará jamás.

Aquella última indicación de una fama sangrienta era el último triunfo del astuto bandido. Y gano con él. Cleve se separo con mano débil y temblorosa los cabellos que caían sobre su húmeda frente. La viveza, el fuego, el alejamiento habían desaparecido de su faz. Estaba tan conmovido como si le hubieran tachado de cobarde.

-Sí, Kells; apúntame en la partida -dijo-, y por Dios que la jugaré hasta el final.

Tomo el lápiz y se inclino sobre el librito.

-¡Espera!... ¡Oh! ¡Espera! -grito Juana.

La emoción del momento, la conciencia de la fatalidad y su situación tan desesperada como la de Cleve dio a su voz una nota singularmente alta, intensa y penetrante. Salió de detrás de la cortina y de la sombra a la luz de las linternas a enfrentarse con Kells y Cleve.

Kells la miro con asombro, y adivinando su propósito se rió con ironía, como si su arrojo fuera una cosa admirable que había que permitir y que lamentar al mismo tiempo.

-Cleve, ésta es mi mujer, Dandy Dale -dijo con voz suave y tranquila-. Permite que te convenza de una cosa u otra.

La presencia de una mujer, a pesar de su disfraz, y su ruego singular, transformaron a Cleve. Se enderezo y el color huyo de sus mejillas, que quedaron más pálidas que nunca; sus ojos, que se habían oscurecido, empezaron a brillar. Falto poco para que Juana se desmayase bajo aquella mirada. Pero no la reconoció, aunque estaba extrañamente afectada.

-¡Esperad! - volvió a gritar, sosteniendo aquella voz aguda, tan diferente de su tono natural-. He estado escuchando y he oído todo lo que se ha dicho. No ingrese en esta Legión. Es usted joven y todavía honrado. ¡Por Dios, no siga a estos hombres! Kells hará de usted un

bandido... ¡Vuelva usted a su casa, muchacho, a su hogar!

-¿Quién es usted para hablarme de honradez y de hogar? -preguntó Cleve.

-No soy más que una mujer..., pero sé lo extraviado que está usted... Vuelva a esa muchacha... que... que le ha traído a este país... Debe estar arrepentida... Mañana

será tarde quizá... Vuelva, vuelva. Las jóvenes nunca se conocen el corazón... Puede ser que aquélla le amase..., puede ser que esté ahora llorando por usted...

Una fuerte contracción paso por todos los músculos de Cleve, acabando en un fiero gesto de protesta. ¿Era el dolor que aquellas palabras le causaban, o disgusto de que una mujer de su condición se atreviese a hablar de la muchacha a quien él había amado? Juana no podía determinarlo. Solo sabía que a Cleve le atraía su presencia; que le fascinaba y repelía al mismo tiempo; que respondía débilmente a su llamamiento, dudando de lo que oía, pero creyendo con los ojos.

-¿Y usted me ruega que no me haga bandido?-preguntó, como si en su mente se revolviese una extraña idea.

-¡Se lo imploro!

-¿Por qué?

-Ya se lo he dicho. Porque en el fondo es usted todavía bueno... Solamente está desesperado... porque...

-¿Es usted la mujer de Kells?

La respuesta salió lentamente, como arrancada de los labios de Juana.

-¡No!

Un silencio siguió a su negación. La verdad, que todos conocían, al salir de su boca, causo sensación entre los bandidos. Se agruparon en ansiosa expectación. Kells seguía con su sardónica sonrisa, pero se había puesto pálido. En la cara de Jim se reflejaba un inconmensurable desprecio.

-¡No es su esposa! -murmuró.

Su tono era insufrible para Juana. Una llama se encendía dentro de ella. ¡Cómo debía odiar a todas las criaturas de su sexo!

-¡Y es usted la que me ruega! - siguió diciendo. Una expresión de fastidio apareció en su cara. La complejidad de la mujer estaba fuera de sus alcances-. ¡No es usted la que me puede impedir que me reúna con Kells y nos vayamos los dos al diablo

- ¡Entonces es usted un alma estrecha, nacida para el crimen ! - prorrumpió ella en un magnífico arrebato de ira-. Porque a pesar de que me condenan las apariencias, soy una mujer honrada.

Aquello aturdió a Jim e hizo a Kells enderezarse aún más pálido y avizor. Cleve tardo en comprender lo que

decía. Miro a su alrededor con los puños cerrados temblando en el aire. Ningún hombre de juicio y sangre fría se hubiera dirigido a él en aquel terrible momento; nadie se movió. Todos esperaban un acto como el que había señalado su encuentro con Luce v Gulden.

Su mirada, con una expresión inconfundible, se poso en Juana. ¿Como podría reconciliarse su aspecto con sus ruegos? ¡Una de las dos cosas era mentira! Sus ojos ardientes quitaban espíritu a Juana.

-¡Él me ha obligado a llevar estos vestidos; soy su prisionera y estoy indefensa!

Con la agilidad de un gato, Cleve dio un salto hacia atrás y se encaro con todos los presentes con un revolver brillando en cada mano.

La extraordinaria osadía de su acción paralizo de sorpresa y temor a aquellos bandidos. Kells pareció tomar para sí la mayor parte de la amenaza.

-Me rindo - dijo con voz sorda -. Dice la verdad; pero matándome no solucionaría nada. Puede ser que después esté peor.

Esperaba que estallase el furor de aquel violento muchacho, pero su ingenio le había

dictado las palabras me jor calculadas para contenerle.

-¡Oh, no tire! -gimió Juana.

-Salga usted -ordenó Cleve-. Monte en un caballo y traiga otro cerca de la puerta... Salga.. Yo la sacaré de aquí.

La tentación y terror se unieron en el asalto del ánimo de Juana. De la aventura no podía resultar más que la muerte de Jim y una peor situación para ella. Se estremeció ante el pensamiento de escaparse por el esfuerzo de aquel muchacho antes sin energía alguna. Pero no tuvo el valor de intentar lo que solamente le parecía una desesperada locura.

-Yo me quedo - suspiro -. ¡Váyase usted! ¡Corra, mujer!

-¡No! ¡No!

-¿Quiere usted quedarse con este bandido?

-Debo hacerlo así.

-¿Le ama usted acaso?

Todo el fuego del corazón de Juana la impulsaba a protestar de aquel insulto, y toda su astucia de mujer luchaba por contener las palabras que inevitablemente la conducirían a la revelación. Inclino la cabeza, incapaz de soportar el peso de su vergüenza, pero lo bastante fuerte para dejarle pensar mal de ella, por su propio interés. Así tenía alguna probabilidad de escapar.

-¡Quítese de mi vista! -dijo él con voz ronca-. ¡Y pensar que estaba dispuesto a batirme por ella!

Otra vez aquel blando indiferente desdén se extendió por su cara. Juana se mordió la lengua para no gritar. ¿Como podía vivir en aquel tormento? Y era ella, Juana Randle, el objeto de aquel desprecio, la hubiera conocido o no. Retrocedió paso a paso, casi mareada, enferma de un terrible frío en el alma, cegada por ardientes lágrimas. Encontró su puerta y desapareció por ella.

-Kells, soy todo eso que me has llamado-oyó decir a la voz de Cleve, que sonaba extrañamente lejana-. No hay excusa... a menos que no esté yo bien de la cabeza cuando se trata de mujeres... Dispensa mi arrebato, no lo dispenses, como quieras; pero si me necesitas, estoy dispuesto a ingresar en tu Legión de la Frontera.

# XII

Aquellas palabras de Jim, amargas como si se mofase de sí mismo, fueron las últimas que oyó Juana y vibraban en sus oídos, retumbando en su cerebro como un fúnebre tañido. Yacía en su cama, y la negrura que la rodeaba pesaba sobre ella como una carga insoportable, y rezaba porque nunca amaneciese para ella al día siguiente. Una horrible pesadilla, que acabo por fin al abrir sus ojos a la luz de la mañana.

Se sentía helada y entumecida. Había permanecido descubierta durante todas las largas horas de la noche y no había movido un dedo desde que cayo en su lecho aplastada por aquellas amargas palabras con que Jim Cleve había consentido en alistarse en la Legión de Kells. A Juana le parecía que había vivido años desde entonces. No podía recordar ni uno solo de los pensamientos que habían pasado por su mente durante aquellas largas horas. Sin embargo, una decisión se había formado en su cerebro. Aquel día tenía que revelar su identidad a Jim Cleve, aunque fuese a costa de la vida de ambos. La muerte era infinitamente mejor que la expectación, el temor y la agonía que había sufrido. Y, por lo menos, salvaría del crimen a Jim Cleve.

Juana se levantó un poco mareada y vacilante. Las manos le temblaban. Le dolía el pecho

al respirar. Se quitó la máscara y se layó la cara y se peinó. Al principio concibió la idea de salir -con la cara descubierta, pero después pensó otra cosa. La audacia y la desesperación de Jim Cleve se le habían comunicado. Nada podía detenerla.

Kells estaba alegre y excitado aquella mañana. Le hizo algunos cumplidos y le dijo que pronto saldrían de aquella solitaria quebrada y que vería uno de los espectáculos más extraordinarios de su vida. Vería hombres que se apostaban una fortuna a una carta; perder riendo y volver a arañar la tierra buscando más oro. Dijo que la llevaría a Sacramento y San Francisco y que le compraría todo lo que una muchacha pudiera desear. Estaba exaltado, voluble y caprichoso, obsesionado por la realización anticipada de su sueño.

Era tarde y había una docena o más de hombres dentro y alrededor de la cabaña, todos tan nerviosos como Kells. Ya se estaban haciendo los preparativos para el esperado viaje a los campos auríferos; se empaquetaban enseres; las sillas y las armas se repasaban; los vestidos se remendaban torpemente. Se herraban los caballos, trabajo tan duro y desagradable para los hombres como para las bestias. Cuando algún jinete subía por la ladera, y ocurría con frecuencia, todos los hombres dejaban sus tareas para acercarse con ansiedad al recién llegado. El nombre de Jesse Smith estaba en los labios de todos. Le esperaban de un momento a otro con la corroboración del tentador relato de Blicky.

Juana veía, o se imaginaba que veía, que las miradas de aquellos hombres eran amarillas como el oro. Había visto mineros y buscadores cuyos ojos brillaban con la extraña luz de la gloria que el oro inspira, pero nunca como aquellos de la Legión de bandidos de Kells. Juana descubrió pronto que, a pesar de su excitación, el efecto que les causaba era más evidente que nunca, con una diferencia que advirtió en el acto. Pero no podía decir en qué consistía aquella diferencia, cuál era el cambio de su actitud. Quiso hacerse útil y empezó a ayudar a Bate Wood. No se había dado cuenta de que estaba triste hasta que el bandido le dijo:

-No se aflija, señorita; puede ser que todo salga bien.

Aquello asombró a Juana. Los misteriosos guiños y las miradas y las muestras de simpatía que advertía en el, todo acusaba un cambio. Sintió curiosidad por averiguar, pero no sabía cómo. Sentía el cambio en todos los demás. Luego se acercó a Red Pearce y con astucia de mujer exageró la silenciosa tristeza que había obtenido tan pronta respuesta de Bate Wood. Red Pearce fue aún más rápido. No pareció considerar su proximidad como la de una mujer que despertase en el deseos. Pearce no podía ser más rudo y vulgar; pero había compasión en su actitud. Juana sentía aquella compasión y algún otro sentimiento que no podía comprender. El teniente del bandido Kells estaba tan misterioso como Wood. Juana remendó un agujero en su camisa de ante, y Pearce pareció orgullosísimo del trabajo; trató de bromear y de decir cosas amables. Cuando acabó, miró furtivamente a su alrededor y dijo, apretándola una mano:

-Yo he tenido una hermana. - Y luego, con un odio triste y sombrío, añadió-: ¡Kells! ... En ese campamento encontrará su merecido.

Juana se separó de Pearce aún más asombrada. Algo extraño y profundo se movía en el fondo de aquellos hombres. En la mirada siniestra de Pearce había un inconfundible odio hacia Kells. ¿Qué había causado aquel

súbito e impersonal interés por su situación? ¿Que significaba aquella sutil animosidad de los bandidos hacia su jefe? ¿No había un sentido del honor entre perdidos asociados para realizar fechorías? ¿Alimentaría aquella vida sin ley los celos, la infidelidad y el odio prontos a esta llar con cualquier pretexto? Juana adivinaba la natura

leza trágica y fútil de la gran empresa de Kells. No podía tener éxito. Podía traerle algunas semanas de fama, de oro manchado de sangre y de orgía, pero estaba condenada. Era el fracaso y la muerte.

Juana fue de un hombre a otro, observando cada vez más curiosa el cambio y mostrándose con todos triste mente amistosa. El secreto no le fue revelado hasta que no llegó al Francesito; este era de una raza diferente, tenía profundamente inculcado un sentimiento,

sumergido hacía mucho tiempo en la oscuridad de una vida perversa : el respeto hacia la mujer. Para Juana fue como un rayo de luz; aquellos bandidos que ayer la habían despreciado, hoy la respetaban. Habían comprendido lo que con tanta desesperación había intentado por Jim Cleve; la creían buena, la compadecían y la respetaban, respondiendo a su esfuerzo por apartar a un muchacho de una carrera de perdición. Eran bandidos, asesinos, perdidos, pero recordaban haber tenido una madre y una hermana. Lo que cada uno de ellos hubiera hecho si la hubiese tenido en su poder como Kells la tenía, no alteraba el hecho. Una extraña inconsistencia les hacía odiar a Kells por lo mismo que ellos hubieran hecho en su caso. Su ruego a Cleve, su arrebato, su juventud y su infortunio había descubierto en ellos una cualidad humana. Lo mismo que en Kells quedaba un resto de nobleza, espectro perdido entre ruinas de ideales, quedaba en los demás algo de bondad. Juana llego a una conclusión consoladora : ningún hombre es completamente malo. Pero recordó la imagen del gigante Gulden, con su ausencia total de alma, y tembló. Luego pensó en Jim Cleve, quien con amargura había dado el paso fatal, quien en la extraña reversión de su carácter podía estar al margen de toda influencia.

Y en el momento preciso en que se levantaba este pensamiento para destruir la esperanza animada por la actitud de los bandidos, Juana vio a Jim Cleve vagando, descuidado, con un cigarrillo en los labios, manchas azules en su pálida cara y el sello del abandono en toda su persona. Juana sufrió una contracción del corazón que la paralizo. Permaneció un momento luchando consigo misma. Se sentía con valor y desesperación bastantes para dirigirse directamente a Jim Cleve, quitarse la máscara y decirle: « ¡Yo soy Juana!»

Pero aquél debía ser el último recurso. No tenía ningún plan, pero tenía que buscar la oportunidad de ver a solas a Jim Cleve.

Un grito se elevo por encima del murmullo de todas las voces. Un individuo alto señalaba a través de la quebrada una nube de polvo que salía por encima de los sauces. Los demás se apiñaron alrededor de él, mirando en la dirección que señalaba y hablando todos a la vez.

-¡El caballo de Jesse Smith! - grito el que señalaba- ¡Sal aquí, Kells!

Kells apareció sombrío y ansioso en la puerta de la cabaña y se acerco de un salto al excitado grupo. Pearce, Wood y otros le siguieron.

-¿Que pasa? - preguntó Kells -. ¿Quien es ese que viene?

-¡Y que trae prisa! -dijo Bate Wood.

-Blicky - contestó el alto -. Hay novedades, Kells ; he visto el caballo de Jesse Smith.

A la excitada conversación del grupo sucedió un murmullo que también se extinguió. Blicky galopaba por el sendero inclinado sobre el caballo como un indio. Llego como un alud, dispersando a los que componían el grupo en todas direcciones. El bravo caballo manoteaba y relinchaba. Blicky tenía la cara gris y siniestra.

-¡Jesse ha venido! -grito con voz ronca-. Se acaba de caer del caballo. Quiere verte a ti y a todos los demás. ¡ Ha visto un millón de dólares en polvo de oro!

Un silencio profundo siguió a aquellas sensacionales palabras. Una explosión de gritos y aullidos. Blicky dio la vuelta a su caballo; Kells salió corriendo y tras él toda la Legión en frenética carrera.

Juana se dio cuenta de la oportunidad. Había presenciado toda la escena sin perder de vista a Jim Cleve, que se levanto del leño en que estaba sentado y corrió en pos de los otros. Voló hacia él y le cogió de un brazo, asustándole con lo imprevisto de su arremetida. Pero tenía la lengua pegada al paladar y los labios secos y mudos. Dos veces trato de hablar.

-Venga... allá... entre los espinos... inmediatamente... - murmuró casi sin aliento -. ¡ Es cuestión de vida o muerte para mí!

Al soltar ella su brazo el trato de arrancarle la más

cara, pero ella se escapo.

-¿Quien es usted?

Kells y sus hombres se internaban entre los sauces, saltando el arroyo, siempre corriendo. No pensaba más que en ver a Jesse Smith, oír su relato.

-¡Venga! - gritó Juana, y se alejó corriendo, deteniéndose en el ángulo de la cabaña para ver si la seguía.

Así lo hacía. Siguió allí corriendo por la ladera, deteniéndose otra vez al alcanzar los primeros árboles. Cleve avanzaba tras ella. Volvió a correr, empezando a jadear y a tropezar. La espantosa palidez de Jim le daba miedo. ¿Qué haría? Siguió avanzando, pero ya sin correr. Los árboles ocultaban ya las cabañas. Pocos pasos más allá había una densa espesura de pinos, a la que se dirigió. volviéndose al llegar hacia Jim. No había nadie más que él a la vista. Exhalo un sollozo de alivio y de alegría. Nadie los había observado y estarían bien ocultos en aquella espesura. Por fin podría revelarse y decirle por qué estaba allí, que le amaba y que era tan honrada como siempre había sido. ¿Por qué temblaba como una hoja movida por el viento? Veía a Cleve como a través de un velo. Avanzaba casi corriendo. Involuntariamente se interno en la espesura. Era umbrosa y fresca, con un agradable olor a resina. Corrió hasta que un árbol derribado le impidió el paso. Allí se volvió ; esperaría ; el árbol era un buen apoyo. Jim llego como una sombra. No le había visto nunca así.

- ¡Hable otra vez ! - dijo con voz sorda -. ¡ Debo de estar loco o borracho!

Pero Juana no podía hablar. Levanto sus manos temblorosas y se arranco la máscara.

Si le hubieran atravesado el corazón no hubiera adquirido su cara un aspecto más espantoso. Juana veía aquella terrible transfiguración, pero no pensaba, no comprendía lo que constituía el cambio. Después de aquella emoción, un torrente de gozo inundo su alma.

- ¡Jim! ¡Jim! ¡Jim! - suspiro casi sin mover los labios.

-¡Juana.! - exclamo él; y el sonido de su voz parecía pasar de una horrible duda a la certeza.

Salto sobre ella como una pantera y la asió con mano poderosa el cuello de su blusa, haciéndola arrodillarse y arrastrándola. Juana lucho con su puño de hierro, que la sofocaba. No la miraba, pero ella veía la rigidez de su cuerpo, la espantosa sombra de su cara y sus cabellos erizados. La arrastraba como si fuera un saco vacío. Como una bestia buscaba un sitio oscuro, un agujero donde ocultarla. Juana se asfixiaba y la vista se le nublaba ; luchaba ahora instintivamente. Súbitamente se aflojo la presión sobre su cuello y el aire entro silbando en sus pulmones; el velo rojo desapareció de ante sus ojos.

Estaba aún de rodillas y Jim en pie delante de ella, con la cara gris y su revolver en la mano.

-¡Reza por tu alma y por la mía!

- ¡Jim ! ¡Oh! ¡Jim! ¿Te matarás tú también?

-¡Sí! ¡Reza, reza pronto por los dos!

-Sí, rezo, rezo, pero no por mi alma, sino por un momento más de mi vida... ¡para contarte, Jim!

La cara de Cleve cambio y su arma empezó a temblar. La respuesta había brillado como un relámpago en el oscuro abismo de sus celos.

Juana lo vio y levanto la cara, tendiéndole los brazos.

-¡Para explicarte, Jim! -suplico.

-¿Qué?

-Que soy inocente, tan honrada como siempre; déjame explicarte, Jim..., estás equivocado..., terriblemente equivocado.

-Entonces estoy borracho... ¡Tú, Juana Randle, en ese traje; la compañera de Kells, ni siquiera su esposa; la mofa de todos estos bandidos! ¿Y dices que eres inocente y honrada?... ¡Cuando no has querido abandonarle

-Tenía miedo de escapar... miedo de que te matasen... -gimió ella, golpeándose el pecho.

Debió parecerle una locura, una monstruosa pesadilla, un delirio de alcohólico, que Juana

Randle estuviera allí de rodillas, con un vestido de hombre, tendiéndole los brazos y rogándole, no que le dejase la vida, sino que creyese en su inocencia.

Juana empezó un rápido y entrecortado relato:

-Escúchame. Me alejé siguiéndote a veinte millas de Hoadley... Me encontré a Roberts, que me acompaño; se le lisio el caballo y tuvimos que acampar donde estábamos. Kells llego allí acompañado de dos hombres y acamparon en el mismo sitio. A la mañana siguiente, mato a Roberts... y me obligo a seguirle... Luego mato a sus dos compañeros para quedarse solo conmigo... Acampamos en un cañón, donde me ataco y yo le pegué un tiro... pero no podía dejarle morir allí...

-Juana se apresuraba en su narración ganando fuerza y elocuencia a medida que veía a Jim debilitarse- Primero dijo que yo era su esposa para engañar a Gulden y a los demás, lo hizo para protegerme mejor contra ellos, pero se imaginaron la verdad o la averiguaron... Kells me obligo a ponerme estos vestidos. Tenía que ponerme algo. Ni Kells ni ninguno me ha hecho el menor daño. Tengo sobre él una influencia que no puede resistir. Ha tratado de obligarme a casarme con el y ha tratado también de renunciar a sus deseos, pero no puede. Aún queda algo bueno en el y yo puedo hacérselo sentir... Me ama y no le temo... He pasado unos días terribles, Jim, pero soy todavía la misma mujer que conociste...

Cleve dejo caer el arma y se paso una mano por delante de los ojos.

-Pero, ¿por que? ¿Por que te alejaste de Hoadley? -preguntó con incredulidad- Y conocías el riesgo.

Juana le miro fijamente y vio que la palidez se desvanecía lentamente de su cara. Se había imaginado que para confesarle su amor necesitaría vencer su soberbia, pero se había equivocado. Él se había perdido por ella y de su ruina había salido la gloria de aquel amor. Quizás era demasiado tarde, pero al menos sabría que ella a su vez se había sacrificado por su amor.

-¡Jim! -murmuró temblando de pies a cabeza al pronunciar aquella palabra y sintiendo que toda la sangre se le agolpaba en la cara-. Aquella noche, cuando me besaste, estaba furiosa, pero me arrepentí del todo en el momento en que te fuiste... Te quería entonces, pero no lo sabía... Sentí remordimientos y me lance sobre tu pista para salvarte de ti mismo... y en medio del miedo y del dolor recordaba algunas veces la dulzura de tus besos... Entonces comprendí que te quería... y con los días de expectación y de agonía al saber que habías destrozado tu vida por mí..., el amor vino, un amor que de otra manera no hubiera sido nunca tan grande. Quise hallarte, salvarte y hacerle volver al hogar... Te he hallado, quizá demasiado tarde para salvar tu vida, pero a tiempo de salvar tu alma, gracias a Dios... Por eso he tenido fuerza bastante para contener a Kells. ¡Te amo, Jim! ¡Te amo ! No sé como decírtelo. ¡Me parece que el corazón se me quiere saltar del pecho!... ¡Dime que me crees! ... ¡Que sabes que soy todavía honrada! ¡Tu Juana! ... ¡Y bésame como me besaste aquella noche en que los dos fuimos tan locos ! Un hombre y una mujer que no sabían que se amaban. ¡Que tristeza ! ¡Bésame, Jim, bésame antes de que caiga a tus pies! ... ¡Oh! ¡Si solamente me quieres creer!

Las lágrimas cegaban a Juana, que no sabía lo que decía cuando Jim, saliendo de su pasmo, la apretó contra su pecho. Se desmayaba; había casi perdido la conciencia cuando la violencia de Jim la hizo volver a la vida. Se sentía como envuelta por el y presa con tal fuerza que no había en su cuerpo ni aliento ni pulsos. Aquel momento de vagos ensueños pasó. Oyó los apagados acentos de su voz y sintió los latidos de su corazón. Y empezó a besarla como ella le había pedido que la besase. Volvió del todo a la vida y se colgó de su cuello devolviéndole ciegamente sus besos, con pasión, poniendo toda su alma en sus labios, deseando, como nada en el mundo, devolverle aquello que una vez le había negado.

-¡Juana! ¡Juana! - murmuró cuando sus labios se separaron-. ¿Estoy soñando, loco o borracho?

-No, Jim, soy yo que estoy en tus brazos. Bésame otra vez y dime que me crees.

-¡Creerte! ... ¡Estoy loco de alegría! Me amabas y me has seguido... Aquella idea mía era solo una sospecha absurda y vil. Debía haber comprendido si hubiera estado en mi sano juicio.

-Bueno, Jim; basta de locuras, tenemos que pensar y planear. Acuérdate de donde estamos, de Kells y de la terrible situación que tenemos que afrontar.

La miro, comprendiendo lentamente, y entonces fue el quien tembló.

-¡Se me había olvidado que ahora tengo que matarte!

Vino la reacción y si había tenido algún dominio sobre sí mismo, lo perdió en aquel momento y como un niño a quien un alarde de hombría hubiera dejado exhausto, se dejó caer al lado de Juana ocultando la cara en su seno y lloro. Para Juana era terrible aquel llanto. Le rogó que no perdiese su fuerza. Pero el se sentía presa del remordimiento; se había escapado como un cobarde, había acarreado todas aquellas calamidades y era incapaz de levantarse contra ellas. Juana comprendió que obraba hacía mucho tiempo bajo la influencia de una morbosa emoción. Solo un supremo esfuerzo podía levantarle a un razonador equilibrio y aquel esfuerzo debía venir de ella.

Le hizo enderezarse y le mantuvo con las manos de manera que la viese y le besó con pasión.

-Jim Cleve, si tenías valor para ser un malvado, debes tenerlo también para salvar a la mujer que te ama y que te pertenece.

Él irguió la cabeza y su cara pasó como un relámpago del rojo al blanco. Comprendió la sutileza de su discurso. Le espoleaba con las mismas dos palabras que le había alejado de su lado con el estigma de cobarde, y con toda la ternura apasionada de su confesión de amor confesaba de una vez para siempre su fe en su virilidad. Se levantó temblando y jadeante. Las sombras de desdén, de amargura y de abandono habían desaparecido de su cara. En aquel momento había pasado de la rabia enfermiza y feroz del débil al valor altivo y comprensivo del hombre. Los sufrimientos habían desarrollado en él otro carácter y en el momento crítico en que su fuerza moral vacilaba entre la elevación y la destrucción, la mujer le llamó transmitiéndole su espíritu indomable.

-Sólo nos queda un camino : escaparnos.

-Sí, pero correríamos un riesgo terrible -replicó ella.

-Ahora tenemos una oportunidad. Yo tomaré dos caballos y podemos marchamos mientras ellos están tan distraídos.

-No, no me atrevo a correr ese peligro. Kells nos descubriría inmediatamente. Seguiría nuestra pista como un perro de presa, pero no es esto todo; a Gulden le tengo horror. No lo puedo explicar; pero lo siento. Lo sabría y nos seguiría; nunca me atreveré a escapar estando Gulden en el campamento... ¿No sabes lo que ha hecho, Jim?

-Es un caníbal. Le odio y he tratado de matarle el otro día.

-Nunca estoy segura cuando él está cerca.

-Entonces le mataré.

-¡Calla! No tienes que apelar a la desesperación a menos que te veas obligado a ello... Escucha. Por el momento estoy segura con Kells v éste es amigo tuyo. Esperemos. Seguiré tratando de dominarle, y ya he ganado la amistad de algunos de sus hombres. Nos quedaremos y viajaremos con ellos. Seguramente cuando lleguemos a ese campamento encontraremos mejor oportunidad de escapar. Debes seguir haciendo tu papel, pero sin beber ni pelearte. Eso no lo puedo soportar. Ya encontraremos la manera de vemos y haremos proyectos y aprovecharemos la primera oportunidad segura que se nos presente.

-No tendremos nunca una oportunidad mejor que la que se nos presenta ahora-observó él.

-Eso te puede parecer a ti, pero yo sé. Para algo he observado a estos bandidos. Te digo que Gulden y Kells están enemistados por mi causa. No sé por qué lo sé. Me moriría de terror por el camino con doscientas millas que recorrer y ese gorila siguiéndome.

-Pero, Juana, Gulden no te cogería nunca viva -aseguró tranquilamente Jim-, así es que no tienes por qué temerle.

-Le tengo un horror misterioso; como si fuera un gorila capaz de abusar de mí hasta después de muerta. No, Jim, esperemos. Déjame elegir a mí la oportunidad; yo puedo hacerlo, confía en mí. ¡Oh, Jim, después de haberte salvado de ser un bandido me siento capaz de todo! Puedo engañar a Kells, a Bate, a Pearce, a todos menos a Gulden.

-Si Kells tuviese ahora que escoger entre seguirte o irse a ese campamento de mineros ¿qué haría?

-Seguirme.

-Pero a Kells el oro le vuelve loco. Tiene dos pasiones : robar oro y jugárselo.

-Puede ser; pero me seguiría antes que todo, y lo mismo haría Gulden. Y nosotros no podemos cabalgar por estas montañas como lo hacen ellos. No conocemos los caminos, ni sabemos dónde hay agua; nos perderíamos y nos cogerían. Y yo sé que Gulden y los suyos nos descubrirían antes que los demás.

-Probablemente tienes razón, Juana, pero me condenas a una vida peor que la muerte... Dejarte con Kells o con cualquiera de ellos fuera de mi vista. Una vida aún peor que la que hacía antes.

-Estaré a salvo, Jim - rogó ella -. Es el menor de dos males inevitables. Nuestras vidas dependen de la razón, de la paciencia y los proyectos. Y, Jim, quiero vivir para ti.

-¡Mi valiente Juana! ¡Oírte decir eso! -exclamó él con profunda emoción-. ¡Cuando no esperaba verte más! ... Pero eso ya ha pasado. Todo empieza de nuevo desde esta hora. Seré lo que tú quieras.

Juana se sintió otra vez irresistiblemente atraída hacia el y su abandono cuando levanto su cara ruborosa era de una peligrosa dulzura.

-¡Bésame, Jim, y abrázame lo mismo que lo hiciste aquella noche!

Y no fue Juana la primera que rompió aquel abrazo.

-Busca mi careta -dijo.

Cleve recogió su arma y el trozo de fieltro negro. Lo tenía en la mano como si contuviese un veneno mortal.

-Pónmela.

Él se la coloco.

-Juana, esto esconde tu bondad. Ahora nadie puede ver tus ojos. Nadie te mirará a la cara. Y ese traje muestra tus... te dibuja toda, es indecente, pero tengo que confesar que estás con el diabólicamente bonita y seductora. Odio ese vestido.

-Yo también, Jim, pero tenemos que aguantarlo. Procura no avergonzarme más de lo que estoy... y ahora, adiós. Vigílame como yo te vigilare todo el tiempo.

Juana se separo de el y descendió por la ladera ocultándose entre los pinos. Llego hasta su caballo y lo condujo al corral. Muchos de los caballos se habían escapado y no había nadie en las cabañas, pero vio que algunos de los hombres subían por la ladera con Kells a la cabeza. Había tenido suerte. Su ausencia apenas podía haberse notado. Le quedaron fuerzas para llegar hasta su habitación y allí se dejo caer en el lecho, débil, temblorosa y mareada, llena de un gozo indecible al sentirse libre de la insoportable falsedad de su situación.

# XIII

Hasta mucho después de mediodía no se atrevió Juana a salir de nuevo de su cabaña y cuando por fin salió vio que los bandidos le prestaban muy poca atención.

Kells andaba a grandes zancadas, con ojos brillantes y cabeza erguida, como si escuchase. Quizás escuchaba la música de sus sórdidos sueños. Juana le observaba con admiración algunas veces. Hasta un bandido, proyectando robos, violencias y asesinatos, vivía feliz haciendo castillos en el aire.

Los bandidos estuvieron toda la tarde saliendo del campo en parejas y grupos de tres cada expedición, con burros y caballos cargados como Juana no había visto nunca aún en la frontera, con picos, palas y cedazos colocados en lugares visibles, evidenciando que los bandidos trataban de aparecer como mineros y buscadores. Silbaban y cantaban alegremente. La excitación había pasado y empezado el trabajo. Solamente bajo la alegría de Kells se presentía el siniestro plan. Era el corazón de la máquina.

Al anochecer, solo Kells, Pearce, Wood, Jim Cleve y un robusto bandido, Jesse Smith, quedaban en el campamento. Smith estaba estropeado del viaje y Juana dedujo que Kells hubiera partido va a no ser por la necesidad de descanso que tenía Smith. Éste y Kells estaban siempre juntos hablando sin cesar. Juana les oía discutir un punto. ,,Debían ir los hombres por parejas y grupos de tres y ocultar sus relaciones? Kells afirmaba que sí y Smith tenía sus dudas.

-Espérate a ver Alder Creek - decía Smith moviendo su cabeza grisácea-. Tres mil hombres de toda condición, viejos y jóvenes, que se han vuelto locos. Alder Creek ha vencido al 49 y al 51 de California.

Y el jefe de los bandidos se frotaba las manos con satisfacción.

Aquella noche todos cenaron juntos en la cabaña de Kells. Beate Wood refunfuñaba porque ya había empaquetado la mayor parte de su equipo. Por casualidad, Juana se sentó enfrente de Jim Cleve y mientras comía acariciaba sus pies. El contacto la estremecía. Jim no la miraba, pero se había operado en el un cambio tal, que Juana temió que despertase la curiosidad de Kells. Pero aquella noche el bandido no veía más que el brillar del oro. Se sentó a la mesa y hablo, pero no comió nada. Después de cenar envió a Juana a su cabaña diciendo que partirían al amanecer. Juana los siguió observando desde su escondite. Evidentemente se habían dicho todo lo que se tenían que decir y Kells se puso pensativo. Smith y Pearce salieron para, al parecer, preparar sus camas en el porche. Wood, que dijo que el no dormía nunca mucho, encendió su pipa y Jim Cleve extendió sus mantas al lado de la pared y se acostó. Juana veía brillar sus ojos en la sombra; seguramente estaba pensando en ella. ¿Podría el ver sus ojos? Saco con precaución una ,vano por debajo de la puerta y comprendió que Jim la había visto. ¡Qué alegría! El corazón de Juana se ensancho. Todo podía salir bien. Jim Cleve dormiría cerca de ella. Ahora podía descansar tranquila y sin pesadillas, sin temor a despertar. Volvió a ver a Kells pasearse por la habitación con las manos a la espalda, con la cabeza inclinada, absorto y agobiado por el peso de su plan. Era imposible no compadecerle. Con toda su inteligencia, su astucia y su poder, su causa estaba perdida. Juana lo sabía, lo mismo que sabía otras muchas cosas, sin comprender como ni por que. Todavía no había sondeado a Jesse Smith, pero ninguno de los demás hombres era leal con Kells. Permanecerían en su Legión de la Frontera, cumplirían sus ordenes y gozarían de sus mal obtenidas ganancias, pero cuando más los necesitase le traicionarían.

Cuando Juana despertó, su cuarto estaba lleno de una penumbra gris. Sonaban ruidos en la cabaña grande y fuera se oían las pisadas de los caballos y la charla de algunos hombres.

Se desayunó sola a la luz de una linterna, que tuvo que llevarse al volver a su cabaña, donde empleo tanto tiempo en sus preparativos que Kells la volvió a llamar. No le gustaba dejar aquella habitación. Era reservada y protegida y no sabía si encontraría el mismo alojamiento en el lugar a que se dirigían. Además de que en el momento de dejarla descubrió que se había encariñado con el lugar en que había sufrido, pensado y aprendido tanto.

Kells apago las luces. Juana se apresuro a salir. El día había sucedido a la oscuridad gris. El aire era frío y dulce con la pureza de las montañas. Todos, menos Kells, habían ya montado y la reata de bestias de carga estaba ya en marcha. Kells coloco las tablas que servían de puerta y luego monto y dijo a Juana que le siguiera. Trotaron por la ladera a través de los húmedos sauces, atravesaron el arroyo y salieron al ancho sendero. Miro adelante y vio que el tercero de los jinetes que cabalgaban delante de ella era Jim Cleve y aquella circunstancia le pareció un buen augurio en la partida para Alder Creek.

Cuando salían al valle por el estrecho desfiladero, el sol se levantaba rojo y brillante por encima de las montañas. Algunas nubes oscurecían los picos lejanos y las manchas de nieve en las alturas brillaban azules y sonrosadas. Smith, que iba a la cabeza, torció hacia el Oeste. Los caballos que quedaban en el campamento siguieron a la caravana y hubo que hacerlos volver. También había ganado en el valle y Kells se lo dejaba como un honrado ranchero que no tiene nada que temer. Los venados se detenían con las orejas enhiestas observando el paso de los caballos. También había bandadas de codornices y conejos que se alejaban saltando y algunos grupos de coyotes. Juana lo miraba todo complacida y contenta. Las flores silvestres, la hierba ondulante de los prados y los sauces amarillentos.

Smith salió pronto del valle, siguiendo una cresta rocosa y áspera, para volver a bajar a una hondonada que se convertía en un cañón. El camino era malo. Avanzaban por el cauce pedregoso de un arroyo donde los caballos se escurrían sobre las piedras húmedas y redondeadas. Caminaban lentamente y el tiempo pasaba. Juana se alegraba de ello y cuanto más despacio viajasen, mejor. Al final de aquel viaje estaban Gulden y los demás, los campamentos auríferos con todas sus ilimitadas posibilidades para aquellos hombres.

A mediodía la partida se detuvo para descansar. El lugar que eligieron era agradable y los hombres estaban contentos. Durante la comida, Kells observo que Jim se había animado y le preguntó si era a causa de la actual perspectiva.

-No precisamente por eso -contestó Cleve-. He dejado el whisky. La verdad es, Kells, que ya empezaba a perder la cabeza.

-Me alegro de que lo hayas dejado. Cuando bebes te vuelves loco. No he conocido a nadie que pueda beber tanto conservando la cabeza sana. Yo no puedo, pero no bebo mucho.

Su última observación produjo una carcajada general. Evidentemente, sus compañeros creían que bromeaba. Él mismo se rió con los demás y le hizo un guiño a Juana.

Fue al mismo Jim Cleve a quien Kells pidió que ensillase el caballo de Juana y cuando esta probaba la cincha para ver si estaba a su gusto, sus manos se encontraron, Aquel contacto fue como un mensaje. Juana temblaba de pies a cabeza cuando miró a Jim, pero este no levantó la cara. Quizá no se fiaba de sí mismo.

Se reanudó el viaje; avanzaban sin cesar, pero despacio. El camino era tan áspero y serpenteante que Juana pensó que no debían avanzar más de tres millas por hora. Era una manera de viajar que permitía ayudar a los caballos y observar la naturaleza del suelo. Antes de que Juana se diera cuenta de que las horas volaban, había pasado la tarde. Smith, sin embargo, siguió adelante hasta que cerró la noche.

El campamento nocturno fue un momento de actividad en que todos menos Juana tuvieron algo que hacer. Trató de ayudar en algo, pero Bate Wood le dijo que descansase y se alegró de poderlo hacer así. Cuando la llamaron para cenar casi se había dormido. Tras la larga caminata del día todos tenían más hambre que ganas de hablar. Después, sin embargo, empezó la conversación mientras fumaban sus pipas y de ella nadie hubiera deducido que se trataba de una cuadrilla de bandidos que se dirigían a robar a un campamento. Jesse Smith tenía un pie malo y le comparaban con un novicio en su primera excursión. Jesse Smith se vengaba como podía. Tenían con Juana toda clase de consideraciones; Wood especialmente atendía con asiduidad a su cuidado. Todos menos Jim Cleve tuvieron con ella alguna atención y él la descuidaba porque no se atrevía a acercarse demasiado a ella. Juana volvió a oír a Red

Pearce condenar al bandido que arrastraba a una muchacha como ella por tan malos senderos y la obligaba a dormir al raso, exponiéndola a peligros y a hombres como el y como Gulden. En su propia estimación, Pearce, como todos los de su calaña, no era tan bajo como los otros.

Juana observaba y escuchaba desde sus mantas, bajo un árbol copudo a poca distancia de la hoguera. Una vez, Kells se volvió para ver a que distancia estaba y bajando la voz contó una historieta. Todos rieron. Pearce siguió con otra y también tuvo cuidado de que Juana no le pudiera oír. Se agruparon más y Smith, que indudablemente era un tipo jovial, los hizo desternillarse de risa. Jim Cleve se rió con todos.

-Eh, Jim, parece que se te va olvidando- observó Kells.

-¿El que?

Kells hizo una pausa, embarazado por la contestación, pues evidentemente había dejado escapar un pensamiento que hubiera sido mejor guardarse. Pero Jim ya no estaba rodeado de la misma peligrosa atmósfera. Parecía haberse avenido a la compañía después de unos días de agresiva borrachera.

-Lo que te ha traído aquí y me ha proporcionado a mí la dichosa oportunidad de alistarte entre los míosreplicó Kells con una risa forzada.

-¡Ah!, la muchacha... No me acuerdo de ella más que cuando bebo.

-Cuéntanos, Jim - dijo Kells con curiosidad.

-Os vais a reír de mí-contestó Cleve.

-No nos reiremos, a menos que tu cuento tenga gracia.

-Podéis apostar que no la tiene-dijo Red Pearce.

Todos le animaron, aunque ninguno, excepto Kells, tenía la menor curiosidad. Era la hora en que la gente de su condición se sentía desocupada, bien comida y cómoda alrededor de la hoguera.

-Muy bien -dijo Cleve, v al parecer recordaba, por complacencia, con cierto dolor-. Yo soy de Montana. Era desbravador en invierno y buscador de oro en verano. Tenía algún dinero ahorrado, a pesar del whisky y de algunas partidas de naipes... Sí, creo que también hay una muchacha. Era muy bonita y yo estaba bastante enamorado. No hace mucho tiempo que la deje todo lo que tenía, dinero y oro, y salí a buscar otra vez. Pensábamos casamos a mi regreso. Estuve seis meses fuera, tuve suerte, pero me robaron todo el polvo.

Cleve contaba su cuento con naturalidad, pero volviéndose menos franco a medida que avanzaba. Se detuvo un momento y cogió un puñado de arena que dejó deslizarse por entre sus dedos contemplándola con curiosidad. Todos escuchaban con interés, especialmente Kells.

-Cuando volví-siguió Jim -, mi novia se había casado con otro a quien había dado todo lo que le había dejado yo. Me emborrache y mientras estaba borracho me achacó una fechoría. Su palabra me deshonró y tuve que salir de la ciudad... Y me vine a la frontera.

-Pero eso no es todo - dijo Kells bruscamente.

-Me parece, Jim, que no dices lo que le hiciste a aquella muchacha ni al otro individuo. ¿Como los dejaste?-añadió Red Pearce.

Pero Jim parecía haberse puesto sombrío y reservado.

-Las mujeres son capaces de engañar a cualquier hombre. ¿No te parece, Kells? - preguntó Smith con una sonrisa.

-Te han tratado indignamente - dijo Wood, lleno de ira.

-¡Una mujer falsa! -exclamo Kells con pasión. Había tomado a pechos -la historia de Jim. Debía haber sufrido la traición de alguna mujer y el relato había abierto heridas antiguas.

Se levanto y se dirigió a sus mantas cerca de donde estaba Juana. Probablemente la creía dormida, porque ni miro ni hablo. Cleve se acostó también y lo mismo hicieron Smith y Bate. Pearce fue el último en levantarse ; la luz de la hoguera ilumino su cara roja, afilada y valiente como la de un indio. Paso al lado de Juana mirándola y mirando luego a Kells con malignos



Librodot

ojos.

El día siguiente era de duro trabajo. Tenían que subir por la ladera de la montaña, cubierta de rocas grandes y planas. Juana economizo las fuerzas de su caballo hasta llegar al límite de las suyas. Si había algún sendero solo Smith lo conocía. Ascendían por una larga vertiente cubierta de pizarra, en la que los caballos se escurrían y retrocedían un pie por cada metro que avanzaban, y a través de un laberinto de riscos llegaron a la cima. Juana contemplo desde allí un panorama magnífico. A sus pies veía las cimas de las colinas y a lo lejos divisaba el Lago del Oso. Como la altura la afectaba, no pudo gozar del descanso y se alegro cuando reanudaron la marcha; como ahora bajaban, pudo montar otra vez a caballo, aunque el viaje seguía siendo difícil porque los caballos se estropeaban fácilmente en los descensos. Tardaron dos horas en recorrer la misma distancia cuyo ascenso les había costado toda la mañana. Smith los conducía ahora a través de un valle y otro, por entre colinas, y se detuvo a la caída de la tarde al lado de un manantial en una arboleda.

A Juana le dolían todos los músculos y estaba demasiado cansada para preocuparse de lo que pasaba alrededor de la hoguera. Jim había estado todo el día a su lado y la había animado. No había cerrado aún la noche cuando se acostó.

-Duerme bien, Dandy Dale -dijo Kells alegremente y no sin ternura-. Mañana llegaremos a Alder Creek y ya no volverás a dormir.

A veces parecía que lamentaba su presencia y siempre que advertía aquella sensación; el aludía con ironía al vestido y la careta que llevaba, que la convertían en la compañera de un bandido que no podía eludir aquella vida. La verdad era que Kells, viendo la insuperable barrera que los separaba, se engañaba a sí mismo en la amargura de su amor, y se odiaba por su mentira.

A media tarde del siguiente día, la cansada caravana salió de los jarales y las rocas a un ancho y polvoriento camino nuevo. Tan nuevo era, que los cortes en las ramas de los chaparros a lo largo de los bordes aún estaban blancos. Pero ya había viajado mucha gente por el.

Al otro lado del valle, detrás de ellos, Juana vio un carro con toldo de lona y no habían avanzado mucho cuando encontraron burros cargados. Kells había hecho que se reuniesen todos en un grupo para conducir la reata de las acémilas. Kells estaba otra vez excitado ; Pearce oteaba el camino con ojos de halcón; Smith parecía un perro que sigue un rastro; Cleve también se mostraba afectado. Solamente Wood siguió indiferente al entrar en aquel significativo camino.

Juana veía a ambos lados restos de carros, ruedas, arneses, cajas, burros y mulas muertas. Parecía como si un ejercito hubiera pasado por allí. El camino atravesaba un ancho arroyo poco profundo, de aguas turbias, y seguía su curso por la otra orilla. Juana oyó que Smith llamaba Alder Creek a aquel arroyo y que preguntaba a Kells si sabía por que las aguas estaban tan turbias. Los ojos del bandido brillaron y Juana se estremeció porque ella también sabía que más arriba había mineros lavando arena para separar el oro.

Un par de millas más arriba, el camino y el arroyo entraban en una quebrada poblada de árboles que ocultaban las laderas y varias millas más lejos la cuadrilla salió a lo que Juana creyó era un claro hecho en el bosque por un incendio. Pero la devastación era obra del hombre. En todo lo que su vista alcanzaba se habían derribado los árboles y había señales indudables de que pronto encontrarían habitaciones. Pero en toda una milla no aparecieron. Pasaron de la parte frondosa de la quebrada a otra de laderas de piedra desnuda con algunos grupos de árboles acá y allá. La quebrada hacía un brusco recodo y una colina gris estorbaba la vista. Pero una vez salvado el obstáculo, Kells detuvo a sus hombres con una breve y dura exclamación.

Juana vio a sus pies el campamento. Era una escena interesante pero no bella. Para Kells quizá lo fuera, para Juana era aún más horrible que la devastación del bosque. Acá y allá se



Librodot

veían cuevas, tiendas y cabañas de leños, y al mirar más lejos aquellas toscas habitaciones de los mineros aumentaban en número y dimensiones hasta convertirse en una ciudad.

-¿Qué dices de este campamento? -preguntó Jesse Smith.

Kells hizo una profunda aspiración.

-Esto hace palidecer a todo lo que hasta ahora he visto.

-Pues yo he visto en Sacramento una cosa igual -dijo Bate Wood.

Pearce y Cleve miraban con los ojos fijos y si sus emociones eran diferentes rivalizaban los dos en atención.

-¿Qué se hace ahora, Jesse? -inquirió Kells volviendo bruscamente al negocio.

-He elegido un sitio al otro lado, el mejor para nosotros-replicó el aludido.

-¿Seguiremos por el camino?

-Naturalmente.

Kells vacilo y se llevo una mano a las barbas, pensando probablemente en las posibilidades de reconocimiento.

-Las barbas te convierten en otro hombre; no es fácil que nadie te conozca aquí.

Kells se decidió. Inclino su sombrero más sobre la frente hasta que casi le tapo la cara y acordándose de Juana, hizo un gesto significativo hacia su careta.

-Podría pasar un ejército por en medio de este pueblo sin que nadie levantase la cabeza para mirar-dijo Smith -. Cada uno piensa en sí mismo y en nadie más, y hay mujeres de todas clases. Yo he visto más de una docena con velos, que son lo mismo que las caretas.

A pesar de eso, Kells hizo que Juana se quitase el antifaz e inclinase también el sombrero sobre su cara ordenándola que cabalgase en medio del grupo. Luego salieron trotando y pronto alcanzaron al lento grupo de las acémilas.

¡Qué escena tan extraña para Juana! Las laderas parecían un gigantesco hormiguero con una horda de hormigas en frenética actividad. Al acercarse, vio que aquellas hormigas eran hombres que escarbaban la tierra en busca de oro. Podía ver a algunos con perfecta claridad, viejos y mozos, todos harapientos. Más lejos, los mineros estaban tan cerca unos de otros que parecía que no podrían trabajar sin estorbarse. En el arroyo hormigueaban los hombres activamente ocupados en lavar arena, cribarla y removerla, violentos y silenciosos, atentos solo a su trabajo. No tenían tiempo para enderezarse a mirar. Descuidados y andrajosos, con los brazos y las piernas desnudos y la espalda encorvada. Por espacio de más de una milla, la partida de Kells troto por aquella parte de las excavaciones. Por todos lados, lo mismo en la roca que en la arena, se veían agujeros y hombres en ellos picando la tierra y sacándola con palas. Algunos eran profundos, otros largos como trincheras. Si todos aquellos mineros encontraban oro es que el oro se encontraba allí en todas partes. Y no necesito Juana que Kells le dijese que, en efecto, todos ellos encontraban oro; no era preciso más que ver lo atentos y nerviosos que estaban. No trabajaban mecánicamente;, en cada uno de ellos había un alma que le dirigía. Juana había visto a muchos mineros buscando oro y encontrando un poco de cuando en cuando, pero nunca había visto a un hombre cavar con la seguridad de encontrar. En esto estaba toda la extraña diferencia.

Juana calculo que había visto más de mil mineros en menos de dos millas de aquella quebrada. Después su vista quedo limitada al campamento que lo ocultaban las laderas.

Pero aquello no era un campamento, sino una verdadera ciudad de tiendas y cabañas de madera, un laberinto de habitaciones agrupadas en la loca precipitación. El ancho camino la dividía en dos como un arroyo de vida. Juana cabalgaba entre dos filas de burros, bueyes, mulas, carros con toldo de lienzo y otros vehículos que parecían de una caravana de gitanos. En la calle había un ruido y una actividad de colmena. Las aceras eran de tablas toscamente labradas que retumbaban al paso de los hombres calzados con botas claveteadas. Las tiendas se levantaban del mismo suelo, o sobre una plataforma y a veces sobre paredes de tablas.

Después empezaban las filas de cabañas, las tiendas, las tabernas y un gran edificio

cuadrado en cuyo frente se leía en toscos caracteres de oro «La última Pepita» y del que salía música de violines y roncas risas. Juana vio algunas criaturas extrañas; mujeres que la hicieron temblar y otras que corrían por las calles cargadas de sacos o cubos, consumidas y salvajes, cuya vista le causaba pena. Indios que holgazaneaban, grupos de ociosos como Kells y su banda, tahures vestidos con largas levitas, mejicanos de caras oscuras bajo los grandes y puntiagudos sombreros y, en gran mayoría, dominando aquel río de vida, los mineros, delgados y calzados con botas gruesas y altas, armados, presurosos, sombríos y atentos. Aquéllos eran los trabajadores de aquella vasta colmena; los demás eran los zánganos, los parásitos.

Kells y los suyos atravesaron la ciudad v Smith los condujo más allá de las afueras, cerca de un macizo de abetos, donde debían levantar su campamento.

Juana consideró sus impresiones en Alder Creek; estaba confundida; había visto demasiado. Pero sobre todo de lo que había visto y oído se destacaban dos circunstancias que contrastaban notablemente: una multitud de mineros esclavos de su deseo de oro e impulsados por sus ambiciones y esperanzas, honrados y rudos, trabajadores incansables, pero frenéticos por aquella extraña persecución, y una parte menor de gentes que, como sanguijuelas, vivían del oro que ellos no arrancaban a la tierra con la sangre de sus manos y el sudor de sus frentes.

Indudablemente, Smith había elegido el sitio para la habitación permanente de Kells en Alder Creek pensando en las peculiares necesidades del bandido. Estaba fuera de la vista de la ciudad y, sin embargo, a menos de cien pasos de las primeras habitaciones y aún más próxima a una serrería. Tenía acceso por una quebrada poco profunda que empezaba en el arroyo. Lo protegía un risco escarpado con una estrecha garganta por donde los bandidos podrían, sin duda, ir y venir. Había un manantial cerca y un macizo de abetos. El suelo era rocoso y al parecer poco adecuado para buscar oro en él.

Mientras Bate Wood hacía los preparativos para la cena y Smith atendía a los caballos, Kells y Pearce escogían el sitio en que había de levantarse la cabaña. Eligieron un prado llano sobre el que había rodado una enorme roca, tan grande como una casa. La cabaña debía apoyarse en aquella roca de modo que a la espalda pudiera tener una salida secreta fácil de ocultar. El bandido necesitaba una madriguera con dos agujeros.

Cuando el grupo se sentó a cenar, la cañada estaba llena con los colores del sol poniente. Y, ¡qué extraño 1, sus reflejos tenían el color del oro. Bellos y dorados como velos etéreos, los rayos inundaban la cañada, brillantes como un augurio de los tesoros de las colinas. Pero la dorada puesta de sol cambióse en rojo al hundirse el astro del día, dejando una sombra siniestra sobre la cañada cada vez más oscura. Juana vio a Cleve que observaba pensativo aquella transformación y se preguntó si habría advertido la sutil indicación de la Naturaleza. Cualesquiera que fuesen las esperanzas, el brillo y el oro de aquel nuevo Eldorado, la verdad era que Kells y su Legión habían llegado a Alder Creek y que el sol se había enrojecido al ocultarse. Juana sabía que los campos auríferos eran siempre lugares tranquilos y felices hasta que la fama del oro atraía a los pícaros. Y no tenía la menor duda de que el sol de los días felices se había ocultado para siempre en Alder Creek.

La oscuridad crecía cuando Kells dispuso:

-Bate, tú y Jesse quedaos guardando el campo. Pearce, tú busca a alguno de la Legión, pero hablad en la oscuridad sin que os vean... Cleve, tú puedes venir conmigo. - Luego se volvió hacia Juana -. ¿Quieres venir con nosotros a ver la ciudad o prefieres quedarte?

-Iría de buena gana si no estuviera tan horrible con este vestido-replicó ella.

Kells se echó a reír y la luz de la llama de la hoguera iluminó las caras también sonrientes de Pearce y de Smith.

-Nadie te verá y no estás horrible ni mucho menos.

-¿No podrías darme una chaqueta más larga? - preguntó Juana.

Cleve la oyó y sin pronunciar palabra se dirigió a su silla y deshizo su paquete, sacando

de él una chaqueta gris. Juana le había visto con ella muchas veces y su vista trajo el dolor de los recuerdos de Hoadley. Parecía que habían pasado años desde entonces. Cleve le entrego la chaqueta.

-Gracias - dijo ella.

Kell la ayudo a ponerse la prenda. Se perdía en ella. Era tan larga, que le llegaba muy por debajo de las caderas, y por primera vez, después de muchos días, se sintió de verdad Juana Randle.

-La modestia es muy convincente en las mujeres, pero muchas veces no sienta bien - observo Kells -. Súbete el cuello... encájate más el sombrero... así. Ahora pareces un muchacho de verdad... ¡Ja! ¡ja!

A Juana no la engañaba aquella alegría. Le gustaba contemplarla con aquel indecente vestido de bandido que halagaba cierto vano deseo de notoriedad, reminiscencia de sus días de bandidaje en California. Pero sentía que, a pesar de ello, se alegro al verla dentro de aquella enorme chaqueta. Juana sintió un poco de simpatía. Algunas veces casi llegaba a gustarle aquel bandido. Debía haber sido algo muy diferente.

Emprendieron la marcha, Juana entre Kells y Cleve. ¡Qué extraño para ella ! Tuvo valor suficiente para buscar en la oscuridad la mano de Jim y apretársela. Falto poco para que él le rompiese los dedos al contestar a su seña. Comprendió su excitación ; la situación era en verdad dura para él. El paseo era difícil por las piedras del camino áspero y mal nivelado. Juana tropezó varias veces haciendo sonar sus espuelas. Pasaron por delante de varios campamentos, de cuyas hogueras se levantaba el humo cargado del olor de las viandas; alrededor de ellas comían hombres con la cara enrojecida por el resplandor de las llamas.

Por el camino avanzaban otros paseantes que se dirigían a la ciudad ruidosa y profana.

Juana empezó a ver filas tortuosas de luces, algunas tenues y otras brillantes, por delante de las cuales cruzaban figuras oscuras. Kells volvió a pensar en su propio disfraz y se oculto la mitad de la cara con el pañuelo del cuello encajándose más el ancho sombrero, de manera que apenas se veía su cara. Juana misma no le hubiera reconocido a un metro de distancia.

Siguieron por en medio del camino pasando por delante de las ruidosas tabernas y de la «Última Pepita», de cuyas ventanas salían rayos de luz hasta el fin de la ciudad.

Allí volvieron. Kells examinaba todos los grupos de gente que se encontraban; buscaba los miembros de su Legión. Dejo a Cleve y a Juana varias veces en el camino mientras él miraba dentro de las tabernas. Y en aquellos intervalos Juana miraba a Cleve con toda el alma en los ojos. Él no hablaba. Estaba violento. Cuando llegaban de vuelta a la «Última Pepita», Kells dijo:

-Jim, cuida de ella, que vale más que todo el oro que hay en Alder Creek.

Y se dirigieron a la puerta.

Juana se cogió por un lado al brazo de Jim y por el otro, con la acción instintiva de una chiquilla asustada, puso su mano en la de Kells. Éste se inclino a su oído porque el ruido hacía que el tono de voz ordinario fuese imperceptible. Aquella mano que involuntariamente se ponía en la suya le había conmovido y emocionado, porque su cuchicheo era ronco.

-No tengas miedo..., no hay peligro alguno.

Juana vio, a la luz de las lámparas, una enorme habitación llena de humo y personas, y oía ruidos. Kells los guiaba lentamente a través de ella. Tenía sus razones para observar. Había un hedor que mareaba a Juana, una mezcla de tabaco, aguardiente, serrín húmedo y humo de aceite. El ruido era ensordecedor; las conversaciones a gritos y las risas escandalosas de los que bebían, el ruido de violines desafinados, pasos de botas gruesas y orgía desenfrenada. Estos últimos ruidos que dominaban a todos los demás venían de un departamento anexo que Juana podía ver a través de una ancha puerta. Allí se hallaba, pero Juana no podía ver a los que lo hacían a causa de la multitud. Luego miro las escenas que tenía más cerca. Hombres y muchachos formaban una línea delante de un mostrador casi tan

alto como ella. Grupos alrededor de mesas de juego; racimos de hombres sentados en barriles, con un cajón por mesa y sucios sacos de polvo de oro. Los que jugaban guardaban un silencio que contrastaba con el alboroto que hacían todos los demás, y en cada una de las mesas había por lo menos un individuo que no era minero. Juana veía a muchachos de corta edad rojos y excitados por el frenesí de la ganancia y abatidos por la derrota. Veía viejos y joviales mineros para quienes la escena era un recuerdo agradable de días pasados. Figuras sombrías y desesperadas de individuos que no tenían oró con que jugar.

Juana sintió de pronto como Kells se enderezaba y le oyó una exclamación baja y silbante. Busco la causa y vio las caras siniestras y familiares de los miembros de la Legión. De espaldas a ella estaba sentado el gigante Gulden. Ya se habían juntado con sus amigos con desprecio o indiferencia de las ordenes de Kells. Algunos de ellos estaban ya bajo la influencia del alcohol, pero, aunque todos vieron a Kells, no dieron señales de haberle reconocido. Gulden no vio a Juana y ella se alegro infinito de ello. Y fuera o no efecto de su presencia, el hecho es que se volvió a sentir tan cautiva como estaba en el campamento de los bandidos, y temió que escapar de allí sería más difícil porque en una comunidad cómo aquella Kells la vigilaría más estrechamente.

Kells conducía a Juana y a Cleve de una parte a otra del establecimiento, mirando los juegos y la vida cruda y extraña que se manifestaba allí. La multitud de clientes aumentaba. Se encontraron juntos a Blicky y a Beady Jones y pasaron por su lado como si no se conocieran. Juana vio a Beard y Chick Williams cogidos del brazo y discurriendo como pacíficos mineros. Williams dirigió a Kells una mirada expresiva y se perdieron luego en la muchedumbre. Handy Oliver empujo a Kells, al parecer por accidente, y le dijo : «Dispense usted, señor.» Había otras caras conocidas; toda la legión de Kells estaba en Alder Creek y las siniestras maquinaciones del jefe se habían empezado a poner en práctica. Lo que llamo más la atención de Juana fue que, aunque había camaradería, esta no se manifestaba de una manera general. Los mineros eran extraños unos a otros ; los grupos extraños entre sí y los recién llegados extraños; el ambiente era de general desconfianza. Solo había amistad en las muchas pequeñas partidas de hombres que trabajaban juntos. Los campamentos mineros que Juana había visitado se componían de un grupo de buscadores y cazadores que formaban una sola y jovial familia. Aquello era el hallazgo de una rica vena y la diferencia era obvia. La caza del oro es una cosa en su relación con los buscadores; después de encontrarlo en gran cantidad, las condiciones de vida y carácter cambian. El oro siempre le había parecido a Juana maravilloso y bello. ¿Por que aquellos mineros, viejos v jóvenes, no se quedaban en sus campamentos y guardaban su oro? Era la fatalidad. La persecución es un sueño, un chispeante señuelo. La posesión excita el deseo de más y ésta es la locura. Juana sentía en aquellos honrados mineros la sombra del mismo sentimiento que era la pasión que impulsaba a la Legión de Kells. El oro es, pues, una cosa terrible.

-Llevadme ahí dentro-pidió Juana, consciente de su propia excitación, indicando el salón de baile.

Kells se rió, al parecer, de su audacia, pero no se mostró muy dispuesto a complacerla.

-Llevadme, haced el favor..., a menos que... - Juana no sabía que añadir, pero quería decir, a menos que no debiese ver más de lo que había visto. Una extraña curiosidad se había despertado en ella. Al fin y al cabo, el lugar en que se encontraba no era muy diferente de las cosas que ella se había imaginado, pero el salón de baile estaba mucho más allá de las creaciones de la imaginación de Juana.

-Déjame echar primero una ojeada - dijo Kells y la dejo con Jim Cleve.

Cuando desapareció, Juana hablo sin levantar la cabeza para mirar a Jim, pero apretando fuertemente su brazo.

-Esto se puede convertir en un infierno dentro de un minuto.

-Tengo la misma idea. Todo lo que precisaba para ello era la Legión de Kells v ya está



Librodot

aquí.

-¡Gracias a Dios que he podido hacerte volver a tiempo! ... Aquí te hubieras perdido, Jim.

Él asintió sombríamente. Kells volvió y los condujo a otra puerta dónde los espectadores eran menos. Juana vio una docena de parejas de excitados bailarines en medio de un semicírculo de espectadores. El salón consistía en un suelo de madera con un toldó de lona. Era abierto por los lados y las luces estaban situadas en los extremos.

En toscos bancos había sentadas mujeres rodeadas de hombres. Juana vio a un joven minero que yacía borracho o muerto en el serrín. Sus ojos volvieron a los que bailaban y a su baile, que era una cosa parecida a un vals. La música apenas se oía. Para los hombres, el baile era una especie de expresión violenta y atrevida de su excitación.

La vista de las mujeres fue un golpe rudo para la curiosidad de Juana. No había visto nunca mujeres como aquellas; sus bailes, su aspecto y sus maneras eran siempre incomprensibles para ella, pero le repugnaban y cuando se le ocurrió la increíble idea de que ellas eran el más salvaje y feroz de todos los elementos atraídos allí por el reclamo del oro, se aterro.

-¡Sácame de aquí! -suplico a Kells, quien inmediatamente atendió su ruego. Atravesaron la taberna y salieron a la calle dirigiéndose hacia su campamento.

-¡Ya has visto bastante! -dijo Kells -, pero nada comparado con lo que verás muy pronto. Este pueblo es nuevo y rico; el oro es la cosa más barata que pasa de mano en mano a diez dólares la onza, sin que los compradores miren siquiera a las balanzas. Solo los tahures roban, pero todo esto cambiará.

Kells no dijo en que consistiría el cambio, pero su sonrisa era por demás expresiva. Juana, sin embargo, no dedujo de ella ni de la siniestra modulación de su voz que la Legión de la Frontera fuese a causar e: cambio. Era la fatalidad de los hechos. El hallazgo de una rica vena podía enriquecer al mundo, pero era una catástrofe.

Juana permaneció mucho tiempo despierta, revolviéndose en silencio. La brisa traía hasta ella los murmullos del pueblo.

Juana durmió hasta muy tarde y despertó al ruido de la descarga de tablas que traían de la serrería. Ya estaba levantado el esqueleto de la cabaña de Kells. Jim Cleve trabajaba con los demás. Edificaban con más rapidez que esmero y Juana tuvo que guisarse su desayuno, alegrándose de ello y buscando al acabar algún otro trabajo que ocupase su mente, pero como no encontró nada, se busco un asiento cómodo entre unas rocas y contemplo la edificación de la cabaña de Kells. Encontró extraño y consolador ver trabajar a Jim, quien nunca había sido un gran trabajador. ¿Harían de el un hombre aquellas vicisitudes? Estaba segura de ello.

La cabaña del bandido parecía brotar de la tierra como un hongo. Kells mismo trabajaba y no era una mano despreciable. A mediodía va estaba colocado el techo v empezaban a levantar los lados del mismo material. Un carrito llego con una carga de compras que Kells había ordenado. Ayudo el mismo a descargar, buscando indudablemente alguna cosa. Pronto la hallo y se dirigió a Juana poniendo ante ella una porción de paquetes pequeños y grandes.

-Ahí tienes, señorita Modestia - dijo -. Hazte unos cuantos vestidos para que puedas quitarte el traje de Dandy Dale y no ponértelo hasta que no tengamos que viajar... y si supieras lo que he tenido que pagar por todo eso, pensarías que hay otro más ladrón que Jack Kells en este pueblo... Y ahora que me acuerdo, yo me llamo desde ahora Blight y tú eres mi hija, si alguien te pregunta.

Juana le agradeció tanto las telas y el permiso para dejar el traje de Dandy Dale, que solo pudo sonreírle las gracias. Kells la miro y se alejo de ella bruscamente. Aquellos pequeños actos involuntarios de ella le afectaban extrañamente. Juana recordó que había querido exhibirla en el traje de Dandy Dale para halagar sus anormales vanidades de bandido. Se había debilitado. Aquella era otra sutil indicación del quebranto de su perversidad. ¿Hasta donde llegaría? Juana pensaba como en sueños y sintiendo un consuelo en el corazón, en su

influencia sobre aquel endurecido bandido y sobre aquel indómito muchacho, Jim Cleve.

Toda aquella tarde, parte de la noche a la luz de la hoguera y todo el día siguiente, Juana estuvo tan ocupada en su costura que apenas levanto los ojos de ella. Por fin se acabo un vestido con no poco orgullo, pues tenía gusto y habilidad. Bate Wood era de todos el que más se había interesado en su trabajo, dejando que la comida se le quemase por mirarla.

Aquel mismo día acabaron la cabaña. Consistía en una habitación grande y otro departamento más pequeño y separado, edificado dentro de un hueco de la enorme roca. Aquel departamento era para Juana. Tenía una puerta con candado y llave, un lecho de tablas y un agujero cuadrado que servía de ventana. Con sus pocos enseres y los muebles que le había comprado Kells, Juana tuvo pronto una habitación cómoda y hasta lujosa comparada con la que había ocupado durante semanas. Cierto que parecía que Kells abrigaba la intención de tenerla virtual mente prisionera, pero apenas Juana vio la ventana, cuando se le ocurrió que Jim podía hablar con ella por allí.

Kells confirmó las sospechas de Juana diciéndole que no debía dejar la cabaña a su capricho como se lo había permitido en el campamento, y Juana le respondió que allí le había hecho la promesa de que no se escaparía, promesa que recogía ahora. Aquella promesa la había preocupado; le gustaba ser leal con Kells. Él la miro ceñudo.

-Sería peor para ti escaparte... y mejor para mí que lo hicieras -dijo; y añadió como una reflexión-: Gulden podría no creerte una cosa tan preciosa como yo... Recuerda sus procedimientos, la cueva y la cuerda...

Por instinto o por crueldad había elegido las palabras precisas para llevar el terror al alma de Juana.

# XIV

Juana podía observar a Kells y a sus hombres y oír sus coloquios lo mismo que en el campamento. Pero resulto que Kells, que hasta la fecha había sido franco y abierto, se volvió cauteloso y reservado. Supo que individuos solos o por parejas le visitaban en las primeras horas de la noche y que sostenían con él conferencias en voz baja. Desde su pequeña ventana veía formas oscuras y silenciosas que entraban en la cabaña por la puerta posterior y que salían por el mismo camino. Ninguno de ellos se acercaba a la puerta del frente, en la que Wood montaba guardia fumando su pipa. Juana solo podía oír algunas palabras de aquellos conciliábulos y de uno de ellos dedujo que, por alguna razón, Kells deseaba darse a conocer. Alder Creek debía saber que un hombre de importancia había llegado. Aquello le parecía a Juana lo último que debía hacer. ¡Qué magnífica audacia poseía aquel bandido! Famoso algunos años antes en California, con su cabeza puesta a precio en Nevada, ahora notable, aunque desconocido jefe de una cuadrilla de bandidos, trataba de hacerse prominente, respetado y poderoso. Juana tuyo que confesarse que, a pesar de su horror hacia la naturaleza siniestra y feroz de las empresas del bandido, no podía evitar un absorbente interés en su fortuna.

Al día siguiente, Juana estuvo acechando la oportunidad de decir a Jim Cleve que podía venir a hablar con ella por la ventana, después de anochecer, para hacer planes, pero la oportunidad no se presento. Juana llevaba el vestido que se había hecho, con evidente placer de Bate Wood y Pearce. Éstos habían concebido un interés tan grande en su suerte como ella en la de Kells. Wood hacía con la cabeza señales de aprobación y Pearce dijo que volvía a ser una señora. A Juana le parecía extraño que aquel villano de Pearce, en quien ella no hubiera confiado en lo más mínimo, se volviera cada vez más abierto en sus vituperios a las

canalladas de Kells. ¡Muy extraño porque Pearce era absolutamente sincero!

Cuando Jim Cleve la vio por primera vez con su vestido nuevo se puso tan contento, que ella, temiendo que se vendiese, se quito de su vista.

Poco después de esto la llamo Kells. Estaba ceñudo y pensativo. Red Pearce y Jesse Smith estaban en pie y atentos a la escena. Cleve se hallaba sentado en el umbral de la puerta y Wood apoyado contra la pared.

-¿Hay en el paquete de cosas que te he comprado algo que pueda servirte de velo? - le preguntó Kells.

-Sí.

-Cógelo y también tu sombrero.

Juana entro en su habitación y volvió con los artículos designados; el sombrero era el mismo que había sacado de Hoadley.

-Muy bien. Póntelo por la cara para que veamos como resulta.

Juana cumplió aquella orden, preguntándose siempre qué querría Kells.

-No quiero que nadie te conozca, pero sí que vean que eres joven y bonita -dijo, y le arreglo él mismo el velo sobre la cara-. Ahora... no habrá un solo hombre que no se vuelva a mirarte... Ponte el sombrero.

Juana obedeció. Kells pareció sentirse más violento.

-Tienes que ir al pueblo y dirigirte por el camino, andando despacio, hasta la «última Pepita Allí cruzas el camino y vuelves. Mira a todos los hombres que te encuentres por el camino. No te asustes de nada; Pearce y Smith estarán detrás de ti y no dejarán que te pase nada... ¿comprendes?

-Sí -contestó Juana.

Red Pearce se movió con embarazo.

-Estoy pensando, Jack, que no podremos evitar que oiga algunas cosas fuertes-dijo con mal humor.

-¡Quieres callarte! -rezongo Kells con pasión, molesto por la observación-. Ya he pensado yo en eso. No oirá nada de lo que digan... Busca - añadió dirigiéndose a Juana -un poco de algodón o alguna cosa con que taparte los oídos y tápatelos bien.

Juana volvió a su cuarto y buscando algo con que ejecutar la última orden de Kells, deshilo un poco de un trozo de paño de lana, se tapo los oídos con aquello y volvió a salir. Kells hablo, pero aunque oyó vagamente su voz, no pudo distinguir lo que le decía. Movió la cabeza y con esto Kells la empujo para que saliera a cumplir su extraña orden.

Juana rozo a Jim Cleve al atravesar el umbral de la puerta. ¿Qué pensaría él de aquello? No había podido verle la cara. Al llegar a las primeras tiendas no pudo resistir el deseo de volver la cabeza. Pearce venia a unas veinte yardas detrás de ella y Smith un poco más lejos. Juana sentía más curiosidad que otra cosa. Adivinaba que Kells quería llamar la atención, pero no acertaba la razón. Era significativo que no quisiera que sufriese ninguna indignidad mientras cumplía su misteriosa misión.

Nadie se fijo en ella hasta que llego cerca de la «Última Pepita». Un mejicano le hizo señas enseñando los blancos dientes. Los jóvenes mineros la miraban con curiosidad y algunos de ellos le hablaban. Encontró individuos de todas clases, la mayor parte de los cuales pasaban por su lado sin verla. Obedecía al pie de la letra las ordenes de Kells, pero, por alguna razón que no pudo explicarse, cuando llego a la fila de las tabernas donde los ociosos se acercaban a ella, se vio obligada a desobedecerle por lo menos en un detalle. Anduvo más ligera, aunque aquello no hacia su tarea mucho más fácil. Empezó a convertirse en una dura prueba. Cuanto más se internaba en el pueblo, más atrevidos se volvían los hombres. ¿Seria precisamente aquello lo que Kells deseaba que pasase? Juana no tenia idea de lo que querían aquellos individuos, pero suponía que esto consistía en que no podía oírlos. Sus miradas no eran desde luego un cumplido para una muchacha. Juana sentía deseos de correr y tuvo que hacer un

esfuerzo para caminar a paso razonable. Un insistente se puso a caminar a su lado durante algunos pasos. No era tan tonta que dejase de comprender que todos aquellos vagos pretendían trabar relaciones con ella y decidió decirle algo desagradable a Kells cuando volviese a casa.

Frente a la «Última Pepita» cruzo el camino y emprendió el viaje de vuelta. A la puerta de aquel infierno había esparcidos algunos hombres. Uno de ellos se destaco y avanzo como para interrumpir su paso. Vestía una levita negra, y corbata y sombrero también negros. Tenia unos ojillos pequeños y penetrantes, tan negros como su vestido. También éste le dirigió la palabra y se puso a andar a su lado. Ella miraba recto hacia adelante, asustada y con ganas de correr. Él seguía a su lado hablando. Juana oía el zumbido de su voz. Luego la cogió por un brazo con familiaridad. Ella se escapo y apresuro el paso.

-¡Eh! ¡Deje usted a esa muchacha en paz!

Esto debió haber sido un aullido, porque Juana lo oyó perfectamente y reconoció la voz de Red Pearce. Se volvió a mirar. Pearce se había acercado al tahúr y ya se les aproximaba más gente. Juana se detuvo involuntariamente. El tahúr hablaba con Pearce y hacía gestos como para explicar, pero Pearce estaba enfadado.

-¡Se lo diré a su papá! -grito.

Juana no espero más y siguió casi corriendo. Seguramente habría pendencia. ¿Habría sido aquélla la intención de Kells? Fuese lo que fuese, había estado expuesta a una mortificante afrenta. Estaba enfadada y pensó que no estaría de más que pretendiese estar furiosa. Kells no debía emplearla en sus nefarias maquinaciones. Se apresuro aún más, y cuando llego a la vista de la cabaña, vio con sorpresa que Smith y Pearce llegaban casi al mismo tiempo que ella. Jim Cleve estaba sentado en el mismo sitio en que ella le había dejado. También Kells estaba fuera y se paseaba de un modo que indico a Juana su ansiedad. Había en aquel incidente más de lo que ella podía imaginarse. Se saco los tapones de los oídos y pronto llego a la cabaña, donde se arranco el velo, encarándose con Kells.

-¿Te parece bien lo que has hecho? - preguntó, roja de indignación-. Si hubiera sabido lo que pretendías, no hubieras podido obligarme a hacerlo. Confiaba en ti y me has aprovechado para algún vergonzoso proyecto tuyo. ¡No eres un caballero!

Juana comprendió que su discurso, especialmente en su última parte, era absurdo, pero causo a Kells un efecto notable. Se puso encendido y balbuceo algunas palabras, deteniéndose al parecer sin saber que decir. ¡Con que facilidad la más ligera indicación, acto o palabra de ella, que dejase suponer un posible respeto o tolerancia, afectaba a aquel bandido! Avanzo suplicante hacia Juana, pero ella se alejo con desdén y entro en su habitación. Desde allí oyó como maldecía a Pearce por lo que fuera la causa de su cólera.

-¡Pero si tú mismo querías que la insultasen! -protestaba Pearce con calor.

-¡Animal! -rugió Kells -. ¡Quería que algún hombre se acercase a ella lo suficiente para que yo pudiese jurar que la había insultado, y tú has permitido que la insultasen de verdad! Mira, Pearce, estoy pensando en pegarte un tiro.

-¡Un tiro! -rezongo Pearce-. Yo obedecí las ordenes como las entendí... y tengo que decirte ahora mismo que cuando se trata de algo que se refiere a esa mujer pierdes la cabeza. ¡Eso es lo que pasa, te guste o no te guste! Ya te lo he dicho antes y te lo repito ahora.

Juana vio que Jim Cleve se interponía entre los dos hombres, pero no era necesario, porque la última terminante afirmación de Pearce había hecho a Kells reflexionar. Se cambiaron algunas palabras más en voz demasiado baja para que Juana las pudiera oír y luego, acompañados por Smith, salieron con dirección al pueblo, Juana salió de su cuarto y los vio alejarse desde la puerta de la cabaña. Bate Wood estaba sentado fuera, fumando.

-Le aseguro-dijo a Juana con sentimiento-que yo nunca hubiera tolerado ese procedimiento indecoroso. Éste es, señorita, el campamento más salvaje que yo he visto en mi vida; salvaje con las mujeres, quiero decir, porque todavía no han empezado a salir los robos



Librodot

y los asesinatos.

-¿Por qué quería Kells que me insultasen? -preguntó Juana.

-Necesitaba una buena razón para armar una gresca tremenda.

-¿Gresca?

Claro.

-¿Para qué?

-Para poder salir así a escena-dijo evasivamente Wood.

-Es muy extraño-dijo Juana.

-Todo es extraño en Kells estos días. Red Pearce tenía razón. Kells se está desquiciando por usted.

-¿Que quiere usted decir?

-Que acabará yéndose él por un lado y nosotros por otro.

-¿Por que?-preguntó Juana con interés.

-Por muchas cosas, señorita -contestó deliberadamente Wood -. Mato a Halloway y a Bill, no porque ellos la tratasen a usted como el decía, sino porque quería quedarse solo con usted. Todos sabemos que fue usted misma la que le hirió y que no es usted su mujer: y desde entonces le vemos perder gradualmente su energía. Organiza su Legión y hace su plan para robar en Alder Creek, pero sigue aún con usted y es capaz de matar a cualquiera que se atreva a guiñarla un ojo... y por todo eso y porque no es el mismo Jack Kells de antes, ha perdido su ascendiente sobre la cuadrilla y tarde o temprano la dejará.

-¿Tengo entre ustedes algunos verdaderos amigos? -preguntó Juana.

-Así lo cero.

-¿Es usted mismo mi amigo?-siguió preguntando con dulzura.

El encanecido bandido se quitó la pipa de la boca y la miro con sus ojos enrojecidos.

-Desde luego, lo soy. Y estoy dispuesto a sacarla de aquí ahora mismo, si usted quiere, y clavarle un cuchillo en el corazón a Kells, si usted lo dice.

-¡Oh! ¡No! Tengo miedo a escaparme y no quiero que le hagan daño a Kells. Al fin y al cabo es bueno conmigo.

-¡Bueno! ¡Y la tiene a usted cautiva como lo haría un indio! ¡Cuando me ha dado orden de que la vigile y la tenga encerrada

El arrebato de ira de Wood era completamente sincero, pero Juana no se atrevía a fiarse de el más que de Pearce y los otros. Sus rudas emociones podían sufrir un cambio en cuanto se viese en el lugar de Kells. Pensó, sin embargo, que podría aprovechar para algo la amistad de Wood.

-¿Así es que tengo que estar encerrada?

-Eso parece.

-¿Sin poder hablar con nadie?

-Puede usted hablar conmigo cuando quiera. Ya me figuro que no es muy entretenida mi conversación, pero le puedo contar un montón de historietas. Y cuando este Kells por aquí, si tiene usted cuidado de que no lo sepa, puede usted hacer lo que le venga en gana.

-Gracias, Bate; me parece que voy a quererle a usted mucho-replicó sinceramente Juana, y se metió en su cuarto.

Tenía que coser, y mientras trabajaba pensaba, de manera que las horas volaron. Cuando la luz decreció de modo que no podía seguir cosiendo, se acerco a su ventana para ver la puesta del sol. De la puerta de la cabaña llegaba el sonido de voces cautelosas. Probablemente ya habían vuelto Kells y sus acompañantes. El ruido del hacha de Bate Wood la confirmo en su idea.

Un objeto más oscuro que las piedras llamo la atención de Juana. Era un hombre sentado al borde de la pequeña quebrada, en quien inmediatamente reconoció a Jim Cleve. Miraba en dirección de su pequeña ventana, la miraba a ella, y Juana creyó que estaba allí con aquel

propósito. Asegurándose de que no había nadie que la pudiese ver, saco una mano y le hizo señas. Jim hizo una señal cautelosa, pero perceptible, demostrando que la había visto, y casi inmediatamente se levanto y desapareció. No necesitaba más Juana para comprender que Jim tenía la misma idea que a ella se le había ocurrido. Aquella misma noche hablaría con el, y se estremecía de pies a cabeza al pensarlo. El secreto, el peligro, prestaba a la situación una dulzura, un sabor, un delicioso temor. No solo respondería a su amor, sino a la osadía, a la temeridad, a algo sin nombre, producto del medio y de la necesidad del momento.

Bate Wood la llamo para cenar. Pearce, Smith y Cleve ocupaban sitios en la mesa, y Kells estaba de mal humor. Juana le observo con atención. Tenía la cara pálida y húmeda, curiosamente sombreada, como si tuviera algo oscuro bajo la descolorida piel. Nunca le había visto así, y se sintió como ante una nueva y siniestra faceta de aquel carácter. Pearce y Smith obraban con naturalidad y comían con apetito, hablando del oro y de los trabajos.

Cleve no estaba como de ordinario, pero Juana no pudo comprender del todo en que consistía la diferencia. Se apresuro con su cena y se volvió a su retiro.

Ya estaba oscuro, y Juana se tendió en la cama para esperar y escuchar. Le pareció largo el tiempo, aunque probablemente no paso mucho antes de que oyera las pisadas de los que salían y se alejaban. Luego sonó el ruido de los ataques de Bate Wood a la vajilla. A Bate le gustaba guisar, pero le molestaba tener que fregar despues los cacharros. Pronto salió a la puerta a fumar su pipa y se hizo un silencio absoluto. Juana se levanto entonces para situarse al lado de la ventana. Veía la masa de roca en que se proyectaba la cabaña y las estrellas. No tuvo que esperar mucho. El ruido de un paso suave, casi imperceptible, apresuro sus pulsos. Se asomo a la ventana, y en el mismo instante una sombra se levanto. No podía reconocer la forma pero sabía que era Jim Cleve.

-Juana - murmuró él.

-Jim - replicó ella con alegría.

Se acercó más, hasta que la mano que ella había sacado por la ventana le rodeo el cuello con naturalidad. Su cara se hizo más distinta en la sombra. Sus labios se encontraron y Juana cerro los ojos. ¡Cuánta fuerza, cuánta esperanza les daba a los dos aquel contacto de sus labios!

-¡Oh, Jim! ¡Que alegría tenerte tan cerca, poderte tocar! -murmuró.

-¿Me quieres todavía? -preguntó el con pasión.

-¿Todavía? ¡Más! ¡Más!

-Dímelo entonces.

-Te amo, Jim.

Y sus labios se volvieron a juntar y fue él quien rompió primero aquel beso.

-¿Por que no quisiste que nos escapásemos antes de llegar a este lugar?

-Ya te lo dije, Jim. Tenía miedo; nos hubieran cogido. Y Gulden...

-Nunca tendremos una oportunidad aquí. Kells piensa tenerte estrechamente guardada; yo le oí dar la orden. Está muy diferente ahora. Se ha vuelto astuto y duro. ¡Y los mineros de este Alder Creek! Tengo menos confianza en ellos que en hombres como Pearce v Wood. Se han vuelto locos con el oro. Si pidieses auxilio para salvar tú vida, no te oirían, y si te oyeran no te harían caso. Este pueblo ha brotado en una noche y no se parece a nada de lo que yo había visto y oído. No es humano, es tan extraño y tan... qué sé yo... no sé cómo expresarme. Los hombres se han vuelto como coyotes ante una carroña.

-Yo también estoy asustada, Jim, y quisiera haber tenido valor para escapamos en el campamento. Pero no pierdo la esperanza ni un segundo. Podremos escaparnos. Tenemos que esperar y que hacer algunos planes. Entérate de dónde estamos, a qué distancia de Hoadley, por si fuese prudente apelar a alguien de este pueblo.

-¡Prudente! No lo creo después de hoy-contestó él sombríamente.

-¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

-¿Sabes por qué Kells te ha mandado hoy al pueblo sola?

-No.

-Escucha... Yo fui con él y con Pearce Smith. Fuimos derechos a la «Última Pepita»; a la puerta había un grupo de individuos y Pearce se dirigió derecho a uno. un tahúr por su traje, y le dijo en alta voz: «Ése es el hombre. » El otro se asustó, se puso pálido y sacó el revólver, pero Kells le mató. Cayó muerto sin una palabra. Sólo un gran grito y luego se hizo un silencio. Kells se quedó solo con el revólver humeante en la mano. Nunca le había visto tan frío y tan imponente. Se dirigió a la muchedumbre. «Este tahúr ha insultado a mi hija: mis hombres le han visto. Me llamo Blight y he venido aquí para comprar minas, pero quiero decir una cosa : Alder Creek tiene el oro, pero es preciso que algunos de sus mejores vecinos se encarguen de ordenar las cosas de manera que una muchacha pueda pasearse libremente por las calles.» Te aseguro, Juana, que estaba magnífico -decía Jim con animación-. Se alejó en medio de una ovación. Quiso dar la sensación de carácter y de importancia y lo ha conseguido. No hubo uno solo de los presentes que no demostrase admiración. Yo he visto cómo daban puntapiés al cadáver del otro.

-¿Y ha sido capaz de matar sólo por eso? - preguntó Juana sin aliento.

-Sólo por eso; es un demonio.

-¿Pero por qué? Ha sido un asesinato a sangre fría.

-No; Kells dejó que el otro sacase el revólver.

-Eso no hace variar la cosa. Se me había olvidado que es un monstruo.

-Sus razones son bien claras. Este pueblo no ha llegado aún a la época sangrienta; no había llegado, mejor dicho. La noticia de este asesinato atraerá la atención de todos sobre este Blight. Parece la suya la acción de un hombre honrado que protege a su hija; ganará simpatías y, como habla como si fuese rico, no tardará en ser considerado como una persona importante en esta creciente población. Hará su papel, y mientras tanto empezará a robar a los mineros. Será difícil que sospechen de él. El plan es como el hombre : grande.

-¿No deberíamos hablar, Jim? -preguntó Juana, temblando.

-Ya lo he pensado, pero ¿a quien podemos dirigirnos...? Recuerda que tú eres una prisionera y que a mi me tienen por un bandido de la Legión de la Frontera. Cómo escaparnos de aquí salvando nuestras vidas, es lo que a mí me preocupa.

-Nos escaparemos si hacemos bien nuestros planes. Yo no puedo hacer otra cosa que esperar aquí, pero tú vendrás cada noche, ¿verdad?

Él la besó por toda respuesta.

-¿Qué harás tú mientras tanto?-preguntó con ansiedad.

-Voy a trabajar en una mina. Así se lo he dicho hoy a Kells, que está encantado. Temía que sus hombres no gustasen de esa parte de su plan. El oro es difícil de arrancar de la tierra y fácil de robar. Pero yo voy a cavar un agujero tan grande como una casa. ¿No seria gracioso que acertase con una buena veta?

-¿Te está dando la fiebre, Jim?

-¿Te casarías conmigo si acertase con una bolsa, como se están encontrando muchas?

La ternura, la timidez y la ansiedad de la voz de Jim hicieron comprender a Juana su amor mejor que nunca. Le acarició las mejillas y, dominada por el deseo de compensar lo que le había hecho sufrir, sintió un valor, un atrevimiento tumultuoso, irresistible.

-Me casaré contigo aunque no encuentres nada -contestó.

Otro momento de ciego abandona. Jim Cleve se separó

para marcharse y Juana se queso en la ventana viendo desvanecerse su sombra con lágrimas en los ojos y el pecho oprimido.

Desde aquel día, Juana vivió recluída en su pequeña habitación. Kells lo quería así, y ella pensó que por entonces no le convenía aprovecharse de la complicidad de Bate Wood. Éste le

traía sus comidas a su cuarto y tenía orden de cerrar la puerta, pero nunca lo hizo.

Aunque prisionera, los días volaban para Juana.

Kells estaba siempre levantado hasta muy tarde, dormía hasta la mitad de la mañana siguiente y acostumbraba ver a Juana a mediodía. Cuidaba de su aspecto. Cuando entraba estaba frío, siniestro y cansado. Indudablemente venía a librarse durante algunos minutos del fardo imponderable del presente. Lo dejaba tras sí. Nunca decía una palabra de Alder Creek ni de la Legión de la Frontera. Empezaba siempre informándose de su estado y preguntando qué podía hacer por ella, qué podía traerle. Juana sentía en ausencia de Kells un aborrecimiento que desaparecía cuando él estaba presente, y la razón debía de ser que pensaba en él como un bandido y él siempre se presentaba a ella con otro carácter. Siempre pensando en su influencia, estaba con él tan amigable, simpática y alegre como le era posible. Él se animaba y cambiaba lentamente bajo su encanto, y las sombras se alejaban de su mente y de su cara. Cuando se marchaba, era una persona distinta. Confesó a Juana, con toda franqueza, que aquella visión de verdadero amor que le había dejado ver en el campamento, se alejaba muy pocas veces de su mente. Nunca le habían besado así; aquel beso le había enajenado. Si no podía conseguir que Juana, libremente, le diese besos como aquél, no quería ninguno. No volverían a tocarle jamás otros labios de mujer. Y rogaba su amor a Juana con el fervor terrible, su alma hambrienta y desdeñosa de proscrito. Juana movía entonces tristemente la cabeza y le decía que cuanto más creía en su amor, más le compadecía y más segura estaba de que renunciaría a ella. Él siempre lo negaba con pasión. La conservaría como un tesoro, para soñar, para esperar sin esperanza que le amase algún día. Las mujeres se enamoran algunas veces de sus aprehensores, decía, y si ella llegase a amarle, se la llevaría a Australia a tierras lejanas. Pero sobre todo le rogaba que le dejase ver otra vez lo que era el amor de una mujer honrada. Y Juana, que sabía dónde radicaba su poder, fingía una débil repugnancia, cuando en realidad le hubiera sido imposible rendirse. Salía siempre con el espíritu que ella le infundía, radiante, pero con una sonrisa burlona, y su decadente poder sobre la Legión de la Frontera no era nada ante aquella luz.

Por la tarde iba al pueblo a reforzar las relaciones que había trabado, a comprar minas y a jugar. Cuando volvía, Juana, mirando por las rendijas entre las tablas, podía decir siempre si había ganado o perdido jugando.

La mayor parte de las noches se quedaba en la cabaña, que después de oscurecer se convertía en un lugar de misteriosas citas. Los miembros de la Legión le visitaban algunas veces solos y nunca más de dos a la vez. Juana los oía entrar por la puerta escondida en la parte posterior de la cabaña y conversar en voz baja, pero rara vez comprendía lo que decían; los oía también cuando se marchaban. Después Kells encendía las luces y Juana podía verle. ¿Era Kells aquel hombre siniestro y macilento? Le veía esconder saquitos de piel llenos de polvo de oro bajo el pavimento. Luego se paseaba por la habitación como un tigre enjaulado. Más tarde, sus maneras cambiaban con la llegada de Wood, Pearce y Jim Cleve, quienes por turno montaban guardia e iban al pueblo, y todos jugaban amistosamente haciendo apuestas pequeñas. Aunque era un empedernido jugador, se negaba rotundamente a permitir allí juegos en que se cruzasen cantidades grandes. De sus conversaciones, dedujo Juana que jugaba enormemente con mineros ricos y tahures, casi siempre por el mismo resultado : perder. Las pocas veces que ganaba, les contaba entusiasmado a Pearce y a Smith las incidencias del juego y su habilidad.

Jim Cleve había instalado su cama en un hueco de la roca, y a Kells, por alguna razón relativa a su sistema, que no explicaba, le gustaba la idea. Y Cleve se alegraba de ello, porque aquella disposición le dejaba absolutamente libre de celebrar todas las noches sus entrevistas con Juana. Ella había puesto su cama bajo la ventana, y cuando estaba despierta podía mirar al exterior arrodillándose en ella, y si dormía, él podía meter una varita por entre las tablas y despertarla, pero como Juana vivía pensando en aquellos momentos, estaba siempre con los

ojos bien abiertos, a no ser que llegase muy tarde. Además, mientras Kells se movía en su habitación, se entretenía en observarle.

Jim Cleve, sin tener para ello razón alguna, había hecho su denuncia en un lugar poco frecuentado en la cabaña, y el primer día había sacado oro y Kells, más por propaganda que por otra cosa, había hecho que sus hombres denunciasen terrenos por las inmediaciones y se los había comprado, y así tuvieron un campo propio. Todos encontraban oro, pero la diosa de la fortuna había vuelto su cara brillante hacia Jim Cleve. Tenía la misma suerte que había tenido con los naipes. Su terreno era riquísimo. Kells propagó la noticia, y un torrente de mineros se dirigió hacia aquella parte.

Juana disfrutaba todas las noches de su hora de cuchicheos con Jim Cleve, más dulce cada día que pasaba. Jim era ya una víctima de la fiebre del oro, pero como Juana le calmaba, no perdía la cabeza. Si jugaba era para ayudar con su parte ; era generoso con sus camaradas. Hacía ver que bebía, pero no probaba una gota de licor. Parecía considerar su fortuna como de Juana también. Creía que si conseguía bastantes riquezas podría comprar la libertad de su novia, y decía que Kells sólo pensaba en el oro para jugárselo después. Juana le dejaba hablar, pero le obligaba a seguir cierta línea de conducta; ella planeaba y pensaba por él, le hacía que ocúltase la mayor parte de su oro y que divúlgase que no lo llevaba encima en un cinturón, como los demás mineros. Temía que el creciente éxito de Jim desarrollase en él un genio poco compatible con la frialdad y tolerancia necesarias para engañar a Kells. Cuanto más oro encontraba, más apasionado se volvía, más importunaba a Juana y más odiaba a Kells. El oro se le había metido en la sangre y Juana se encontró con la tarea de conservarle en sus cabales. Naturalmente, conseguía más rindiéndose a sus caricias que aconsejándole de una manera directa. Era el amor lo que mejor contenía a Jim.

Una noche, en el mismo momento en que sus manos se encontraron, comprendió Juana que estaba muy excitado.

-Juana -murmuró con los labios pegados a su oído-. Hoy he conquistado todo el ánimo de Kells. ¡Qué suerte!

-Cuéntame.

-Ha sido esta noche, en la «Última Pepita». Entré como de costumbre, y Kells estaba jugando con un tahúr a quien llaman Flash, y que ya se ha llevado una gran parte del oro de Kells. Yo me puse a mirar. Algunos de la cuadrilla estaban allí; Pearce, Blicky, Handy y, desde luego, Gulden, pero todos separados. Kells estaba perdiendo y de mal humor, pero seguía. De pronto cogió a Flash en una trampa y empezó a rugir de rabia. Todos mirábamos y esperábamos que Kells sacase el revólver, pero ¡ de qué manera tan extraña le afecta el juego ! No hizo más que maldecir a Flash y llamarle tramposo. Ya sabes que eso es peor que la muerte para un jugador profesional en un lugar como éste. Flash tenía una pistola en la manga y apuntó con ella a Kells para matarlo sin que él pudiera defenderse pero como ya le había ganado la delantera, quiso hablar para justificarse con los que escuchaban y en eso estuvo su equivocación. Yo salté y le pegué un golpe en la mano que le hizo saltar la pistola, que se disparó y me quemó la muñeca. Y luego le di algunos puñetazos buenos... No se levantó... Kells se dirigió a los que estaban presentes, y con las cartas en la mano probó que Flash era lo que él había dicho y lo que todos sospechaban. Luego me dijo a mí, y nunca se me olvidará su cara en aquel momento: «Joven, estaba decidido a matarme y yo ni me acordaba de mi revólver; pero le mataré la primera vez que le eche la vista encima. Más de una vez le he debido la vida a alguno y nunca lo e olvidado.»

-¿.Hiciste bien, Jim?-preguntó Juana.

-Sí. Flash es un tramposo; peor que un bandido. Además de que todo está permitido en amor, yo pensaba en ti cuando salvaba a Kells.

-Flash te estará buscando ahora - dijo Juana con temor.

-Probablemente; y si me encuentra, tiene que andar listo, pero Kells le hará dejar el

pueblo o le matará. Te digo que Kells es el hombre más grande de Alder Creek. Se habla de una Alcaldía, y si los mineros son capaces de olvidarse del oro el tiempo suficiente, elegirán a Kells, aunque todos estos parásitos que viven a costa de los mineros prefieren que no haya alcaldes de Alder Creek.

Otra noche, Jim hablo sombríamente de la Legión de la Frontera y sus misteriosos trabajos. El nombre se había hecho célebre, nadie sabía como, y Alder Creek no volvería a dormir con tranquilidad. La Legión se suponía que consistía en una banda misteriosa de bandidos desconocidos reclutados en aquella salvaje e inexplorada región llamada la frontera. Los rumores la atribuían un jefe de astuta y cruel naturaleza. Operaba al mismo tiempo por todo el país y debía componerse de muchas partidas pequeñas imposibles de detener, porque sus víctimas nunca vivían para decir como o por quién habían sido despojados. La Legión trabajaba en la oscuridad y no se molestaba en robar cantidades pequeñas. Estaba perfecta y misteriosamente informada de la salida de las grandes partidas de oro. Dos buscadores que se dirigían a Bannack con cincuenta libras de oro fueron hallados muertos a tiros. Un minero llamado Balck, que no quiso confiar su oro al servicio de diligencias y que salió de Alder Creek a pesar de los consejos que le dieron, desapareció y nunca se volvió a saber de él. Otros cuantos mineros que se sabía que llevaban una considerable cantidad de oro, habían sido asesinados por la noche, cuando se dirigían a sus cabañas. Otro había sido encontrado muerto en su lecho. Los ladrones se habían arrastrado hasta su tienda y, rompiendo la lona, le habían matado mientras dormía, llevándose el oro. Una época sangrienta había empezado en Alder Creek. Había entre los mineros hombres terribles e implacables, que durante el día trabajaban honradamente para enterarse de quién tenía oro y asesinarle por la noche. Nunca había habido unión entre los vecinos de aquel poblado, pero con aquello desapareció toda posibilidad de que la hubiese. Cada hombre o cada grupo de hombres desconfiaba de los demás, observaba, espiaba y velaba por la noche. Pero los robos continuaban con pocos días de intervalo y sin dejar rastro, porque los muertos no hablaban.

Así se estableció en Alder Creek un régimen sangriento, no igualado ni aun por los primeros meses del 49 y el 51. Los hombres, frenéticos por el deseo de posesión del oro, respondían al ambiente y aceptaban las enseñanzas de aquella mortífera y misteriosa Legión de la Frontera. La codicia engendraba la ferocidad. La población de Alder Creek crecía de día en día, y los nuevos aventureros hacían honor a sus oscuras historias. La desconfianza engendro las sospechas, las sospechas el miedo. y el miedo el odio, y todo ello encendía un infierno en las mentes enloquecidas; las pasiones más primitivas de la humanidad. Las operaciones de la Legión de la frontera se perdían en los garitos, en las tabernas y en medio de la calle en pleno día. Se peleaba sin otro incentivo que el que flotaba en la cargada atmósfera. Se mataba a un hombre en una mesa de juego, y el juego seguía. Se mataba a otro en un salón de baile, y su cuerpo se sacaba arrastrando y marcando en el suelo un rastro de sangre, y el baile seguía. Seguía la persecución del oro más frenética que nunca y las minas seguían hallándose cada vez más ricas. El precio del oro subía, y los artículos necesarios para la vida estaban casi más allá de los sueños de un avaro. Lo peor de la naturaleza del hombre salía como una hidra sorda, pidiendo más oro con sus rugidos, escupiendo fuego y vertiendo sangre. Sangre, fuego y oro, toda era la misma cosa. Una horda de individuos de todas clases y naciones, edades y caracteres se encontraban en un campo donde las ambiciones, los credos y las pasiones se reducían a un loco instinto de ganancia. Peor que los crímenes religiosos de la Edad Media; hacía pensar en la guerra como una cosa honorable y valiente. Faltaba la virilidad de ese noble destello que se observa en los náufragos irremisiblemente perdidos en las soledades del Norte; la voluntad firme, casi divina, de no retrogradar hasta el salvaje. El derecho era la fuerza, y la muerte se enseñoreaba triunfante. El sol se había levantado dorado y se había ocultado rojo. ¡Era la hora del oro!

Una tarde en que Juana pasaba soñando las horas, fue terriblemente alarmada por el ruido

de pesadas botas y las voces excitadas de varios hombres. Se acerco a su observatorio del tabique. Vio a Bate Wood levantar una mano avisando a Kells y a Red Pearce, entrando luego atropelladamente excitado y violento. Juana creyó que iba a gritar que habían sido vendidos.

-¿Has oído, Kells? - jadeo.

-No tan alto-respondió fríamente Kells -. Me llamo Blight. ¿Quién viene contigo?

-Jesse y algunos de la Legión que no he podido quitarme de encima, pero no hay nada que temer.

-¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que no he oído?

-Todo el pueblo se ha vuelto loco... Jim Cleve ha sacado la pepita más grande que jamás se ha encontrada en Idaho. ¡Treinta libras!

Kells pareció inflamarse de súbito con una llama de pasión.

-¡Bien por Jim! -exclamó.

No podía haberse puesto más contento si la hubiera encontrado él mismo.

Jesse Smith llegó corriendo con una multitud detrás de él. Juana sintió su antiguo pánico a la vista de Gulden. Por una vez, el gigante no estaba indiferente. Sus grandes ojos brillaban, y trajo a Juana la desagradable sensación de su fuerza bruta, de su maciza presencia. Algunos de sus secuaces estaban con él. También estaban Blicky, Oliver y Williams. Todo el grupo parecía una manada de lobos dispuestos a lanzarse sobre su presa. En todos, sin embargo, menos en Gulden, se leía una notable expresión de orgullo.

-¿Dónde está Jim? -preguntó Kells.

-Ya viene - replicó Pearce -. Ha corrido una carrera de baquetas. Todo el pueblo ha suspendido el trabajo para ver su pepita. ¿Qué te parece eso? La noticia ha corrido como el viento. Todos los mineros del pueblo han querido verla.

-¡Como si yo no quisiera verla también! -exclamó Kells -. ¡Treinta libras! He oído hablar de una de sesenta, pero no la he visto nunca ni se puede creer hasta que no se ve.

-Ya viene Jim - dijo uno de la banda que estaba cerca de la puerta -. Todavía le sigue la multitud, pero él la está despidiendo.

-¿Qué hará Cleve con esa pepita?

La voz de Gulden, tan poderosa y, sin embargo, tan sin expresión, causó un momentáneo silencio. Cambiaron de aspecto muchas caras. Kells pareció primero asombrado y luego enojado.

-Ni a ti ni a mí nos importa -replicó-. Jim ha arrancado esa pepita de la tierra y es suya.

-Arrancada de la tierra o robada, todo es lo mismo - respondió Gulden,

Kells hizo con las manos un gesto que parecía significar que era inútil e imposible razonar con aquel hombre.

La multitud apareció entonces en la puerta felicitando con roncos gritos a Cleve, quien consiguió por fin arrancarse del grupo.

Estaba radiante, con los ojos como dos diamantes. Juana se estremeció al verle. Estaba magnífico. Llevaba el revólver en una mano y en la otra un objeto envuelto en su pañuelo. Lo arrojó sobre la mesa delante de Kells. Produjo un ruido sólido y pesado. Las puntas del pañuelo se separaron y apareció la espléndida pepita de oro, negra y roñosa por algunas partes, pero amarilla y brillante por otras.

-Patrón, ¿qué te quieres jugar contra eso?-gritó Cleve con infantil alegría.

Kells tomó la pepita, la sopesó, clavó en ella las uñas; la contempló en éxtasis y luego la obsesión, la excitación, todo, se convirtió en una sincera alegría.

-Jim, has nacido con suerte. ¡Tú, desgraciado en amores! ¡Con eso tienes bastante para comprar el amor de cualquier mujer!

-De veras. Búscame una-respondió Cleve.

Kells se echó a reír.

-No conozco ninguna que valga tanto.

-¿Qué haré con esto?-preguntó Cleve.

-¿Pero es que ya te has trastornado? ¿Qué has hecho con lo que has encontrado antes? Porque hace tiempo que estás encontrando en grande.

-Me lo he gastado..., lo he perdido, prestado, regalado y aún me queda un poco.

-Pues probablemente harás lo mismo con éste. Eres un buen muchacho, Jim.

-Pero esta pepita es mucho dinero. Seis o siete mil dólares.

-No necesitarías mis consejos para gastártela aunque valiese un millón... Cuéntame, Jim, ¿cómo las has encontrado?

-Es curioso -replicó Cleve . Hacía días que no encontraba casi nada. Cavé algunos agujeros en mi campo; uno de ellos muy profundo, en un terreno difícil de trabajar. Mi campo era antes el lecho de un riachuelo lleno de cantos rodados. Aquel agujero parecía que me fascinaba. Lo dejaba cuando la espalda me dolía, de suerte que apenas me podía poner derecho, pero siempre volvía. Estaba convencido de que no sacaría de allí ni un grano, pero volvía como un tonto. ¡No había ni señales de tierra azul! Pero yo seguía y hoy e pegado con el pico en lo que me pareció una roca blanda, miré y vi un reflejo amarillo. Tenías que haberme visto arrancar con las manos esa pepita. Grité y todo el mundo vino a verla. Y ahora estoy embarazado con mis riquezas. ¿Que hacer con ellas?

-Vuélvete a Montana a hacer rabiar a aquella imbécil-dijo uno que había oído la historia que de sí mismo había contado Jim.

-Encontrada o robada, es lo mismo -tronó el imperturbable Gulden.

Kells se volvió lívido de rabia y Cleve dirigió una mirada astuta y rápida al gigante.

-Ésa es mi idea -declaró-. La dividiré como tenemos dispuesto.

-Nada de eso -rezongó Kells-. Has ganado ese oro con tu trabajo y es tuyo.

-Bueno, repartamos una cuarta parte para mí y otra para ti y el resto para los demás.

-¡No!-exclamó Kells violentamente.

Juana pensó que obraba tanto impulsado por su deseo de hacer justicia a Cleve como por llevarle la contraria a Gulden.

-Jim Cleve, eres el compañero más leal que yo he visto en mi vida-afirmó Pearce con admiración-. Pero yo declaró que no aceptaré la más pequeña parte de tu pepita.

-Ni yo-dijo Smith.

-También yo paso -exclamó Williams.

-Aunque me estuviera muriendo por una copa no aceptaría ese trato -añadió Blicky con desdén.

Aquellos hombres y otros que dijeron o expresaron de alguna manera su negativa, demostraron la verdad de que aun entre ladrones hay honor. Pero, ni en Gulden ni en los que estaban detrás de él, hubo el menor cambio de actitud.

-Repártela, y repártela por igual conmigo-dijo con sus grandes ojos fijos en la pepita.

Kells se acercó de un salto a la mesa y golpeándola con el puño se enfrentó con el gigante.

-¡Eso dices tú! - exclamó con voz silbante-. Has ido ya demasiado lejos, Gulden, y te tengo que llamar al orden... De esa pepita de oro no tendrás ni un gramo. Jim ha trabajado como un perro y si encontrase un millón, yo me encargaría de que nadie se le llevase un céntimo. Quizá tú no sepas lo que Jim ha hecho por nosotros; pues ha contribuido a nuestro gran proyecto más que tú y yo. Su trabajo honrado, ha hecho que yo pueda parecer honrado también. Todo el mundo cree que está comprometido a casarse con mi hija y eso es lo que más le ciega. Por él conseguí mi posición aquí y si quieres saber qué posición es ésa, ve al pueblo y di que Blight es Jack Kells, a ver qué te contestan. ¡Yo tengo las cartas en este juego!

Kells no acobardó a Gulden porque, probablemente, el gigante carecía del sentido del temor, pero le dominó con su enorme fuerza espiritual.

Gulden retrocedió lentamente y salió de la habitación, seguido por los truhanes que le habían dado una prueba silenciosa, pero firme, de adhesión.

-Creo que con esto empieza la separación - declaró Red Pearce.

-Supón que tú hubieras estado en el lugar de Jim -contestó Kells.

-No digo una palabra, Jack. Has hecho bien y sólo deseo que conmigo, si llega la ocasión, hagas lo mismo..., pero meter a la muchacha en el asunto...

Un gesto violento y amenazador de Kells selló los labios de Pearce, quien levantó resignadamente una mano y salió de la cabaña.

-Jim -dijo Kells con seriedad-, sigue mi consejo esconde tu pepita, no la mandes a Bannack, porque no llegaría nunca, y cambia de sitio para dormir.

-Gracias -replicó Jim -. Esconderé bien mi pepita y ya tendré cuidado conmigo.

Juana esperaba a Jim en su ventana aquella noche. El silencio era tal; que podía oír el débil murmullo del arroyo. Las estrellas brillaban blancas en el cielo de intenso azul; la brisa de la noche era fresca y agradable. Después de pasado su primer acceso de orgullo por Jim, experimentaba un descenso en su valor. ¿No corrían ya bastantes peligros sin necesidad de que Jim encontrase una fortuna? ¡Qué sombrío y significativo había sido el

consejo de Kells! Aquel bandido tenía algo espléndido. Juana no había sentido nunca tanta gratitud hacia él. Era un canalla, pero era un hombre. ¡Qué odio había mostrado hacia Gulden ! Aquellos rivales se encontrarían alguna vez en terrible contienda por el poder, por el oro. Quizá por ella misma, agregó involuntariamente con un estremecimiento. Aquel pensamiento al pasar por su imaginación, fue como una palabra reveladora.

Se sobresaltó al ver una sombra que se levantaba ante ella y una mano que oprimía las suyas. ¡Jim!

-¡Juana! ¡Juana! ¡Soy rico, rico! - exclamaba locamente.

-¡Chist! - murmuró Juana a su oído-. Ten cuidado. Estás excitado esta noche. Te he visto entrar con esa pepita; te he oído. ¡Qué suerte tienes! Yo te diré lo que tienes que hacer con ella.

-Es todo tuyo. ¿Te casarás conmigo ahora?

-¡Caballero! ¿Por quien me toma usted? ¿Casarme con usted por el dinero? ¡Nunca!

-¡Juana!

-¡Si ya te lo he prometido!

-No nos iremos ahora; quiero trabajar mi campo -empezó a decir con excitación, y siguió hablando tan rápidamente que Juana apenas podía seguir sus palabras. No guardaba las mismas precauciones que antes. Ella trataba de calmarle inútilmente. La posesión del oro v la seguridad de encontrar más, no sólo le había excitado, sino que le había hecho dominante, testarudo y caprichoso. Todo era inútil aquella noche; el oro se le había metido en la sangre. Juana temió que revelase su secreto y comprendió que hacía más falta que nunca, su ingenio de mujer recurrió a un medio infalible de hacerle callar; aplicar sus labios a los de él.

# XV

Durante varias noches aquellas furtivas entrevistas fueron, aparentemente, menos peligrosas por el tierno procedimiento, usado por Juana para calmar a su novio. Pero pronto resultó que en el estado de ánimo de Jim aquellos besos y cuchicheos de amor habían sido una equivocación. La situación se había hecho no solamente de una dulzura delicada para ella, sino que en el caso de Jim había sido como una chispa en un barril de pólvora. Lo comprendió

cuando era demasiado tarde. Y el echo que ella misma no lo lamentara mucho, perdida en un acceso de temeridad, la hizo comprender que también respondía al ambiente del tiempo y del lugar. La inteligencia de Juana se había ensanchado considerablemente en aquel período de su vida y todos sus sentimientos se habían aguzado. Lo mismo que el oro había desarrollado e intensificado las peores pasiones en los hombres, aquella atmósfera ejercía sobre ella su influencia maléfica. Juana lo deploraba, pero comprendía que era la misma naturaleza que la dotaba de las condiciones necesarias para sobrevivir. Volvió a sentirse bajo el peso de la expectación. ¿Qué ocurriría aquella noche? En Alder Creek no la amenazaban, por el momento, los peligros que antes había corrido, pero tendría que sufrir por Cleve o por Kells, por todos aquellos que dormían por la noche bajo la sombra de la muerte y que durante el día paseaban sobre un volcán. Juana tenía cada vez más miedo de los descubrimientos que hacía cuando Kells y sus hombres se entrevistaban en la cabaña. Temía oír, pero debía oír, y aunque no hubiera creído necesario estar informada de los acontecimientos, la fascinación de aquel juego la hubiera impulsado a escuchar. Y gradualmente la expectación y el sufrimiento aumentaron hasta convertirse en la seguridad de una catástrofe, en un vago presentimiento del destino. Algo terrible flotaba en el aire. Una aventura con un principio tan trágico tenía que acabar de una manera fatal. Pero su esperanza era inquebrantable y con sus temores aumentaba la temeridad de su espíritu.

Una noche, después de una semana de aquellas entrevistas, Juana trató de resistir a Jim; le rogó, temerosa de que en su creciente valentía se traicionase, pero le encontró como loco.

-Te voy a sacar por esta ventana-dijo con violencia; y apretando su cara ardiente contra la de ella trató de hacer lo que decía.

-¡Sigue, sácame a pedazos! - dijo Juana con desesperación-. ¡Mejor estaré muerta! ¡Me haces daño!

-¡Daño! -murmuró él como si nunca hubiera soñado con aquella posibilidad, y le rogó, lleno de remordimientos, que le perdonase, con voz entrecortada y suplicante. Su remordimiento, como todos sus sentimientos de aquellos días, era exagerado. violento, e hizo tanto ruido, que Juana temió más que nunca que les descubriesen, y le aplacó con dificultad.

-¿Te ve Kells con frecuencia estos días? - preguntó Jim de pronto.

Juana había temido aquella pregunta que sabía llegaría inevitablemente. Quiso mentir, comprendía que debía mentir, pero le fue imposible.

-Todos los días -murmuró-. Pero no te preocupes de eso, Jim, por favor. Kells es bueno conmigo... ¡Y tengo tan poco tiempo para hablar contigo! ...

-¡Bueno! -exclamó Jim. Juana sintió la tensión de todos sus músculos-. Si te dijera lo que todos los días manda hacer a la Legión, serías capaz de matarle mientras dormía.

-Cuéntame -replicó Juana. Sentía, un irresistible deseo de saber.

-¡No! ... ¿Y qué hace Kells cuando te viene a ver todos los días?

-Hablar.

-¿De qué?

-De todo menos de lo que hace aquí. Habla para olvidarse de sí mismo.

-¿Te hace el amor?

Juana guardó silencio. ¿Qué podía hacer con aquel testarudo y desesperante Jim Cleve?

- ¡Habla! -Las manos de Jim apretaron las suyas con una fuerza que le hizo daño. Ahora le temía tanto como antes había temido por él. Pero conservaba espíritu bastante para enfadarse ella también.

-Claro que me lo hace.

Jim repitió sus palabras y empezó a lanzar maldiciones en voz baja.

-¡ Pues voy a acabar con eso! - jadeó, y los ojos le brillaron a la luz de las estrellas.

-No puede ser. Pertenezco a Kells y tú debías tener sentido bastante para comprenderlo.

-¡Pertenecerle! ¿Con qué derecho?

-Con el derecho de posesión. La fuerza es aquí el derecho, según me has dicho tú mismo cien veces. ¿No conservas tú tu campo y tu oro por el derecho de tu fuerza? Es la ley de este país. Claro que Kells me raptó, pero ahora me tiene en su poder y después he visto su amabilidad y su consideración a la luz de lo que podía haber hecho si hubiera querido ejercer esa ley de aquí... De todos los hombres que he conocido, Kells es el menos trastornado por esa fiebre del oro. Envía a sus hombres a robar y vendería su alma por oro para jugárselo, pero de todas maneras es más hombre que...

-¡Juana! -interrumpió él casi a gritos-. ¡Estás enamorada de ese bandido!

- ¡Y tú estás loco! -prorrumpió Juana.

-Creo que sí -replicó él con terrible tranquilidad y se enderezó desprendiéndose de los brazos de Juana. Pero ésta le retuvo con fuerza por un brazo cuando trató de alejarse.

-¡Jim! ¿Dónde vas?

-Ahí, a la vuelta.

-¿A qué?

-A matar a Kells.

Juana puso sus dos brazos alrededor de su cuello y le retuvo con fuerza, tratando de pensar en el medio de enfrentarse con aquel momento que temía hacía muchos días. Y, al fin y al cabo, ¿para qué? Aquélla era la hora del oro. Sacrificio, esperanza, coraje, nobleza y fidelidad, eran inútiles allí. Los hombres estaban poseídos de feroces pasiones. Luchaban sólo por la posesión. Se batían por la mujer, pero su femineidad no significaba nada. Juana lo comprendía con tan desesperante certeza, que casi renunció a contenerle. Pero el pensamiento de Gulden al atravesar su mente como un relámpago, le hizo recobrar su firmeza.

Empezó a rogar de nuevo, con más vehemencia que nunca. Le rogó que escuchase la voz de la razón, que se dejase guiar por ella, que dominase aquella pasión violenta que le dominaba. ¡Todo en vano! Juraba que mataría a Kells y todo el que se le pusiera delante cuando, la sacase de aquella cabaña. Deseaba el combate. Nunca había temido a ninguno de aquellos ladrones. No escuchaba las posibilidades de derrota ni a la probabilidad que si mataba a Kells ella saldría perdiendo; se reía de su extraño temor a Gulden. Estaba inconmovible.

- ¡Jim!¡ Oh! ¡Jim! -sollozaba -. ¿Qué puedo hacer yo?

Y aflojó sus brazos cediendo a su completa derrota. Cleve estaba silencioso, sin oír, al parecer, los gemidos que la agitaban.

-Una cosa puedes hacer-dijo por fin-. Si la haces, no mataré a Kells v obedeceré todas tus órdenes sin chistar.

-¿Qué es?

-¡Casarnos! -murmuró con voz temblorosa.

-¡Casarnos! - repitió ella con asombro. Empezaba a temer que Jim estuviera loco de verdad.

-Sí, casarnos. ¿Quieres, Juana? Con eso creo que me tranquilizaría. ¿No quieres?

-Sería la mujer más feliz del mundo si pudiera, Jim -replicó ella con pasión.

-¿Pero quieres, quieres? Di que sí, di que si.

-¡Sí! -repitió Juana con desesperación-. Espero complacerte así. Pero, ¿qué conseguimos hablando de eso ahora.

Cleve se enderezó y se estremeció bajo sus nerviosas manos; la besó de una manera diferente. Sentía en sus labios timidez, felicidad, algo que hasta entonces no había observado en su actitud. Algo espiritual que la llenó de esperanza.

-Escucha - murmuró -. En el pueblo hay un sacerdote. Le e visto y he hablado con él. Está tratando de sembrar el bien en este infierno. Le conozco y podemos confiar en él. Le traeré aquí, mañana por la noche, a esta misma hora. ¡Oh!, tendré cuidado, mucho cuidado, y nos casará aquí mismo, en la ventana. ¿Quieres hacerlo, Juana? Ésa será mi salvación, en

cualquier peligro. ¡He sufrido tanto!¡Me ha estado quemando el corazón pensar que nunca te casarías conmigo! Dices que me amas ; demuéstralo. ¡Mi mujer! ... Una palabra puede hacerme un hombre.

-¡Sí! - Y con aquella palabra aplicó sus labios a los de él con todo su corazón en ellos. Le sintió temblar. Casi inmediatamente se separó de ella.

-Hasta mañana por la noche a esta misma hora -dijo-. Ten valor... Buenas noches.

Aquella noche, Juana tuvo sueños extraños e imprecisos. El día le pareció un siglo. Comió poco y por primera vez se negó a escuchar a Kells, oyendo sólo vagamente

sus palabras. No escuchaba las voces que sonaban en la habitación de Kells y ni aun los gritos coléricos de una discusión entre éste y sus hombres consiguieron alarmarla.

A la puerta del sol se asomó a la ventana y sólo entonces despertó a la realidad viendo desvanecerse de los picos de las montañas los dorados reflejos. Una masa de blancas nubes reflejaba la luz del sol poniente. Nunca había visto una luz como aquélla. Se oscurecía y se desvanecía gradualmente, pero quedó un resplandor cálido que duró hasta después de anochecer.

Cerró la noche, Juana estaba sensible en extremo a los cambios de luz y sombra, rumores y silencio, temor y esperanza, gozo y tristeza.

Aquella pálida luz brillaba todavía sobre la cordillera del Oeste, como un fuego que no quisiera apagarse, que esperase a mañana para brillar como el oro. En el cielo de profundo azul brillaban las estrellas, radiantes, expresivas, prometedoras. El blanco sendero cruzaba los cielos. Las montañas levantaban sus sombras impenetrables como la mente sombría de los hombres; por todas partes, en las laderas, bajo los riscos, en las cuevas, imperaba la envolvente negrura, ocultando su profundidad, su secreto, su misterio.

Juana escuchaba. ¿Ruidos o silencio? Con la brisa de la noche llegaba un leve e indescriptible murmullo, tan leve que podía ser una ilusión. Eran los rugidos de aquel pueblo, de la lucha, de la agonía, de la incesante actividad de aquella vida indómita, la extraña voz del oro, la batalla de la codicia y de la muerte sobre las almas de los hombres. Pero sobre todo se levantaba el rumor del arroyo, que blandamente discurría sobre las piedras, corriendo presuroso al lado de aquella horda, llevando en sus ondas el oro y la tragedia. Quizá más abajo se purificaba en su camino hacia el mar. Su murmullo era la voz de la Naturaleza eterna; los hombres y el oro efímeros.

Juana podía oír aquellos ruidos con un esfuerzo de atención; cuando cesaba en él parecía hundirse en el silencio. No era un silencio como el del Cañón Perdido, sino el silencio de una soledad en que su alma se encontraba aislada. Estaba sobre la tierra y, sin embargo, nadie oiría sus gritos de angustia. El trueno de los aludes o el rugido del mar hubieran aminorado su sentido de extremada soledad. El silencio y la oscuridad eran apóstoles del miedo que la hablaban. Respiraba el horror de aquel aire silencioso que llenaba su pecho.

Nada había estable en las sombras de la noche. De la quebrada parecían surgir sombras ingrávidas, fantásticas y humanas, hombres y fantasmas que se perseguían.

¡Si viniera Jim! Cien veces se imaginó verle surgir de entre las sombras. En cuanto le viera v sintiese su mano, desaparecería el miedo. Su amor estaba más allá de los dominios de la mente. El amor había convertido a Jim Cleve y había hecho brotar la bondad y el honor de las negras profundidades del alma de un bandido; había podido hacer de una niña una mujer. Tenía que triunfar sobre el mal.

La esperanza de Juana era fluctuante, pero eterna. Sentimiento, no raciocinio. Pero cuando por un momento se entregaba a ella, la tristeza la sobrecogía. ¡Esperar era pensar! ¡Pobre Jim! Su paraíso, paraíso de un loco, era poderla llamar su mujer. El sueño de sus sueños. Juana adivinaba que se sometería a sus consejos, que sería un hombre, pero que sus angustias serían mayores. Mas se lo había rogado con tal ardor, con tanta pasión, que ella sentía el goce de su gozo.

Un paso suave, un murmullo, una sombra. Las emociones de Juana culminaron en un agudo paroxismo de expectación y ternura.

-¡Juana! ¡Juana!

Ella susurró su respuesta, casi sin aliento para hablar. La sombra se dividió en dos, que se acercaron. No supo cuál era la de Jim hasta que éste cogió su mano. El contacto la galvanizó.

-¡Aquí está el padre, chiquilla! -exclamó él, feliz como un niño-. Yo...

-¡Chist! -exclamó Juana-. No tan alto. Escucha.

Kells celebraba una entrevista con miembros de su Legión. Juana reconocía su tono duro y sombrío, la voz aguda de Red Pearce, y la entonación perezosa de Handy Oliver.

-Bueno, ya tendré cuidado -dijo Jim-. Juana, tienes que contestar algunas preguntas que te hará el padre.

Y una mano suave tocó la de Juana, y una voz diferente de todas las que había oído en la frontera le interrogó.

-¿Cómo se llama usted? -preguntó el sacerdote.

Juana dijo su nombre.

-¿Puede usted decirme algo de usted misma? Este joven está... casi violento, y yo no estoy seguro, aunque deseo...

-No puedo decirle mucho -contestó Juana apresuradamente-. Soy una mujer honrada, libre de casarme con él, y le amo... Quiero ayudarle... Nos encontramos en un apuro... No me atrevo a decir qué es.

-¿Tiene usted más de dieciocho años?

-Sí, señor.

-¿Se oponen sus padres a su matrimonio con este joven?

-No tengo padres, y mi tío, con quien vivía antes de que me trajesen a este horrible lugar, quiere mucho a Jim; siempre ha querido que me case con él.

-Entonces, tome usted su mano.

Juana sintió la fuerte presión de los dedos de Jim como la única cosa real del momento; todo estaba oscurísimo alrededor de aquellas sombras. Oía el aullido lúgubre de un lobo solitario y el murmullo de su propia voz repitiendo las palabras del sacerdote. Percibió una frase de una plegaria. Luego una de las sombras se alejó silenciosamente. Estaba sola con Jim.

-¡Ya está, Juana, ya está! Dame un beso.

Presentó sus labios, que Jim besó con más dulzura y menos violencia que otras veces.

-¡Apenas puedo creerlo, Juana! ¡Tu marido!

Aquella palabra desvaneció la angustia que oprimía a Juana, dejando sólo su ternura centuplicada.

Y en el instante en que soñaba entre los brazos de Jim, sumida en el bello silencio, oyó el pesado golpe de la culata de un revólver sobre la mesa en la habitación contigua.

-¿Dónde está Cleve? - Era la voz de Kells, altiva e imperiosa.

Juana sintió temblar a Jim. Luego se irguió.

-No puedo encontrarle -replicó Red Pearce-. Y lo mismo pasó anoche y anteanoche. Cleve desaparece por las noches a esta misma hora..., alguna mujer.

-Se acuesta. ¿No sabes dónde duerme?

-No.

-Este trabajo tiene que hacerse y él debe encargarse de ello.

- ¡Bah! - dijo Pearce -. Gulden jura que no conseguirás que Cleve haga nada, y a mí me parece lo mismo.

-Sal y llama a Cleve. ¡Malditos seáis todos ! Ya os demostrare yo...

Sonaron sobre las tablas las pesadas botas, y luego con menos fuerza en la puerta de la cabaña. Juana esperó, conteniendo el aliento y oyendo los latidos del corazón de Jim. Los dos parecían esperar el sonido de la trompeta del destino.

-¡Eh, Jim! - tronó la voz estentórea de Pearce destrozando el silencio y corriendo de eco en eco para morir a lo lejos como una nota burlona.

Tan urgente era la llamada, que Jim Cleve pareció olvidarse de Juana y la dejó sin decir una palabra. Antes de que ella se diera cuenta, su forma oscura se había disuelto en la sombra. Juana esperó escuchando. En aquel lado de la cabaña el silencio era absoluto. Supuso que Jim se alejaría protegido por la noche y que volvería por el camino del pueblo. ¿Qué haría al llegar? Aquella pregunta la aturdía.

Juana permaneció en la ventana por unos momentos, muy diferentes de aquellos vagamente felices que acababan de pasar. Había sufrido un golpe que la tenía anonadada. ¡Con qué rudeza había interrumpido la voz de Kells su breve abandono ! Volvía a la realidad. Pronto se pondría a observar por la rendija de entre las tablas el cuarto de Kells. Éste, y quienquiera que estuviera con él, guardaban silencio. De cuando en cuando oía el ruido de una bota sobre el suelo y el crujido de una tabla mal seca. Esperó hasta que la ansiedad y el miedo la impulsaron a mirar.

Las lámparas estaban encendidas y la ventana estaba abierta. Las normas de reserva y precaución de Kells habían sido, al parecer, descuidadas. Una mirada bastó a Juana para comprender que el bandido estaba furioso y desesperado. Handy Oliver no ofrecía su habitual aspecto alegre y perezoso. Red Pearce, sentado, silencioso y huraño, con una pipa humeante en la mano. Jesse Smith, sombrío. El otro individuo presente era Bate Wood, y lo que hubiese acontecido, fuese lo que fuere, no le había afectado en modo alguno. Todos aquellos bandidos esperaban.

Rápidos pasos sonaron en el sendero, haciéndoles le vantar a todos la cabeza y mirar hacia la puerta. Aquellos pasos eran familiares para Juana, que sintió secársele la boca. ¿Qué le tendrían preparado a Jim Cleve? ¡Qué firme y resuelto era su paso! Entró tranquilo y valiente y con un cansancio que podía ser simulado.

-¡Hola, muchachos! -dijo.

Solamente Kells contestó a su saludo, mirándole con curiosidad. La sospecha brillaba en la mirada de los otros.

-¿Has oído a Red?-le preguntó Kells.

-No hubiera dejado de oírle aunque hubiese estado muerto-replicó bruscamente Jim -, y no me ha gustado nada. Venía por el camino cuando oí su berrido, y apuesto a que le han oído en todo el pueblo.

-¿Y cómo sabes que era Pearce?

-Porque he reconocido su voz.

Las maneras de Jim recordaban a Juana la primera vez que la había visto en el campamento de los bandidos. Estaba muy pálido y siniestro, pero le brillaban los ojos, y lo que entonces era indiferencia, parecía ahora coraje. Miraba deliberadamente a Pearce. Juana tembló, porque adivinaba lo que ninguno de los bandidos sabía. Pearce estaba peligrosamente cerca de la muerte. Juana lo leía en los ojos de Jim.

-¿Dónde has estado todas estas noches? -preguntó el jefe de los bandidos.

-¿Te importa eso algo cuando no me necesitas?

-Sí, me importa. Te he enviado a buscar y no ha habido medio de encontrarte.

-He venido aquí a cenar todas las noches.

-Yo no hablo con mis hombres a la luz del día. Tú sabes mis horas de cita y no has venido.

-Tendrías que habérmelo dicho anticipadamente. ¿Cómo lo iba a saber yo?

-Me parece que tienes razón, pero ¿dónde has estado?

-En el pueblo; jugando la mayor parte del tiempo y con mala suerte.

En la cara de Red Pearce se dibujó una mueca desdeñosa. Debió de ser para Kells como un latigazo.

-Pearce dice que andas detrás de una mujer.

-¡Pearce miente! -gritó Jim Cleve. Su acción Fue rápida. Pearce sintió hundirse en uno de sus costados el cañón de un revólver.

-¡Jipi! ¡No le mates! -gritó Kells levantándose.

La roja cara, de Pearce se había vuelto blanca. Se quedó inmóvil como una piedra, fascinado por el miedo, con la mirada fija en el arma que le amenazaba. La sorpresa paralizó al grupo.

-¿Puedes probar lo que dices? -preguntó Cleve.

Juana comprendió que si Pearce tenía una prueba que la comprometiese a ella, no viviría bastante para decirla.

-No..., no sé nada... Cleve -tartamudeó Pearce-. Me había figurado que sería una mujer.

Cleve bajó lentamente el arma y retrocedió un paso, indudablemente satisfecho. Pero el instinto dijo a Juana que Pearce mentía.

-Tienes que tener cuidado en lo que dices de mí -le dijo Cleve.

Kells se enjugó el sudor de la frente. Más que nin

guno comprendía por qué poco se había escapado Pearce. -¿Has bebido, Jim? -preguntó.

-No.

-¿Pero estás enfadado?

-¡Claro! Pearce me ha indispuesto contigo.

-No. No me has entendido. Red no ha dicho nada contra ti, y ni él ni nadie puede indisponerte conmigo.

-Está bien ; quizá me haya precipitado, pero no le tengo ninguna antipatía. ¿Quieres darme la mano?

Pearce alargó su mano, pero de mala gana. Estaba dominado. No podría perdonar aquella afrenta de Jim Cleve.

-¿Para qué me llamabas? -preguntó éste a Kells.

En Kells se operó un cambio; Juana no sabía en qué consistía, pero sugería un carácter más débil.

-Has sido un gran elemento para mí, Jim -empezó a decir solemnemente-. Has cooperado en mis proyectos y me has salvado la vida dos veces. Tengo una magnífica opinión de ti... Y si ahora te pones a mi lado, te juro que algún día tendré ocasión de devolverte el favor. ¿Puedo contar contigo?

-Sí -contestó Jim tranquilamente, pero poniéndose pálido-. ¿Qué te pasa?

-Algo bastante grave. Ya verás-exclamó Kells, y las sombras aumentaron en su cara macilenta-. Gulden ha dividido mi Legión y se ha llevado más de la mitad de mis hombres, que desde entonces están locos o borrachos. Se han puesto a trabajar por su cuenta y puedes ver el resultado tan bien como yo. El pueblo está completamente levantado. Alguno de esa cuadrilla de borrachos ha hablado y todos estamos en peligro; veo sospechas por todas partes. He insistido en hacer una operación grande y después marcharnos otra vez a la frontera, pero nadie está de acuerdo conmigo en eso. Todos prefieren la vida cómoda y libre de este pueblo; así es que estaremos aquí detenidos hasta... hasta... Pero quizá no sea aún demasiado tarde. Pearce, Oliver, Smith y lo mejor de la Legión está todavía a mi lado. Si empujamos todos juntos, podemos ganar aún, pero me han amenazado con dejarme también y por tu culpa.

-¿Por mi culpa?

-Sí. No tienes por qué sacar ahora el revólver; recuerda que has dicho que estarías a mi lado... El hecho es que todos como un solo hombre creen que me estás traicionando.

-¿En qué sentido? -preguntó Jim palideciendo.

-Creen que has sido tú quien ha hablado y te achacan la culpa de las crecientes sospechas.

-Pues están absolutamente equivocados -declaró Cleve con energía.

-Ya lo sé; observarás que no digo que yo desconfíe de ti. No; yo pondría por ti las manos

en el fuego. Pero Pearce...

-Así es que Pearce ha sido... - interrumpió Cleve sombríamente -. Creí que habías dicho que no había tratado de indisponerme contigo.

-Y no ha tratado. No ha echo más que decir lo que piensa; tiene derecho a ello, como los demás, y, concretando, todos creen que haces traición porque eres honrado.

-No entiendo - replicó lentamente Jim Cleve.

-Llegaste al campamento, v armaste un zipizape de mil demonios, pero no eras un bandido. Te has alistado a mi Legión, pero nunca te has vuelto un bandido. Aquí has sido un honrado minero y con ello has colaborado a mis proyectos, pero a mis hombres no les gusta. Trabajas constantemente y te estás haciendo rico; en Alder Creek te consideran; nunca has hecho una cosa torcida; no eres capaz de hacer una trampa en una mesa de juego ni por un saco de oro. Y todo esto te ha puesto en mal lugar con mis gentes; no ven, como yo veo, que eres leal; sólo ven en ti un honrado minero y creen que nos has vendido. No critico a Pearce ni a ninguno de ellos; en estos tiempos, la inteligencia del hombre, si es que tiene alguna, no funciona. Sólo ven oro, whisky y sangre. Esto es todo, y me alegro de que te hayan concedido el beneficio de la duda y que te ofrezcan una ocasión de demostrarles que están equivocados.

-¿Una ocasión?

-Sí; te han buscado y preparado un trabajo para ti solo. ¿Lo harás?

-Claro.

-Tienes que hacerlo si quieres justificar ante los demás la confianza que yo tengo en ti. Si una vez haces uno de nuestros negocios, todos se dejarían quemar por ti. Entonces todos estaremos unidos y podremos decidir qué hacer con Gulden y su cuadrilla. Acabarán poniéndonos a todos una cuerda al cuello.

-¿Qué es lo que me habéis preparado? -preguntó Cleve. Sudaba y sus cabellos húmedos se le pegaban a la frente. Había perdido aquella mirada valiente v era otra vez el joven débil.

Kells evitaba su mirada al hablar otra vez. Le repugnaba obligar a Jim a aquella hazaña. Juana sintió en aquel momento que, por aquella sola razón, si no por otras, tenía que gustarle aquel bandido.

-¿Conoces a un minero llamado Creede? -le preguntó.

-¿Un individuo bajo y ancho, parecido a Gulden, pero no tan grande, con una barba roja? -preguntó Jim.

-No lo sé, no le he visto en mi vida. Pearce, ¿responde la descripción de Cleve al individuo en cuestión?

-Sí, es el mismo-contestó Red Pearce.

-Bueno, pues ya le conoces-siguió Kells, animándose-. Según Blicky, que nunca se equivoca, este Creede lleva un cinturón lleno de oro. Su socio se marchó ayer a Bannack, donde permanecerá algunos días. Creede es uno de los hombres más trabajadores en Alder Creek; no bebe y se acuesta en cuanto cena. Es lento y poco inteligente. La mejor hora para este trabajo es a primera hora de la noche, cuando acabe de apagar las luces. Tiene la tienda a la orilla de una charca. Mañana por la noche, en cuanto oscurezca, te acercas a esa charca ; ten cuidado, espera el momento oportuno y acaba el trabajo de una vez.

-,Cómo? -preguntó Cleve con voz ronca.

Kells estaba ahora brillante, frío y enérgico. El recuerdo del oro le había hecho olvidar al hombre que tenía delante.

-Creede se acuesta en la parte de la tienda opuesta a un pino que crece al lado. No tienes que entrar. Es una tienda vieja y puedes cortar la lona. Mata a Creede con el cuchillo y coge su cinturón. Sé valiente, precavido y rápido. Éste es tu trabajo. ¿Qué te parece?

-Que está bien-respondió Cleve sombríamente, y salió de la cabaña con pesados pasos.

Después de irse Jim, Juana siguió escuchando. Estaba preocupada por su infortunada situación, pero no temía que llevase a cabo la operación que le había encomendado Kells. Era

una situación crítica para Jim y, por lo tanto, para ella. No se imaginaba lo que haría Jim y sólo podía pensar en lo que no haría.

Kells miró triunfalmente a Pearce.

-Ya te dije que haría lo que yo le ordenase. Nunca le había encargado antes ningún trabajo.

-Creo que estaba equivocado -replicó Pearce.

-Me pareció que le fastidiaba, pero ha salido decidido -dijo Handy-. Kells tiene razón, Red, y te has alborotado por nada.

-Quizá. ¿Pero no creéis que conviene que Jim haga algún trabajo, aunque sea leal a Kells?

Todos, hasta el mismo Kells, asintieron a esto.

-Jack, yo he pensado en otro trabajo mejor para el joven Cleve -dijo Jesse Smith con su característica

sonrisa.

-Todos vais a empezar a buscarle ahora trabajos -dijo Kells-. ¿Cuál es el tuyo?

-Hablaste de unirnos otra vez los que quedamos, pero tenemos aún a ese animal de Gulden.

-Tienes mucha razón-contestó el jefe mirando a Smith como si solicitase de él alguna idea.

-Nunca he tenido miedo a decir lo que pienso -siguió diciendo Smith, sin sonreír ya-. Hay que matar a Gulden si no queremos que nos cuelguen a todos.

-¿Que dices tú, Wood? -preguntó Kells.

Wood asintió con la misma seriedad que si le hubieran preguntado si quería comer.

-¿Que dices tú, Oliver?

-Me gustaría mucho esperar para ver a Gulden colgando de la horca; pero si te empeñas, estoy de acuerdo con Jesse -replicó Handy Oliver.

-¿Y tú, Pearce?

-Diré que sí en seguida, si no me hacéis poner una mano en esa tarea -dijo Pearce con forzada risa- Gulden no es fácil de matar. Apuesto a que si todos nosotros le arrinconásemos en esta cabaña, antes de matarle morderíamos el polvo algunos.

-Gulden duerme solo y nadie sabe donde -dijo Oliver-. No es fácil sorprenderle. Red tiene razón. ¿Cómo vamos a matarle?

-Si queréis hacer el favor de escucharme, yo os diré cómo -rezongó Jesse Smith-. El único que puede hacer esto es el joven Cleve. Gulden no le ha tenido nunca miedo a nadie, pero a Cleve le respeta, no sé por qué. Manda a Cleve detrás de Gulden; le desafiará cara a cara y le matará, os lo aseguro.

-Jesse, esta es la idea más grande que se te ha ocurrido en tu vida-dijo Kells blandamente v con los ojos animados. Su antigua energía volvía a brillar en su cara-. Cuando nos hayamos quitado de en medio a Gulden...

-¿Vas a encargar a Jim este segundo trabajo? - interrumpió Pearce con curiosidad.

-Sí.

-Si sale bien de el, no volverás a oír nada de mí contra Jim mientras viva y soy capaz de comer en su mano.

Juana no pudo sufrir más aquella conversación. Se retiro tambaleándose hasta su lecho y cayo en él, helada de espanto. Sabía que Jim, cualquiera que fuese el medio de que se valiese para salir del compromiso de asesinar a Creede, no retrocedería ante la proposición de matar a Gulden. Odiaba a Gulden porque ella le tenía horror. ¿Cuándo se acabarían aquellas horas de ansiedad? ¿Estaría condenada a pasar de una tortura a otra hasta...?

El sueño tardo en venir en su consuelo y, cuando llegó, fue lleno de pesadillas de las que parecía que nunca despertaría.

El día, cuando por fin llego, interminable y silencioso, no fue mejor que la noche.

Solamente Bate Wood quedo en la cabaña y estuvo más amable que nunca, pero Juana no tenía ganas de hablar. Hizo sus comidas y paso las horas observando desde su ventana y tendida en su lecho. Con la oscuridad vinieron Kells, Pearce y Smith, pero no Jim Cleve ; Handy Oliver y Blicky llegaron a la hora de cenar.

-Jim no tiene hoy apetito -observó pensativo Bate Wood-. No ha venido en todo el día.

Algunos de los bandidos se rieron, pero Kells estaba de mal humor. Su cara tenía una expresión desdeñosa y formidable. Comió poco y después adopto su postura encorvada y sus paseos cavilosos. Juana veía como sobre sus hombros pesaba la carga de otro crimen. La conversación vulgar y parecida a la que pudiera sostener cualquier grupo de mineros, disminuyo gradualmente a una palabra de cuando en cuando y por fin cesó del todo. Kells ejercía siempre a aquella hora un efecto disolvente sobre sus secuaces. Se separaba de ellos cada vez más, pero él no se daba cuenta. Podía haber estado solo, pero miraba con frecuencia a la puerta. Aguardaba, desde luego, la llegada de Jim Cleve, pero, ¿qué esperaba de él? Juana confiaba con fe ciega en que Tiro tendría la astucia suficiente para engañar a Kells y a Pearce. ¡Tantas cosas dependían de ello!

Uno de los bandidos lanzó una exclamación. La sombra silenciosa de Jim Cleve apareció en la puerta.

El corazón de Juana dejó de latir un momento. El aspecto de Jím no hubiera podido ser más horrible si en realidad hubiera sido un asesino. Abrió su chaqueta y sacó un objeto negro que arrojó sobre la mesa, donde cavó con ruido sordo y pesado. Era un ancho cinturón de cuero lleno de oro.

Kells, al verlo, dejo de mirar al pálido Cleve. Levantó y sopeso el cinturón. Los otros hand dos, igual que Kell:;, a la vista del oro, olvidaron a Jim Cleve.

-¡Veinte libras ! -exclamo Kells con voz extraña.

-¡Déjame ver! -pidió Pearce.

Juana no oyó más; a través de una especie de nube que no podía apartar de sus ojos, vio a Jim Cleve. ¿Qué era lo que se veía en su cara? ¿Era aquello una parte de su plan para engañar a Kells? Con horror volvió al significado de aquel cinturón lleno de oro. Era el del minero Creede. Jim, en su ansia de permanecer junto a ella y salvarla al final, había cumplido la palabra dada a Kells y había cometido el horrible crimen.

Juana cayó insensible sobre su lecho.

# XVI

Juana volvió a la vida con una sensación vaga e imprecisa de dolor, que al pronto creyó sería la ya familiar sensación de angustia. Pero una vez repuesta del todo, se dio cuenta de que el dolor era una especie de punzada en un hombro. En el momento en que estaba completamente segura de ello, la sensación ceso y permaneció en la oscuridad esperando extrañada.

Súbitamente se repitió la punzada, que ahora parecía causada por un agente exterior. Tembló ligeramente, creyendo que sería un ciempiés, y al llevarse la mano al hombro tropezó con una varita delgada que entraba por una rendija de entre dos tablas. Era Jim que trataba de despertarla. Había empleado el mismo método en diferentes ocasiones en que ella esperándole se había quedado dormida.

Juana se asomo a la ventana, angustiada por el recuerdo de la entrada de Jim en la cabaña con el oro de Cree de Jim, saliendo de las sombras, la abrazo con fuerza, sin que Juana sintiese la antigua emoción. Sus manos buscaron desmayadamente las de é1.

-¡Qué trabajo me ha costado despertarte, Juana! -murmuró Jim besándola-. ¿Qué te pasa? ¡Estás fría como el hielo!

-Debo haberme desmayado, Jim.

-¿Por qué?

-Estaba mirando por una rendija a la habitación de Kells, cuando tú... cuando tú...

-¡Pobre! -interrumpió él con ternura-. ¡Has tenido que soportar todo eso!... He engañado a Kells, Juana. ¡Oh! Me e escurrido bien. Me mando a un trabajo, matar a un minero. ¡Imagínate! ¿Y qué te crees que he echo? Yo conozco a Creede bien. Es un buen hombre y me ha cambiado su cinturón por mi pepita.

-¡ No... no le has matado ! -tartamudeo Juana.

-¡Atiende lo que dice esta niña! -exclamó Jim riéndose.

Juana le abrazo con toda su fuerza, temblando en silencioso goce. A Jim no se le había ocurrido lo que ella podía haber pensado.

-Escucha -prosiguió- Le cambié mi pepita, que valía mucho más que su cinturón y él lo sabía, pero no quería cambiar. Yo insistí y le convencí, persuadiéndole de que dejara el pueblo por una temporada y se marchase a pie por el camino de Bannack, y que cuando se encontrase con la diligencia, la tomase. Desde luego, me preguntó por qué con curiosidad, pero yo e guardado mi secreto... Luego e venido a Kells con el cinturón y le e dicho que había seguido a Creede en la oscuridad y que le había matado, arrojando su cuerpo a un pozo muy hondo... Ni Kells, ni Pearce, ni ninguno de ellos presto atención alguna a mi cuento. Yo tenía el oro y eso era bastante. El oro habla y llena las orejas y los ojos de esos hombres. En el bolsillo tengo la parte de oro que me ha tocado del cinturón de Creede. Tiene gracia. ¡Vaya por mi... por tu pepita! Pero no tenemos más remedio que jugar la partida, además de que tengo una porción de sacos y latas de polvo de oro escondidos. ¿Qué haremos con todo eso, Juana? Eres mi esposa ahora. ¡Si pudiéramos escaparnos con todo seríamos ricos!

Juana no podía participar de su felicidad ni comprender su espíritu. Recordaba.

-Jim, ¿te ha dicho Kells cuál era el otro trabajo que pensaban encomendarte? -preguntó.

Jim empezó a jurar entre dientes, pero lo bastante fuerte para que Juana, asustada, le pusiera una mano en los labios.

-¿Has oído lo que han dicho de Gulden? -le preguntó.

-Sí.

-Lo siento, no pensaba decírtelo. Sí, ya sé cuál es mi segundo trabajo y éste es uno que no puedo ni quiero eludir.

Juana le estrechó convulsivamente; apenas podía hablar.

-No pierdas el valor-dijo Jim con altivez-. Al casarte conmigo me has convertido en un hombre y cumpliré con mi deber hasta el final. No temas por mí. Tú haz el proyecto de fuga; cuando lleguemos a eso te obedeceré al pie de la letra.

-¡Pero, Jim! ¡Oh, Jim! -gimió ella-. Te has vuelto tan violento como esos bandidos... Gulden es terrible... ¿No pretenderás batirte con él?... Dime que no.

-Me batiré con él y le mataré, Juana -dijo él con firmeza-. Tú nunca has sabido que yo era rápido en el manejo del revólver; tampoco lo sabía yo hasta que he venido aquí. Ahora lo sé; sólo Kells puede competir conmigo. Gulden es como un buey; muy lento. Entraré en una partida de naipes con él, regañaremos por el oro y le haré lo mismo que ya le he hecho otra vez, pero ahora no voy a conformarme con arrancarle una oreja. Kells me juró que haría por mí lo que le pidiese si ahora le ayudaba, y le ayudaré. No sabemos lo que puede pasar. Kells está perdiendo su dominio y mi cooperación puede salvarle.

Juana respiró con fuerza. Jim se había en realidad convertido en un hombre. Desdeñaba sus temores femeniles y se enfrentaba intrépido con las circunstancias. Ella nunca le desanimaría con su falta de confianza.

-Jim, el plan de Kells está llegando a un final desastroso; lo presiento; está condenado y



Librodot

él no se ha dado cuenta todavía. Confía y sigue haciendo planes. Cuando caiga será grande... terrible, y debemos escaparnos antes de que llegue la caída. Lo que me acabas de decir de Creede me ha dado una idea. Podemos escaparnos de noche y alcanzar la diligencia de Bannack del día siguiente.

-Ya lo había pensado yo, pero necesitamos caballos.

-Vayamos a pie. Estaremos más seguros y no habrá que pensar en tantas cosas.

-Pero si vamos a pie tendremos que llevar armas y comida; además tengo mi polvo de oro, cincuenta libras o más. ¡Y es tuyo, Juana!... Todo lo necesitarás. Te gustan los vestidos y las cosas bonitas y quiero que las tengas, te las compraré o moriré.

-Calla, no digas esas tonterías cuando nos estamos jugando la vida. Déjame hacer más planes. Hay otra cosa, Jim. Red Pearce mostraba anoche más que sospecha por tus ausencias a ciertas horas. Indicó a Kells que había una mujer en ellas. Me temo que sospeche o que sepa...

-A mí también me dejó frío-contestó Jim, pensativo-1 pero juró que no sabía nada.

-Confía en el instinto de una mujer, Jim. Aquel revólver que le habías puesto en el costado le obligó a mentir. Sabía que le matarías si dejaba escapar una palabra. ¡Ten cuidado con él.

Cleve no replicó. Juana tuvo la sensación de que no prestaba la más mínima atención a lo que le estaba diciendo. Había vuelto la cabeza y estaba rígido y alerta, con el oído atento en la dirección del viento. Juana oyó de pronto un ligero roce y luego otro, que procedían, al parecer, del ángulo de la cabaña. Jim Cleve se hundió silenciosamente en la sombra y desapareció. Siguió un ruido de pasos tenues y furtivos, que Juana no sabía si eran del mismo Cleve; pero no parecían sonar en la dirección por donde él se había alejado. Además de que Jim, cuando tenía cuidado, no hacía el menor ruido. Juana aguzó los oídos para oír, solamente, los ruidos vagos de la noce. Se tendió en el lecho, otra vez ansiosa y preocupada por sus temores. Ni dormida ni despierta podía verse libre del peso de una amenaza.

A la mañana siguiente, Juana esperó en vano a que Kells, siguiendo su costumbre, le hiciese una visita. Aquélla era la tercera vez en la semana que la olvidaba, la evitaba o no podía acudir a verla. Juana se alegraba, aunque el hecho no era de buen augurio. La aventura de Kells pasaba de los contratiempos al desastre.

A primera hora de la tarde, Kells volvió del pueblo acompañado de algunos hombres, con los que conversaba en voz baja. Juana se disponía a acudir a su observatorio, cuando los pasos de Kells se aproximaron a la puerta. Llamó con los nudillos y habló:

-Ponte el traje de Dandy Dale y la careta y sal aquí -dijo.

El tono de su voz, tanto como el contenido de sus palabras, asombraron a Juana, de manera que no contestó en el acto.

-¿Me oyes? -preguntó más fuerte.

-Sí -replicó entonces Juana.

Se volvió a reunir con los que le acompañaban y reanudaron la misteriosa conversación.

Con repugnancia tomo Juana los arreos de Dandy Dale de la percha en que los tenía, y con la antigua vergüenza procedió a despojarse de parte de sus vestidos y a meterse los pantalones y las botas y a colocarse el antifaz y el revolver. Su espíritu se animaba, sin embargo, con la idea de que aquel disfraz podía ayudar a su fuga con Jim Cleve. ¿Pero por qué había dispuesto Kells aquel cambio de indumentaria? ¿Estaría en peligro y pensaba huir con ella de Alder Creek? Juana encontró en la meditación un consuelo a su constante pensar en Jim y en Gulden. Sentía impaciencia por saber, pero, a pesar de ello, vacilo un momento en la puerta. Le era tan duro como siempre ver a aquellos hombres. Pero tenía que hacerlo, y con esfuerzo avanzo valientemente.

Kells estaba gris y fatigado. No había dormido, pero en su cara no aparecían las sombras que ella se había acostumbrado a asociar con sus noches de juego y orgía. Otros seis hombres

estaban presentes, y Juana observo que llevaban puestas las chaquetas, los guantes y las espuelas. Kells se dirigió a ella y su cara se ilumino, aunque muy ligeramente.

-Tienes que estar dispuesta para montar en cualquier momento.

-¿Por qué?-preguntó Juana.

-Porque podemos tener necesidad de ello, nada más -contestó él.

Sus hombres, habitualmente tan solícitos cuando tenían ocasión de verla, apenas le dirigieron una mirada. Formaban un grupo sombrío y siniestro, con los ojos brillantes y los labios apretados. Handy Oliver hablaba.

-Te digo que Gulden jura que ha visto a Creede en el camino a la luz de las lámparas, anoche, después de llegar aquí Jim Cleve.

-Gulden debe haberse equivocado, eso es todo -declaró Kells con impaciencia.

-No es Gulden de los que se equivocan -insistió Oliver.

-Gulden ha visto el espectro de Creede, eso es lo que pasa -afirmo Blicky con desasosiego-. Yo he visto algunos en mi vida.

Algunos de los bandidos asintieron con preocupación.

-¡Qué va a ver! -rompió Red Pearce-. Gulden no ha visto un espectro en su vida; si ha visto a Creede, le ha visto vivo.

-Tienes razón, Red-convino Jesse Smith.

-Pero si Cleve trajo el cinturón de Creede y nos hemos repartido el oro-dijo Kells -. Todos sabemos que para que Creede se desprendiese de aquel cinturón era preciso matarle. Esto es una equivocación.

-Mi opinión-dijo Bate Wood-, es que Gulden no hace más que buscar discusiones. Le he visto hace menos de una hora y soy el primero que ha hablado con él. Sabía que Jim Cleve había matado a Creede. ¿Como lo sabía? Habíamos quedado en que era un secreto. Y lo que es más, Gulden me ha dicho que Cleve tenía el encargo de matarle. ¿Como lo ha sabido? Podemos estar seguros de que Jim no se lo ha dicho, como de que Dios ha hecho hasta las manzanas.

Kells se puso lívido y todos sus músculos vibraban.

-Quizás estuviera escuchando fuera alguno de la banda de Gulden, cuando decidimos aquellos encargos para Cleve. -Pero en su aspecto se veía que ni él mismo creía lo que estaba diciendo…

-¡No!, puedes apostar a que hay algo más que eso - dijo el sexto bandido, un individuo delgado de bigotes rubios, cuyo nombre nunca había oído Juana.

-No puedo creerlo - contestó Kells -. Budd, estás acusando de traición a alguno de los presentes o a Cleve.

-Siempre he dicho que ese joven no era leal.

-¿Eres capaz de acusarle en su cara?

-Claro que lo soy y me alegraré de que la oportunidad se me presente.

-Entonces es que estás borracho o loco.

-¿De veras?

-¡Y tan de veras! No conoces a Cleve; maneja el revolver como un relámpago. Te matará. ¿Crees que le hubiera lanzado contra Gulden si no estuviera seguro? No me importaría...

-¡Ahí viene Cleve! -interrumpió bruscamente Pearce. Rápidos pasos sonaron fuera y Juana vio a Jim aparecer en la puerta. Entro con aire resuelto y al ver a Juana en aquel traje mostró alguna sorpresa.

-Budd, aquí está Cleve -dijo Pearce con sorna -. ¡Díselo ahora en su cara!

Siguió un momento de silencio dominados por el espíritu maligno y astuto de Pearce, pero Kells se colocó de un salto frente a sus hombres, dueño todavía de la situación.

-¿Qué es lo que tienes en la cabeza, Red? -dijo con voz silbante-. ¡Estás insoportable hace algunos días! Si sigues así tendré que declarar que eres un elemento pernicioso para la

organización... Budd, tú te callas... Y tú, Cleve, no le hagas caso si habla... Estamos comprometidos y tenemos que cesar de regañar entre nosotros.

-Los buenos ejemplos tienen mucha fuerza, Jack -observó Bate, y con su observación sosegó a Kells y calmó la situación.

-¿Has encontrado a Gulden, Jim? -preguntó Kells con interés.

-No le he podido ver en ninguna parte -replicó Cleve -. Me he pasado el día en las tabernas y en los garitos que él suele frecuentar, pero no estaba en ninguna parte. Está en el pueblo, lo sé, pero no sé por qué razón no se deja ver.

-Gulden ha sido avisado -le dijo Kells-. Hace poco ha visto a Bate y le ha dicho que estabas buscándole para matarle.

-Me alegro. No era leal lo que íbamos a hacer con él -respondió Cleve . ¿Pero quién se lo ha dicho? Alguno de esta partida me tiene a mí peor voluntad que a Gulden.

La mirada de Jim se paseó por el grupo de hombres inmóviles, fijándose con más dureza en Red Pearce, que se la devolvió.

-Gulden le ha dicho a Oliver más que eso-continuó Kells, haciendo a Jim que le mirase a él-. Gulden jura que ha visto vivo a Creede esta madrugada.

-Es raro-contestó Cleve sin el más leve pestañeo.

-Muy raro. Para mentir precisa un sentido moral que Gulden no tiene. Bate dice que lo que pretende es enemistarte conmigo, pero lo dudo; tampoco creo que haya visto un espectro. Debe haber confundido a Creede con algún otro minero.

-Tiene que ser así, a menos que Creede haya vuelto a la vida.

Kells retrocedió indudablemente convencido y tranquilizado. Su movimiento pareció decidir alguna cosa en el ánimo de Pearce, quien se separó del grupo y se acercó a él golpeándole significativamente un hombro con la mano; y por casualidad o por precaución, se colocó de manera que entre él y Cleve estuviera Kells.

-Jack, aquí hay más de uno que te hace traición -dijo deliberadamente-, pero si quieres que hable, tienes que garantizar que no se sacará un revólver.

-¡Habla, Red! -replicó Kells con los ojos chispeantes , te juro que nadie lo hará.

Todos los presentes cambiaron nerviosamente de postura y algunos respiraron fuerte. Sólo Jim Cleve permaneció frío y tranquilo, pero sus ojos eran dos llamas.

-Por ejemplo, ahí tienes a una que te hace traición -dijo Pearce con lentitud, como si gozase torturando a Kells, y sin mirarla siquiera hizo con la mano un gesto significativo hacia Juana.

Juana se apoyó en la pared temblando y helada. Leía el pensamiento de Red; conocía su secreto y estaba decidido a denunciarla a ella y a Jim. Odiaba a Kells y quería torturarle. ¡Si pudiera pensar algo con rapidez y hablar l Pero estaba aturdida e impotente.

-¿Qué quieres decir, Red?-preguntó Kells.

-Que la muchacha te hace traición -replicó Pearce, poniéndose pálido y agitado al pronunciar aquellas palabras.

Kells pareció darse cuenta entonces de la presencia de Juana y de que la acusación iba dirigida a ella. Juana había visto pasar por su cara muchos y muy notables cambios, pero no recordaba uno tan grande. Volvió toda su antigua suavidad, sus maneras tranquilas, velando una crueldad profunda y terrible.

-Creí que hablabas de hombres, de oro y de cosas -dijo con suavidad-, pero puesto que tienes valor bastante, o estás bastante loco para hablar de ella, explica lo que quieres decir.

A Pearce le temblaban las mandíbulas de manera que apenas podía hablar. Había llegado demasiado lejos y lo comprendía tarde.

-Se ve con un hombre por su ventana -tartamudeó-, y hablan por la noche. Los he visto y los he oído. Te lo hubiera dicho, pero quería asegurarme de quién era él; ahora lo sé y por eso hablo... Le he visto entrar y salir por la ventana...

El revólver de Kells brilló como un relámpago, azul, rojo y blanco, y Pearce cayó de espaldas como un árbol tronchado por las raíces, muerto. Kells le contempló con el arma humeante en la mano.

-¡Nos habías jurado que nadie sacaría un arma y tú mismo le has matado! -exclamó Oliver -. ¡Tú mismo te has hecho traición! Y aunque tuviera que morir por ello, te diría que Red no mentía.

Kells estaba espantoso mirando a Oliver.

-Te has hecho traición tú mismo -siguió éste con voz apática- y has traicionado a tus compañeros. ¿Que vale ahora tu palabra? ¿Gres que vamos a aguantar esto?... Ahí está muerto Red y ¿por qué? Porque confiando en tu juramento ha dicho lo que podía haberte salvado. ¡Y le has matado! Si yo supiera lo que él sabía, te lo diría aquí ahora mismo, aunque tuvieras esa arma en la mano. Pero no lo se. Sólo sé que no mentía. Pregúntale a ella y por mí he acabado contigo y con tu Legión. ¡Has perdido la cabeza, Kells! ¡Te has perdido tú mismo por esa mujer!

Oliver hablaba con una ruda e impresionante dignidad. Cuando acabó salió de la cabaña.

Kells estaba impresionado con el discurso, pero no era, por ningún concepto, un hombre vencido.

-¿Has oído lo que decía Pearce, Juana?-dijo con pasión-. Mentía y he tenido que matarle. ¡Perro! Era incapaz de distinguir una mujer honrada. Mintió y bien muerto está. ¡No le volvería a la vida por cien Legiones!

-No todo era mentira-dijo Juana con voz entrecortada. Una fuerza superior a su astucia la hacía hablar. Había llegado a un punto en que no hubiera engañado a Kells para salvar su propia vida.

-¡Qué!

-Nadie ha entrado ni salido por mi ventana; eso es falso. Es demasiado pequeña para que nadie pueda entrar por ella. Pero en lo demás, Red ha dicho la verdad... He hablado muchas noches con uno.

Kells tuvo que mojarse los labios para hablar.

-¿Quien?

-Nunca te lo diré.

-¿Quien?... ¡Le matará!

-No... no; no te lo diré. No quiero que por mi causa mates a nadie más.

-Te obligaré a decirlo.

-No podrás. Es inútil que me amenaces.

Kells estaba atónito.

-¡Cuchichear durante horas en la oscuridad!... Pero, ¿para que, Juana? ¿Por que correr tal riesgo?

Juana movió la cabeza.

-¿Te sentías sola o infeliz? ¿Es algún joven minero que te ha visto allí algún día y que ha venido por las noches contigo? ¿Fue una casualidad? Cuéntame.

-No, no te lo diré, porque no quiero que viertas más sangre.

-¿Es que le tienes demasiado aprecio para dejarme que le pegue un tiro? -La sangre había acudido a su cara y temblaba de furor al acercarse a ella-. ¿Has hablado con frecuencia con ese individuo?

Juana sintió que perdía fuerzas. La pasión y el espíritu de Kells eran tan poderosos que se sentía incapaz de luchar con el. La respuesta acudió involuntariamente a sus labios.

-Sí, muchas veces.

Los celos estallaron en el, convirtiéndole en un demonio.

-¿Y os dabais las manos por aquella ventana y os besabais en la oscuridad -gritó temblando de pies a cabeza.

Juana había pensado en aquella pregunta con tanto miedo y había luchado tanto para guardar el secreto, que el había adivinado, había leído en su mente. Juana no podía dominarse. El asesinato de Pearce la había aterrado. No le quedaban fuerzas ni para morderse la lengua. Sólo por sugestión podía hacérsela hablar y el poder de la pasión de Kells era hipnótico.

-Sí - murmuró.

Él parecía dominar el creciente paroxismo de su rabia.

-Esto decide tu suerte -declaró-. Pero aún quiero ser decente contigo. Nos casaremos. - Se volvió a sus hombres-. Blicky, en el pueblo hay un cura; búscalo y tráemelo aunque tengas que empujarle con el cañón del revólver.

Blicky corrió a cumplir el encargo.

-No podrás obligarme a que me case contigo. No abriré los labios.

-Eso es cosa tuya. No tengo intención de obligarte -contestó él con amargura-. Pero si te resistes ensayaré los procedimientos de Gulden... Supongo que los recuerdas. ¡Una cueva y una cuerda!

Las piernas de Juana se negaron a sostenerla más tiempo y se dejo caer sobre un montón de mantas. Vio a Cleve y con todo lo que le quedaba de espíritu le rogó con la mirada que contuviese las mortales intenciones que leía en su actitud. Él advirtió el ruego y obedeció contestando por el mismo procedimiento que, aunque estaban en situación desesperada, nunca cumpliría Kells sus amenazas.

-Dejadme acabar con esto-dijo Kells dirigiéndose al silencioso grupo-. Después haremos lo que queráis. Quedarnos o marchamos. Detendremos el carro que lleva el oro a Bannack, cualquier cosa importante, y luego camino de la frontera.

Empezó a pasearse por la habitación. Budd y Smith salieron de la cabaña. Bate Wood saco su pipa y Jim Cleve se sentó al lado de la mesa. Nadie prestaba la menor atención al cadáver de Pearce. Manifestación terrible de la dureza de aquel clan. Kells podía mandar por un sacerdote y pensar en casarse con una mujer a quien amaba con locura, en presencia de la muerte, con la cara descompuesta de Pearce vuelta hacia el cielo, siniestra y significativa.

Paso un cuarto de hora, que a Juana le pareció una eternidad, y fuera sonaron voces y pasos que anunciaron la vuelta de Blicky.

Traía por un brazo a un hombre delgado a quien empujaba con muy poca suavidad. La cara de aquel hombre presentaba con la de Blicky el contraste más grande imaginable y su porte indicaba su profesión. En su expresión se veía asombro y consternación, pero no miedo.

-Estaba predicando en una tienda y me lo he traído sin más explicaciones -dijo Blicky.

-Quiero casarme inmediatamente, señor –declaró.

-Muy bien, estoy a su servicio -contestó el sacerdote-, pero deploro la manera que ha tenido de enviarme a buscar.

-Dispense usted la precipitación -rezongó el bandido-, le pagaré bien-. Kells saco un puñado de oro v lo arrojo sobre la mesa-. Ven, Juana - dijo volviéndose a ella y en un tono que no admitía réplica ni dilación.

En aquel momento el sacerdote se dio cuenta de la presencia de Juana. ¿Sería su movimiento de sorpresa motivado por su traje? Juana había recordado su voz y se preguntaba si él reconocería la suya. Jim la había llamado por su nombre más de una vez en la noche de su casamiento. Los ojos mansos del predicador brillaron. Miró a Juana y a Kells y luego a los demás hombres que habían entrado. Jim Cleve estaba detrás de los anchos hombros de Jesse Smith y, evidentemente, el cura no le había visto. Pero su curiosa mirada descubrió el cadáver en el suelo y a la curiosidad que demostraba su semblante se añadió el horror.

-Un ministro del Señor se necesita aquí para lo que usted desea -dijo-. Pero no celebraré ningún casamiento en presencia de un cadáver.

-Señor cura -replicó Kells-. Si no me casa usted pronto, se va a ir detrás de él al otro mundo.



Librodot

-No podrá usted obligarme.-El sacerdote mantenía su dignidad, pero se había puesto pálido.

-Creo que sí. Prepárese... Ven, Juana.

Kells hablaba con acritud, pero con algo de su antiguo tono burlón. Su inteligencia se mofaba de su carne, de la bestia, del loco. Le decía que conseguiría su objeto, pero que le sería fatal.

Juana movió la cabeza; de un salto, Kells se acerco a ella y la arrastro junto a sí. La violencia física actuó sobre Juana de una manera extraña; despertó su cólera.

-Ni aun para salvar mi vida me casaría contigo... ¡aunque pudiera! -prorrumpió.

A esta declaración, el sacerdote hizo un movimiento que podía ser de sospecha o confirmación. Se inclinó para mirar con más cuidado la cara de Pearce. Cuando se enderezo movía la cabeza. Indudablemente se había convencido de que no era aquél el hombre con quien había casado a Juana.

-Haga el favor de quitarse el antifaz -dijo a Juana.

Así lo hizo ella. rápidamente v sin temblar. El sacerdote la miro como la había mirado la noche que la había casado con Jim y se dirigió otra vez a Kells.

-No puedo casarle con una mujer que tiene un marido -dijo con calma-, pero no veo a ese marido aquí.

-¡No ve usted a ese marido aquí! -dijo el asombrado Kells con la boca abierta-. ¡Usted se ha vuelto loco

El cura, en su rápida mirada, no había, al parecer, observado a Cleve, y ahora no tenía ojos más que para mirar a Kells. La cara del bandido era un estudio. Su asombro terrible le tenía como encadenado.

-¿Qué ha dicho usted?-rugió de pronto con los ojos inflamados.

-Que no puedo casarle a usted con una mujer que tiene ya un marido.

Kells perdió el color.

-¿La ha visto usted alguna vez antes de ahora?preguntó.

-Sí.

-¿Cuándo y dónde?

-Aquí, hace algunas noches, en la parte posterior de la cabaña.

Juana, al ver a Kells, se sentía tan culpable como si en realidad hubiera sido falsa con él. El corazón le latía violentamente. Había llegado el momento crítico; la catástrofe. Otra palabra y Jim Cleve estaría frente a Kells.

-¿En la parte posterior de esta cabaña, en su ventana?

-Sí.

-¿Qué hacía usted allí?

-Había sido llamado, como sacerdote, para casarla.

-¿Para casarla?

-Sí. Es Juana Randle, de Hoadley, Idaho; tiene más de dieciocho años y creo que estaba aquí detenida contra su voluntad. Amaba a un honrado minero del pueblo, quien me trajo aquí una noche para que los casara, y los casé.

- ¡Las casó!

-Si.

Kells asimilaba el hecho con lentitud y sus movimientos correspondían a sus pensamientos. Su mano se movió lentamente hacia su revolver. Lo saco y lo levanto y toda su cólera terrible estallo entonces, pero cuando deliberadamente apuntaba al sacerdote, Blicky dio un salto y desvió el arma hacia arriba. Sonó el disparo que fue a per

derse en el techo. Blicky sujetaba a Kells con toda su fuerza.

-Yo he traído a este cura -gritaba- y no quiero que le mates... ¡Ayúdame, Jesse! ... está loco y es capaz de hacerlo.

Jesse Smith corrió en auxilio de Blicky y arranco el revolver de la mano de Kells. Jim Cleve cogió al cura por los hombros y lo lanzo por la puerta gritando:

-¡Corra, corra por su vida!

Blicky y Jesse Smith trataban de contener al irascible Kells.

-Cierra la puerta, Jim -dijo Jesse-. Bate, tú esconde todos los cuchillos y los revólveres... ¡ahora ya puedes gritar lo que quieras!

Y soltaron a Kells, retirándose y dejándole la habitación para él solo. Los miembros de Juana no respondían a su voluntad.

-¡Juana! ¿Es verdad? -exclamó él con voz silbante.

-Sí.

-¿Con quién?-rugió él.

-Nunca te lo diré.

Con las manos crispadas como garras se acerco a ella como si quisiese destrozarla. Juana estaba aterrada, débil, indefensa. Aquellas manos temblorosas se acercaron a su cuello, pero no llegaron a tocarla. Kells quería matarla, pero no podía. La miraba sombrío, sin poder hablar, preso en el paroxismo de su rabia. Quizás entonces comprendio ella su ruina. La odiaba porque la amaba; quería matarla, pero no podía hacerle el menor daño. Su alma luchaba con dos gigantes. El odio y el amor. Súbitamente la empujo. Ella retrocedió tropezando con el cadáver de Pearce y se apoyo temblando en la pared. Kells tenía para él solo el centro de la habitación. Miro estúpidamente a su alrededor, como un novillo en el corral que busca una salida para escaparse. Pero Kells quería escaparse de sí mismo. Luego no pudo seguir conteniendo su furor más tiempo. Empezó a moverse con gestos de loco. Parecía que quisiera destruirse a sí mismo con todo lo que encontrase, pero sus hombres habían guardado las armas y había poco que destrozar en el cuarto. Su furor era magnífico, pero infantil y absurdo. Aun bajo su influencia sorprendía su futilidad. A los pocos momentos, en el interior de la cabaña reinaba el mayor desorden y Kells estaba sudando y jadeante. La violencia de sus actos y su furor le dejaron pronto exhausto. Empezó a pasearse por la habitación y hasta la dignidad de la pasión desapareció de él. Se veía al hombre desesperado, batido, consciente de su derrota.

Jesse se aproximo a su jefe.

-Aquí tienes tu revolver, Jack -dijo-. Te lo quité porque estabas fuera de ti... y atiende a que quedamos ya muy pocos.

Aquella expresión de la fidelidad de Jesse arranco de los pálidos labios de Kells una sonrisa de gratitud.

-Bate, tú y Jim, poned en orden esto -siguió diciendo Smith-. Y, Blicky, tú ven a ayudarme a enterrar a Pearce.

Las faenas iniciadas por todos se interrumpieron a una exclamación de Cleve.

-Ahí vienen Gulden, Beady, Jones, William y Beard. Kells levanto la cabeza y se acerco a un sitio desde donde pudiera mirar.

Bate Wood hizo un gesto violento y significativo.

-Algo pasa-dijo-. Y no solo con Gulden. Mirad allá abajo, en el camino. Mirad aquella partida de gente corriendo excitada. Se dirigen al pueblo.

Jesse Smith se volvió hacia Kells con cara gris.

-¡Tendremos jarana, Jack! Yo he visto ya esa excitación muchas veces.

Kells aparto a sus compañeros y miro al exterior. Parecía que recurriese a una reserva de fuerzas, porque mientras miraba se sereno del todo.

-Jim, vete a la otra habitación, y tú, Juana, vete con él. Guardad silencio.

Juana se apresuro a cumplir la orden; Jim la siguió y cerro la puerta. Instintivamente se cogieron de las manos y se juntaron.

-¿Qué será, Jim? -preguntó con temor Juana- ¡Gulden !

-Debe de estarme buscando - contestó Jim -, pero hay cosas más graves. ¿Has visto a esa multitud que andaba por el camino?

-No, no he podido mirar.

-Escucha.

El ruido de las pesadas botas sonaba en la otra habitación. Juana llevo a Jim silenciosamente a la rendija entre las tablas por donde ella espiaba a los bandidos. Jim miró y ella vio que apoyaba la mano en el puño del revolver. También miro ella.

Gulden era empujado a la cabaña por un grupo de hombres que llevaban en la cara estampado algún siniestro designio. Lo más extraño de aquella entrada era el silencio. Se enfrentaron con Kells y su pequeño grupo. Beard, Jones y Williams, antes fieles aliados de Kells, mostraban ahora una maligna oposición. Y -el enorme Gulden parecía un gorila furioso. Sus ojos claros y cavernosos brillaban. Llevaba una mano bajo la chaqueta y su posición sugería una intención siniestra. Pero Kells le miraba frío y seguro. Cuando Gulden se movió, el revolver de Kells ya le apuntaba. Pero no disparo porque lo que saco Gulden era un objeto redondo envuelto en un pañuelo.

-¡Mira! -exclamo, y arrojo el objeto sobre la mesa.

El golpe pesado y solido tenía un eco familiar. Juana sintió que la mano de Jim apretaba la suya.

Las puntas del pañuelo se separaron y apareció un pedrusco irregular, redondo, con reflejos amarillos. Al reconocerlo, Juana creyó que el corazón le estallaba.

-¡La pepita de Jim Cleve! -exclamo Kells -. ¿De donde la has sacado?

Gulden se apoyo en la mesa.

-¡La tenía el minero Creede! - dijo con voz estridente.

Se oyó un nervioso movimiento de pies sobre las tablas. En medio del silencio se oyó un ruido sordo y distante de voces, extrañamente amenazador. Kells estaba blanco como el papel.

-¡Creede

-Sí.

-¿Donde estaba su... cuerpo?

-En el camino de Bannack lo he dejado.

El jefe de los bandidos quedo mudo.

-He seguido anoche a Creede -declaró Gulden con fiereza... Le maté y encontré sobre él esta pepita.

# XVII

Aquella pepita no acusaba a Jim de traición ante Kells. No solamente no concebía esta posibilidad, sino que tampoco veía la siniestra intención de Gulden y sus asociados.

-¡Entonces Jim no mató a Creede! -gritó Kells.

Una extraña luz pasó por su cara coincidiendo con la alegría de su exclamación. En su asombro había consuelo, no sospecha. Juana creyó comprender a Kells. Se alegraba de no haber conseguido hacer todavía un asesino de Jim Cleve.

-Ya te he dicho que yo he matado a Creede -contestó Gulden, con lentitud-, y queremos saber si a ti te dice esta pepita lo mismo que nos dice a nosotros. -Su mano enorme y peluda golpeó la pepita. Kells comprendió entonces lo que deseaban.

-¿Y qué es lo que os dice a vosotros? -preguntó con frialdad, mirando a Gulden y luego a los que estaban detrás de él.

-Que alguien en la banda es un traidor que te vende. Lo sabíamos desde hace mucho

tiempo. Jim Cleve sale a matar a Creede y vuelve con el oro de Creede y con una mentira... Creemos que Jim es el traidor.

-¡ No ! Estás completamente equivocado, Gulden -replicó terminantemente Kells-. Ese muchacho es absolutamente leal. Me engañó con lo de Creede, pero se le puede perdonar eso. Perdió el valor; no es más que un muchacho. Asesinar a un hombre mientras duerme era demasiado para él... y me alegro. Ahora comprendo; Jim cambió su pepita por el cinturón de Creede y en el trato puso la condición de que Creede se marchase del pueblo. Tú viste a Creede por casualidad y le mataste... No sé qué es lo que te alarma. En la pepita de Cleve tienes diez veces más dinero del que te hubiera tocado del oro de Creede.

-No se trata de eso -declaró Gulden-. Lo que dices de Cleve puede ser verdad, pero yo no lo creo y los demás están irritados. Alguien ha hablado. Estamos vigilados. En las casas de juego ya no nos miran con buenos ojos. Anoche no me permitieron sentarme a la mesa de Belcher.

-¿Crees que es Jim quien ha hablado? –preguntó Kells.

-Sí.

-Apuesto hasta mi último grano de polvo a que estás equivocado. Una apuesta contra lo que quieras.

En la voz de Kells había una nota aguda y convincente.

-Las apariencias condenan a Cleve -gruñó Gulden.

Siempre cedía ante la mayor energía del jefe.

-Sí que lo están-convino Kells.

-Entonces, ¿en qué fundas tu confianza?

-En mi conocimiento de los hombres. Jim Cleve no es traidor... ¿Quién te ha dicho todo esto, Gulden?

-Red Pearce.

-Pearce era un embustero -dijo Kells con amargura -, y por embustero le he matado.

Gulden miró a Kells con asombro y sus hombres murmuraron y se miraron unos a otros y luego a su alrededor.

-Pearce me dijo además que habías mandado a Jim Cleve que me matase-dijo bruscamente el gigante.

Si esperaba sorprender a Kells, fracasó completamente.

-Otra mentira mayor-contestó éste con disgusto¿Crees que yo he perdido la cabeza?

-No del todo. -Y Gulden, al decir esto, pareció estar tan cerca de una carcajada como en él era posible.

-Me queda el juicio suficiente para no mandar a un muchacho contra un hombre como tú.

Gulden era sensible a la adulación. Se volvió hacia sus hombres, que también habían sentido la sutil influencia de Kells. Estaban ya dispuestos a cambiar de actitud.

-Red Pearce ya no puede hablar para defenderse -dijo Beady Jones como respondiendo a un pensamiento de todos.

-En realidad, yo tenía más sospechas de Red que de Jim -anunció Gulden refunfuñando-. Pero nunca he dicho nada porque no tenía pruebas.

-Red estaba irritado y raro en los últimos tiempos -dijo Click Williams-. Había sido muy amigo mío, pero ya no nos llevábamos bien.

El gigante se rascaba la cabeza maldiciendo en voz baja. Probablemente carecía de todo sentido de justicia, pero estaba desconcertado.

-Estamos perdiendo el tiempo -dijo Beard con ansiedad-. No olvidéis que en el pueblo pasa algo que todavía no sabemos lo que es.

-¡Bah! ¿No hace una semana que estamos oyendo rumores de vigilantes? -dijo Gulden.

Uno de los presentes miró entonces por la ventana y silbó.

-¿Quién es ése que viene a caballo?

Los secuaces de Gulden se acercaron a la puerta para mirar.

-Es Handy Oliver.

-¡No!

-Si, le conozco, pero no viene en su caballo... y trae prisa.

Siguieron exclamaciones de sorpresa y curiosidad. Kells y los suyos miraban con atención, pero no hablaban. El ruido de los cascos sobre el camino pedregoso anunciaron la rápida llegada del jinete que se detuvo en la puerta.

-¡Eh, Handy!... ¿Quién te persigue?... ¿Qué te pasa -éstas y otras exclamaciones saludaron al que llegaba.

-Dejadme entrar. ¿Dónde está Kells? -replicó con voz ronca Oliver.

Todos se apartaron para dejar entrar al delgado y alto Oliver. Se dirigió directamente a Kells hasta que solamente los separaba el ancho de la mesa. Estaba pálido, respirando con fuerza.

-¡Kells... había renegado de ti! -dijo con la mano extendida en un gesto de remordimiento.

-¿Y qué tenemos con ésa? - preguntó Kells con la cabeza erguida como la de un águila.

-Que me arrepiento y retiro lo que dije.

Kells estrechó la mano que le tendía.

-No te tenia por uno que cambia de opinión con tanta facilidad, pero me alegro de que vuelvas. ¿Qué es lo que te ha hecho arrepentirte tan pronto?

- ¡Los vigilantes!

La animación de Kells se heló con aquella palabra.

-¡Vigilantes! - repitió.

-Y esta vez no son rumores. Tengo noticias... Acercaos todos... Ven, Gulden, y escucha. Tenemos que unirnos más que nunca.

Gulden avanzó con su grupo. Oliver estaba rodeado de caras pálidas y sombrías. Los miró preparándose para una revelación extraordinaria.

-Compañeros, de todos los traidores que he conocido en mi vida, Red Pearce era el peor - declaró terminantemente.

Nadie se movió ni habló.

-¡Era un vigilante!

Un ruido extraño, casi un rugido, salió del grupo.

-Escuchad ahora sin interrumpir, que no tenemos mucho tiempo que perder. No importa cómo me he enterado de lo de Pearce; ha sido una casualidad. Pearce estaba en combinación con uno de la banda secreta de vigilantes y pensaba vender a la Legión de la Frontera en masa. Cobraría por ello un buen precio. Denunció a algunos de la Legión para probar lo que decía. Dart, Singleton, el Francesito y Texas han sido sorprendidos in fraganti...

Tengo las pruebas. En vuestra vida no veréis una serpiente como Pearce. Hoy tenia que denunciar a toda la banda. Ya sabéis cómo empezó con Kells, pidiéndole que garantizase que no se sacaría un revólver. Pero se equivocó. Se atrevió a acusar a la muchacha y se ganó un tiro. ¡Bien muerto está! Quizá fuera una parte de su plan quedarse con la muchacha para él. De todas maneras había convenido en denunciar hoy a la Legión. Y si no estuviera muerto, a estas horas tendríamos todos ya la cuerda al cuello. Compañeros, yo fui el primero que se declaró contra Kells y vengo a decir que fui un idiota; y todos los que os habéis puesto en contra suya habéis sido tan idiotas como yo, y ésta es la prueba.

»Pero tengo que apresurarme con mi cuento... Están celebrando un juicio en el salón grande, que está lleno de gente. Hoy nadie ha trabajado... Imaginaos lo que eso significa en Alder Creek. Yo entré y vi que Dart, Singleton, Texas y el Francesito eran juzgados por un tribunal enmascarado. Uno que estaba cerca de mi dijo que dos estaban ya condenados y no les costó mucho probar la culpabilidad de Texas y el Francesito. Algunos mineros los

reconocieron e identificaron y los han sentenciado a la horca... Les ofrecieron el perdón y la libertad si denunciaban al jefe de la Legión de la Frontera. Se lo fueron diciendo a todos uno por uno. Dart ni siquiera contestó. Singleton los insultó y Texas juró que él no era más que un honrado bandido que no había oído hablar en su vida de la Legión de la Frontera. Pero ese francés no estuvo muy firme; hubiera aceptado la oferta, pero Texas le insulto de tal manera que le dio vergüenza hablar; pero si le separan de Texas hablará. Los mineros pedían las cuerdas, pero los vigilantes están esperando aún ; creo que aguardan a Pearce.

-¡Sí! ¿Y cuál es nuestra situación? -grito Kells frío y tranquilo.

-No nos conocen todavía-replicó Oliver-, porque si nos conociesen hace tiempo que hubiéramos tenido a los vigilantes encima, pero no podemos arriesgarnos ni un día más... Lo mejor es volvernos a nuestro campamento.

-¿Qué dices tú, Gulden? -inquirió Kells.

-Me iré o me quedaré, como decidáis -contestó el gigante. En la crisis prefería que fuese Kells el que decidiese y sus secuaces le seguían como las ovejas al pastor.

Pero aunque Kells por aquel extraño golpe, se había convertido otra vez en el jefe supremo de la Legión, no mostraba su antigua soberbia.

Quizá veía ahora con más claridad que nunca. Pero seguía siendo decidido, rápido, fuerte : estaba a la altura de las circunstancias.

-Escuchadme todos -dijo-. Nuestros caballos y nuestros equipos están escondidos en una quebrada varias millas más abajo del pueblo. Tenemos, pues, que atravesarlo. No podemos llevarnos comida ni enseres de aquí. Sería peligroso. Salid de aquí de dos en dos o de tres en tres y esperadme cerca de la muchedumbre, pero sin mezclaros con ella. Cuando yo llegue nos juntaremos y entonces haced lo que haga yo.

Gulden se metió la pepita debajo de la chaqueta y salió acompañado de Budd y Jones. Los demás salieron por parejas. Pronto quedaron solos con Kells, Handy Oliver y Bate Wood.

-Id vosotros también y reunid allí a toda la partida y esperadme-dijo Kells, y cuando salieron llamo a Jim y a Juana.

Durante todo aquel tiempo, Juana había estado tan absorta en lo que oía que no se había dado cuenta de que una mano de Jim oprimía las suyas. Al soltarlas la miró silencioso y pálido. Luego salió y Juana le siguió rápidamente.

Kells se estaba poniendo las espuelas.

-¿Has oído? -dijo en cuanto vio la cara de Jim.

-Sí - replicó éste.

-Mejor. Tenemos que apresurarnos. Juana, ponte aquella chaqueta de Cleve y quítate la careta... Jim, coge todo el oro que tengas y corre. Si nos hemos ido cuando vuelvas alcánzanos por el camino. Quiero que estés conmigo.

Cleve salió y Juana entro en su habitación para ponerse la chaqueta... No tenía mucho tiempo para decidir lo que debía llevarse y eligió una pequeña bolsa en la que metió un peine, cepillo y jabón, volviendo a la habitación grande.

Kells había levantado una tabla del suelo y estaba metiéndose pequeños sacos de oro en los bolsillos.

-Juana, métete en los bolsillos un poco de carne y algunas galletas. Yo nunca tengo hambre con los bolsillos llenos de oro, pero tú podrías tenerla.

Juana revolvió en la tosca alacena de Bate Wood.

-Estas galletas pesan tanto como el oro y están mucho más duras -dijo.

Kells le dirigió una mirada que encerraba soberbia, admiración y tristeza.

-Eres la mujer más valiente que he conocido. ¡Quisiera que...! Pero es demasiado tarde. Si me pasase algo, quédate con Cleve. Me parece que puedes confiar en él. Vamos ahora.

Salieron de la cabaña. Juana tenía casi que correr para seguirle. No había nadie a la vista. Juana sabía que Jim no tardaría en seguirles, porque tenía su oro escondido en la caverna de la

roca, al lado de su habitación, y no tardaría mucho en sacarlo de allí. Sin embargo, miraba hacia atrás con ansiedad. No habrían andado más de doscientas yardas cuando Jim apareció en el camino corriendo tras de ellos y los alcanzo frente a las primeras tiendas.

-¿Qué armas llevas, Jim? -preguntó Kells.

-Dos revólveres.

-¡Bien! No se sabe lo que puede pasar... Estoy preocupado con la Legión. Están todos locos. ¿Qué opinas tú?

-No sé, es una posición difícil.

-Nos escaparemos sin novedad; no te preocupes por eso. Pero la Legión no volverá a unirse como antes.

Aquel hombre singular hablaba con melancolía.

-Más despacio ahora -añadió-. No debemos llamar
la atención, aunque no hay nadie que nos pueda ver.

¿Acerté en mi suposición sobre lo de Creede?

-Claro que acertaste. Perdí el valor.

-No importa.

Y Kells pareció olvidar aquello. Avanzo registrándolo todo con la mirada hasta que al llegar a un recodo del camino se detuvo rechinando los dientes. El camino estaba desierto en toda su longitud, pero en uno de sus extremos había detenida una gran muchedumbre. Kells volvió a avanzar, «La última Pepita» estaba vacía. ¡Qué soledad tan significativa ! Kells no volvió a pronunciar una palabra.

Juana corría entre Kells y Cleve. Trataba de fortalecer su ánimo para enfrentarse con lo que hubiera a aquel extremo del camino. Un extraño rugido de la multitud la hizo temblar. Bajo los ojos y se colgó de los brazos de sus compañeros.

Por fin se detuvieron. Ella sintió la multitud antes d verla. Todos miraban atentamente hacia arriba, pero ella conservó los ojos fijos en el suelo.

Kells se quedó inmóvil. La mano de Jim apretaba su brazo. Pronto algunos hombres se agruparon alrededor de Kells; ella los oía cuchichear. Empezaron a andar despacio. Más hombres se unieron al grupo. Pronto ella, Kells y Jim estaban rodeados por un círculo. Vio la gigantesca forma de Gulden, la elevada figura de Oliver, Smith, Blicky Beard, Jones Williams, Budd y otros. El círculo que formaban parecía únicamente uno de los muchos grupos, todos agitándose, cuchicheando y mirando. Súbitamente, un ruido como el rugir de una ola agito aquella masa humana. Era dura, aguda y feroz, pero contenía una nota de salvaje triunfo. Siguió un silencio interrumpido solamente por el silbido de una respiración como un sollozo. Por encima de la resistencia a mirar se desarrollaba en Juana un profundo y primitivo deseo de ver.

Sobre las cabezas de la multitud se levantaba una grotesca estructura de madera recién labrada. En una plataforma permanecían en pie algunos hombres inmóviles en horrible contraste con una cosa que sobre ellos se retorcía en espantosas convulsiones. Se estiro por fin tomando la forma de un hombre colgado del cuello con una cuerda.

Agitaba las manos; por fin un largo temblor movió su cuerpo y quedo inmóvil, balanceándose al extremo de la cuerda.

Una sombra roja velaba los ojos de Juana. Un horrible tumulto se levantaba dentro de ella.

La plataforma estaba rodeada de hombres enmascarados y un compacto grupo estaba en la falda de la colina, todos armados hasta los dientes. Los que había sobre el patíbulo también llevaban la cara cubierta con antifaces. Estaban rígidos y sus movimientos, cuando se movían, parecían mecánicos. ¡Cuán diferentes de las dos formas que colgaban!

Ya habían colgado a dos bandidos. Los otros dos, con las manos atadas a la espalda, estaban custodiados a un extremo de la plataforma. Delante de cada uno oscilaba el lazo de



Librodot

donde habían de colgarle.

Juana reconoció a Texas y al Francesito. Y en aquel momento la multitud interrumpió el silencio con un rudo suspiro.

El jefe enmascarado de los vigilantes interrogaba a Texas:

-Te dejaremos la vida si confiesas. ¿Quién es el jefe de la Legión de la Frontera?

-¡Red Pearce! ¡Ja, ja, ja!

-Te damos aún otra ocasión.

Texas se puso serio.

-Juro que es Red Pearce.

-Una mentira no te salvará. ¡La verdad! Creemos saber, pero necesitamos una prueba. ¡Pronto!

-¡ Buscadle ! -contestó Texas.

El jefe movió la mano y dos de los enmascarados seadelantaron.

-¿Tienes algún recado que enviar a tu familia? ¿Algo que decir?

-Nada.

-¿Quieres hacer alguna petición?

-Sí. Que colguéis a ese francés antes que a mí. Quisiera ver como patalea.

Nada más se dijo. Los dos hombres ajustaron el lazo al cuello del condenado. Texas no quiso ponerse la capucha negra ni espero a que le empujasen de la plataforma. Él mismo se lanzo al espacio. Juana cerro los ojos.

Otra vez prorrumpió la multitud en aquel extraño rugido. Juana sintió la violenta conmoción de aquella masa de gente, aunque los que la rodeaban estaban tan inmóviles como piedras. Se sentía incapaz de abrir los ojos para ver a Texas colgando de la cuerda. Pero los abrió, sin embargo, y algo en su cuerpo le dijo que había muerto instantáneamente. Había sido bravo y leal aun en el crimen. Más de una vez había tenido frases amables para ella. ¿Quien podía decir lo que le había convertido en un proscrito? Murmuró una plegaria por su alma.

Los vigilantes empujaban al Francesito, que apenas podía tenerse en pie. Le pusieron la cuerda al cuello, le levantaron y le dejaron caer otra vez sobre la plataforma. Gritaba de terror, pero cortaron sus gritos levantándole otra vez. Ahora le tuvieron en el aire varios segundos. Se puso negro y agito las piernas con desesperación. Le volvieron a dejar caer y aflojaron el lazo. No hacían más que torturarle para arrancarle una confesión. Necesito algunas momentos para reponerse. Retrocedió con abyecto terror del lazo que colgaba delante de sus ojos.

El jefe de los vigilantes le señalo las formas de los bandidos ajusticiados.

El Francesito, echando espuma por la boca, grito algunas palabras en su lengua nativa, pero cualquiera de los mineros presentes hubiera podido traducir su significado.

La multitud avanzo como si diese un solo paso y se detuvo silenciosa y expectante.

-Habla en ingles -ordeno el vigilante.

-¡Confieso, confieso!

Juana advirtió un singular temblor del brazo de Kells que tenía cogido. De repente lo levanto y en sus mismos oídos estallo la detonación de un revolver. La pólvora le quemo las mejillas. Vio al Francesito doblarse y caer de pronto sobre la plataforma.

Un instante de silencio en el que todo el mundo estaba como petrificado. Un rugido y una infernal barahúnda. La multitud corría en todas direcciones. Juana sentía en su cintura el brazo fuerte de Jim, se sentía transportada por una ola de gente que aullaba y luchaba. Vio la cara sombría de Kells que se alejaba de ella; Gulden, en hercúlea actividad, derribando hombres como si fuesen muñecos ; armas levantadas al aire. Los vigilantes luchaban con furor para llegar al grupo de donde había salido el tiro, pero al entrar en él no supieron a quien atacar ni que hacer.

En medio del tumulto, la banda de Kells se dispersó en todas direcciones. Nadie hizo otro disparo.

Juana fue arrastrada y estrujada por la masa. Sus pies no tocaban al suelo. Pero entre las nubes de polvo, en la confusión de formas que luchaban, sentía el brazo de Jim, del que se asía con toda su fuerza. Sus pies volvieron a tocar la tierra. Ya no la estrujaban ni la empujaban; podía andar y Jim le decía que subiese por una ladera rocosa hasta que una cabaña les cerro el paso. Se habían escapado del torrente.

La vista que tenían a sus pies era extraña. Un patíbulo envuelto en nubes de polvo y una banda de asombrados vigilantes con las armas en la mano, esperando no sabían que. Tres formas oscilantes y espantosas y un hombre muerto sobre la plataforma. Y alrededor del patíbulo una horda de hombres tratando de escaparse de sí misma. El disparo de Kells había precipitado el alud. Ningún minero sabía quienes eran los vigilantes, ni los miembros de la Legión. Todos esperaban una sangrienta batalla y cada uno, desconfiando del que estaba a su lado, se sentía invadido por el pánico. Los vigilantes se habían agrupado para defenderse y todos los demás trataban de escapar. Una escena de pesadilla, culminación del poder del crimen, la violencia y el oro. Solo una vez podía acontecer, pero era terrible; mostraba la cobardía de los hombres; probaba la influencia maléfica del oro. Pues, mientras los hombres realmente honrados, en gran mayoría, acortaban su paso, los truhanes seguían corriendo. Al menos, así le parecía a Juana.

Se apretó contra Cleve a la sombra de la pared de la cabaña; ninguno de los dos habló en mucho tiempo. Miraban y escuchaban. Los mineros volvían a rodear el patíbulo, donde los vigilantes estaban agrupados, y el murmullo de muchas voces excitadas llegaba hasta Jim y Juana. El vigilante llamo la atención de todos y se dirigió al pueblo en general. Juana no pudo oír lo que decía, pero tampoco tenía deseo de saberlo.

-¡Ha sido todo tan rápido! -murmuró Jim moviendo la cabeza como si aún no estuviera convencido de la realidad.

-¡Ha estado terrible! -dijo Juana en respuesta.

-¿Quién?

-Kells. -En su imaginación, el jefe de los bandidos dominaba toda la escena.

-Terrible si quieres, pero yo diría grande... ¡ Que valor! ¡Delante de cien vigilantes y mil mineros! Pero ya sabía el lo que resultaría de aquel disparo.

-¡No! Nunca lo pensó -afirmó Juana terminantemente-. Le sentí temblar y vi la expresión de su cara... En su mente estaba primero su caída y luego la traición del Francesito. Creo que aquel disparo fue un momento de debilidad y desesperación de Kells. No hubiera podido dominarse aunque hubiese sido aquélla su última bala.

Jim miro a su mujer como si aquella elocuencia fuera para el a la vez persuasiva e incomprensible.

-Fue un disparo con suerte para él y para nosotros también.

-¿Crees que ha conseguido escapar? -preguntó Juana con ansiedad.

-Seguro. Todos se han escapado. Aquella era la muchedumbre más loca que he visto en mi vida.

-No es extraño. Todos en ella temían al que estaba a su lado. Eso ha mostrado el poder de la Legión de Kells. Si sus hombres hubieran sido fieles y obedientes a sus ordenes, nunca hubiera fracasado.

-¡Juana! ¡Hablas como si lo lamentases!

-¡Oh! No se, no sé lo que digo. Pero no puedo evitar mi compasión por Kells. ¡He sufrido tanto ! ... ¡ Aquellas largas horas de expectación en las que su suerte parecía la mía propia, mi vida y la tuya también, Jim:

-Comprendo, querida.

-¿Qué hacemos ahora, Jim? ¡Que extraño sentirse libre!

-Yo estoy tan desconcertado como tú. Deja que piense -contestó Jim.

Y permanecieron allí durante largo tiempo aún. Juana trataba de discurrir planes, pero su

mente parecía estéril. Se sentía medio mareada. Jim también estaba bajo la impresión del mismo sentimiento. Tenía ahora mayor responsabilidad.

La tarde pasaba. El sol tocaba ya la cima de las montañas del Oeste. La excitación del populacho se extinguió gradualmente. Hacia la puesta del sol los mineros discurrirían por los caminos y los vigilantes habían desaparecido. Solamente algunos curiosos quedaban alrededor del patíbulo contemplando los cadáveres de los ahorcados. Juana vio que los vigilantes habían colgado también el cuerpo del Francesito de la cuerda que con su traición hubiera evitado. Le habían ahorcado muerto. Horrible prueba del rencor que abrigaban aquellos vigilantes recién reclutados. Habían dejado los cadáveres colgando. ¿Qué vista podía haber más espantosa que la de aquellas formas movidas por el viento? Un hombre muerto en el suelo tiene cierta dignidad: la dignidad de la muerte. Y la muerte es a veces majestuosa. Pero allí les habían quitado la vida y los atributos de la muerte; solo quedaba el horror. Juana pensó que en la vida podría olvidar.

-Juana, tenemos que salir de Alder Creek -declaró por fin Cleve, levantándose. Con las palabras parecía que había venido la decisión.- Al principio, he creído que todos los bandidos se alejarían de aquí lo más que pudieran, pero nunca se sabe lo que son capaces de hacer. ¡Gulden, por ejemplo! El sentido común les debía hacer esconderse por algún tiempo. Pero no importa lo que hagan; tenemos que marcharnos de aquí... ¿Como nos marcharemos?

-A pie. Si compramos caballos o esperamos a que salga la diligencia tendremos que ver a gente de aquí, y yo tengo miedo.

-Pero los bandidos estarán ahora por los caminos y los senderos; dondequiera que estén, serán más peligrosos.

-Viajaremos de noche y descansaremos de día.

-No puede ser, teniendo delante un viaje tan largo y sin equipajes.

-Hagamos así parte del camino.

-No. Tomemos mejor la diligencia para Bannack. Saldrá bien guardada, si sale. La cuestión es que salga pronto. Ven, Juana, vamos al pueblo.

La oscuridad había cerrado y las luces acentuaban las sombras. Juana, del brazo de Jim, bajo por la ladera hasta el camino. Se sentía como culpable de algo y cada transeúnte o grupo le asustaba. Pero tuvo que notar, por fin, que nadie se fijaba en ella ni en Jim, y empezó a cobrar valor. Jim también ganaba confianza. La creciente oscuridad parecía una protección. Cuanto más avanzaban por la calle, más grupos de gente se encontraban. Otra vez las tabernas estaban llenas. Alder Creek había vuelto a su vida libre y descuidada. Algunas casas antes de la «última Pepita», estaba la oficina de la diligencia para Bannack. Era una gran tienda con un mostrador a la entrada, iluminada débilmente por una lámpara; dentro había varios más, dos de los cuales eran guardas armados. Jim se dirigió a todos en general.

-¿Cuándo sale la primera diligencia para Bannack? Un hombre levanto bruscamente la cabeza de los pa

peles que cubrían la mesa en que estaba sentado.

-Sale cuando nosotros lo disponemos -contestó secamente.

-Bueno, ¿y cuándo disponen ustedes?

-¿Y eso qué le importa a usted? -fue la contestación todavía más seca.

-Quiero comprar dos asientos.

-Eso es diferente. Entre y déjenos que le veamos la cara... ¡Hola! Eres tú, Cleve. No te había reconocido. Dispensa, pero estos días estamos un poco meticulosos.

La cara del hombre se había animado. Indudablemente conocía a Jim y tenía buen concepto de él. Esto tranquilizo a Juana y calmo los precipitados latidos de su corazón. Vio a Jim alargar un saquito de oro del que el agente saco el precio de dos asientos. Luego desvió el saco y dijo algo a Jim al oído. Jim se volvió a reunir con ella y se alejaron del brazo.

-Todo va bien -le dijo con excitación- La diligencia sale al amanecer. Antes salía a media

mañana, pero mañana quieren que salga más temprano.

-¿Creen que la detendrán?

-No lo dicen, pero hay toda clase de razones para sospecharlo... Espero, Juana, que no suceda. Yo, cargado con todo este oro, me siento como si pesase una tonelada.

-¿Que hacemos ahora? -preguntó ella.

Jim se detuvo en medio del camino. Estaba ya completamente oscuro. Las luces del pueblo brillaban, y los transeúntes discurrían de un lado para otro haciendo crujir las tablas bajo sus pasos. Las tabernas empezaban a alborotarse y una música discordante salía de la «última Pepita»

-Eso es. ¿Que hacemos? -preguntó él a su vez, perplejo.

Juana no tenía ninguna idea que ofrecerle, pero con la disminución de su temor y la gradual aclaración de su mente, sentía que no tardarían mucho en recobrar su ingenio.

-Tenemos que comer y que descansar-dijo Jim.

-Tratare de comer, pero no creo que pueda cerrar los ojos -replicó Juana.

Jim la llevo al establecimiento de un mejicano. Consistía en dos tiendas unidas por una puerta. La mesa era una tabla apoyada en barriles, y otra en cuñetes servía de asiento. Los manjares que ofrecía el mejicano eran de una rudeza que coincidía con el aspecto de la casa, pero era limpio y sabía guisar; dos circunstancias que Juana, después de su larga experiencia con Bate Wood, aprecio debidamente. Ella y Jim eran los únicos parroquianos del mejicano, que hablaba bien el inglés y era amable. Indudablemente le complacía que gustasen de las excelencias de su cocina.

La comida y la amabilidad hicieron en Cleve muy buen efecto. Cesó de escuchar constantemente y de mirar a hurtadillas a la calle en cuanto sentía ruido de pasos.

-Creo que todo nos saldrá bien, Juana-le dijo apretándole una mano.

De repente le brillaron los ojos con alegría y se inclino hacia ella.

-¿No te acuerdas de que estamos casados? -murmuró.

Juana se sobresaltó.

-Desde luego-replicó apresuradamente. Pero lo había olvidado.

-Eres mi esposa.

Juana le miro y sintió que empezaban a agitarse sus nervios. Una ola suave y cálida la invadía.

Él se echo a reír como un muchacho.

-Ésta ha sido la primera comida que hemos hecho juntos en nuestra luna de miel.

-¡Jim! -la sangre ardía en la cara de Juana.

-¡Preciosa! Pero ahora no eres una muchacha. ¡Eres Dandy Dale !

-¡No me llames eso!

-Siempre te lo llamare. Y guardaremos ese traje para que te lo puedas poner algunas veces, para hacerme recordar; para asustar a los chavales...

-¡Jim Cleve!

-¡Le tengo miedo a tanta felicidad! Pero no puedo

dejar de ser feliz. ¡Ya nos vamos! ¡Ya eres mía sólo! Y yo tengo sacos de polvo de oro. No sé cuánto, pero nunca podrás gastar tanto dinero. ¿No te parece un sueño?

Juana sonrió a través de sus lágrimas, no pudiendo, a pesar de sus esfuerzos, ponerse seria.

-Sácanos de aquí, a mí y a tu oro, antes de cantar victoria.

Aquellas palabras entibiaron un poco su alegría. Salieron otra vez a la oscura calle.

-Falta mucho para que amanezca. ¿Dónde podría llevarte para que durmieras un poco? -murmuró Jim.

-Busca un sitio donde podamos sentarnos a esperar -dijo ella.

-No-pensó un momento-. Creo que no hay peligro.

La condujo por la calle arriba hasta el extremo del pueblo en que empezaba la abrupta ladera. Comenzaron a subir. Las estrellas brillaban, pero a pesar de ello, Juana tropezó varias veces con las piedras. Se maravillaba de cómo Jim podía subir con tanta facilidad en medio de la oscuridad, y se colgó de su brazo. Hablaban poco y, cuando lo hacían, en voz baja. Jim se detenía de cuando en cuando para escuchar. Pronto la llevó casi en brazos a través de una porción de riscos y sobre un suelo más accidentado, hasta una cueva o nicho en la roca.

-Aquí es donde yo duermo -murmuró.

La envolvió en una manta y se sentaron los dos contra la pared de roca y ella apoyó la cabeza en uno de sus hombros.

-Tengo puesta tu chaqueta y tu manta. ¿No tendrás frío?

-No hables más-dijo él riendo-. Estás pálida de cansancio. Necesitas descansar, dormir.

-¡Dormir! ¡Imposible! -murmuró ella.

-Se te están cerrando los ojos... ; de todas maneras no pienso hablarte más. Quiero pensar.

-¡Dame un beso, Jim! -murmuró Juana.

Se inclinó sobre ella con violencia, al parecer. Su cabeza se interpuso entre las estrellas. La estrechó con fuerza por un momento. La sintió temblar; luego la besó en la mejilla y se separó de ella bruscamente.

Todo era extraño. Nunca había visto las estrellas tan brillantes y tan cercanas. Las sombras se cerraban protectoras para protegerlos a ella y a Jim. El silencio hablaba. A la luz de las estrellas veía la cara de Jim, tan atento, tan pensativo, tan bello. Se estaría allí sentado, despierto, toda la noche, alerta, velando por ella, esperando el alba. ¡Cuánto había cambiado! ¡Y ella era su mujer! Parecía un sueño. Necesitaba la luz del día para creerlo realidad.

Un calor y una languidez la invadían. Se extendió cómodamente. Quizá durmiese. Pero ¿por qué asediaba su alma aquel miedo intangible? La noche era tan clara, tan tranquila, tan perfecta... y Jim estaba allí protegiendola... y mañana se alejarían de aquel lugar. Podía ser así, pero sombras siniestras volvían a su imaginación; allí estaba Kells. ¿Dónde se hallaría en aquel momento? Siguiendo su sangriento sendero, con su fracaso y su amarga desesperación. La había perdido. La ciega locura de aquella muchedumbre los había separado. Un estremecimiento de dolor y de vergüenza pasó por ella. Le compadecía. No podía comprender porqué. Quizá porque ella sola había poseído aquel extraño poder de hacer brotar el bien del fondo de su alma. Para cualquier mujer era una prueba dura. Era monstruoso saber que ella sola podía haberle apartado de su vida perversa y que, sin embargo, no había logrado hacerlo. Era monstruoso comprender que había seguido por su camino, vertiendo sangre y que continuaría lo mismo, cuando ella podría haberlo evitado, podría haber salvado la vida de muchos pobres mineros que, quizá, tenían esposas o novias. Y no había podido evitarlo. Amaba a Jim Cleve. Podría haberse sacrificado ella, pero no le sacrificaría a el por todos los bandidos y los mineros del mundo.

Juana pensaba que siempre sufriría aquel remordimiento, aquella compasión por Kells. Nunca volvería a reposar tranquila en su casa, sin recordar a Kells, sombrío y desesperado, paseándose por una cabaña solitaria, cabalgando por un agreste sendero o contemplando pensativo las estrellas. Tarde o temprano encontraría su destino. Era inevitable. Recordaba la siniestra escena del patíbulo con sus cuerpos oscilando al extremo de las cuerdas. Pero no; Kells nunca acabaría de aquella manera. Era terrible, pero no había nacido para morir ahorcado. Podría acabar asesinado en su sueño por alguno de aquella banda de traidores, que eran traidores porque en el seno de la perversidad en que vivían tenían que serlo. Pero, probablemente, algún garito con la vida y el oro sobre la mesa, vería su última contienda. Aquellos bandidos robaban el oro para jugar y batirse entre sí. Y aquel duelo en que Kells acabase, sería necesariamente terrible. Creía ver el interior de una cabaña, donde una hoguera de leños ardía y las lámparas alumbraban con luz oscilante, llena de humo tenue y azul, donde vacían hombres en el suelo. Kells, rígido y ensangrentado; Gulden, muerto por fin y más te-

rrible que nunca; y sacos de oro sobre una tosca mesa, montones de oro, y esparcido por el suelo, como arena y tan inútil como arena, polvo de oro... ¡El Destructor!

# XVIII

Todos los sueños y fantasías de Juana se desvanecieron, y cuando abrió los ojos le parecía que apenas los había cerrado, pero ya el alba teñía el cielo con su luz gris. Jim la sacudía con suavidad por un brazo.

-No tenías sueño, no; estaba completamente equivocado -dijo ayudándola a levantarse-. Ya nos vamos de aquí.

Salieron de entre las rocas y descendieron apresurada- I mente por la falda de la colina. Juana divisó la oscura forma de una cabaña que se parecía a la que Kells había edificado. Desapareció. Al llegar al camino, Juana estaba segura de que aquella cabaña era la misma en que ella había estado prisionera tanto tiempo. Corrieron por el camino abajo y entraron en el pueblo. No ardían las luces; las cabañas permanecían oscuras. El camino estaba vacío. Ni el más ligero rumor turbaba el silencio. En la curva vio Juana la diligencia y los caballos.

Llegaron al coche; los caballos estaban inmóviles, y en el pescante, con el látigo y riendas en la mano, estaba el conductor. Dos hombres se sentaban junto a el con rifles cruzados sobre las rodillas. La puerta del coche se hallaba abierta. Dentro había hombres, uno de los cuales asomaba la cabeza por una ventanilla; el cañón de un rifle asomaba junto a el. Hablaba con otro, aparentemente ocupado en los preparativos de marcha.

-Hola, Cleve dijo otro individuo, indudablemente el encargado de las diligencias-. Sube, que es tarde. ¿Cuándo volverás?

-No lo sé - dijo con vacilación Jim Cleve.

-Muy bien. ¡Buena suerte! -Cerró la puerta del coche tras ellos -. Andando, Bill.

La diligencia partió interrumpiendo con sus ruidos el silencio de la mañana. Jim apretó con alegría una de sus manos. ¡Por fin emprendían la marcha!

Juana y Jim tenían un asiento para ellos solos; enfrente se sentaban tres hombres. El guarda con la cabeza fuera de la ventana, un barbudo minero medio dormido y un joven que no era bastante robusto ni curtido para ser minero. Ninguno de los tres se fijó mucho en Juana y en Jim.

El camino ofrecía un apreciado declive y Bill, el cochero, puso sus caballos al trote. El viejo coche crujía como si fuera a romperse. Saltaba y bailaba, y Juana tenía que hacer esfuerzos para no ser lanzada fuera de su asiento. Con una mano se asía a un brazo del asiento y con la otra a Jim, y estaba segura de que no llegaría al fin de la jornada con un hueso sano. Estaban a la sal: da de la quebrada ; más allá el camino era bueno.

-Nos vamos por el mismo camino que vinimos -cuchicheó Jim.

Juana se sorprendió, pues estaba segura de que Bannack estaba en la dirección opuesta. Aquella circunstancia no era muy tranquilizadora. Quizás el camino se desviase pronto.

Mientras tanto la luz crecía; rompió el día y el sol iluminó el valle. Juana no hubiera perdido mucho no fijándose en sus otros compañeros de viaje. El único que había notado su presencia era el joven, quien, después de una mirada y una sonrisa, quedó abstraído en sus propios pensamientos. Parecía inquieto y no había en él señal alguna de prosperidad.

Jim tenía su mano cogida por debajo de un pliegue de la chaqueta y hablaba de cuando en cuando de algún accidente del camino que llamaba su atención. Y el coche avanzaba rápidamente, como persiguiendo el estruendo de los cascos de sus caballos.

Juana creyó reconocer la quebrada por donde Smith los había sacado a aquel mismo

camino el día en que la partida de Kells llegó al pueblo. Pensó que Jim lo había reconocido también, pues apretó su mano con más fuerza. Después de aquel punto, Juana empezó a respirar con más tranquilidad. Parecía lógico que a partir de aquel momento cada milla de viaje los separase más de los bandidos.

El tiempo no se le hacía ya tan largo. Sentía deseos de hablar con Jim, pero no lo hizo por los otros viajeros. Jim mismo parecía influído por la general absorción. Además de que la incesante vigilancia del guarda recordaba el peligro que podía acechar entre los matorrales que bordeaban aquel camino. Juana recordaba haberle oído decir a Kells que la diligencia de Bannack no había sido aún detenida en forma por bandidos, pero que cuando ellos se decidiesen a hacerlo lo harían en toda regla. El viaje se hizo monótono y fatigoso. Con el calor del sol vinieron el polvo y las moscas, y todo ello molestaba a Juana. No conservaba su calma habitual y a medida que avanzaban su nerviosidad crecía.

El camino dejo el valle para meterse entre colinas a través de un país más rocoso. A cada quebrada, Juana sufría un estremecimiento. ¡Qué lugares tan apropiados para una emboscada ! Pero el coche seguía avanzando.

Por fin sus aprensiones cesaron y se permitió el lujo de recostarse sobre Jim y cerrar los ojos. Estaba cansada y acalorada; le faltaba aire.

De súbito estallo en sus oídos el infernal estrépito de una descarga. Sintió en la cara el latigazo de las astillas levantadas por las balas. Siguieron algunos gritos roncos 1 y el relincho de un caballo en la agonía; el coche se detuvo bruscamente y volvió a retumbar sobre él el estruendo de los disparos.

Jim grito y la arrastro del asiento, arrojándola al suelo del coche. Sintió el cuerpo del guarda que caía sobre sus rodillas.

Una descarga acabo con los disparos que sonaban encima del coche. Los caballos relinchaban asustados. -¡Alto, Smith! -grito Jim.

-¡Alto, Beady! -replicó una voz-. ¡Ahí está Jim Cleve!

-¡Eh, Gulden! -grito otra voz, por la que Juana reconoció a Blicky.

Jim la levanto del suelo. Estaba pálida de espanto.

-¿Estás herida?

-No; nada más que asustada -replicó ella.

Juana vio los bandidos a pie, rodeando el coche, revolver en mano. Jim abrió la puerta y descendió, haciendo que ella le siguiese. Juana tuvo que pasar por encima del cuerpo del guarda muerto. El minero y el joven estaban tendidos en su asiento.

- ¡Jim Cleve y la novia de Kells, Dandy Dale! -rezongo Smith-. Esto quiere decir algo, compañeros. Espero que no estarás herido, ni la muchacha.

-No, pero no ha sido por vuestra culpa-replicó Cleve -. Parecía que queríais llenar el coche de plomo.

-Esto sí que no me lo explico-dijo Smith -. ¡ Kells te ha mandado a ti en este coche ! Pero cuando nos encargo a nosotros el trabajo, no nos dijo que te encontraríamos en él... ¿Cuándo le has visto la última vez?

-Anoche en el pueblo, cerca de nuestra cabaña -replicó Jim, rápido como un relámpago. Había visto su oportunidad-. Dejo a Dandy Dale conmigo y nos dijo que tomásemos la diligencia esta mañana. Esperaba que él estuviera también en ella o que nos saliese al encuentro.

-¿Te dio alguna orden?

-Ninguna. Que tuviese cuidado con la muchacha hasta que él se presentase. Pero me dijo que teníamos que hablar después.

Smith paso la vista, con asombro de Jim, a Blicky y luego a Gulden, quien se acercaba lentamente con el cabello alborotado y el revolver en la mano. Juana siguió la mirada de sus grandes ojos grises, y vio al conductor que yacía muerto en su asiento y a los dos guardas que

estaban detrás de el. Un caballo de la pareja delantera yacía muerto en el camino y su compañero le husmeaba.

-¿Quién está ahí? -trono Gulden metiendo la mano y el revolver por la ventanilla-. ¡Fuera

El joven salió con las manos levantadas, pálido, temblando de manera que apenas podía tenerse en pie.

Gulden se dirigió al minero

-¡Sal aquí, tú!

-Está herido, pero no muerto -dijo Smith -. Resuella como un caballo.

Gulden saco al minero de su asiento y lo arrojo en medio del camino, donde cayo con un gemido. Tenía la cabeza y las manos ensangrentadas. Gulden se inclino so-

bre el y le arranco algo, enderezándose con un cinto de cuero en la mano, pesado, lleno de oro.

-¡Ah! -trono. La exclamación era horrible, pero no expresaba gozo ni satisfacción. Entrego el cinturón a Budd. Gulden se volvió al joven.

-¿Tienes oro?

-No. Yo no era minero -replicó el joven temblando. Gulden le registro.

-Vuélvete - ordeno.

-Déjale, Gulden-dijo Smith. Blicky puso una mano en el hombro de Gulden.

-Vuélvete -repitió éste, sin dar la menor señal de haber oído a sus colegas.

Pero el joven comprendió y se puso lívido.

-¡No me asesinen, por Dios! -tartamudeo-. No tengo nada; ni oro ni armas.

Gulden le hizo dar la vuelta y le empujo, haciéndole avanzar media docena de pasos. Cayo de rodillas.

-¡No me maten! -suplico.

Juana, al ver a Jim pálido y contraído, pensó en él aun en aquel terrible momento y cogió su brazo con toda su fuerza. Tenía que soportarlo.

Los otros bandidos murmuraron, pero ninguno movió una mano.

Gulden apunto con su revolver. Toda su gigantesca armadura parecía animada de una extraña vibración. El joven vio su sentencia.

-¡Dejadme rezar! -rogó.

Juana no se desmayo, pero una rigidez de sus músculos la obligó a cerrar los ojos.

-¡Gulden! -grito Blicky con pasión- ¡No puedo permitir que mates así a este niño! Ya nos conocen en Alder Creek y no hay razón para ello... ¡Corre, muchacho, corre!

Juana abrió los ojos y vio a Blicky sujetando el brazo de Gulden y al joven corriendo locamente por el camino. Juana sintió una gran alegría, pero se estremeció pensando en los propósitos de Gulden. Se apoyo en Cleve. El espíritu de la frontera la dominaba ahora; sentía el valor, pero no la fuerza para luchar. Necesitaba ver y oír más cosas para recobrar el equilibrio. Su mirada cayo sobre el minero herido; se estaba muriendo. Se arrodillo a su lado y levanto su cabeza. Cleve le trajo una cantimplora de agua. Pero el minero no pudo beber y murió sin decir una palabra.

Juana se levanto vacilante y, apoyada en Cleve, se retiro a sentarse a un lado del camino, desde donde vio a los bandidos entregados a su negocio. Blicky y Smith quitaban los arneses a los caballos, Beady registraba a los muertos ; los tres bandidos, a quienes Juana solo conocía de nombre, hacían un fardo; Budd estaba a un lado del camino con su sonrisa expectante, y Gulden, con la agilidad del gorila, a quien se parecía, había trepado hasta el pescante y registraba debajo del asiento del conductor. Sacó un saco de piel pequeño, pero pesado, y se lo arrojo a Budd, derribándole casi. Budd abrazo el saco y empezó a gritar como un indio. Los demás corrieron hacia él. Gulden extrajo otro saco. Una docena de manos se tendieron hacia él, y cuando lo arrojo, los bandidos lucharon en broma entre sí. Estaban radiantes. Blicky consiguió llevarse el saco y lo levanto en triunfo sobre su cabeza, y lo hubiera agitado si no

hubiera sido tan pesado. Gulden siguió sacando varios sacos más, que dejaba, provocativo, sobre el asiento delante de él. Los demás gritaban protestando. El gigante volvió a meter la mano bajo el asiento y tiro con fuerza de algo. Se puso rojo. Se detuvo en su esfuerzo para mirar a sus camaradas. Si sus ojos reflejaban algo, era un sentimiento parecido al que se veía en su actitud. Lamentaba la presencia de la banda. Hubiera preferido estar solo. Con una imprecación y un poderoso esfuerzo levanto un enorme saco de piel, atado y marcado.

-¡Cien libras! -rugió.

Juana creyó que una banda de demonios rodeaba el coche, rugiendo a un demonio mayor que había encima y que contestaba a sus rugidos.

Por fin Gulden calmo el alboroto, que no era más que una frenética alegría.

-¡A repartir por igual! -tronó -. ¡Imbéciles! ¿Queréis que nos pongamos a dividirlo ahora en medio del camino?

-Tienes razón - contestó Budd.

No hubo una voz que disintiese.

-¡Vaya un golpe! - exclamo Blicky -. Kells lo tenía preparado, pero es extraño que no haya aparecido por aquí.

-¿Dónde vamos? - preguntó Gulden-. Decidlo vosotros.

La elección unánime fue al campamento. A Gulden no le gustaba indudablemente la idea, pero era justo.

-Muy bien. Al campamento, entonces. Pero nadie más que Kells y nosotros tendrá un grano de esta carga.

Muchas manos voluntarias hicieron breves los preparativos. Gulden insistió en llevar todo el oro el solo y hubo que dejarle hacer su voluntad. Estaba obsesionado; ni una sola vez miró a Juana. Jesse Smith era quien daba las órdenes. Cargaron uno de los caballos de la diligencia; a otro le pusieron una manta para que lo montase Jim. Blicky cedió galantemente su caballo a Juana y tomó otro del coche. Gulden estaba inquieto y dos veces emprendió la marcha, para ser detenido por reiteradas llamadas. Por fin la caravana estuvo dispuesta. Jesse Smith miró la escena con la arrogancia de un general que contempla al enemigo vencido.

-El primero que pase por aquí va a llevarse un susto.

-¿Qué cálculos habría hecho Kells? -preguntó Blicky.

-Nada para Kells. No ha estado en la operación -declaró Budd.

Blicky le miró con ceño, pero no hizo ningún comentario.

-Te digo, Blicky - dijo Smith -, que no me acaba de entrar esto en la cabeza.

-Pregúntale a Jim. Quizás ahora que ya está hecho el trabajo, pueda decirte algo-aconsejó Blicky.

Jim Cleve le oyó y pareció dispuesto a la pregunta.

-No sé mucho más de lo que ya os he dicho, pero me imagino que Kells tenía señalada esta expedición y nos mandó a nosotros en el coche por alguna razón. Me dijo que me daría instrucciones, pero no le he vuelto a ver. Seguramente pensaba encontrarse el también aquí y no tardará en aparecer.

Esta explicación de Jim no le pareció a Juana lógica ni verosímil, pero fue aceptada por los bandidos. Aparentemente, los movimientos y planes de Kells desde que había salido de Alder Creek coincidían con lo que Jim había dicho.

-¡Vamos! -gritó Gulden-. ¿Queréis que echemos raíces aquí?

Y sin dirigir ya ni una mirada al desastre que dejaban

detrás de sí, los bandidos emprendieron la marcha. Jesse Smith guió fuera del camino por una cañada poco profunda, con la evidente intención de seguir por ella. Gulden y Beady iban detrás ; después los otros bandidos con la acémila; Cleve y Juana cabalgaban juntos, cerrando la marcha Budd y Blicky. El camino era áspero y resbaladizo y los jinetes se esparcieron. Cleve, sin embargo, siguió al lado de Juana y encontró oportunidad para hablar con ella.

-Debemos escaparnos a la primera oportunidad -dijo con voz sorda.

-¡No! ... ¡Gulden! -Juana tuvo que mojarse los labios para pronunciar el nombre del monstruo.

-Nunca se acordará de ti mientras lleve encima todo ese oro.

Juana lo comprendía así, pero su antiguo miedo al gigante, terriblemente aumentado ahora, la tenía como embrujada. Sin embargo, en medio de la oscuridad de su mente brilló un rayo de inspiración y de ánimo.

-¡Kells es mi única esperanza! ... Si no se reúne pronto con nosotros, entonces correremos,.. Y si no podemos escaparnos de... - y Juana hizo un gesto desesperado hacia Gulden-. ¿Me matarás antes... antes...?-Su voz se extinguió en un murmullo ininteligible.

-¡Sí! -prometió el con los dientes apretados.

Y continuaron cabalgando con la cabeza baja y la vista fija en las turbias aguas y las traidoras piedras.

Jesse Smith sacó a la caravana de la cañada para continuar el viaje sobre rocas desnudas. No quería dejar rastro. No guardaba consideraciones ni a caballos ni a jinetes y era un genio eligiendo el terreno apropiado. No acortó el paso ni un momento y parecía imposible seguirle.

El viaje empezó a hacerse penoso para Juana, y de penoso se convirtió pronto en insoportable. Pero no había descanso; Smith seguía avanzando implacable. Llegó la noche y aun seguían caminando. Por fin, cuando Juana estaba ya a punto de sucumbir, se detuvieron. Jim la ayudó a bajar del caballo y la dejó sobre la hierba. Le pidió agua y bebió mucho, pero no quiso tomar alimento. Le dolía la cabeza como si se la apretasen con una banda de hierro, y sentía un continuo martilleo en los oídos. Oía vagamente el crepitar de la leña de la hoguera y a los bandidos que pasaban por su lado moviéndose de un lado para otro y, sobre todo, prestándole la fuerza necesaria para conservar un poco de dominio sobre sí, se daba cuenta de la incesante compañía y continua vigilancia de Jim. Los sonidos se fueron desvaneciendo poco a poco en sus oídos.

Aquella horrible noche parecía muy lejana a la mañana siguiente. Su cabeza se había aclarado, y si no hubiera sido por el quebrantamiento de su cuerpo, hubiera empezado el día bien. Había poco que comer y menos tiempo para prepararlo. Gulden estaba impaciente y guardaba como un avaro su silla cargada de oro. Sus camaradas estaban tan impacientes como el por continuar el viaje todos estaban obsesionados por la presencia del oro. La hora del reparto era lo único que se destacaba en su conciencia. ¡Hora fatal, despreciable y terrible ! ¿Para que les servía el oro a aquellos hombres?

La marcha se reanudó antes de la salida del sol; salieron al trote y así siguieron constantemente. Smith pasó de las rocosas montañas a verdes valles. Jim Cleve, montado a pelo en un caballo cojo, tenía que vencer algunas dificultades, pero se mantuvo al lado de Juana todo el camino. Hablaban pocas veces, y cuando lo hacían se referían solamente al duro viaje. Juana estuvo aquel día mejor, moralmente; físicamente hizo todo lo que humanamente le fue posible para mantenerse a caballo. Aprendió entonces de que acero estaba hecha, de cuánta resistencia era capaz su delgada figura. Le pareció que aquel día habían viajado mil millas y que nunca llegarían al final. Con todo, el implacable Smith se detuvo un poco antes de anochecer.

Hicieron el campo cerca de un manantial, y los bandidos estaban joviales, a pesar de la falta de alimento. Hablaban de mañana; aquel mañana era el mundo para ellos. Algunos de ellos renunciaron a sus pipas y buscaron el sueño para apresurarse más al día siguiente. Sólo Gulden, incansable y vigilante, guardaba la silla cargada de oro, meditando sobre ella. Y Blicky, alimentando algún proyecto recién aparecido en su mente, quizás en provecho de Kells o en el suyo propio, observaba a Gulden y a los demás.

Jim insistió en que Juana durmiese, asegurándole que él la guardaría durante su sueño.



Librodot

Juana veía las estrellas a través de sus párpados cerrados. La noche pareció envolverla suavemente en la oscuridad.

El sol brillaba rojo cuando la caravana llegó al campamento. El ganado miraba pasar a los jinetes y los caballos relinchaban. Pájaros y flores con gotas de rocío; la Naturaleza sonreía aquella mañana.

Juana recordaba muy bien el sendero por donde tantas veces se había paseado a caballo. La vista del grupo de sauces, donde había visto por primera vez a Jim Cleve, la estremecía ahora al verlo de nuevo. Los pinos parecían darles la bienvenida. Todo el valle tenía para ella algo de hogar. ¡Cuántas cosas le habían pasado allí! ¡Y cuántas aún habían de acontecerle!

Una llamada clara y vibrante avivó sus pulsos. Alto, recto y oscuro, con una mano levantada por encima de su cabeza, Kells los esperaba delante de la cabaña.

# XIX

La extenuada y polvorienta caravana se detuvo delante de la cabaña del bandido. Gulden tronó su saludo, que los demás corearon. En el orgullo salvaje que les inspiraba su triunfo, le aclamaban aún por jefe. Pero no engañaban a Kells; ni siquiera se fijó en la carga de oro. Sólo tenía ojos para Juana.

-¡Muchacha, nunca me e alegrado tanto de ver a nadie! -exclamó con asombro-. ¿Cómo ha sido? No me hubiera imaginado...

Jim Cleve se apresuró a interrumpir a Kells.

-Fue grande, Kells, aquella idea tuya de mandarnos en aquel coche que querías detener-dijo con una rápida y significativa mirada-, pero ha faltado muy poco para que fuera nuestro fin. Tú no te diste cuenta, pero como los demás no sabían que nosotros estábamos dentro, llenaron el coche de plomo.

-¡Ah! - replicó lentamente Kells-. Pero lo importante es que la has traído. Jim Cleve, nunca podré pagarte eso.

-Quizá puedas algún día-dijo Jim riendo al apearse del caballo, Kells se dio cuenta de repente del cansancio extremado de Juana.

-¿Estás herida, Juana?-Preguntó con ansiedad.

-No, solamente extenuada.

-Ya se te conoce. Ven -y la levantó de la silla y casi en brazos la llevo a la cabaña y a través de la estancia principal a su antiguo alojamiento. ¡Qué familiar le parecía ! Una ardilla correteando por encima de uno de los leños le dio la bienvenida. Todo estaba exactamente igual como Juana lo había dejado.

Kells retuvo a Juana un momento como si quisiese abrazarla, pero no lo hizo.

-¡Cuánto me alegro de verte! No lo esperaba..., pero ya me contarás lo que ha pasado después de descansar... Precisamente estaba desayunando y te traeré algo de comer.

-¿Estabas solo aquí?-preguntó Juana.

-Estaba con Bate y Handy, pero...

-¡Eh, Kells! -rugió la cuadrilla en la habitación de fuera.

Kells levanto la manta que servía de cortina, de manera que Juana pudiera mirar a través de la puerta. Los hombres se habían reunido en semicírculo alrededor de la mesa, sobre la cual estaban los sacos de oro.

Kells cuchicheo

-Tendremos broma, pero no tengas miedo; no me olvidaré de ti.

A pesar de su indudable sinceridad, Juana aprecio en él un cambio sutil, que junto con lo

significativo de sus palabras, la hizo sentir otra vez el extraño terror. Kells salió, dejando caer la cortina tras de sí, y Juana escucho.

- ¡A repartir y a repartir por igual! - tronaba el gigantesco Gulden.

-¿No pensáis comer primero? -preguntó Kells alegremente.

Gritos de burla saludaron esta salida.

-Yo comeré hoy polvo de oro-agrego Budd.

-Como queráis -respondió Kells -. Blicky, baja la balanza de aquel estante... y me apuesto con quien quiera a que al anochecer la mayor parte del polvo será mío.. Más gritos de burla le respondieron.

-¿Quién quiere jugar?

-Yo mismo.

-Creo que no estarás de tan buen humor al anochecer. Siguió un momento de silencio, que rompió el ruido del metal sobre la mesa.

-¿Como te enteraste de este envío de oro tan considerable? -preguntó Jesse Smith.

-Yo lo tenía anunciado, pero el que hizo la exploración fue Handy Oliver.

-Beberemos por Handy Oliver-exclamo uno de los bandidos.

-¿Y quién hacía el envío? - preguntó otra vez el curioso Smith -; todos los sacos llevaban la misma marca.

-Era el envío de una sola persona -replicó Kells -. El principal minero de Alder Creek. Le llaman Overland y no sé qué más.

Aquel nombre hizo a Juana enderezarse estremecida y ardiendo. A su tío, el viejo Bill Hoadley, le llamaban Overland. ¿Sería posible que fuese de él de quien hablaban los bandidos? Era muy difícil; aquel nombre era muy corriente en las montañas.

-Yo he visto a Overland muchas veces y empezó a sospechar de mí -dijo Budd.

-Alguien le dio el soplo de que la Legión estaba detrás de su oro -siguió Kells-; supongo que tenemos que agradecerle el soplo a Pearce, porque nos ha convenido más. Overland se debió asustar de la trapatiesta que armamos en al ejecución y tuvo el valor de enviar su oro a Bannack por el primer coche, y falto poco para que se saliera con la suya, pues solo por un afortunado accidente se entero Handy de la noticia.

El nombre de Overland obraba sobre Juana como una corriente eléctrica y se inclino otra vez para observar a los bandidos. Una mirada a Jim Cleve le dijo que él también se había excitado al oír el nombre. Se le ocurrió que era muy raro que su tío pudiera estar en Alder Creek, sin que Jim lo supiera. Pero entre miles de hombres, todos rústicos, abrumados por el trabajo y ocultando sus identidades, todo era posible. Sin embargo, unos momentos de reflexión hicieron que Juana se inclinase a la improbabilidad de que aquel hombre fuese su tío.

Kells se sentó ante la mesa y Blicky quedo en pie a su lado con la balanza. Los otros bandidos se alinearon enfrente y Jim quedo a un lado observando y pensando.

-No lo podrás pesar todo en esta balanza - dijo Blicky.

-Sí -replicó Kells -. Repartiremos primero los sacos pequeños... Diez partes iguales... Vengan pronto los sacos, Blicky. Fíjate qué cara de hambre tiene Gulden. Que alguno haga el almuerzo mientras yo reparto el oro.

-¡Ja! ¡Ja!

-¡Jo! ¡Jo!

-¿Quién piensa en comer?

Los bandidos estaban alegres, burlones, desdeñosos e impacientes como un grupo de muchachos, medio insolentes y medio juguetones.

-Yo quiero ver ya mi parte pesada -dijo Budd.

Kells se movió y su revólver apareció en su mano, golpeando con él rudamente la mesa.

-¿Pones en duda mi lealtad? -preguntó con dureza.

-No te enfades; no son más que ganas de hablar.

Aquel rápido cambio de Kells marcó una leve diferencia en el espíritu de los bandidos y en la situación. La alegría, el buen humor y las bromas se acabaron. No hubo más sonrisas ni miradas amistosas. Gulden y su grupo: se acercaron más a la mesa, callados, atentos, desconfiados.

Kells y su ayudante pesaron y dividieron pronto el oro de los sacos pequeños.

-Ya está, Gulden -dijo alargando un saquito al gigante-. Jesse... Bossert... Pike... Beady... Bravermann... Blicky.

-Eh, Jim Cleve, entra en el juego-añadió arrojando un saco a Jim. Era pesado. Pegó a Jim con ruido sordo y luego cayó al suelo. Se inclinó a recogerlo.

-Así queda uno para Handy y otro para mí. Blicky, abre el saco grande.

Juana vio un enorme montón de tierra brillante y amarilla. El color se reflejaba en los ojos de los bandidos. A Juana le parecía que una sombra se cernía sobre ellos. Los movimientos de Kells se volvieron nerviosos y apresurados; gotas de sudor aparecieron sobre su frente y sus manos temblaban.

Pronto se repartieron sacos mayores entre los bandidos. Con ello se acabó la espera y la vigilancia, pero no- la nerviosidad. Los bandidos eran ahora como perros atados. Blicky se inclinó sobre Kells y golpeó la mesa con el puño.

-Una cosa quiero saber.

-Venga -contestó Kells.

-¿No va a repartir Gulden aquella pepita grande?

-Así lo hará si es equitativo.

Un coro de afirmaciones de los bandidos vino a reforzar lo dicho por Kells. Gulden se movió pesadamente, apartando a un lado a algunos de sus compañeros para acercarse más a Kells.

-¿No quedamos en que yo tenía derecho a trabajar por mi cuenta cuando quiera que se me antoje? - demandó.

-No. En lo que convinimos es en que te dejaría pelear cuando quisieras y matar a un hombre cuando sintieses deseos de ello. Éste fue el convenio.

-¿Y por que diablos habría yo de matar a un hombre?

Ninguno contestó de palabra a aquella pregunta, pero la contestación estaba en las sombrías caras.

-Yo sé lo que quería decir-continuó el gigante - y me quedo con la pepita para mí solo.

Siguió un momento de silencio preñado de amenazas para el gigante.

-¡Ya lo ha dicho él! -dijo Blicky con calor-. Kells, lo que tú digas, se hace.

-Dejadle que se la quede - dijo Kells con desdén . Yo se la ganaré y la repartiré con la cuadrilla.

Esta declaración fue recibida con aclamaciones por parte de todos, menos por Gulden, que le miró con enojo. Kells se levantó y señaló con un dedo la cara del gigante.

-Te ganaré tu pepita -gritó-. Te venceré a cualquier juego que elijas... Te desafío... ¡Si tienes valor...!

-¡Vamos! -tronó el gigante, arrojando su oro sobre la mesa.

Los bandidos se agruparon alrededor, disputándose los sitios con violencia.

-¡Yo quiero tomar parte en esta partida! - gritó Blicky.

-Todos queremos -declaró Jesse Smith.

-¡Venga! -asintió Gulden.

-Pero no podemos jugar todos a un tiempo -protestó Kells -. Juguemos dos partidas.

-¡No!

-Mientras pelamos a unos, otros podéis comer.

-Eso es, mientras peláis. ¿Parece que estás muy seguro de ello, Kells? Me parece que yo

no me fío mucho de esta partida-dijo con intención Budd.

-Con ésta van dos veces, Budd -rezongó Kells-; ten cuidado con la tercera.

-Sorteemos los que juegan y los que esperan -dijo Blicky, poniendo la baraja sobre la mesa.

Con tanta ansiedad como si echasen a suertes con el destino, los bandidos se inclinaron sobre las cartas. Budd, Braverman y Beady fueron los excluidos del juego.

-Vosotros descargad los caballos y entrad las cosas en la cabaña -dijo Kells.

Budd adoptó una actitud resignada, pero los otros dos obedecieron la orden de buena gana.

Empezó el juego sin más espectador que Cleve. Los bandidos jugaban en silencio, moviendo sólo las mantas e inclinándose hacia adelante algunas veces. Gulden estaba implacable e indiferente como una máquina; Blicky, excitado; Jesse Smith era un jugador lento, tranquilo y astuto. Bossert y Pike, dos truhanes casi desconocidos para Juana, estaban gozosos ante la oportunidad de jugar. En Kells empezaba a aparecer aquella extraña expresión de debilidad que le daba el juego.

Beady y Braverman entraron cargados con los paquetes. Budd corrió a ellos y volvió con una garrafa de whisky que dejó sobre la mesa.

-¡Whisky! -exclamó Kells-. Llévate eso de ahí; no podemos beber mientras jugamos.

-Déjalos beber, Kells - dijo Gulden -. Así les ganaremos antes su oro y luego podremos hacer nosotros nuestro juego.

Kells no hizo más comentarios. El juego siguió, cambiando de aspecto. Cuando el mismo Kells empezó a beber, al parecer sin darse cuenta de ello, el miedo de Juana aumentó considerablemente y se retiró de la rendija para tenderse en el lecho. Una espada amenazaba siempre su cabeza. Una y otra vez, por alguna circunstancia afortunada, por coraje o inteligencia, o por un hecho providencial, había escapado a la amenaza. ¿Podría escapar otra vez? Porque presentía la proximidad de la catástrofe. ¿Lo comprendía así Jim? Recordando la expresión de su cara, estaba segura de que sí. Por consiguiente, aprovecharía rápidamente una posible oportunidad de fuga, y siempre estaría entre ella y aquellos bandidos. Sólo tenía que temer a la muerte, que él la daría si llegaba el peor de los extremos. Y escuchando el creciente ruido que hacían los jugadores, aclarándose gradualmente su entendimiento, comprendió que era el amor por Cleve y el temor de que pudiera perderlo lo que-le causaba aquel horror y el jadeo que agitaba su pecho. Por ella atravesaba Jim aquellas terribles vicisitudes y quería ofrecerle toda una vida de compensación.

Juana permaneció tendida, pensando y sufriendo, hasta que el deseo de volver a ver a Kells y a Gulden se hizo irresistible. Su destino, su vida, estaba entre aquellos hombres. Lo adivinaba.

Volvió a mirar, y a la primera ojeada todo su ser vibró. El cambio que había empezado sutil e intangible, se había transformado en una grande y terrible indiferencia. La gran cantidad de oro, la igualdad de condiciones entre todos los jugadores, las maravillosas posibilidades que se presentaban a sus corrompidas mentes, y el infierno que contenía aquella negra garrafa, habían hecho un juguete de cada bandido, a excepción de Gulden. Éste estaba exactamente igual que siempre, pero el aspecto de los otros heló la sangre en las venas de Juana. Kells estaba radiante ; fácil era comprender que ganaba. Blicky estaba lívido de rabia. Jesse Smith, sombrío y siniestro, había perdido la tranquilidad. La mirada que fijaba en Kells cuando envidiaba, estaba cargada de odio. Bead y Braverman esperaban con ansiedad a que les tocase su turno. Budd estaba ya jugando y su cara tenía un aspecto terrible. Juana no podía discernir la pasión que le animaba, pero comprendía que perdía en el juego. Pike y Bossert también habían perdido y estaban separados, ceñudos, observando con celosa rabia. Jim Cleve estaba blanco, con las manos crispadas y los ojos ardiendo. El juego seguía con violentos puñetazos sobre la mesa, con los golpes pesados de los saquitos de oro sobre la misma, con

salvajes maldiciones ante las pérdidas, grandes arrebatos de orgullo y alegría por las ganancias; con prisa y violencia y, sobre todo, con la aproximación del paroxismo inevitable de la locura de aquellos hombres, que desde el principio ella había previsto.

Budd se enderezó de súbito, con las cartas arrugadas en una mano temblorosa, y se inclinó sobre la mesa con la cara descompuesta y los ojos inflamados, fijos en Kells. Arrojó con furor las cartas.

-¡Ahí! -gritó dominando el tumulto.

-¡Nada! -replicó Kells con sorna-. ¿No tienes otra jugada?

Budd se inclinó más para ver las cartas de Kells y luego se enderezó mirando con ciega cólera al victorioso.

-¡Ganas tú! ¡Ya estoy limpio! ¡Sin nada! -rugió.

-No me ha costado mucho trabajo - ontestó Kells con orgulloso desdén. No era la pasión del juego, sino la del triunfo la que ahora le dominaba.

-¡Has hecho trampa! - prorrumpió Budd como un loco.

La acusación tuvo un efecto mágico sobre los bandidos; cesó el movimiento. Kells estaba blanco y radiante; no le importaba, al parecer, gran cosa.

-Muy bien, Budd - dijo, pero su tono no correspondía con su extraña mirada -. Con ésta son tres veces. - Rápido como un rayo disparó. Budd cayó sobre Gulden, que con un movimiento del brazo le arrojó lelos de sí. Cayó pesadamente al suelo y ni se movió ni habló.

-Dadme la botella-dijo Kells con un ligero temblor en la voz-, y sigamos jugando.

-,Puedo entrar yo ahora? -preguntó Beady.

-No; tú y Jack os esperáis; esta partida tenemos que acabarla Kells y yo -dijo Gulden.

-No tardaremos en acabar con Blicky -exclamó Kells. En las palabras del jefe había algo de burla. No le importaba el oro, sino la victoria en la lucha. Era su egolatría.

-Hagamos el juego más rápido, ¿queréis? - dijo Blicky, que estaba fuera de sí.

-Patrón, un poco de suerte se te sube a la cabeza -exclamó Jesse Smith con desdén-. No tardarás en ver la contraria.

El oro que estaba sobre la mesa era sólo el medio para un fin. No significaba nada. La perversidad, la brutal codicia, estaba en el fondo del corazón de aquellos hombres y el odio brotaba libre y sin trabas, sediento de sangre.

-Cambiemos el juego, Gulden, rara complacer a estos señores-propuso Kells con sorna.

-Apuestas dobles. Corta - dijo el gigante instantáneamente.

Blicky resistió muy pocas bazas más y se levantó, perdiendo toda su parte, exaltado y dispuesto al asesinato, pero no dijo nada.

-¿Puedo entrar ahora? -preguntó Beady.

-¿Es que tienes prisa por perder tu oro? -replicó Kells -. Espérate a que haya ganado a Gulden y a Smith.

La suerte se volvió contra este último. Perdió primero con Kells y luego con Gulden y se levantó vencido, pero sin alterarse. Se sirvió whisky.

-Me gusta más ver perder a Kells cuando yo no estoy en la partida -dijo.

El jefe de los bandidos miró a Smith con naciente rencor, como si aquella insistencia sobre su inevitable debilidad le causase algún efecto. Frunció el ceño y la alegría dejó su cara.

-Mirad todos, porque vais a ver cómo juegan los hombres.

En aquel momento de la lucha, Kells tenía dos veces más oro que Gulden. Frente a él se apilaba un enorme montón de saquitos de piel.

Empezaron a apostar un saco cada vez a la carta más alta. Kells ganó las cuatro primeras manos. La animación volvió a su semblante. Luego ganó y perdió, y perdió y ganó. Los otros bandidos se agruparon en derredor de la mesa; sólo Jones y Braverman manifestaban ahora alguna ansiedad. Todos guardaban silencio. En la atmósfera flotaba la expectación, el misterio. Gulden empezó a ganar con continuidad y Kells empezó a cambiar. Extraño y

desolador era ver a aquel hombre tan fuerte perder su fortaleza ante las veleidades de la fortuna. Llegó un momento en que la mitad de lo que había reunido antes había pasado a poder de Gulden. El gigante seguía imperturbable. Podría haber sido un enorme animal, el destino, o algo inhumano que supiera de manera indudable que al final la fortuna sería suya. Como había aceptado las pérdidas saludaba las ganancias con absoluta indiferencia. Mientras que las manos de Kells temblaban, las del gigante eran tranquilas, lentas y seguras. Kells debía odiar aquella facultad de Gulden de aceptar la victoria con idéntica tranquilidad que aceptaba la derrota. La mejor prueba de los nervios de un jugador no está en cómo sufre sus derrotas, sino en la frialdad con que recoge sus ganancias. Se hizo patente que Gulden era un jugador y que Kells no lo era. El gigante no tenía imaginación ni emociones. Kells era todo fuego, esperanza, desesperación y rabia. Su vanidad sangraba. Aquél era el combate decisivo.

Las miradas despectivas y excitadas de los espectadores decían cómo se desarrollaba el juego. Una y otra vez Ja mano temblorosa de Kells tomó la botella de whisky. Con una maldición arrojó una vacía.

-¡Eh! Patrón, no te parece que... -empezó a decir Jesse Smith, pero pensó que sería mejor callarse lo que fuese a decir. El movimiento y la mirada de Kells eran inconfundibles.

La Diosa Fortuna, tan falsa como la vanidad del bandido, jugaba con él. Se animo a una buena racha. Pero cuando su cara empezaba a perder su aspecto macilento, la suerte le volvió otra vez la espalda. Y perdió y perdió; y- con cada saquito de polvo de oro se iba un poco de su espíritu. Y cuando quedó reducido a la parte que le había tocado en el reparto, su aspecto inspiraba compasión. Los esfuerzos por rehacerse, para ser un hombre ante sus burlones subordinados, eran lastimosos y fútiles. Podía ser magnífico en otras circunstancias, ante el peligro, pero allí era una piltrafa. Nunca debió haber jugado.

Uno después de otro en rápida sucesión, perdió los dos sacos de oro que constituían su parte original. Lo había perdido todo. Gulden tenía ante sí el enorme montón de sacos de polvo de oro.

Juana estaba asombrada y asustada ante el aspecto de Kells, y, si le hubiera sido posible, habría retirado la vista de él. Pero estaba encadenada allí. La catástrofe era inminente.

Kells miraba el montón de oro. La mandíbula le temblaba convulsivamente; tenía los ojos de un lobo cogido en el cepo y no parecía comprender bien lo que le había ocurrido.

Gulden se levanto, lento, pesado, grave, dominando su pila de sacos de oro. Y aquel gigante que nunca había mostrado una emoción, se inflamó de súbito con terrible llamarada.

- ¡Un envite más a una carta! ¡ odo mi oro! - tronó.

Todos los bandidos, como un solo hombre, dieron un paso hacia adelante y quedaron inmóviles y sin aliento.

-¿Contra qué? -preguntó Kells. -¡Contra la muchacha!

Juana se apoyo en la pared con un dolor agudo en el pecho. Se tuvo que agarrar a los leños para no caerse.

¡Aquél era el horror que había presentido! No podía separar los ojos del paralizado Kells, pero vio a Jim Cleve ponerse a su lado de un salto.

-A una carta. Todo mi oro contra la muchacha. Kells movió la mano como si quisiera sacar el revolver, pero no llegó. La mano le temblaba.

-Siempre has presumido de valor -prosiguió Gulden

implacable-. Eres el jugador de la frontera. ¡Vamos! Kells estaba agobiado bajo el peso de su condena. Para todos era evidente su tortura, su debilidad, su derrota.

Con toda su alma combatía contra algo, para ser vencido una vez más.

-¡A una carta! ¡Todo mi oro contra la muchacha! La banda prorrumpió en un corro de burlas. Parecían lobos tendiendo sus cuellos hacia Kells.

-¡No! - grito -. ¡No! - Y con un gesto desesperado de sus manos pareció querer rechazar la vista del oro que tenía delante, de Gulden, de los malignos espíritus de aquellos hombres,

de la horrible tentación.

-Patrón, ahora se van a ver los hombres -exclamó Smith.

Pero ni el oro, ni Gulden, ni las burlas de sus hombres empujaron a Kells en aquella crisis, quizá la más grave de su vida. Fue la loca, fascinadora y terrible oportunidad que se le presentaba. ¡Que visión atravesaría en aquel momento la mente del jugador ! Pero ni aun la visión de una pérdida la conmovió. Lamiendo su alma como una llama, consumiendo la bondad que hubiera en él, aniquilando su amor, estaba el magnífico envite. No pudo resistirlo.

Hizo sin aliento un signo de aquiescencia con la mano.

-Baraja las cartas, Blicky -dijo el gigante.

Blicky hizo lo que decían y dejó la baraja en medio de la mesa.

-Tú primero, Kells.

Kells tendió a los naipes una mano temblorosa.

Jim Cleve pareció recobrar en aquel momento la facultad de hablar y de moverse.

-¡No, Kells ! ¡No! -grito avanzando de un salto hacia la mesa.

Pero ni Kells ni los otros le oyeron ni vieron su movimiento.

Kells tomo su carta. Un rey. ¡Que transformación! Su cara podía haber sido la de un cadáver que volviese de súbito a la vida.

-Solo gana un as-murmuró Smith.

Gulden tomo su carta como si estuviera seguro de que todas las que quedaban eran ases, y se la dejo ver a Kells antes de mirarla él mismo.

Y arrojo su carta sobre la mesa: el as de espadas.

Kells pareció arrugarse, doblarse, hundirse. Jim acudió rápidamente a sostenerle.

-Ve a decirle adiós a tu novia -exclamó Gulden-. La voy a necesitar muy pronto... Venid vosotros, Beady y Braverman. Ésta es vuestra oportunidad de haceros ricos.

Gulden volvió a ocupar su sitio, y los dos bandidos invitados a jugar se apresuraron a aceptar, mientras los otros' se agrupaban otra vez en torno de la mesa.

Jim Cleve condujo al abatido Kells a la cabaña de Juana. Juana había perdido el conocimiento.

Cuando volvió en sí, yacía en el lecho y Jim se inclinaba sobre ella. Estaba frenético de espanto, de dolor y desesperación.

-¡Jim! ¡Jim! -gimió, cogiéndole las manos.

Él la ayudo a levantarse. Vio a Kells de pie en medio de la habitación; abyecto, estúpido, borracho, pero, indudablemente, empezando a comprender lo que había hecho.

-Kells -dijo Cleve con voz ronca y acercándose a él con el revolver en la mano -. Voy a matarte a ti, a Juana y luego yo.

Kells lo miro.

-Hazlo. Mátame y mátala a ella; saldrá ganando; pero, ¿por que tú también?

-Porque la amo, porque es mi mujer.

El embotamiento de Kells cambio súbitamente. Juana se arrojó a sus pies.

-Escucha, Kells - dijo con pasión -. Jim Cleve era mi novio en Hoadley. Un día le dije que no tenía valor ni aun para ser un bandido. Se marcho furioso y yo le seguí al día siguiente. Quería hacerle volver... ¿Recuerdas como me encontraste con Roberts y como mataste a Roberts y a los demás? Cuando nos encontramos Jim y yo, tuve miedo de decírtelo y traté de convencerle de que se contuviese. Lo conseguí hasta que llegamos a Alder Creek; allí se exalto de tal manera que me tuve que casar con él para tranquilizarle... El día de las ejecuciones, la multitud nos separo de ti. Aquella noche nos escondimos y a la mañana siguiente tomamos la diligencia para Bannack. Gulden y otros detuvieron el coche y creyeron que tú nos habías dicho que estuviéramos allí. Los engañamos, pero tuvimos que venir aquí con ellos, pensando decírtelo todo y esperando que tú nos dejarías marchar... y ahora, ahora- Juana no tuvo fuerzas para seguir; el pensamiento de Gulden la aterrorizaba.

-¡Es cierto, Kells ! -añadió Jim, viendo la incredulidad del bandido -. ¡Te lo juro! ¡No sé como no lo ves tú mismo ahora

-¡Ya lo veo, Jim! -murmuró Kells.

El embotamiento de la borrachera desaparecía rápidamente ante la conmoción de las revelaciones de Juana y Jim.

Juana lo vio, vio como aparecía aquel otro Kells herido por los remordimientos. Cayo de rodillas, abrazándose a su cintura. Él trato de desprenderse de ella, sin conseguirlo.

-¡Levántate! -ordeno con violencia-. ¡Levántate, Jim! ... No hagas eso, Juana... Me acabo de jugar...

-¡Su vida, Kells! Nada más que eso, te lo juro -gritó Jim.

-Escucha, Kells -rogó Juana -. ¿Vas a permitir que me posea ese caníbal?

- ¡No! - contestó el bandido con voz ronca -. ¡Perdóname; Estaba borracho, loco, no sabía lo que hacía...

¡Oh! ¡Que infierno!

-¿Me amas todavía, Kells? -preguntó Juana con dulzura -. Aun no es tarde para salvar mi vida y tu alma. Has sido perverso, pero si ahora me salvas de Gulden, me salvas para este hombre que casi se ha perdido por mi culpa... Dios te perdonará... Sácanos de aquí y vente con nosotros para no volver más a la frontera.

-Quizá pueda salvaros - murmuró, como hablando para sí.

Parecía que quería pensar, pero que se lo estorbaban los brazos que rodeaban su cintura. Juana sintió que un estremecimiento recorría su cuerpo.

Jim, pálido y suplicante, agregó sus ruegos

-Te he salvado una vez la vida, y me dijiste que algún día tendrías ocasión de recordarlo. ¡Ahora... ahora! ¡No me obligues a matarla!

Sin soltar a Kells, comprendiendo que su espíritu se remontaba, Juana se levantó. ¡Qué extraña alegría la invadía!

-Juana, una vez me mostraste lo que era el amor de una mujer honrada. No he vuelto a ser el mismo desde entonces. En un sentido me he mejorado y empeorado en todos los demás... perdía la energía. Ya no era el hombre de la frontera, y esta obsesión me perseguía. ¿Me querrás creer, a pesar de todo?

Juana comprendió el deseo que él no se atrevía a formular. Leía en su mente la súplica de algo que atenuase sus agravios.

-Te lo mostraré otra vez -murmuró-. Y quiero decirte más; quiero que sepas que si no amase a Jim Cleve, te amaría a ti, y, bandido o no, hubiera ido contigo hasta el fin del mundo.

-¡Juana! -El nombre brotó en sus labios casi como un sollozo de dolor y de alegría.

Las lágrimas cegaron a Juana. Y cuando, con una violencia que encerraba una terrible renuncia, él la tomó en sus brazos, le ofreció los labios sin la sombra de una ficción, con toda dulzura y el amor de una verdadera pasión. La soltó y se apartó de ella, y Juana adivinó que aquel hombre extraordinario podía elevarse a alturas tan supremas como negras eran las profundidades de su alma. Se limpió las lágrimas : renacía la esperanza.

Cuando Kells volvió el rostro hacia ellos, era el mismo que habían conocido en los primeros días; frío, tranquilo y desenvuelto, con la sonrisa casi bondadosa y los extraños y pálidos ojos. Pero su expresión era diferente. No miró a Juana.

-Jim, ¿me prometes hacer exactamente lo que yo te diga?

-¡Sí!

-¿Cuántos revólveres tienes?

-Dos.

-Dame uno.

Cleve le entregó el revólver que durante toda la escena había tenido en la mano. Kells lo tomó y se lo metió en el bolsillo.

-Saca el otro y prepárate -dijo rápidamente-, pero no dispares hasta que yo haya caído... Entonces haz lo que puedas, pero reserva la última bala para ella...

-Te lo prometo -replicó Jim con firmeza.

Kells sacó un cuchillo de larga y brillante hoja. Juana le había visto emplearlo muchas veces en sus trabajos en los campamentos. Se metió la hoja en la manga, reteniendo el puño en la mano. No dijo una palabra más, ni volvió a mirar a Juana. Ella había sentido su mirada cuando la abrazaba y cuando le ofrecía sus labios. Aquélla había sido la última. Luego salió. Jim se arrodilló al lado de la puerta para mirar por un lado de la cortina. Juana miró por la rendija de entre los leños. Vería aquel combate, aunque el espanto le helase la medula de los huesos.

Los jugadores estaban absortos en el juego. Ni uno solo miró a Kells cuando éste avanzaba hacia la mesa. Gulden estaba de espaldas a la puerta. Un rayo de sol entraba hasta la mesa. Kells proyectó sobre ella su sombra. ¡Qué significativo! ¡Las tinieblas ocultando el oro! Pero nadie hizo a Kells el menor caso. Súbitamente saltó con rápida y terrible violencia y hundió el cuchillo en el cuello de toro de Gulden.

El gigante se levantó, derribando mesa, bancos y hombres. Un terrible y extraño rugido salió de su pecho.

Kells cerraba ya el paso con un revólver en cada mano, pero sólo disparaba con el de la derecha. Siguió un espantoso tumulto, dominando los gritos el rugido espantoso de Gulden y el estampido de los disparos. Nubes de humo blanco, que se hacía más denso a cada detonación, velaban la escena. Relámpagos rojos brillaban en el suelo, donde yacían los bandidos a cada lado de Kells. Su forma parecía menos llena de fuerza; se doblegaba. Pero el rojo relámpago y el estampido de sus armas demostraban que seguían luchando. Una descarga de un lado le hizo apoyarse contra la pared. La vibrante detonación de un rifle dominó el sordo tronar de los revólveres.

El velo de lágrimas que enturbiaba los ojos de Juana se había aclarado, o el humo que llenaba la habitación se desvanecía, porque veía mejor. Los actos de Gulden la fascinaban y la horrorizaban. Se había vuelto loco. Se movía de un lado para otro de la habitación en medio de los combatientes, buscando algo que destrozar con sus enormes manos. Debía tener afectados los sentidos de la dirección y el equilibrio. Sus bramidos aun dominaban todos los ruidos, pero se debilitaba. Sus piernas se doblaban bajo su peso. Su fuerza de gigante disminuía. Saco de pronto sus dos revólveres y, tambaleándose, empezó a disparar en cualquier dirección. Mato a Blicky y se lanzo contra Jesse Smith, quien, viendo el peligro, disparo contra él a quemarropa. Gulden disparo también, y los dos hombres cayeron. Pero Gulden se levanto, ensangrentado y aullando ; todavía era una terrible máquina de destrucción. Miraba en una dirección y disparaba en otra. Parecía que apretase los gatillos mucho después de haber salido los tiros.

Kells había caído de rodillas y solo tenía un revolver, que escupía fuego sin cesar. Su brazo izquierdo colgaba roto. Pero a través de las nubes de humo se veía su cara blanca y radiante.

Además de Gulden, el bandido Pike era el único que, aunque malherido, combatía aún. Cuando disparo su último cartucho, arrojo el revolver y, sacando un cuchillo, se dirigió a Kells. Kells disparo una vez más y volvió a herir a Pike, pero no le detuvo. El silencio después de los disparos y los gritos era aún más espantoso, y el vacilante coloso, tratando de seguir a Pike, parecía un enorme fantasma. Arranco de un solo tirón una de las patas de la mesa, blandiéndola a manera de maza. Se tambaleaba, y sus rugidos se habían convertido en un continuo silbido.

Pike cayo sobre el cuerpo de Blicky y se volvió a levantar. El jefe de los bandidos arrojo su inútil revolver a la cara de Pike y, enderezándose, se abrazo con él en débil pero final combate. El ímpetu del golpe hizo perder a Gulden el equilibrio. Kells cogió el puño del

cuchillo, que aun tenía clavado en el cuello, y tiro de él con toda su fuerza. Gulden, al tratar de levantarse otra vez, le ayudo a sacarlo. Un chorro de sangre espesa salió de la herida al caer el bandido al suelo.

Kells dejo caer el cuchillo y contemplo la escena un momento. Luego dio algunos pasos vacilantes y cayo delante de la puerta.

Juana quiso correr hacia él, pero el temblor de todos sus miembros le hizo requerir el auxilio de Jim para llegar hasta Kells. Creyó haber tardado una eternidad. Se arrodillo a su lado. Tenía la cara blanca y los ojos abiertos. Pero eran solo las ventanas de un alma que se escapaba. Había perdido el conocimiento y la vida se fue rápidamente.

# XX

Cleve coloco a Juana en la silla y quedo un momento a su lado asiéndole las manos. Sus sentidos se aclaraban y su angustia se desvanecía.

-¡Ánimo! ¡Cógete a la silla ! -le decía Jim con firmeza-. Los otros bandidos pueden llegar de un momento a otro... Tú guías y yo te seguiré con el caballo de carga.

-Pero, Jim, si no sé si seré capaz de encontrar el camino -contestó Juana.

-Creo que sí lo encontrarás. Recordarás todos los detalles del camino por donde viniste aquí. Hasta que lo veas, no te darás cuenta de ello.

Juana emprendió la marcha sin mirar hacia atrás. La cabaña era como un lugar de pesadilla. Respiro con satisfacción cuando salió al valle. Los caballos que pastaban allí levantaban la cabeza y relinchaban a su paso. Juana veía las flores, los jarales y los árboles, pareciéndole que nunca los había visto hasta entonces. Sabía exactamente el camino que debía tomar, e hizo trotar a su caballo, de manera que Jim tuvo que llamarla y decirle que no podría seguirla con la acémila a aquel paso. A medida que avanzaba se sentía más libre. Detrás dejaban algo monstruoso, incomprensible y terrible; y delante tenían algo que empezaba a brillar, algo que los llamaba desde detrás de las colinas.

Se dirigió directamente a un campo que recordaba aún antes de llegar a él; y los ennegrecidos leños de la hoguera, las rocas, el árbol bajo el cual había reposado, todo vino a renovar las emociones que había sentido allí.

Empezó a temer el crepúsculo, y cuando cerró la noche le pareció que las sombras estaban llenas de fantasmas. Cuando perdía de vista a Cleve en sus preparativos para acampar, sentía deseos de gritarle que volviera, pero se encontraba sin voz, y aun cuando le tenía a su lado, temblaba de miedo. La envolvió en mantas v la tuvo en sus brazos, pero el escalofrío del terror no desaparecía. Mucho tiempo permaneció despierta. Cuando cerraba los ojos, la negrura le parecía insufrible. Se durmió para despertarse en medio de una pesadilla y no se atrevió a dormir más. Por fin llego el día.

Para Juana, aquel sendero apenas perceptible era como un ancho camino abierto a través de los cañones y de las espesuras. Lo seguía sin vacilar, sin equivocarse. Cerca y lejos veía señales que le eran familiares. Cleve la seguía de cerca, y ahora sus llamadas a ella y sus gritos al caballo tenían una nota más aguda. ¡Significaba tanto cada una de las ásperas millas que se dejaban atrás ! No hicieron alto al mediodía. No se detuvieron hasta el siguiente campo, de recuerdo aun más sombrío para Juana. La puesta del sol los sorprendió muchas millas más lejos a la entrada del Cañón Perdido. Allí comió y bebió Juana y durmió el sueño profundo del agotado. El sol salió cuando ellos ya habían reanudado su camino a toda prisa y a través del accidentado cañón. A mediodía llegaron a la pequeña cabaña y desmontaron para descansar y beber en el manantial. Juana no pronunció allí ni una palabra. Que pudiera mirar

la cabaña en que casi había matado al bandido y donde le había atendido después durante varias semanas, haciéndole volver a la vida, era una prueba de que el largo viaje y la distancia la ayudaban a desprenderse de los sombríos recuerdos que empañaban el brillo de sus esperanzas. Lo dejaron todo como lo habían encontrado, excepto que Cleve arranco del árbol el naipe que había servido de blanco a Gulden.

Salieron del cañón, subieron una loma y entraron en otro cañón; adelante, adelante, pasaron un campo, siguieron durante millas el curso de un arroyo, hasta salir por fin al pie de las colinas.

Hacia las doce del día siguiente, al aproximarse a una espesura, Juana señalo un punto y dijo:

-Jim, ahí es donde acampamos Roberts y yo...

-Da tú un rodeo, que yo te alcanzaré -replicó Jim.

Ella describió una amplia curva, para salir otra vez al sendero, tan diferente ahora. Pronto la alcanzo Jim Cleve. Estaba pálido y sudoroso. Avanzaron en silencio, y aquella noche acamparon, sin agua, en el rastro que meses antes habían trazado ellos mismos. Sus huellas estaban allí tan claras como si las hubieran dejado el día anterior.

A la mañana siguiente Juana se dio cuenta de que sus siniestras preocupaciones se habían quedado atrás, en la agreste región llamada la Frontera. Solo quedaba el recuerdo, y muy dulcificado. Podía pensar ahora.

Jim Cleve estaba alegre. Quizá respondiese a la alegría de ella. Empezaron a hablar, y la conversación dio suelta a los sentimientos. Cabalgaron muchas millas uno al lado del otro y cogidos de la mano, llevando delante la acémila y recordando cosas pasadas. El sol se ocultaba otra vez cuando descendían la colina hacia el pequeño poblado de Hoadley. El corazón de Juana rebosaba, pero Jim estaba muy alegre.

-¡Ahora rabiarán tus antiguos compañeros! -decía en broma.

-¡Jim ! ¡Todavía no se lo digas! -protestó ella.

-Te presentaré como mi esposa, y todos creerán que nos escapamos.

-No. Todos dirán que yo salí detrás de ti... Haz el favor de guardar el secreto, Jim. Es muy violento para mí. La tía Juana no lo comprenderá nunca.

-Bueno, guardaré el secreto hasta que tú digas... dos cosas -dijo él.

-¿Cuáles?

-Ven a buscarme esta noche al mismo sitio en que nos encontramos el día que regañamos. Ven lo mismo que entonces. ¿Quieres?

-Ya lo creo, encantada.

-Y ponte ahora el antifaz... Tarde o temprano, tu historia correrá de boca en boca, y mientras vivas por aquí serás Dandy Dale. Ponte la careta por broma. Imagínate la tía Juana y todo el mundo.

-¡Se me había olvidado el traje que llevo, Jim! -exclamo ella con desaliento- Y no he traído aquella chaqueta tuya tan larga. No puedo presentarme ante nadie así.

-No tienes más remedio, además de que estás muy

bien y de que mientras lleves la careta puesta nadie te conocerá... ¡Anda, Juana!

Accedió y se puso el negro antifaz, no sin un estremecimiento. Y así pasaron el puente sobre el riachuelo para entrar en el pueblo. Los pocos vecinos, hombres y mujeres que encontraron, los miraban con admiración, y al reconocer a Jim Cleve los seguían con curiosidad.

-¿No sería maravilloso que el tío Bill fuera en realidad el Overland de Alder Creek? Traemos todo el oro de ese Overland. Espero que sea tu tío...

Pero Juana no pudo contestarle. La palabra oro era como un golpe para ella. Además de que a la puerta de su casa veía a la tía Juana y a dos vecinas que empezaban a mostrar interés en la procesión que se aproximaba.

Juana se quedó un poco rezagada, tratando de esconderse detrás de Jim Cleve.

Jim se detuvo por fin y saludó alegremente.

-¡Bendito sea Dios! -exclamó una mujer de cabellos negros.

-¡Es Jim Cleve! -gritó otra.

Jim saltó de su caballo y abrazó a la primera que había hablado, que parecía contentísima de verle, y luego emocionada

-¡Jim! Todos esperábamos que trajeras a Juana.

-¡Claro! -gritó Jim, que no tuvo corazón para en gañarla siquiera un momento -. ¡Ahí está!

-¿Qué? ¿Quién?

Juana se apeó del caballo, y arrancándose la máscara se arrojó con un sollozo en brazos de su tía.

-¡Tía! ¡Tía!... ¡Soy yo! No mires mis vestidos, mírame a mí.

En el reconocimiento de la tía Juana se mezclaba, indudablemente, el gozo con el asombro y la vergüenza. Lloró un poco abrazada a Juana, y murmurando sobre su pecho, pero, pronto, dándose cuenta de la gente que les rodeaba, se separó de ella

-¡Indómita! ¡Rebelde! Siempre le decía a tu tío Bill que un día te escaparías... ¡Entra, entra a quitarte esa indecencia de vestido!

Aquella noche, bajo los sauces, con las estrellas salpicando de luz la oscuridad, Juana esperaba a Jim Cleve. Era una de las noches blancas y silenciosas de la mon

taña. El río murmuraba sobre las piedras y el viento entre las ramas de los árboles.

Juana había sabido con sorpresa, al volver a su casa, que su tío Bill Hoadley era en realidad el Overland descubridor de Alder Creek. Años y años de trabajo infructuoso habían sido, por fin, premiados con aquel descubrimiento.

Juana odiaba el pensamiento del oro. Había querido dejárselo en la cabaña y lo hubiera hecho si Jim se lo hubiera permitido. ¡Y pensar ahora que todo el oro, que no era de Jim, era de su tío ! Apenas podía creerlo.

Siempre sería fatal y terrible para ella el significado del oro. ¿Habría en el mundo nadie que supiera tan bien como ella lo que el oro significaba? ¡Que terriblemente luminosa había sido su experiencia ! No condenaría ya a ningún hombre, honrado minero c sanguinario bandido. ¡ Sólo el oro era el culpable de todos los males ! Dudaba de su valor. No podía ver en él una riqueza. Pero conocía su irresistible facultad de cambiar y dominar el alma del hombre. ¿Podría olvidar aquel vasto hormiguero de trabajadores, ciegos, sordos y mudos para todo lo que no fuera oro?

En su memoria brillarían siempre con contornos de fuego las formas de aquellos feroces bandidos. ¡Gulden, el monstruo, el caníbal, el gorila ! Su recuerdo era horrible, pero no había horror en el de su espantosa muerte. Aquélla era la única reminiscencia que no la entristecía.

Pero Kells era indestructible. Viviría siempre en su memoria. Sana y salva en su casa, lejos de la frontera, podía pensar con claridad. Pero había una cosa que no era clara y que nunca lo sería. Veía a Kells, el cruel bandido, el organizador, el asesino. No debía haber sitio para él en la memoria de una mujer y, sin embargo, lo tenía en la suya. No perdonaba uno solo de sus hechos o sus intenciones. Comprendía que su inteligencia no era bastante grande para abarcar toda la extensión de su culpa. Estaba convencida de que había sido el peor de todos los bandidos que habían poblado la frontera. Aquella región le había desarrollado, había producido el tiempo, el lugar v el hombre. Allí estaba el misterio. Pero por encima de la perversidad de aquel bandido, ella veía su fuerza y su nobleza. Ella sola había conocido a aquel hombre en todas las extrañas fases de su naturaleza, y la negrura de sus crímenes se desvanecía de su mente. Sufría remordimientos. ¿Pero que podía haber hecho ella? No había podido hacer nada en aquella imposible situación, ni podía dejar de colocar a Kells ahora en el lugar que en justicia le correspondía entre los hombres. La había robado y había cometido

asesinatos por algunas horas de inútil soledad a su lado; la había amado y cambiado por aquel amor, pero se había jugado su alma y su vida, y al final la había salvado. Se había separado de ella con aquella sonrisa amable y burlona, aquellos ojos claros y extraños, i y toda la fuerza implacable de su vida se había consumido en aquel último y magnífico combate. ¡Si siquiera la hubiera conocido cuando levantó la cabeza! Pero no, sólo quedaba una luz mortecina que se apagaba, la mirada misteriosa de una alma ya sola para toda la eternidad.

El ruido de las hojas que se movían y un paso suave sacó a Juana de sus meditaciones.

Se sintió pronto cogida por detrás, y Jim Cleve demostró que, aunque fuera un enamorado alegre y entusiasmado, no sería nunca un buen actor, porque si quiso vivir otra vez aquella fatal entrevista y la querella que le había enviado a la frontera, fracasó completamente en su papel. En la gentil presión de sus brazos había el sentido de la posesión y felicidad en el temblor de sus labios.

-Jim -dijo Juana riendo- Si lo hubieses echo así, no me hubiera puesto tan furiosa.

Jim se rió también y afirmó que lo había hecho exactamente igual.

-¿Lo crees así? Yo me acuerdo muy bien, y te voy a enseñar. Siéntate ahí, como si fueras Juana, que yo voy a hacer de Jim.

Y se alejó para volver sin ruido y reproducir la violenta escena tal y como vivía en su memoria.

Jim se quedó sin aliento, sin poder hablar, casi ahogado.

-Así es como me trataste -dijo ella.

-No creo que fuera tan animal -jadeó Jim.

-Pues lo fuiste, y, calcula, yo no tengo la mitad de la fuerza que tienes tú.

-Entonces hiciste bien en despedirme, pero no debiste seguirme hasta la frontera.

-¡Oh Jim! En mi furia descubrí mi amor.

FIN